

Reseña

En 1979, se cumplieron 100 años de la iniciación de la Guerra del Pacífico y Editorial del Pacífico estimó necesario poner al alcance de un vasto público lector, la magnífica y documentada historia que escribiera don Gonzalo Bulnes.

Para ello solicitó a conocido escritor, periodista y ex diplomático, don Oscar Pinochet de la Barra, la redacción de un Resumen de esta Historia, quien en un encomiable esfuerzo supo conservar el espíritu y adaptar la letra del original de más de 2.000 páginas de tres gruesos volúmenes.

* * * *

Esta extraordinaria síntesis, la ponemos a disposición de los lectores, con la seguridad de proporcionarles una amplia perspectiva de este conflicto bélico.

Índice

Palabras preliminares

A manera de prólogo

Libro I

1. Relaciones de Chile y Bolivia antes de 1879
2. Chile y el Perú antes de 1879. El tratado secreto.
3. Ocupación de Antofagasta y reacción peruana. Toma de Calama.
4. El primer día de guerra con Perú. Expedición al Callao.
5. Combate de Iquique.
6. En tierra y en el mar. Correrías del Huáscar.
7. Final del ministerio Varas. Preparativos para la campaña terrestre.
8. Combate de Angamos. Últimos preparativos de la campaña terrestre.
9. Campaña de Tarapacá. Asalto de Pisagua.
10. Batalla de Dolores.
11. Rendición de Iquique. Batalla de Tarapacá
12. Fin de la campaña de Tarapacá

Libro II

13. Entre dos campañas
14. Primeras operaciones en el departamento de Moquegua
15. Combate de Los Ángeles. Muerte de Sotomayor
16. Batalla de Tacna. Asalto de Arica
17. El gobierno de Chile y la campaña de Lima
18. Política internacional de la guerra. Conferencia de Arica
19. Acciones anteriores a la campaña de Lima. De Arica a Lurín
20. Chorrillos y Miraflores

Libro III

21. Regreso de Baquedano. Primeros meses de ocupación de Lima
- 22- Primera tentativa de paz. El Perú a fines de 1881
23. Bolivia y la tregua
24. Las montoneras. Batalla de La Concepción
25. Iniciativas de paz. Conferencia de Chorrillos
26. Huamachuco y el Tratado de Ancón. Campaña de Arequipa

27. Pacto de Tregua con Bolivia. Sometimiento de Cáceres

Los autores

Palabras preliminares

En 1979 se cumplirán 100 años de la iniciación de la Guerra del Pacífico y alguien podría preguntarse si un libro como este, destinado a recordarla, es un hecho político entre Chile, Perú y Bolivia.

Creemos que sí.

La Guerra del Pacífico fue mucho más que un hecho de armas. Fue la movilización de un pueblo entero, unido por el amor a la Patria, en torno a ideales que superaban largamente los pequeños y diarios intereses egoístas. De un pueblo que encontró en el trabajo y en la hermandad una fuerza sorprendente en que pocos creían.

Gonzalo Bulnes trata el tema con objetividad y espíritu de justicia. Se nota su preocupación por no ofender legítimos sentimientos de peruanos y bolivianos. "Ha pasado suficientemente el tiempo - dice -, apagador de las pasiones, para que tanto en el Perú como en Chile se rinda justo homenaje de admiración a vencedores y vencidos". Palabras que son extensivas a Bolivia, que no nombra, pues se está refiriendo a la toma del Morro de Arica, donde no había fuerzas de ese país.

El valor de un libro como éste reside en conservar su espíritu y adaptar la letra del original; es por eso que lo hemos escrito más con la tijera que con la pluma. Nos halaga pensar que este resumen de Bulnes llegará a un vasto público lector que no tiene fácil acceso a los tres gruesos volúmenes que él escribió y sus más de 2.000 páginas (edición de la Imprenta y Litografía Universo 1912-1919).

Será posiblemente una sorpresa encontrar aquí, además de los hechos fundamentales que todo chileno conoce bien, ciertos antecedentes diplomáticos que ligan a Chile, Perú y Bolivia a través de Tacna y Arica. Si la historia tiene un valor, es el de recordar hechos que no necesitamos inventar cada vez y aprovechar la experiencia que nos brinda en beneficio de la armonía y de la paz. Sería un contrasentido de que tres países unidos por vínculos de raza, historia y religión fueran separados por la geografía.

A manera de prólogo¹

La dificultad mayor de este trabajo ha sido colocarme en un punto de vista de justicia y desligarme de las pasiones de nacionalidad y de los intereses contemporáneos. Me he esforzado por ser imparcial, por mirar con los ojos de la posteridad que contempla y juzga, que da su mérito al que lo tiene, cualquiera que sea el papel que haya desempeñado la nacionalidad a que haya pertenecido.

Me ha sostenido en este pensamiento el convencimiento de que en todas las obras humanas, lo que no se ajusta a la verdad tiene vida precaria. Sin pretender escribir la historia definitiva, que no existe, y que probablemente no existirá nunca, tampoco he querido hacer una obra efímera, sino algo que forme sanamente el criterio de la generación actual y de las venideras y puedan ellas inspirarse en las enseñanzas y deberes que fluyen de los hechos lealmente apreciados.

Me ha costado colocarme en ese terreno para juzgar la conducta de Chile, Perú y Bolivia en todo el curso de la guerra, porque me merece igual respeto el que defiende a su Patria en uno u otro campo: y si alguna debilidad sentía mi pluma, era en favor del vencido, del que oponía a la victoria sus últimos y desesperados esfuerzos.

Más difícil ha sido colocarme en esa situación de justicia con los chilenos, venciendo los impulsos de la sangre y de la amistad. Sobrino del Presidente Pinto que era hermano de mi madre, amigo de Santa María, a quien debí en mi juventud los mejores afectos; ligado por una relación personal estrechísima con el General Baquedano, con Velásquez con Latorre, con Lynch, con Aldunate y con casi todos los actores prominentes de estas páginas, he necesitado apretar el corazón con la mano para que esos sentimientos no desvíen la imparcialidad de mi pluma y juzgar sus actos con criterio de verdad, discerniéndoles el honor que les corresponde no omitiendo a veces comentarios y observaciones que me habría ¿ido muy grato no tener que hacer.

Una de las características de la Guerra del Pacífico es el predominio casi sin contrapeso del elemento civil, que mantuvo la preeminencia en la dirección general, dejando a los militares desenvolverse libremente en los combates. La campaña giró en Santiago alrededor de Pinto y de Santa María, que la dirigían personalmente; en el Perú, de Sotomayor y de Vergara y, después, de Novoa y de

¹ A pesar de que Bulnes lo puso como conclusión del tercer volumen, hemos preferido usarlo como prólogo.

Lynch, que era un semicivil, un marino repudiado por sus compañeros de profesión, que no lo aceptaron en la Armada, la cual le obligó a buscar un puesto en los transportes y a desempeñar funciones administrativas como la Jefatura Política de Tarapacá que siempre fue cargo civil.

La formación del Ejército contribuyó a darle igual sello a la campaña. A la fecha de la declaración de guerra en Febrero de 1879 constaba apenas de 2.000 hombres. La única preparación de la oficialidad había sido la guerra de Arauco y se había formado una masa militar que tenía una gran resistencia para vivir a la intemperie y con una obediencia ciega por la escala de grados. Esos 2.000 hombres y ese personal escaso de oficiales se repartió en el Ejército que hizo la campaña del Perú. No podría decir con exactitud cuántos hombres pasaron por los cuadros, pero es indudable que excedieron de 70.000. Esto le imprimió a la campaña el carácter que he anotado: es la Nación en armas la que forma sus filas.

Le guerra fue por parte de Chile, defensiva de su nacionalidad. Hubo un plan para suprimirlo y se propuso desarmar a los conjurados. Si queda en sus manos el salitre de Tarapacá, habría dado al Perú armas, buques, proyectiles que habrían condenado a Chile a vivir en continua zozobra. Su deber era cerrar la era de la guerra y garantizar con su propia seguridad la paz de América.

Tarapacá no era un territorio nacional. Sólo tenía un 10% de población autóctona. El territorio mismo estaba poblado e industrializado por el brazo y el capital chilenos.

Cierro estas páginas con un voto que arranca de mi corazón de chileno y de americano. La familia se constituyó para que sus miembros se ayudaran entre sí en las eventualidades de la vida. Las nacionalidades que la forman están unidas por la comunidad de destinos, de deberes de responsabilidades en el presente y en el futuro. Que no lo olviden, poniendo de su parte unas y otras, la magnanimidad que cicatriza las heridas, que alivia los dolores pasados y abre para todos un porvenir de luz y de justicia.

Libro I

Capítulo 1

Relaciones de Chile y Bolivia antes de 1879

\Cuando los pueblos americanos se emanciparon de España, sus límites territoriales no estaban bien determinados. Algo comprensible si se piensa que esas divisiones eran administrativas e internas. La Madre Patria sólo tenía interés político en los linderos coloniales con Portugal. Los pleitos surgieron cuando las colonias se transforman en Repúblicas independientes.

Las nuevas Repúblicas adoptaron como principio común de demarcación, el límite administrativo que tenían en el momento de su separación de España. Esto se llamó el *uti possidetis* de 1810.

El Gobierno de Bulnes tiene el mérito de haber procurado establecer los límites de Chile en el norte y en el sur. En efecto, entre 1841 y 1843 fijó el límite septentrional del país en el paralelo de Mejillones, y en el sur, en el Estrecho de Magallanes, fundando una colonia que se llamó Fuerte Bulnes, hoy Punta Arenas.

En 1842 se descubrieron en Perú grandes depósitos de guano. El Gobierno de Chile envió una comisión a explorar las costas del norte, hasta el paralelo de Mejillones con el objeto de reconocer si existían en ellas depósitos similares. El informe fue poco favorable; sin embargo. Bulnes envió un mensaje al Congreso proponiendo un proyecto de Ley que declaraba los guanos situados al sur del paralelo 23° de latitud meridional propiedad de la República, por estar dentro de los límites de su territorio. En este documento se indica como límite norte de la exploración el paralelo 23° 6'. Este proyecto se promulgó como en octubre de 1842 y bajo la forma de una medida de hacienda quedaba sancionado que el límite norte de Chile era la bahía de Mejillones. Se disponía que los guanos situados al sur de ese punto eran propiedad nacional, que caería en comiso todo buque que los cargara sin el permiso del Gobierno de Chile y que el Presidente podría gravar su exportación con un derecho de aduana.

Bolivia protestó alegando que su límite austral no era el límite 23° de latitud sino el 26°. La divergencia giró alrededor de esos tres grados hasta 1866, en que fue firmado un tratado con el que se creyó solucionarla.

Desde ese día fueron frecuentes los conflictos de jurisdicción entre las autoridades chilenas y bolivianas, iniciándolos un pequeño barco boliviano, el General Sucre,

que apresó en Mejillones al Rumenia, de matrícula chilena, y lo llevó a Cobija. En 1846 la Janequeo, de nuestra marina de guerra, llevó gente a Angamos a establecer una explotación industrial. Al año siguiente un buque chileno, el Martina, embarcó guano en Mejillones y en Santiago se recibió una reclamación diplomática. Contestó el Ministro de Relaciones Exteriores, don Manuel Camilo Vial: "El bergantín Martina ha hecho la explotación de guano en el territorio de la República de Chile". Poco después una compañía constituida en Chile inició trabajos de explotación de guano en Mejillones.

Los Presidentes Manuel Montt y José Joaquín Pérez siguieron el camino que les trazara la administración Bulnes. En 1857 la Esmeralda, mandada por el Capitán José Anacleto Goñi, apresó en Mejillones un buque guanero, el Sportsman, y lo condujo a Caldera y el Capitán Williams Rebolledo desbarató una explotación que hacía con permiso de Bolivia el brasileño Pedro López Gama.

En el intertanto, los investigadores registraban los archivos coloniales, destacándose por Chile Miguel Luis Amunátegui y por Bolivia José María Santibáñez; los diplomáticos realizaban infructuosos esfuerzos y las tentativas conciliatorias proliferaban aunque sin resultados. La controversia hizo crisis en 1863, cuando el Congreso boliviano facultó en secreto al Ejecutivo para declarar la guerra a Chile.

Cuando los ánimos estaban más exaltados, sobrevino una situación inesperada que modificó la política de los pueblos del Pacífico: la guerra de España al Perú. Los países del Pacífico se alarmaron y Chile, Bolivia y el Ecuador hicieron propia la causa del Perú, mientras una corriente fraternal soplaba sobre las Cancillerías. Bolivia y Chile procuraron terminar la cuestión de los guanos, tomando Bolivia la iniciativa. Las relaciones interrumpidas se reanudaron y Chile acreditó como Ministro en La Paz a Aniceto Vergara Albano, mientras Bolivia designaba en Santiago a Juan R. Muñoz Cabrera.

Era entonces Presidente de Bolivia el General Mariano Melgarejo, caudillo militar que se había impuesto por las armas, derrocando al Presidente anterior, procedimiento sancionado por el uso en aquel país. Melgarejo propuso un arreglo que se convirtió en el Tratado de 1866.

Este Tratado dispone:

- a. El límite internacional será en adelante el paralelo 24°, el que fijarán en el terreno "por medio de señales visibles y permanentes", "desde el

- Pacífico hasta los límites orientales de Chile", peritos designados por ambos países.
- b. Se partirán por mitad entre Chile y Bolivia los derechos de exportación que paguen el guano y los minerales de la zona comprendida entre el paralelo 23° y el 25°.
 - c. Bolivia habilitará una aduana en Mejillones para percibir los impuestos de esas exportaciones, en la que tendrán "derecho de vigilancia" empleados fiscales chilenos. Lo mismo podrá hacer Bolivia si Chile establece alguna oficina fiscal en el paralelo 24°.
 - d. Todo lo demás que se exporte de esa zona estará libre de impuesto, como lo estarán también los productos naturales de Chile que se introduzcan por Mejillones.
 - e. Ambos Gobiernos determinarán de común acuerdo el sistema de explotación y venta del guano y "los derechos de exportación sobre los minerales".
 - f. Chile y Bolivia se obligan a preferirse en caso de enajenación de esos territorios y a no cederlos a ninguna nación, sociedad o particular.
 - g. Se abonarán 80.000 pesos, sacándolos del 10% del producto de Mejillones, a los concesionarios de Bolivia en la explotación del guano, cuyos trabajos fueron suspendidos por el Gobierno de Chile.

Algunas de estas estipulaciones provocaron graves dificultades, en especial la medianería para el guano y los metales que se exportaran entre los paralelos 23 y 25°, como asimismo eso de que la aduana de Mejillones debía ser "la única" habilitada al norte del paralelo 24°. Cuando se descubrió salitre cerca de Antofagasta, Bolivia alegó que Chile no podía ejercer "derecho de vigilancia" en la aduana de esa ciudad. También fue motivo de discordia determinar si el salitre recién descubierto era "mineral", es decir, substancia metalífera (Chile) o no (Bolivia), algo muy importante para dividir por mitades los derechos de exportación.

En Bolivia se ha considerado este Tratado como obra de Chile, soplado al oído del General Melgarejo. Pero, si se le mira bien, no era desfavorable a Bolivia. Con él obtuvo que Chile retirase su deslinde internacional del paralelo 23° al 24° y que le reconociese la mitad de los guanos que la ley de 1842 había declarado propiedad chilena.

La parte más grave de este documento era su carácter condicional, porque si bien esta palabra no se encuentra en él, fluye de todas sus disposiciones. Si Chile reconocía a Bolivia la propiedad de una parte del territorio disputado, era en el concepto de que Bolivia cumpliera lo referente a los guanos y minerales.

Antes de mucho tiempo, ambos países estaban descontentos del Tratado. Bolivia, inspirándose en los alegatos históricos de sus publicistas, lo apreciaba como una concesión graciosa de una parte de su territorio. Chile creía haber regalado terreno indiscutiblemente propio, sin obtener la solución pacífica que buscaba al suscribirlo, en realidad el Tratado no resolvía nada, dejaba todo pendiente y abría la puerta a dificultades mayores que las que tuvo en vista resolver.

Se ha dicho que este tratado fue una celada chilena para apoderarse del litoral. La verdad es que según antecedentes hasta hoy desconocidos, el propio Melgarejo pidió a Chile su ocupación.

Vergara Albano, Ministro en La Paz, escribía a Santiago el 15 de Junio de 1866:

Ayer me ha llamado el General Melgarejo para pedir por mi conducto al Gobierno de Chile que le envíe una guarnición de 50 soldados chilenos con sus respectivos oficiales que resida en Cobija y esté sometida a las inmediatas órdenes del Prefecto General de aquel departamento. El General Melgarejo tiene muy graves motivos para no enviar fuerzas de Bolivia a aquel punto y, como tiene suma confianza en la disciplina, moralidad y decisión de las tropas de Chile, prefiere que el puerto de Cobija y sus caletas inmediatas sean defendidos por una guarnición chilena.

El Presidente de Chile José Joaquín Pérez, acogió la petición de Melgarejo y más tarde el Gobierno boliviano amplió su pedido a 100 hombres. Sin embargo medidas dilatorias del Ministro en Santiago, señor Muñoz, dejaron sin efecto la decisión.

Melgarejo fue derrocado por una revuelta militar y el Congreso boliviano declaró nulas todos los actos de ese Gobierno. Con todo, en un nuevo esfuerzo para facilitar el cumplimiento del Tratado vigente, se acreditó como Encargado de Negocios de Chile en La Paz a Santiago Lindsay y Bolivia nombró plenipotenciario ad hoc para tratar con Lindsay al Ministro de Relaciones Exteriores Casimiro Corral. Los negociadores llegaron a acuerdo y vaciaron sus ideas en un convenio que tiene fecha 5 de Diciembre de 1872, destinado a aclarar el de 1866.



Presidente Aníbal Pinto Garmendia

Este convenio dejó firme el deslinde internacional en el paralelo 24° y la medianería, pero reglamentó ésta, concediendo a Chile el derecho de vigilar todas las aduanas que Bolivia estableciera entre los grados 23 y 24, y a este último país las que nosotros estableciéramos entre los grados 24 y 25. Como punto muy importante se reconocía como "minerales" al salitre, al bórax, a los sulfatos, etc. Finalmente, los límites orientales de la zona común los fijarían peritos de ambos

países y en caso de desacuerdo lo haría un tercero nombrado por el Emperador del Brasil.

Chile recibió este convenio con poco agrado, pero lo aprobó. El Congreso boliviano, en cambio, aplazó su examen. Por esos mismos días, el país del altiplano había celebrado el tratado secreto con el Perú. Al Ministro Lindsay sucedió en La Paz Carlos Walker Martínez, quien fue enviado por nuestro Gobierno, ignorante de las negociaciones entre Perú y Bolivia.

Esta es a grandes rasgos la desgraciada historia del Tratado de 1866. No diré que Chile estuviera siempre en la razón: la terquedad se extremó un día de este lado, aquél del otro. En general, Bolivia procedía como cualquiera otra nación lo hubiera hecho; pero también debe tenerse presente que toda exigencia de Chile envolvía una reciprocidad onerosa para él.

La declaración de la Asamblea boliviana sobre el convenio Lindsay-Corral debió precipitar los acontecimientos; felizmente no sucedió así y se iniciaron negociaciones que terminaron en el Tratado de 1874. Pero conviene que el lector conozca un incidente que en aquellos días tuvo gran resonancia.

Vivía en Chile una colonia de emigrados bolivianos y parece ser cierto que dos de ellos, el General Quintín Quevedo y el ex Ministro Mariano Donato Muñoz, se entendieron con algunos chilenos, quienes les proporcionaron recursos para provocar un cambio de Gobierno en Bolivia.

En julio de 1872 escapó de Valparaíso el buque María Luisa, con un cargamento de armas y destino desconocido. Después hubo una denuncia del Vicecónsul boliviano contra el buque Paquete de los Vilos, pero la inspección de las autoridades del puerto no descubrió armas ni municiones. En vista de esto, zarpó, llevando a bordo nada menos que a Quevedo, Muñoz y otros confabulados. Los dos buques se juntaron más al norte y llegaron a Antofagasta, donde desembarcaron 46 hombres armados, huyendo las autoridades bolivianas. Más tarde, Quevedo, derrotado, se refugió en el buque chileno Esmeralda.

El Ministro de Bolivia en Santiago, Rafael Bustillos, culpó al Gobierno de Chile en una nota oficial, y como el diplomático dejara pasar el plazo que se le dio para concretar cargos, la Cancillería chilena cortó relaciones con él y denunció su conducta al Gobierno de La Paz.

El Gobierno de Pardo, en el Perú, explotó la suspicacia de Bolivia, haciendo a la política chilena y no a Quevedo el verdadero responsable de los actos relatados. Más aún, aprovechando la circunstancia de que una parte de la desvencijada

escuadra chilena se encontraba en Tocopilla y Mejillones en esos días, el Ministro del Perú en Santiago entregó una prótesis que terminaba con la frase: "El Perú no sería indiferente a la ocupación del territorio boliviano por fuerzas extrañas".

La llegada a La Paz del nuevo Encargado de Negocios de Chile Carlos Walker Martínez, en 1873, coincidió con una gran agitación anti chilena, que más tarde describió con estas palabras: *"No se puede tener idea de la mala voluntad que en aquella época dominaba en Bolivia respecto a nosotros:- La prensa del Perú atizaba el incendio con exageraciones inconsultas. El Gobierno de Lima ofrecía sus blindados y monitores y la palabra guerra se oía repetir a menudo en los círculos privados y más de una vez en reuniones públicas. Nuestra prensa subió también el tono y fue amarga"*.

Como consecuencia de las gestiones de Walker Martínez con el Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia, Mariano Baptista, hombre de bien y de talento esclarecido, se convino el Tratado de 1874, que derogó el de 1866. Sus principales disposiciones son las siguientes:

El límite entre ambos países se conservó en el paralelo 24° y el oriental de Chile en el *divortio aquarum* de la Cordillera de los Andes. En cuanto a la medianería, se la suprimió excepto para el guano. Respecto a los minerales, Chile renunciaba al derecho de exportación de aquellos ubicados entre los grados 23 y 24 y Bolivia se comprometía a no aumentar las contribuciones existentes durante 25 años sobre los capitales e industrias chilenos y a mantener como puertos mayores Antofagasta y Mejillones. Era la disposición fundamental del Tratado y se redactó así:

"Artículo 4º.- Los derechos de exportación que se impongan sobre los minerales explotados en la zona de terreno de que hablan los artículos precedentes (paralelos 23 y 24) no excederán la cuota que actualmente se cobra; y las personas, industrias y capitales chilenos no quedarán sujetos a más contribuciones, de cualquiera clase que sean, que a las que al presente existen. La estipulación contenida en este artículo durará por el término de 25 años".

Este artículo pretendía dar garantías a los cuantiosos capitales chilenos que se empleaban en la región minera de Caracoles y en las empresas salitreras de la costa.

Se estipuló el arbitraje para todas las disidencias que pudiera suscitar el Tratado y se declaró libre el comercio de los productos naturales de uno y otro país en la zona de la antigua medianería.

El Tratado de 1874 suscitó una oposición formidable en Bolivia y hubo un momento en que el Gobierno se encontró impotente para dominarla, especialmente en lo relativo al artículo 4º que era el que hería la política financiera del Perú. Por fin, después de una encarnizada lucha se le aprobó. Walker Martínez describe así el desenlace:

"La sesión de la Asamblea esa noche fue una de aquellas famosas sesiones de la revolución francesa: tumultos, olas de pueblo, pasiones encontradas, amenazas atrevidas, nada faltó... Yo desde mis balcones oía el rumor de la plaza y hasta mis oídos llegaban los gritos de uno y otro bando en que se dividía la opinión ¡Muera Chile! ¡Viva Chile! ¡Viva Baptista! ¡Muera!"

En Chile el Congreso lo aprobó sin dificultad.

A primera vista no se explica la ardorosa oposición que el pacto encontró en Bolivia. Solucionaba dentro de la justicia una situación que ella declaraba insoportable, como era la medianería, y si bien quedaba obligada por 25 años a no alterar los impuestos vigentes en el litoral y a no poder imponer nueva contribución de cualquier especie en ese lapso a las industrias chilenas, esa restricción existía ya. En efecto, Caracoles, donde estaba concentrada la mayor riqueza minera, estaba situado en el terreno de explotación común, donde el arancel aduanero no se podía modificar sin el consentimiento de Chile.

Como una de esas curiosas contradicciones de que está sembrada la historia, debe recordarse que Baptista, el honesto y elocuente parlamentario que describía ahora la impopularidad y las iras de la opinión por obtener la aprobación del Tratado, era el mismo que había suscrito pocos meses antes el pacto secreto con el Perú, como Ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Ballivián.

¿Cedió Baptista a la influencia de un Presidente nuevo como Frías, que tenía otras miras de política exterior que su antecesor? ¿Creyó Baptista en 1873 que realmente Chile pretendía anexarse el litoral con procedimientos arteros como la expedición de Quevedo y se desengañó después, al persuadirse de los ardientes anhelos de paz del Plenipotenciario chileno?

Un esforzado explorador chileno, José Santos Ossa, asociado con Francisco Puelma, descubrió salitre en 1866 en las pampas del litoral boliviano, en Salar del Carmen. El audaz cateador plantó su carpa en las arenas solitarias en que se levanta hoy Antofagasta. Se consiguió entonces una concesión que heredó más tarde la "Compañía de Salitres de Antofagasta" y que comprendía 5 leguas de terreno salitral y 4 más para cultivos agrícolas, en propiedad. Los concesionarios se comprometieron a construir un muelle.

A fin de obtener liberación del impuesto de exportación, Puelma y Ossa traspasaron sus derechos a una sociedad cuya razón social era "Compañía Explotadora del Desierto de Atacama", la que consiguió en La Paz la liberación solicitada y el privilegio de explotar salitre por 15 años, a cambio de pago de 10.000 pesos por una vez y la construcción de un camino de 25 a 30 leguas que terminase en Antofagasta. Asimismo, se les amplió la extensión de la concesión y se especificó que esta explotación en el desierto de Atacama era exclusiva.

Estos privilegios eran tan extremados que el pueblo boliviano protestó con razón. Pero el Presidente Melgarejo los confirmó en 1868. Después del triunfo de la revolución, por decreto de 1872, se declaró "nulas y sin ningún valor las concesiones de terrenos salitrales y de boratos que hubiese hecho la administración pasada". La "Sociedad Explotadora del Desierto de Atacama", que ahora se llamaba "Melbourne, Clark y Cía.", había efectuado grandes inversiones y fue exceptuada de la nulidad, pero se restringió su privilegio a una zona de 15 leguas, en Salar del Carmen y en Salinas. En 1873 se le amplió nuevamente su extensión y se pasó a llamar "Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta". Esta compañía estaba al margen de todo impuesto o contribución por la recién mencionada decisión de 1873 y, enseguida, por el Tratado de 1874, de carácter general.

Entretanto, otro problema comenzaba a surgir, y era el desarrollo de la población y de la riqueza chilenas en el litoral. Se calculaba que el 93 o 95 % de esa población era de nuestra nacionalidad. El pequeño coeficiente boliviano lo formaban los empleados públicos, los policías y la guarnición. El capital invertido en los puertos, en las empresas mineras y salitreras era totalmente chileno. El importante mineral de Caracoles determinó una fuerte corriente inmigratoria desde el centro del país. La "Compañía de Salitres de Antofagasta" tenía invertido 1 millón de libras esterlinas.

El fuerte capital desembolsado exigía garantías, la población necesitaba jueces, policía, autoridades administrativas dignas de inspirar confianza, y Bolivia no

podía dárselos porque ella misma no los tenía. Sería injusto hacer cargos a Bolivia por las deficiencias de los servicios públicos del litoral, desde que era el juguete de mandones que burlaban sus derechos y atropellaban sus leyes y su honor. Pero no puede desconocerse que esto creaba un conflicto permanente entre los chilenos y las autoridades bolivianas. Los chilenos, dueños de todo, recordaban que ese territorio había sido de Chile, que lo había cedido a cambio de condiciones que no se habían cumplido y protestaban que la nación dejase entregados a su suerte a sus hijos más audaces. Organizaron sociedades secretas, pero no obtuvieron que los Presidentes Errázuriz y Pinto apoyaran sus gestiones de independencia. Se necesitaba una gran prudencia de parte del Gobierno de Bolivia para no provocar un conflicto. Se requería la mano diestra de un político de tino para evitarlo, y Bolivia no lo tuvo.

Capítulo 2

Chile y el Perú antes de 1879. El tratado secreto

La historia de Chile está íntimamente enlazada con la del Perú, desde principios del siglo XIX. La emancipación de este último país es en gran parte obra de Chile, y no lo fue totalmente por errores políticos y estratégicos del general que mandaba sus fuerzas. La Expedición Libertadora casi agotó a Chile y hubo de enviarse un segundo contingente militar en 1823.

Después de algunos años, Bolivia, regida por el General Santa Cruz, conquistó el Perú, penetrando en él a sangre y fuego y fusilando al Presidente del país vencido. Así se organizó la Confederación Perú—Boliviana.

Chile no consideró compatible con su seguridad la formación de ese gran Estado y envió al Perú un ejército mandado por Blanco Encalada, que fracasó, y después otro a cargo del General Bulnes, quien recorrió el Perú a paso de vencedor y fue a buscar y a derrotar al enemigo en el fondo de sus apartadas montañas. Esta campaña, hecha en favor del Perú, que no le costó una pulgada de suelo, ni siquiera una indemnización de guerra, hirió sin embargo profundamente su amor propio y dejó en su corazón un fondo de rivalidad que orientó su política.

Vino después la guerra con España, que se había apoderado de las islas Chinchas, y Chile salió en defensa del Perú por cuarta o quinta vez. Resultado: vació sus arcas, contrajo un empréstito y presenció cruzado de brazos que le despedazaran a balazos su primer puerto.

En esa época Perú compró los buques que figuran en la guerra del Pacífico, con excepción de la Unión y del Pilcomayo. Esa superioridad naval imprimió a su política un giro arrogante e inspiró los planes económicos de Pardo fundados en la adquisición de la totalidad del salitre, que encontraron expresión en el tratado secreto de 1873.

Chile se propuso equilibrar el poder naval y encargó a Europa dos blindados superiores a los peruanos y argentinos. Esos buques empezaron a llegar a Valparaíso en 1875 y desde entonces nuestras relaciones con el Perú se normalizaron.

Durante ese tiempo, lo que produjo reclamaciones frecuentes de Chile en el Perú fue el mal trato que daban las autoridades peruanas a nuestros connacionales, desparramados en las pampas salitreras de Tarapacá, en el ferrocarril de la Oroya, en el de Mollendo a Puno, en el de Ilo a Moquegua. Hubo una época en el Perú, la

del guano, que tiene algo de fantasía de las "Mil y Una Noches". Los millones del guano corrían por el mercado de Lima improvisando fortunas colosales. El vapor penetraba por las soledades de los Andes por dos puntos a la vez y trepaba alturas que tal vez hoy mismo no han sido superadas. Cuando sonó la hora de la rendición de cuentas, las empresas se paralizaron y los trabajadores chilenos se recogieron a las ciudades, hambrientos y enfermos.

En el Perú había prevención contra el chileno que trabajaba y moría por labrar su progreso y fue necesaria ampararlo con energía. La guerra fue, en parte, un arreglo de cuentas entre el trabajador chileno y el país que lo había hostilizado. Pero estas reminiscencias no explican suficientemente lo sucedido en 1879. Hay que buscar en otra parte la explicación de la actitud del Perú y ella se encuentra en la política económica.

En 1872 fue elegido Presidente del Perú Manuel Pardo. El país estaba en bancarrota. El guano, la principal riqueza del Estado, declinaba. Pardo creyó necesario revelar toda la verdad y así lo hizo en un acto público memorable.

Una de las causas de la situación era la competencia que hacía el salitre al guano. Uno y otro se estorbaban y el régimen legal de ambos abonos era distinto. El guano era propiedad del Estado y el salitre se explotaba por cuenta particular. Pardo optó por reunir en una mano el guano y el salitre, o sea, extender al salitre el régimen que se aplicaba al guano: el monopolio fiscal. Pero esto presentaba un grave inconveniente. El negocio del salitre estaba radicado en Chile y los industriales chilenos habían sido los primeros en Tarapacá.

En 1873, el Congreso peruano dictó la ley del Estanco que limitaba la producción del salitre a 4.500.000 quintales españoles y autorizaba al Gobierno para comprar esa producción a precio fijo. La producción excedió al consumo el precio bajó. Se facultó entonces al Gobierno, en 1875, para comprar las salitreras.

En el período de esta gestión se descubrió salitre en Tocopilla, en territorio netamente boliviano al norte del paralelo 23°. Como la combinación fracasaba si el Perú no tenía en su mano la totalidad de la producción salitrera, Pardo se entendió con Bolivia y consiguió que arrendase esos terrenos a un agente suyo, a cambio de un canon mensual y sin obligación de trabajarlos. Este agente traspasó su contrato al Gobierno peruano.

Suprimido el peligro en Tocopilla, apareció en Antofagasta.

Aunque los caliches de Antofagasta son de ley más pobre que los de Tarapacá, tenían en su favor la exención del impuesto de exportación que les concedía el

Tratado de 1866. Al peligro de Antofagasta se agregó el de Taltal, en 1878, donde se establecieron los salitreros chilenos de Tarapacá, cuando Pardo los despojó de sus propiedades.

Las disidencias entre Chile y Bolivia, a propósito de la medianería, trajeron en 1872 interpelaciones en la Cámara de Diputados boliviana al Ministro de Relaciones Exteriores, sobre las relaciones con Chile. La Asamblea autorizó por una ley al Ejecutivo para solicitar la alianza con el Perú. Este fue el origen del Tratado secreto entre el Perú y Bolivia de 6 de Febrero de 1873.

El Perú, partiendo del supuesto de que Chile procuraba anexarse el litoral de Bolivia, salía a la palestra en son de caballero armado en su defensa. La conveniencia de Bolivia era aprovechar que Chile carecía de fuerzas marítimas y había que andar rápido porque Chile hacía construir dos blindados en Inglaterra.

Esta era la idea. La manera de realizarla, la siguiente.

Bolivia declararían que no respetaba el tratado de 1866 y ocuparía el territorio a que alegaba derecho, es decir, toda la zona salitrera. Naturalmente, Chile no soportaría el ultraje y declararían la guerra. Había que procurar que la iniciativa de la ruptura partiera de Chile. Después se solicitarían de Inglaterra el embargo de los buques chilenos en construcción y entrarían en acción el Perú y la Argentina. Se obligaría a Chile a ir al arbitraje, con el Pacífico dominado por sus enemigos y con el territorio en disputa ocupado por Bolivia.

Nunca corrió Chile mayor peligro de quedar reducido a aquel sobrante que no le interesaba a ninguno de los complotados. La ventaja de cada uno era clara. Bolivia crecería tres grados sobre la costa; la Argentina se apoderaría de todos nuestros territorios orientales hasta donde quisiera; el Perú se haría pagar por Bolivia la región salitrera.

Todo esto se puede probar con documentos inéditos y reservados de la Cancillería de Lima.

En nota reservada del Ministro Riva Agüero a su representante diplomático en Santiago. Novoa, se dice, el 20 de Noviembre de 1872:

"No podríamos permitir que Chile, rompiendo el equilibrio americano, se hiciese dueño de un litoral que no le pertenece. Si Chile, prevalido de esa cuestión de límites, acecha la mejor oportunidad para apoderarse de aquel litoral, es preciso de que sus planes se desarrollen antes de que esté en posesión de los blindados que hace construir, a fin de que pueda pesaren la

resolución definitiva la influencia que hoy podemos ejercer mediante nuestra preponderancia marítima".

El tratado secreto tiene seis disposiciones principales que son:

1. La alianza garantizará a Bolivia su litoral o, como se dice, la integridad de su territorio.
2. Considerará como ofensa a Bolivia cualquier exigencia de otra potencia de legislar conjuntamente con ella en su territorio medianero o de pretender que Bolivia varíe las leyes que ahí se diere en ejercicio de su soberanía.
3. Las Partes se reservan el derecho de decidir si la ofensa recibida por la otra es causa de intervención en su favor.
4. Restricción de celebrar tratados de límites u otros arreglos territoriales sin conocimiento previo del aliado.
5. Pedir la adhesión al tratado de otra u otras naciones americanas (como Argentina, por ejemplo).
6. El tratado sería secreto.

Este documento dejaba a Bolivia en poder del Perú y al Perú frente a Chile. Bolivia quedaba con los brazos atados porque, aun deseándolo y conviniéndole, no podía fijar sus límites con Chile, ni celebrar un nuevo tratado, ni establecer compensaciones territoriales, sin la anuencia del Perú.

¿Qué interés tenía el Perú para buscar el papel de beligerante entre Chile y Bolivia? ¿Se afectaba su soberanía con que Chile poseyera hasta el paralelo 24° o 23°? No cambiaba de vecino porque en todo caso quedaba una zona boliviana intermedia entre sus fronteras y las de Chile, que comprende los puertos de Tocopilla y Cobija. La raíz de esta política se encuentra en su preponderancia naval y el lustre de un triunfo en el Callao en 1866. Pardo se creyó en aptitud de realizar la vasta combinación del salitre, para lo cual era necesario subordinar Bolivia al Perú y despojar a Chile de sus territorios del Norte.

Para la mejor inteligencia del tratado secreto es preciso volver a la negociación Lindsay—Corral de 1872. Este instrumento diplomático, firmado en Diciembre de ese año dejaba en vigencia el 1866 prescribía reglas para su aplicación, solucionan-
la® mayores dificultades suscitadas en los años anteriores. Este T alarmó al Perú, cuyo Gobierno acreditó entonces en La Paz al agente diplomático Aníbal Víctor de

la Torre, con la siguiente misión: obtener del Congreso boliviano la ratificación del tratado secreto e influir en la desaprobación del convenio Lindsay-Corral.

La Torre obtuvo pleno éxito en su misión. El tratado secreto fue ratificado por la Asamblea boliviana el 2 de Junio de 1873, y el Convenio chileno—boliviano, aprobado ya administrativamente en Chile, fue aplazado por el Congreso boliviano, lo que provocó gran tirantez entre Bolivia y nuestro país.

Santiago Lindsay volvió a Chile y le reemplazó, como vimos, el agente diplomático Carlos Walker Martínez. Las gestiones que este destacado personero chileno hizo en La Paz disgustaron a Lima, temerosa que sus negociaciones, que culminaron en el tratado de 1874, dañaran los acuerdos peruano—bolivianos. Se instó, pues, al Gobierno de La Paz a que tomara "una actitud resuelta" y pusiera término a las "incertidumbres", a fin de llegar a una "situación clara y terminante en las cuestiones con Chile".

La negociación peruano—argentina de 1873 está más envuelta en misterio que las gestiones con Bolivia. De los documentos oficiales secretos que he tenido a la vista se desprende que el Presidente Sarmiento y su Ministro de Relaciones Exteriores, Carlos Tejedor, adhirieron al Tratado y lo recomendaron al Congreso: que la Cámara de Diputados lo aprobó por gran mayoría y votó los fondos para la guerra. Las gestiones de Pardo en Buenos Aires las hizo Manuel Irigoyen.

El Ministro Tejedor tenía el temor de que la alianza peruano- boliviano—argentina creara la alianza chileno—brasileña. Además pidió, para adherir al tratado: 1º que Bolivia arreglara sus límites con la Argentina y 2º que la ruptura del tratado de 1866 no obligara a la Argentina a acudir con sus elementos navales y militares en defensa de Bolivia. Se le dieron seguridades sobre ambos puntos.

Pero Tejedor tenía sus dudas acerca de la conveniencia de un acuerdo que incluyera a Bolivia, país que no podía proporcionar a Argentina apoyo naval ni militar contra Chile. Claro que Lima no podía aceptar una insinuación en la materia, porque lo que necesitaba para sus fines económicos era que Bolivia pusiera fuego a la pólvora y que entonces acudieran los aliados a defenderla.

El Ministro de Chile en Buenos Aires, Guillermo Blest Gana, estaba en esa ciudad cuando se celebraron las sesiones en que se discutió la triple alianza. Con todo, la adhesión argentina no fue fácil de determinar. En carta de Diciembre de 1873, Walker Martínez le decía desde La Paz a Godoy, nuestro agente en el Perú:

"Sobre la alianza de que se ha hablado, de esta República con la República Argentina y el Perú, en este país todo el mundo juzga que es una patraña. El Ministro del Perú, señor La Torre, cuando se ha tratado del asunto, se ha reído a carcajadas y ha protestado públicamente contra semejante alianza. Lo ha hecho tan en público y con tanta franqueza que o me parece que no sabe nada de lo que hay o realmente no hay nada hasta ahora definitivo".

A principios de 1874 se confirmó, por informaciones de Brasil, que la triple alianza existía. Pero teníamos que esperar que zarparan de Inglaterra los blindados en construcción. Todo el año 1873 el Presidente Errázuriz había vivido en continua zozobra y ordenado por telégrafo que se trabajara en ellos de día y de noche. Estaba persuadido que un peligro se dibujaba en el horizonte.

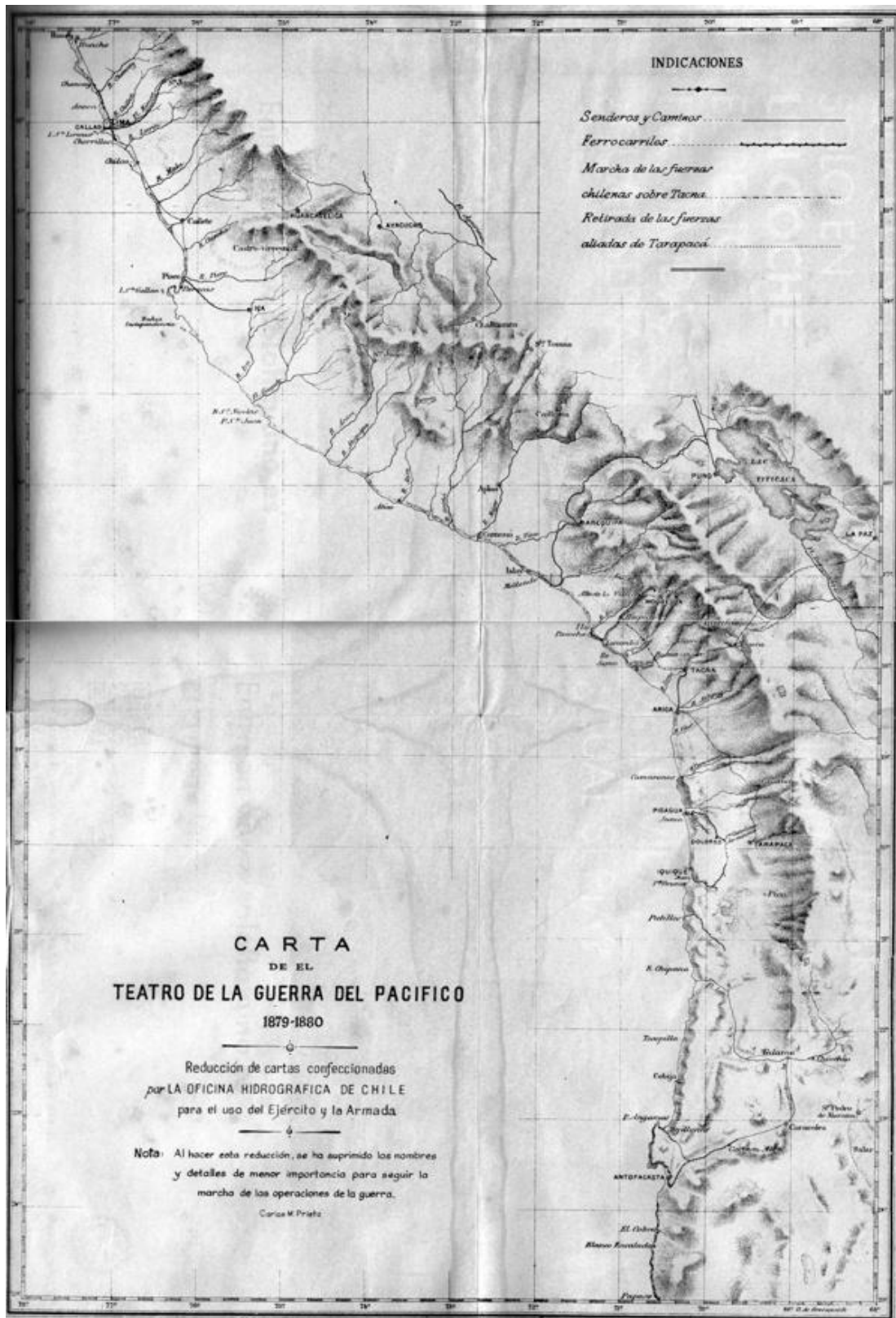
La atmósfera estaba cargada de electricidad y hubo olor a pólvora hasta mediados de 1874. Ese año se nota que la aguja que marca el rumbo de la política boliviana vacila en su orientación. Ya no se inclina con la misma fijeza que antes al Perú. Baptista no está dispuesto a aceptar todas las exigencias del Perú o de la Argentina, especialmente las de Tejedor, concernientes al *uti possidetis* que, en concepto paceño, harían peligrar la soberanía boliviana en Tarija.

Mientras los aliados disentían sobre el *uti possidetis* y sobre la manera de tranquilizar al Brasil, apareció por el Oriente la silueta del blindado chileno Cochrane y todo volvió a su orden normal. El Presidente Errázuriz ordenó que el buque saliera al mar en cualquier estado en que se hallare. Así se hizo y el Cochrane zarpó de las costas europeas sin forro de zinc, pero con su artillería lista, y llegó tan inconcluso que dos años después fue preciso enviarlo a Europa para que lo terminasen.

La política peruana cambió completamente desde ese momento, disminuyendo su presión contra el tratado Walker—Baptista de 1874. Ahora se trataba de evitar la ruptura con Chile que se había propiciado el año anterior. Para ello se dio, incluso, instrucciones a Irigoyen a fin de postergar la adhesión de Argentina al Tratado secreto, estando pendiente en ese momento sólo un protocolo que el Senado argentino pedía.

Así murió esta intriga de la triple alianza de tantas proyecciones, que pudo tener una influencia decisiva en la suerte de Chile si Pardo consigue realizar sus propósitos en 1873 cuando no teníamos los medios de defender el territorio que se nos quería arrebatar.

Es curioso de observar en este incidente la actitud del Brasil.



Cuando Irigoyen propuso la alianza a Tejedor, su primera observación fue el temor que se formase la alianza chileno—brasileña. Hubo de disuadirlo, darle seguridades de que no sucedería. Después cuando Brasil descubrió algo del tenebroso plan, el Perú, temeroso también de la misma alianza, propuso la declaración de que ella no sería sino contra Chile, en ningún caso contra aquél.

La amistad de Chile y del Brasil, fundada en la armonía de los intereses permanentes, fue para Chile garantía de seguridad respecto del Perú y de la Argentina, para lo cual no tuvo necesidad de celebrar tratados, bastándole no contrariar la tendencia amistosa de dos pueblos que no tienen ninguna causa racional de divergencia. Esta es una de las principales lecciones que se desprenden de la historia del tratado secreto.

Capítulo 3

Ocupación de Antofagasta y reacción peruana. Toma de Calama

En otro capítulo manifesté la situación que tenía la "Compañía de Salitres de Antofagasta" después de celebrar con el Gobierno de Bolivia la transacción de 1873; y después del Tratado de 1874, que exceptuaba de toda nueva contribución "de cualquiera clase que fuera" a las industrias chilenas establecidas en el litoral.

En este tiempo la Compañía gozó de la exención del impuesto y si tuvo algún reclamo fue de poca importancia. Otra cosa fue cuando la Asamblea de 1878 le impuso un derecho de exportación de 10 centavos por quintal de salitre.

Era Presidente de Bolivia el General Hilarión Daza. El lector de un país gobernado por leyes, regido por partidos que tienen representación en los poderes públicos, no podría darse cuenta cabal de la situación que soportó el pueblo boliviano bajo el régimen de tiranos como Daza. La base de su poderío era una guardia pretoriana que se imponía por la superioridad del armamento al país y al resto del Ejército. Pueblo no existía. Lo que se llamaba tal era una indiada sumisa que educó el Inca en el despotismo y cuya enseñanza aprovecharon en su beneficio los Belzú, los Morales, los Daza. La tiranía de estos hombres fue consecuencia del sistema que organizó el régimen incásico.

Daza tenía dominada a Bolivia en 1879 y a nadie era lícito discurrir de distinto modo que él. Chile estaba representado en La Paz por Pedro Nolasco Videla como Encargado de Negocios, y le servía de Secretario don Francisco Valdés Vergara. Videla se encontraba muy enfermo y el peso del servicio de la época recayó en el Secretario.

La Asamblea de 1878 desenterró de su archivo la transacción celebrada en 1873 y removiendo un asunto que se consideraba terminado, dictó el 14 de Febrero de 1878 la siguiente resolución:

"Se aprueba la transacción celebrada por el Ejecutivo en 27 de Noviembre de 1873 con el apoderado de la Compañía anónima de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, a condición de hacer efectivo como minimum un impuesto de 10 centavos en quintal exportado".

El Gobierno mandó publicar esta ley por bando en Antofagasta y notificársela al gerente de la Compañía don Jorge Hicks. El directorio solicitó del Gobierno de Chile amparo diplomático.



Presidente del Perú, General Mariano Ignacio Prado

No se trataba tanto, para este último, de la cuantía del impuesto. Pero dejar pasar sin protesta una contribución de 10 centavos era autorizar una de cualquier tipo más adelante. Por otra parte, sin la exención de impuestos, el salitre de Antofagasta no podía competir con el de Tarapacá de yacimientos más ricos.

En Santiago, el Gobierno encontró justificados esos temores y ordenó a Videla amparar las reclamaciones de la Compañía. Este fue el principio del grave conflicto de 1879.



General Emilio Sotomayor Baeza

El Ministro de Hacienda, Salvatierra, convino en dejar en suspenso la ley, hasta encontrar una solución prudente. Su sucesor en el cargo, Eulogio Doria Medina, reiteró esta promesa. Pero la compañía y los bancos chilenos tenían informes

alarmantes en sentido contrario, en que se les comunicaba que el impuesto se iba a hacer efectivo.

Videla recibió entonces la orden de tratar el asunto por escrito y entregó la nota de 2 de Julio de 1878, en la que invitaba al Gobierno boliviano al cumplimiento de la transacción de 1873 y del Tratado de 1874. Pero Daza había resuelto anular las concesiones de la compañía y "echar a los ingleses de Antofagasta", mención a la calidad de ingleses del gerente Jorge Hicks y de otros empleados de ella.

Pasaron tres meses sin que se tuviera respuesta a esta nota. Peor aún, de las conferencias que Videla tuvo con Doria Medina, lo único que se sacó en limpio fue que las concesiones de la compañía no tenían base legal y podían ser anuladas.

El Gobierno de Santiago adoptó entonces una posición más decidida, y en nota de 8 de Noviembre de ese año instruyó a Videla para que advirtiera al Gobierno boliviano que la imposición del impuesto de 10 centavos podía conducir hasta la abrogación del Tratado de 1874 y que, anulado éste, no habría Gobierno en Chile que pudiera ceder de nuevo el territorio situado al sur del paralelo 23°. El 28 de Noviembre, Videla dio lectura a esta comunicación, en una nueva entrevista.

Desde ese momento se ve en el Gobierno de Bolivia una resolución inflexible de poner en vigencia la contribución. La nota que Videla leyó fue estimada por Daza como amenaza, no como advertencia de las consecuencias que podían desprenderse de su negativa.

Antes le seguir adelante, permítaseme puntualizar: en el Gobierno de Chile había dos tendencias: una resuelta a hacerse respetar, que encabezaba el Ministro del Interior don Belisario Prats y que compartía la mayoría de sus colegas; la otra, moderadora, representada por el Presidente de la República, Errázuriz.

El 13 de Diciembre llegó a la Legación chilena la respuesta boliviana a la nota del 2 de Julio. Constaba de dos piezas: una, muy breve, del Ministro de Relaciones Exteriores señor Reyes Ortiz por la que reiteraba el cumplimiento de la ley boliviana. Otra, muy extensa, del Ministro de Hacienda señor Doria Medina.

Sostenía Doria Medina que la cuestión suscitada no era de derecho público sino de orden privado; que la reclamación de la compañía no era más que un incidente de la competencia de los Tribunales, no de las Cancillerías; que la transacción que celebró el Gobierno sucesor de Melgarejo importaba un acto nuevo, privado, en que el Gobierno, dueño de los terrenos salitrales, fijaba libremente sus condiciones al cederlos a un particular. Este arreglo, afirmaba, no se relacionaba en nada con el Tratado de 1874.

Aceptada la doctrina de Doria Medina, el Tratado mencionado excluía de su protección a la "Compañía de Salitre". La exención de derechos, debe recordarse sin embargo, era extensiva "a las personas, industrias y capitales chilenos". ¿Valía la pena celebrar Tratados cuando se respetaban de ese modo?

Videla expresó al Ministro de Relaciones Exteriores señor Lanza que "la ejecución de la ley" era la ruptura del Tratado de 1874. La respuesta del Presidente Daza fue ordenar al Prefecto de Antofagasta que obligara a la compañía chilena a pagar el impuesto desde el 14 de Febrero de 1878, fecha de la resolución de la Asamblea. Asimismo, la gestión del Cónsul General de Chile en Antofagasta, Salvador Reyes, ante el Prefecto, de suspender la medida por algunos días, fue desechada.

En presencia de esto se tomó en Santiago una resolución definitiva: el 3 de Enero, Chile invocó el arbitraje previsto en el mismo Tratado. Esta nota se cruzó con otra del Ministro Lanza en que se aludía al mismo procedimiento. Pero Bolivia imponía como condición previa que la ley se pusiera en vigencia antes de iniciarse juicio arbitral. Esto desbarató las esperanzas.

El Prefecto de Antofagasta, Coronel Severino Zapata, notificó a la compañía, el 6 de Enero de 1879, la orden de pagar los derechos, y como ella no se acatase, el 11 de ese mes mandó trabar embargo en sus bienes. Lo que cobraba el fisco boliviano eran 90.848 bolivianos con 13 centavos. Ante la orden de arresto, el Gerente Hicks huyó al interior, y la compañía paralizó sus trabajos dejando 2.000 desocupados.

En esos días, el Ministro de Perú en La Paz, José Luis Quiñones, escribía a su Gobierno:

"Sé que S.E. el señor General Daza y su Gabinete están resueltos a no cejar un punto en el giro que le han dado a la cuestión, aun cuando el Gobierno de Chile ocupe por la fuerza todo el litoral de esta República. porque quieren aprovechar de que Chile haya declarado rotos los tratados y las cosas queden en el estado que tenían antes de 1866, para procurarse por las vías diplomáticas o por la fuerza, un tratado que consulte la soberanía y los derechos de Bolivia en el litoral, soberanía y derechos que son un sarcasmo según los tratados del 66 y 74, contando para esto con la justicia de la causa y con la lealtad del Gobierno del Perú en el cumplimiento del pacto secreto de alianza de 6 de febrero de 1873".

El 1° de Febrero, por un decreto que firmaron todos los Ministros, Bolivia reivindicó las salitreras detentadas por la compañía. Daza lo comunicó así al Prefecto Zapata, en una carta interceptada por el Coronel Sotomayor en Antofagasta:

"Tengo una buena noticia que darle. He fregado a los gringos (se refiere a Mr. Hicks) decretando la reivindicación de las salitreras y no podrán quitárnoslas por más que se esfuerce el mundo entero. Espero que Chile no intervendrá en este asunto... pero si nos declara la guerra, podemos contar con el apoyo del Perú, a quien exigiremos el cumplimiento del tratado secreto. Con este objeto voy a mandar a Lima a Reyes Ortiz. Ya ve Ud. como le doy buenas noticias que Ud. me ha de agradecer eternamente y como le dejo dicho, los gringos están completamente fregados y los chilenos tienen que morder y reclamar nada más".

El 6 de Febrero el Ministro Lanza comunicó a Videla el decreto de reivindicación de los bienes de la compañía. Este envió un ultimátum pidiendo que en el término de 48 horas se le dijera si Bolivia aceptaba someter la decisión del conflicto al arbitraje, tal como Chile lo entendía.

Entretanto las autoridades de Antofagasta se prepararon para proceder al remate de los bienes de la compañía. Su adquisición por ciudadanos de una potencia extranjera era una eventualidad que el Gobierno de Chile tenía que evitar a toda costa, so pena de que el conflicto con Bolivia lo fuese con una gran nación. La energía de Prats había triunfado sobre el temor del Presidente de dar un paso que abría perspectivas tan graves a su administración y se tomó el acuerdo de ocupar Antofagasta. Se enviaron tropas a Caldera, donde permanecía el Cochrane y el 11 de febrero al conocerse en Santiago el decreto de reivindicación, se envió un telegrama a Videla: *"Retírese inmediatamente"*.

Hasta el último momento, las instrucciones al Encargado de Negocios de Chile, habían sido de encontrar una solución al conflicto. En nota del 5 de febrero, Santiago decía: "Si el Gobierno de Bolivia quiere volver sobre sus pasos y cumplir severamente con las obligaciones del Pacto de 1874, procure US. allanarle de una manera honrosa y satisfactoria el camino", pues estamos "guiados por un espíritu sincero de conciliación y teniendo muy presente que Bolivia es relativamente una nación débil".

Fracasadas todas las gestiones, Videla entregó una última nota que contiene la doctrina tradicional de la reocupación del litoral:

"Roto el tratado de 6 de agosto de 1874, porque Bolivia no ha dado cumplimiento a las obligaciones en él estipuladas, renacen para Chile los derechos que legítimamente hacía valer antes del Tratado de 1866, sobre el territorio a que ese tratado se refiere".

La nota termina anunciando que "Chile ejercerá todos aquellos actos necesarios para la defensa de sus derechos".

El Gabinete Prats no pensó que la situación pudiera llegar al pie en que se encontraba. Creía que Bolivia cedería ante la justicia de nuestro reclamo y ante el sentimiento de su debilidad. En esa confianza se dispersó buscando climas de verano. El Presidente estaba en Valparaíso, Prats en San Bernardo.

En Consejo de Ministros se dispuso que el Cochrane y la O'Higgins marcharan a Antofagasta, llevando dos compañías de desembarco a cargo del Coronel Emilio Sotomayor, jefe de la Escuela Militar, a tomar posesión de la ciudad antes que se verificara el remate.

El 14 de Febrero por la mañana, una escuadrilla compuesta del Blanco, el Cochrane y la O'Higgins aparecieron fondeadas en la bahía de Antofagasta. A las 8 A.M. el Coronel Sotomayor envió un emisario a comunicar al Prefecto Zapata que iba a tomar posesión del puerto. Este último no teniendo sino 40 policías, se limitó a formular una protesta y se retiró a la casa del cónsul peruano. Entretanto bajaban dos compañías a cargo del Coronel Sotomayor, una de artillería de marina y otra de artillería de tierra. La ciudad se cubrió de banderas y la población acompañó a la tropa hasta su alojamiento.

El país acogió la noticia con un entusiasmo ardiente. La actitud del Gobierno fue celebrada en la prensa, en los corrillos, en las reuniones. El Ministerio se sentía fuerte con esa adhesión. El instinto público preveía la cuestión con el Perú y comprendía que había llegado para la República el momento de buscar sus inspiraciones en las páginas heroicas de 1820 y de 1838.

A principios de 1879 representaba al Perú en Chile, como Encargado de Negocios, Pedro Paz Soldán, y Unánue, distinguido poeta. Dada la orden de ocupar Antofagasta el Ministro Alejandro Fierro se la comunicó al diplomático peruano,

quien le ofreció los buenos oficios del Gobierno de su país pidió postergase la medida, a lo que no accedió el Ministro chileno.

Al conocerse la ocupación de Antofagasta la opinión pública peruana se manifestó contra Chile. Hacía cabeza en el movimiento hostil el partido civilista de Pardo. El Presidente era partidario de la paz, pero tenía a su lado ministros que representaban el impulso belicoso de las altas clases sociales y de los intereses salitreros.

Los anhelos de paz de Chile y la invitación al Perú rara que sirviera de mediador están claramente expuestos en una carta privada del Presidente Pinto a nuestro Plenipotenciario en Lima, del 21 de Febrero de 1879. Estos son algunos de sus párrafos:

"Nosotros no nos hemos apoderado del litoral como filibusteros: hemos ido allí obligados por la necesidad de defender nuestros derechos violados".

"Estando siempre dispuestos a aceptar una solución que restablezca las buenas relaciones entre Chile y Bolivia".

"Una vez establecidos en el litoral nos será imposible el abandonarlo. La población de este territorio, como Ud. sabe, es en su gran mayoría chilena y chilenos son en su totalidad los intereses radicados en él. A esto se agrega que la cesión que de ese territorio hicimos a Bolivia nunca fue aprobada por la opinión de este país. Devolver a Bolivia el territorio comprendido entre los grados 23 y 24 sería considerado aquí como la entrega de una de nuestras provincias a una potencia extranjera".

"La única solución posible sería un arreglo en el que nosotros quedásemos dueños de ese territorio en compensación de alguna suma de dinero".

Representaba entonces a Chile en Lima Joaquín Godoy, de talento claro y patriotismo vigoroso, quien captó rápidamente el objeto de la misión especial que llevaba en esa ciudad el Ministro boliviano Serapio Reyes Ortiz, a saber, no sólo gestionar el apoyo del Gobierno basado en el Tratado Secreto, sino ofrecer la cesión al Perú, por 100 años, de toda la región salitrera que estaba en su poder y la que Bolivia obtuviese con su ayuda.

En el gabinete del Presidente Pardo se discutió con latitud el poder de ambas escuadras. El Comodoro Aurelio García y García jefe de la Armada, rebatió al Capitán de Fragata Miguel Grau, diciendo que la Escuadra chilena no tenía la superioridad que se le atribuía. Finalmente el Gobierno resolvió designar a José

Antonio Lavalle como Plenipotenciario en Chile, para ofrecer la mediación del Perú previa la desocupación de Antofagasta.

El viaje de Lavalle tenía por objeto ganar tiempo para reparar los buques, adquirir otros nuevos y obtener la alianza de la República Argentina. Así lo comprueba el apuro que manifestaba Pardo por comprar entre tanto en Europa, "cueste lo que cueste", blindados y torpedos. El Gobierno peruano ya estaba decidido por la guerra y así lo dice en despachos reservados a sus agentes diplomáticos. Sabía muy bien que la desocupación de Antofagasta era una exigencia inaceptable para Chile.

José Antonio Lavalle pertenecía a la más alta clase social de Lima. Era cuñado de Manuel Pardo y había sido representante en Berlín y en San Petersburgo. Durante su misión en Chile orilló los obstáculos con la sagacidad y tino del que juega con cristales, sin quebrar ninguno.

En Chile luchaban en ese momento dos grandes corrientes: de un lado, la popular; del otro, la clase directiva. A semejanza de lo que sucedía en el Perú, el Presidente, Aníbal Pinto, tenía a su lado ministros que simpatizaban con la corriente popular. El principal de ellos era Prats, el Ministro del Interior.

El Presidente Pinto no creía que el Perú tomara parte en la contienda y miraba esa posibilidad con el más profundo sobresalto porque la Hacienda Pública se encontraba casi al borde de la bancarrota. El punto en que chocaban las corrientes era el Tratado Secreto, ya que nadie podía afirmar categóricamente su existencia.

Mientras los amigos de la paz se obstinaban en negar la existencia del Tratado Secreto, nuestra Legación en Lima adquiría cada día nuevas confirmaciones y las transmitía a Santiago. La actitud de Godoy no conseguía, sin embargo, desarmarla enérgica y poderosa corriente de la paz, existiendo tendencias opuestas entre sí en el mismo Consejo de Estado.

De las primeras entrevistas de Lavalle con Pinto y Fierro, se vio que el escollo insalvable era la cuestión previa de la desocupación de Antofagasta y de nada sirvió una proposición "personal" de Lavalle por la que, producida la desocupación, ese territorio se regiría por una administración municipal de Chile, Perú y Bolivia.

En su conferencia con el Ministro Fierro, éste le interrogó sobre la efectividad del Tratado Secreto con Bolivia. Lavalle le contestó que no debía haber nada de cierto porque no se había presentado al Congreso desde 1876 para adelante, en que él era Presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores. Lavalle no mentía, pero faltaba a la verdad...

Luego, con consumada destreza, rechazó el Plenipotenciario peruano una gestión de Santa María, el Presidente Pinto y otros hombres influyentes destinada a ganar tiempo y calmar, entre tanto, las pasiones. Lavalle dijo que como la prensa chilena le presentaba justamente tratando de ganar tiempo para que su país se armara, él no se prestaba para que algún día se afirmara que "el Perú había observado una política pérfida".

La agitación patriótica cundía en Lima por instantes. La prensa llenaba sus columnas con literatura guerrera y su actitud se enardecía con el tono no menos ardiente de la de Chile. El Gobierno movilizó un ejército de 6.000 a 7.000 hombres dejando la parte más recluta en Lima y enviando la veterana a Iquique, a cargo del Coronel Velarde. La Escuadra se reunió en el Callao y dio de baja a los chilenos que servían en sus buques. El pueblo recorría las calles de Lima pidiendo la guerra y Lavalle seguía en Santiago ganando tiempo con finísima ductilidad y con irreprochables maneras.

En esas circunstancias Bolivia declaró la guerra a Chile y precipitó los acontecimientos. Como la representación diplomática en La Paz era muy reducida, el Gobierno de Bolivia dio el paso inusitado de comunicar la declaración al Cuerpo Diplomático por medio de su Plenipotenciario en Lima, señor Reyes Ortiz.

De acuerdo con instrucciones de Santiago, Godoy entregó una nota al Gobierno peruano, pidiendo su neutralidad. Perú dejó pasar los días sin contestar y entonces el propio Presidente Pinto hizo una proposición a Lavalle, según la cual: 1) se establecería un statu quo en el litoral, sin derivar derechos de ocupación; 2) se retrotraería la cuestión de límites con Bolivia al punto en que se encontraba antes de 1866; 3) se sometería el dominio a arbitraje. Chile se comprometía a no artillar Mejillones y a "entenderse sobre los salitres".

Felizmente Lavalle no aceptó.

Prado se alarmó extraordinariamente con la nota de Godoy y lo invitó a una conferencia privada. Lo recibió de noche en una sala débilmente iluminada en el balneario de Chorrillos, sitio apacible que estaba destinado a sufrir más que ningún otro con la terrible sentencia que se iba a pronunciar esa noche.

Al entrar Godoy a la sala, el Presidente le dijo con vehemencia: ¿Qué quiere decir esa nota que he leído sólo hoy? Neutralidad o guerra, le contestó amistosamente Godoy. ¿Cómo es posible que vayamos a la guerra? le replicó Prado. Godoy le observó que en su mano estaba conjurar la guerra: Diga Ud. una sola palabra, General, diga ¡Seré neutral! y todo concluye entre Chile y el Perú. ¡No puedo! ¡No

puedo! le contestó Prado agitadamente, sin dejar de pasearse. Godoy le dijo ¿Y por qué no puede, General? Prado le contestó: ¡Prado me ha dejado ligado a Bolivia por un Tratado Secreto de Alianza! ¡No puedo!

Esta fue la primera revelación oficial sobre ese Pacto.

El Presidente Prado añadió que citaría a sesiones al Congreso para que se ocupara de esta petición de neutralidad y que se la hiciera nuevamente, esta vez ante Lavalle, quien estaba encargado de esas gestiones en Santiago.

En Santiago, el 28 de Marzo, el Consejo de Estado, constituido en sesión secreta, aprobó un mensaje en que el Gobierno de Chile solicitaba del Congreso permiso para declarar la guerra al Perú y a Bolivia. El 2 de Abril se autorizó al Presidente para declarar la guerra. Por decreto reservado se designó a Rafael Sotomayor Secretario General del Almirante y del General en Jefe.

El país respondió con la energía de su vigoroso patriotismo a la declaración de guerra. Ricos y pobres se precipitaron a los cuarteles y de todos los labios no se oía sino un grito que aclamaba a Chile y al Presidente.

El Presidente Pinto no vio venir la guerra ni cuando la tenía encima y hasta el último momento estuvo creyendo que el Perú alardeaba con ella, pero que no la deseaba y que no la haría. Tampoco creía en el Tratado Secreto y se hizo la ilusión de llegar a un acuerdo con Lavalle. Sin embargo, hay que decir en su honor que no pretendió imponer su opinión ni al país ni al Ministerio y no se creyó autorizado para desdeñar ninguna medida de seguridad en vista de la guerra, en que no creía. Su optimismo sirvió indirectamente al país, porque le permitió extremar las proposiciones de paz y evidenciar que Chile hizo cuanto fue posible para evitar la guerra. Le acompañaban en esta actitud, Santa María, Varas, Lastarria.

Réstame decir que el Perú no pudo obtener en Europa el o los blindados que buscaba, ni pudo conseguir la alianza de Argentina.

Los contendores salieron, pues, a la lucha con los elementos navales que tenían al principiar el año.

Lavalle se sacrificó por su país, dándole tiempo para que se armara y se procurara alianzas. La misión que desempeñaba no era simpática para un hombre de honor. El procedió como cualquier hombre que ama a su patria lo haría en un caso semejante. Diplomáticos de todo el universo: ¿Cuál de vosotros le lanzaría la primera piedra?

Cuando el Gobierno decidió la ocupación de Antofagasta, puso en conocimiento del Cuerpo Diplomático acreditado en Santiago que, habiendo violado Bolivia el Tratado de 1874, Chile recuperaba el territorio situado al sur del paralelo 23°,

expresando que "reivindicaba todos los derechos que poseía antes del Pacto de 1866". Los sitios más importantes eran Antofagasta, Mejillones y Caracoles.

Se crearon 4 batallones cívicos, de 600 plazas cada uno, en Caracoles, Carmen Alto y Antofagasta; se construyeron defensas de fosos y parapetos de tierra en las dos primeras localidades y se inició la colocación de una línea telegráfica entre Antofagasta y Caracoles.

La acción de nuestras armas no alcanzaba sino hasta el paralelo 23°, porque todavía no existía el estado oficial de guerra. Al norte de ese límite, en el territorio de jurisdicción boliviana, había dos puertos de poca importancia: Tocopilla y Cobija. En el interior se situaban algunas aldeas agrícolas, en el cauce del río Loa. Las principales eran Calama, Chiu-Chiu y Miscanti. Estas aldeas quedaban fuera de la jurisdicción de nuestras armas y conservaron su antigua situación hasta que Bolivia nos declaró la guerra.

He nombrado al Presidente de Bolivia General Hilarión Daza. Era de aquellos antiguos mandatarios bolivianos que trasladaban al Gobierno los sentimientos y pasiones de la soldadesca. Daza era de Sucre y se enroló en la carrera de las armas sirviendo luego en el Gobierno de Melgarejo. A Melgarejo sucedió en la Presidencia el General Morales.

El sucesor de Ballivián, Tomás Frías, hombre de otro temple que los caudillos nombrados, nombró a Daza Ministro de Guerra y le permitió que conservara el mando del Batallón N° 1, los Colorados.

El 20 de Febrero de 1879 recibió Daza la noticia de la ocupación de Antofagasta. Se celebraba el carnaval y Daza espere hasta el 26 de Febrero para darla a conocer a su pueblo. Bolivia se sacudió con un sentimiento de vigoroso patriotismo. El pueblo en masa se puso al lado del Gobierno, olvidando las injurias de la dictadura. Al día siguiente, Daza se dirigió al pueblo que desfilaba bajo sus balcones, diciéndole:

"El día 14 de los corrientes, dos vapores de guerra chilenos con 800 hombres de desembarco y apoyados por un considerable número de gentes depravadas por la miseria y el vicio, asesinos de cuchillo corvo, se han apoderado de nuestros indefensos puertos de Antofagasta y Mejillones por sorpresa, etc."

Contaba entonces el Ejército boliviano de 1.300 plazas distribuidas en 3 cuerpos de infantería y 2 de caballería. El cuerpo de lujo eran los Colorados, armados de rifles

Remington, mientras los otros tenían fusiles de fulminante o de piedra, precaución habilidosa del Dictador para que en un momento dado su cuerpo favorito pudiera dominar a los demás.

El país valía mucho más que su Gobierno. Conmovero en sus fibras más íntimas por la ocupación de Antofagasta, sus principales ciudades rivalizaron noblemente por contribuir a la defensa nacional.

Se formó una división a cargo del Coronel Eliodoro Camacho y otra, con gente del sur, al mando del General Narciso Campero. Luego se crearon otras cuatro divisiones y tomó el mando en jefe el Presidente Daza. Otra de las medidas de Daza fue la expulsión de todos los chilenos y la confiscación de las sociedades mineras chilenas de Oruro, Huanchaca y Corocoro.

Entretanto, el Coronel Cornelio Saavedra, Ministro de Guerra y Marina de Chile, llegó a Antofagasta a mediados de Marzo, acompañado por el jefe de la Escuadra. Contralmirante Juan Williams Rebolledo. Saavedra era oficial antiguo que se había distinguido en la Batalla de Loncomilla, en 1851, en el Ejército Revolucionario comandado por el General José María de la Cruz. El Almirante Williams Rebolledo había hecho su reputación en el apresamiento de la Covadonga, de la Armada Española, en 1866, a la altura de Papudo.

Declarada ya la guerra por Bolivia, y autorizado por el Presidente, Saavedra designó al Coronel Sotomayor como jefe de una columna destinada a la ocupación de Calama. Cobija y Tocopilla fueron ocupados el 21 de Marzo. En esa fecha el Ejército de ocupación alcanzaba a los 2.000 hombres.

En la aldea de Calama, situada en la margen norte del Loa, había un centenar de refugiados que disponían de 150 armas de fuego. Los dos puentes estaban cortados y sólo podía hacerse uso de dos vados, siendo conocido uno de ellos con el nombre de Topater. La columna de Sotomayor, que éste había puesto a las órdenes de Eleuterio Ramírez, se componía de 544 hombres y, saliendo de Caracoles, estuvo en dos días a la vista de Calama. Este encuentro merece recordarse por haber sido el primero de la campaña y por el valor desplegado por atacantes y atacados.

El plan de ataque era ocupar la aldea pasando por los dos vados y cerrar la retirada tanto hacia Bolivia como hacia la costa, valiéndose de la caballería. Después de unas descargas iniciales bolivianas que hicieron blanco en la caballería, los atacantes llegaron al centro de la población con muy poca resistencia.

El combate de Calama no presenta nada notable como operación de guerra y desde el punto de vista militar fue de dudosa utilidad. Pero en esos días la opinión pública

daba gran importancia a la "línea del Loa", suponiéndose que Bolivia destacase un ejército en Antofagasta, en conexión con el que el Perú tenía acantonado en la Noria.

El Presidente Pinto no participaba de estos temores y en correspondencia particular a Saavedra le decía:

"Considero imposible la venida de un ejército del interior de Bolivia, habiendo en el litoral fuerzas enemigas que impedirían su organización en Calama y Chiu-Chiu, pero conviniendo en la posibilidad, esto no podría suceder sino pasados algunos meses, por la muy perentoria razón de que en el interior de Bolivia no hay ejército que pueda venir.

La guerra con el Perú, en el caso que éste se decidiera a ponerse del lado de Bolivia será marítima mientras nosotros no vayamos a buscarlos.

Venceremos nosotros en el mar, el campo de batalla será el territorio del Perú".

Capítulo 4

El primer día de guerra con Perú. Expedición al Callao

La declaración de guerra sorprendió a Chile y al Perú en completo desarme. Las dificultades económicas de los últimos años los habían obligado a descuidar su preparación militar.

Cuando empezaron los problemas con Bolivia, el Perú tenía un Ejército de 4.000 a 5.000 hombres. Los aumentó cuanto pudo y en Abril de 1879 envió una división escogida de 4.000 hombres a Tarapacá, guarneció a Arica y dejó en Lima otra división. La flota del Perú tenía las unidades siguientes: El Huáscar, de 1.130 toneladas; la Independencia, de 2.004 toneladas; el Manco Capac, de 1.033 toneladas; el Atahualpa, de 1.034 toneladas; la Unión, de 1.150 toneladas; La Pilcomayo, de 600 toneladas. Y los transportes Chalaco, Talismán y Limeña. El Oroya lo adquirió después. Los buques de combate más importantes eran el Huáscar y la Independencia. El Manco y el Atahualpa, más que unidades de escuadra, eran verdaderas fortalezas flotantes, pero con un andar de sólo 4 millas por hora.

La declaración de guerra fue recibida con entusiasmo en el Perú. El Presidente Prado se puso a la cabeza de ese entusiasmo nacional y declaró el Ejército en campaña. Los chilenos fueron expulsados y debieron abandonar el país en 8 días. Se calcula que en la provincia de Tarapacá había no menos de 16.000. Fue un éxodo doloroso y cruel, pero la medida era en si misma inevitable.

Chile tenía en esa época un pequeño ejército de 2.440 plazas. Se distribuía en cinco batallones de infantería: el Buin, el 2º, el 3º, el 4º y los Zapadores; un batallón de artillería y dos regimientos de caballería: los Cazadores y los Granaderos.

La Escuadra se componía de los siguientes buques: blindados Blanco Encalada y Almirante Cochrane; corbetas Chacabuco, O'Higgins, Esmeralda y Magallanes; goleta Covadonga; vapor Toltén. Con los únicos buques con que se podía contar era con el Blanco y el Cochrane, de un andar semejante al Huáscar y la Independencia (11 millas por hora), pero con un blindaje más espeso y mejor artillería.

Todo esto no hace honor al Gobierno, porque aunque la pobreza fuera real, no tenía derecho para mantener en semejante estado la Defensa Nacional, habiendo pasado el año 1878 con una grave complicación pendiente con la Argentina y teniendo diques flotantes en Valparaíso, en que se podían carenar las corbetas.

Más de la mitad del Ejército vivía en guarnición en la frontera araucana. Lo lluvioso de la zona, la falta de caminos, la escasez de recursos, dieron a aquel antiguo Ejército gran sobriedad y energía. Pero carecía de las articulaciones y servicios administrativos que en esa época poseían los ejércitos en todos los países organizados. Carecía de divisiones y sólo en nombre tenía Estado Mayor. El Servicio de Comisaría era el más rudimentario y no había Intendencia, Servicio de Bagajes ni de Sanidad.

El Ministerio Prats tenía un plan de campaña que de haberse realizado habría cambiado la fisonomía de la guerra y resuelto, probablemente, en cuatro meses lo que tardó cuatro años en solucionarse. Se componía de dos partes. La primera consultaba el ataque sorpresivo a los buques peruanos en Callao, donde se sabía estaban en plena reparación. La segunda, atacar inmediatamente después Iquique defendida a la sazón por 4.000 hombres. Es dudoso que la segunda parte de este proyecto —digno de la tradición de la República- fuera realizable, por falta de medios.

Don Rafael Sotomayor fue encargado de comunicar este plan, de viva voz, al Almirante Williams Rebolledo. Su realización exigía la simultaneidad de la declaración de guerra y del ataque al Callao. El Almirante rechazó el plan gubernativo. Tenía otro que consideraba tan eficaz como éste, sin exponer los buques a los riesgos que podían correr en el Callao: bloquear Iquique y hostilizar las poblaciones peruanas de Tarapacá a fin de obligar a la flota del Perú a salir a defenderlas. Argumentó además que carecía de un transporte carbonero para emprender el viaje al Callao. El Ministro Prats explicó en sesión secreta del Senado que "el Almirante había rechazado de una manera perentoria aquella empresa, sin que al señor Sotomayor le fuera posible vencer su resistencia".

El Almirante sufrió un error de concepto. Creyó más fácil la realización del propósito que el Gobierno perseguía buscándolo por el camino de la provocación a las costas enemigas.

El 5 de Abril la Escuadra se presentó frente a Iquique y notificó el bloqueo del puerto, al jefe de plaza al cuerpo consular, por medio del Capitán de Corbeta Arturo Prat.

Ocupa Prat tanto lugar en esta obra, que no es posible pasar delante de él sin detenerse. El Capitán Prat no tenía puesto en la Armada. Cuando ésta salió de Valparaíso, quedó en tierra, en la Comandancia General de Marina. El olvido en que se le dejaba era injustificado, porque la vida anterior de este joven destaca en

líneas severas una personalidad moral completa, en el hogar, a bordo del buque, en el servicio. Sus horas de descanso las dedicaba al estudio y siendo oficial de marina recibió el título de abogado. No hay una sola nota en su carrera, desde que entra a la Escuela Naval hasta que manda la Esmeralda, que no acredite buena conducta, contracción, seriedad. Era modesto de carácter, sobrio de palabras, de maneras sencillas, sin un matiz de fanfarronería. Cuando Sotomayor partió al norte, le pidió que fuera su secretario lo que Prat aceptó gozoso y agradecido.

El bloqueo de Iquique duró cuatro largos meses, en que se desgastó la moral de las tripulaciones, casi la disciplina y, en parte, el prestigio del eminente jefe de la Escuadra.

La opinión pública chilena no sabía las resoluciones gubernativas y desde el primer momento miró con desagrado el bloqueo pasivo de Iquique. Pero Williams Rebolledo no cedía.

Perú, en tanto, completaba las reparaciones en el Callao y comenzó a preparar a Arica como plaza fortificada que sirviera de refugio a las naves encargadas de la defensa de Tarapacá. El 2 de Abril zarpó del Callao el vapor Chalaco, rumbo a Arica, cargado de soldados, cañones y fusiles. El 10 de Abril lo hizo el Talismán. Las tropas y cañones se movían en la costa peruana como si no hubiera enemigos y se puso en evidencia la urgencia de comprar un buque rápido para perseguir los transportes enemigos.

El 12 de Abril, la Unión y la Pilcomayo trataron de interceptar a la Corbeta chilena Magallanes, que logró escapar luego de esforzada marcha en dirección a Iquique. Quedó de manifiesto en este encuentro, el de Chipana, la audacia del enemigo, en contraste con la inercia chilena. Tratando de superarla, el Almirante Williams Rebolledo fraccionó la Escuadra, dejando en el bloqueo de Iquique la Esmeralda y la Covadonga; despachó al Cochrane con la Magallanes a destruir los elementos de movilización del puerto de Moliendo, y el Blanco, la Chacabuco y la O'Higgins marcharon al sur para hacer lo mismo en Huanillos y Pabellón de Pica. Más adelante, el Blanco y la Chacabuco bombardearon Pisagua. En Chile la opinión no fue favorable a este género de hostilidades. Los enemigos de nuestro país en Europa tenían pretexto para alarmar la opinión universal, presentándonos como una amenaza contra la propiedad de los neutrales. El pueblo de las principales ciudades del Perú se levantó exigiendo que su Escuadra saliese a vengar esos agravios. Prado resistió a la oleada popular, declarando que la Escuadra aún no estaba lista.

Cuando el Gobierno supo que el Almirante había rechazado su indicación de atacar el Callao o de bloquearlo, y que se decidía por el bloqueo de Iquique, experimentó una gran contrariedad. Se decidió entonces atacar Iquique con 5.000 hombres, desde Antofagasta. También se nombró General en Jefe del Ejército del Norte a Justo Arteaga; Comandante General de la Infantería al General Erasmo Escala; Comandante General de la Caballería al General Manuel Baquedano; Jefe del Estado Mayor al Coronel Emilio Sotomayor.

Hubo por esos días una tendencia de aproximación a Bolivia que influyó enormemente en la guerra. Se creyó en Chile cosa fácil separar a Bolivia del Perú y convertirla en nuestro aliado, ofreciéndole en compensación de su litoral, las provincias peruanas de Tacna y Arica. Ese anhelo no era sino una utopía y las tentativas están envueltas en un denso misterio. El mediador de buena voluntad fue Joaquín Walker Martínez, sin poder de nadie, impulsado por su ardiente patriotismo. Su entrevista con Casimiro Corral, en Puno, a quien se prometió el apoyo de Chile contra Daza, no tuvo consecuencias.

El Presidente Pinto no estaba contento con Prats, estimando que lo había llevado demasiado lejos. Había hecho cuestión de Gabinete de la ocupación de Antofagasta y ahora hablaba de lanzar a Iquique 5.000 hombres, alarmando al Presidente y al Ministro de Guerra. El grueso público tampoco estaba contento con el Ministerio, haciéndole responsable de todo lo que ocurría en el norte. Estas ideas encontraron acogida en la Cámara de Diputados, donde se formuló una interpelación en contra de los ministros.

A pesar de que la votación fue favorable al Ministerio, presentó su renuncia, la que fue aceptada por el Presidente. Entre Pinto y Prats existía ya una enemistad profunda que duró lo que la vida de ambos.

El partido triunfante negó a Prats todo mérito en los sucesos de la guerra, pero la historia no se conformará con ese juicio. El Gabinete de Prats tuvo política y resoluciones: decidió ocupar antes de permitir que se hiciera burla del Tratado de 1874, afrontó con energía el peligro de la intervención del Perú y acometió con valor la guerra, adoptando planes y medidas que abrían sido de una eficacia trascendental en caso de realizarse. Levantó el efectivo del Ejército, en dos meses, de 2.000 a 8.000 hombres y compró en Europa material de guerra.

El Presidente confió a Antonio Varas la misión de organizar el nuevo Gabinete, el que juró el 18 de Abril. El Perú había reforzado por entonces, con tropas llevadas

en sus transportes, Tacna y la provincia de Tarapacá. De Bolivia habían entrado a Tacna no menos de 5.000 hombres. Arica, por su parte, había sido fortificado.

Chile contaba, cuando juró Varas, con unos 8.000 hombres de línea: 4.500 en Antofagasta, 1.300 que iban de Valparaíso hasta esa ciudad y 2.500 en Santiago. Sin contar 5.400 hombres de guardias cívicas. En materia de armamento, había 12.500 fusiles Comblain, 2.000 carabinas Winchester y Spencer, 12 cañones de montaña y 4 de campaña marca Krupp.

A fines de Abril asumió el mando del Ejército del Norte el General de División Justo Arteaga. No fue acertado este nombramiento para una empresa rápida, audaz, de violenta iniciativa, porque empresas de esa clase no se armonizan con la vejez. Arteaga tenía condiciones propias de su edad: era susceptible, nada inclinado a escuchar el ajeno consejo. Desconfiaba de cualquier colaboración, salvo la de sus dos hijos, ilustres en el periodismo y en el Parlamento: Justo y Domingo Arteaga Alemparte.

En su primera sesión, el Ministerio Varas se ocupó de precisar el objeto de la guerra con Bolivia y con el Perú. Respecto del primero, mantenerse a la defensiva y conservar a perpetuidad el territorio situado al sur del paralelo 23°. No se pronunció sobre la soberanía de Bolivia en la sección situada al norte de ese paralelo. Respecto del Perú, resolvió que el fin de la guerra era obtener la abrogación del Tratado Secreto y exigir seguridades para el futuro, expresando que si hasta ese momento Chile no pretendía anexiones de territorio, esto podía modificarse si la Escuadra peruana fuese destruida o Bolivia rompía la alianza y se plegaba a nosotros.

En ese punto el Ministerio no interpretaba las exigencias del país, cuya opinión pública sabía que la campaña no podía terminar sino con la adquisición de Tarapacá y del territorio intermedio entre esa provincia y el grado 23, porque no había otra garantía que diese seguridad para el futuro.

Pero el problema seguía siendo el mismo: o atacar Iquique o bloquear el Callao, y el Gabinete, antes de decidirse, optó por preguntar a los directores de la campaña su opinión al respecto. Esta alternativa, de por sí inquietante para el Ministerio Varas, se veía agravada por la disputa limítrofe con la Argentina, a pesar del pacto Fierro-Sarratea que había sido firmado en Diciembre de 1878. A fin de contrarrestar el peligro, se abrió una misión diplomática en Río de Janeiro y se acreditó ahí como Plenipotenciario a José Victorino Lastarria.

Arteaga contestó a Varas inclinándose por la invasión de Tarapacá y el desembarco en Iquique, "tan pronto como se tenga los elementos necesarios". El Almirante Williams Rebolledo se opuso al bloqueo del Callao y expresó que sería más eficaz intentar con ese puerto un acto violento. Rafael Sotomayor planteó los inconvenientes de bloquear el Callao para la Escuadra chilena.

Pero, decidido el desembarco en Iquique, no pudo hacerse por falta de municiones, ya que en todo el país no había ni siquiera 3 millones de tiros para rifles Comblain. Hubo pues que postergarlo, mientras nuestro Ministro en París. Blest Gana, apuraba su envío.

Apenas si necesitan comentarios los hechos referidos. La expedición a Tarapacá no podía emprenderse. Faltaba lo esencial: no había municiones. Si el Gobierno estuviese aleccionado con la experiencia de lo que sucedió después; si hubiese podido darse cuenta de la imprevisión de nuestros soldados, que en sus marchas por el desierto botaban los cartuchos para descargarse de su peso; que en Tacna el Ejército amunicionado con 150 y 200 tiros por rifle, después de hora y media de combate, tuvo que batirse en retirada por falta de municiones y registrar las cananas de los muertos para sostener el fuego; que en Arica el Coronel Lagos se resolvió el asalto porque estimó que los 150 tiros que llevaban sus soldados no bastaban para empeñar un combate regular. Lo repito, si el Gobierno hubiese sabido entonces lo que fue la enseñanza de la guerra, no habría hablado de expedición a Tarapacá, con una provisión que apenas excedía de 250 tiros por hombre.

Por lo demás, municiones no era lo único que faltaba. Faltaba la organización administrativa del Ejército, en una campaña que tendría por teatro un desierto; trabajo más arduo y difícil que la guerra misma. Llamó así la conducción de los elementos de combate; el arrastre de la artillería por suelos accidentados; que el parque siguiera el convoy militar; que las bestias tuviesen en sus alojamientos y puntos de descanso, agua y forraje; que el soldado tuviese su rancho y el combustible correspondiente; que tuviera calzado y ropa para reparar la que se destruía con las marchas; y por fin, que no le faltase el agua en el desierto polvoroso y quemante.

Entre el 16 y el 17 de Mayo partió el Almirante al norte, dejando en Iquique a la Esmeralda y a la Covadonga. El 18 se supo que Prado había zarpado del Callao y navegaba hacia Arica con 4.000 hombres. Williams Rebolledo dio el mando de la Esmeralda al Capitán Arturo Prat y trasbordó al Comandante Manuel Thompson al Abtao. El Capitán Prat se trasladó al buque jefe a recibir instrucciones y como el

Almirante le hiciera presente la responsabilidad que asumía como encargado del bloqueo durante su ausencia, Prat le contestó estas palabras: "Si viene el Huáscar, lo abordo".



Rafael Sotomayor Baeza, Secretario General del Ejército y luego Ministro de la Guerra y Marina en Campaña

Prat estaba triste; se repetía la situación de Valparaíso de que lo sacó Rafael Sotomayor. Se le dejaba en un puesto pasivo cuando sus compañeros se preparaban a segar la gloria a manos llenas.



Vicealmirante Juan Williams Rebolledo, Comandante en Jefe de la Escuadra al iniciarse la guerra

La resolución de Williams de partir —que según comunicó a Santiago era con el objeto de bloquear Arica— cayó mal al Gobierno y así se le hizo manifestar a través del Ministro del ramo, por haber prescindido de consultarlo antes de emprender tal operación, que resultó infructuosa. En efecto, su plan de sorprender en el Callao a la flota peruana fracasó, pues ésta había zarpado al sur cuatro días

antes. Tuvieron que regresar, con grandes dificultades por falta de carbón, ya que se les había extraviado el transporte carbonero Matías Cousiño.



Capitán Arturo Prat Chacón

Poco a poco, primero por un vaporcito apresado por la Magallanes, después por el de la carrera, se tuvieron las primeras noticias del Combate de Iquique, del hundimiento de la Esmeralda, de la escapada de la Covadonga; noticias que hacían latir con violencia los nobles corazones de los marinos. Destellos de heroico

ardimiento y un velo de profunda tristeza era la fisonomía del momento, de capitán a paje.



General Justo Arteaga Cuevas, General en Jefe del Ejército hasta julio de 1879

Capítulo 5

Combate de Iquique

La opinión pública del Perú exigía que su Escuadra saliese del Callao a vengar los agravios que le inferían los buques chilenos. El Presidente Prado se resistía, esperando que estuviese mejor preparada pero el clamor popular le obligó a consultar a sus juntas de notables. Exteriormente la Escuadra se encontraba en buenas condiciones aunque el personal era recluta.

A esas reuniones asistieron los ministros, los representantes de la prensa, los marinos y algunos políticos. Prado conferenció también con los comandantes de los buques Grau y Moore fueron de adiestrar primero al personal, pero predominó "el torrente de la opinión pública"

El 16 de Mayo partieron del Callao a Arica el Presidente y su Estado Mayor a bordo del Oroya, también lo hicieron el Chalaco y los blindados Huáscar e Independencia y el Lima, cargados de tropas, cañones, municiones y víveres. El mismo día zarpaba la Escuadra chilena de Iquique al Callao. En Arica Prado supo que la Esmerada y la Covadonga se encontraban solas en Iquique y que de Valparaíso partía un convoy con 2.500 hombres a Antofagasta. Su plan, fue sorprender a los dos buques, caer luego sobre el convoy y bombardear las ciudades del norte de Chile. Los dos blindados siguieron hacia el sur y el 20 de Mayo zarparon a Iquique desde Pisagua.

Miguel Grau mandaba el Huáscar y Guillermo Moore la Independencia. Grau fue un gran marino. Sus correrías tienen a menudo sello de audacia, siempre de inteligencia y de destreza. El Huáscar contuvo a las fuerzas chilenas de Agosto a Octubre, dando tiempo al Perú para adquisiciones y conseguir alianzas.

* * * *

Los oficiales de los buques que bloqueaban Iquique eran jóvenes. El jefe del bloqueo, el Capitán Prat, ex secretario de Sotomayor. El Capitán de Corbeta Carlos Condell comandaba la Covadonga. Temían diverso carácter. El heroísmo que asumía en Prat formas serenas y reposadas, era alegre y expansivo en Condell.

De naturaleza impertérrita, poco dócil a la disciplina, este último desarrollaba en la guerra admirables cualidades de previsión y de coraje que lo hicieron tan célebre.

Condell no desmerece de Lord Cochrane, ni por la concepción, ni por la serenidad, ni por la audacia.

Los oficiales de la Esmeralda eran además de Prat, los Tenientes 1° Luis Uribe y Juan Francisco Sánchez; el Teniente 2° Ignacio Serrano Montaner; los guardiamarinas Ernesto Riquelme, Arturo Fernández Vial, Vicente Zegers y Arturo Wilson; Cirujano 1° T. Cornelio Guzmán; ayudante del Cirujano, Germán Segura; Contador Juan D. Goñi; Ingenieros Eduardo Hyath, Vicente Mutilla, Dionisio Manterola e I. Gutiérrez de la Fuente; Jefe de la Guarnición el Subteniente Antonio Hurtado; 2° Jefe, el Sargento 1° Juan de Dios Aldea.

El 21 de Mayo tocaba la ronda a la Covadonga, mientras la Esmeralda permanecía en el fondeadero. También estaba el transporte Lamar. Cuando los primeros rayos del sol desgarraban la espesa neblina, el vigía de la Covadonga gritó: ¡Humos al norte! Condell se vistió rápidamente y observando con anteojos vio que a lo lejos hendían las aguas dos buques, el Huáscar y la Independencia según marineros que habían servido en ellos.

Al reconocer las embarcaciones chilenas. Grau ordenó izar banderas de combate, hizo tocar generala y arengó a la tripulación:

"Tripulantes del Huáscar. Ha llegado la hora de castigar al enemigo de la Patria y espero que lo sabréis hacer cosechando nuevos laureles y nuevas glorias dignas de brillar al lado de Junín, Ayacucho, Abtao y 2 de Mayo. ¡Viva el Perú!"

Entretanto la población de Iquique saltaba de sus lechos y corría a la playa. Un testigo refiere que no se oían sino estas exclamaciones: ¡Viva el Perú! ¡Ahora sí! ¡Ahora sí!

Prat ordenó que la Esmeralda saliera a reconocer los cascos enemigos y luego regresó ordenando a la Covadonga: ¡Seguir mis aguas! El Capitán Prat pronunció enseguida desde el puente, a la tripulación formada, estas palabras:

"Muchachos: la contienda es desigual. Nunca se ha arriado nuestra bandera ante el enemigo y espero que ésta no sea la ocasión de hacerlo. Mientras yo viva, esa bandera flameará en su lugar y si muero mis oficiales sabrán cumplir con su deber".

Y sacándose la gorra la batió en el aire gritando ¡Viva Chile!

A Condell dijo por bocina: "Que almuerce la gente". "Reforzar las cargas". Condell contestó: ¡All Right!

Los blindados peruanos avanzaban y pronto cayó una granada entre los buques chilenos. Al ver esto el Lamar emprendió fuga hacia el sur. La máquina de la Esmeralda no estaba en aptitud de desarrollar más de dos a tres millas por hora, así que Prat optó por acercarse a la ribera para colocarse en la línea de la ciudad y regar al Huáscar a disparar por elevación. Cuando la Covadonga se alejaba, el Huáscar le asestó un cañonazo, lo que no impidió al buque chileno continuar su marcha, siendo perseguido por la Independencia, mientras por el lado de la playa, se le hacían descargas de fusilería. Prat quedó con su buque inmóvil en el fondeadero y el Huáscar se encaminó hacia él, deteniéndose a 500 ó 600 metros de distancia por temor a la red de torpedos que se decía rodeaba al buque chileno. Desde allí comenzó a disparar sus grandes cañones de 300, pero sus tiros pasaban por alto. La Esmeralda contestaba con sus inofensivos cañones de 40.

Serrano dirigía la batería que enfrentaba al Huáscar, Sánchez la que disparaba a tierra. Prat estaba en el puente y Uribe en el rastillo de proa. Un testigo de vista dice: "Y la corneta sin cesar al ataque iba tocando. La Corbeta estaba engalanada como para una fiesta y había banderas por todas partes".

La impresión en tierra iba cambiando. Había transcurrido hora y media de combate y el entusiasmo y alegría del primer instante se tornaba en sorpresa en el elemento nacional, y en asombro y admiración en el extranjero. El Coronel Benavides, Jefe del Estado Mayor, ordenó que se colocara una batería de artillería de a 9 en una morrillada que enfrentaba la posición de la Esmeralda. Hasta entonces ninguno de los proyectiles del monitor había dado en el blanco. No sucedió lo mismo con los cañones de tierra. Una granada mató tres hombres en la cubierta de la Esmeralda, otra hirió tres más. El buque entonces se trasladó pesadamente a una nueva posición y allí permaneció hasta su glorioso hundimiento.

En realidad la resistencia era imposible para el Comandante chileno. No podía maniobrar. Las balas de sus cañones lisos de 40 no hacían ningún efecto en la coraza del monitor, tal como puede leerse en la relación oficial de Grau sobre los perjuicios sufridos por su buque. No sucedía lo mismo con los disparos del Huáscar.

A las 11.30 de la mañana, Grau, exasperado con la obstinación de la defensa, ordenó que el monitor hiciera uso del espolón y disparase sus grandes cañones

cuando los buques estuvieran al tocarse. Todo lo que la Esmeralda pudo hacer para desviar el choque fue girar sobre su centro y recibirlo de refilón, pero el efecto de los cañonazos fue espantoso, reduciendo a pedazos unos 40 o 50 hombres.

El espolonazo del Huáscar fue recibido con una descarga cerrada de la batería de la Esmeralda y de los rifles del personal. Antes de que el Huáscar se desprendiera del costado de la Esmeralda, el Comandante Prat saltó sobre él espada en mano dando el grito: "¡Al abordaje, muchachos! La voz no se oyó en la confusión del combate. Prat no tenía en ese instante cerca de sí sino al Sargento 1° Juan de Dios Aldea y a un marinero cuya identidad no se pudo establecer. Alcanzó Prat a recorrer los pocos pasos que separaban el punto del abordaje y la torre de mando y cayó al pie de ella herido por un tirador invisible. Hallábase con una rodilla en tierra, desfallecido y casi exánime, cuando un marinero salido de la torre de la artillería le asestó un tiro en la frente que le produjo instantáneamente la muerte.

Sobrevino después un instante de relativa calma, pero al ver que la tregua no daba resultado, Grau repitió el ataque y el espolonazo abrió una vía por donde el agua se precipitó a la Santa Bárbara y a las máquinas. El buque quedó sin gobierno y sin más municiones que las que había en cubierta. En ese instante el Teniente Serrano dio un grito ¡Al abordaje! a un pelotón de 10 ó 12 marineros que tenía listos para esa operación, armados con rifles y machetes. Estaba en ese momento en la cubierta del monitor el Teniente Jorge Velarde con dos marineros, los que huyeron dejándolo solo. Velarde recibió un balazo y murió ese mismo día. Todo el destacamento chileno cayó bajo las balas. El glorioso Serrano recibió una bala de ametralladora en el bajo vientre. La Esmeralda convertida en una boya, cubierta de banderas, continuaba flotando y el corneta tocando a degüello.

Transcurrieron unos veinte minutos y embistió el Huáscar por tercera vez. "Era preciso que se diese fin a un drama tan sangriento y que no reconozca ejemplo en la historia del mundo", decía el diario peruano de Iquique. La Esmeralda se inclinó de proa y sonó un disparo que, se dijo, lo hizo el guardiamarina Riquelme. La tripulación se lanzó al agua y la gloriosa Corbeta se hundió en el mar a las 12.10 más o menos. La relación peruana, que acabo de citar, dice:

"Al hundirse la Esmeralda un cañón de popa por el lado de estribor hizo el último disparo, dando la tripulación vivas a Chile. El pabellón chileno fue el último que halló su tumba en el mar".

Botes del Huáscar salvaron a Uribe, a Sánchez, a Wilson, a Zegers, a Fernández Vial; al Subteniente Hurtado, jefe de la guarnición; al Cirujano Guzmán, a su ayudante Segura y a 49 marineros o sea la cuarta parte de los que entraron en combate.

Serrano murió ese mismo día y el Sargento Aldea tres días después. No se permitió que Serrano fuera asistido por el Cirujano de la Esmeralda, Cornelio Guzmán, y los cadáveres de los chilenos fueron colocados en la vereda de la calle que hay entre el muelle y edificio de la Aduana. Tomó la iniciativa de enterrarlos un Miembro de la colonia española, Eduardo Llanos, ayudado otro compatriota suyo, Benigno Posadas.

Ocupémonos ahora de la Covadonga.

Condell inclinó su buque lo más posible a tierra y mientras la Covadonga recorrió la curva del arco que forma la playa, la Independencia la cuerda, con rumbo fijo a la primera puntilla. El buque chileno era un viejo lanchón de 412 toneladas, mientras que la Fragata peruana tenía 2.000 toneladas. No pudo Moore detenerla cerca de la puntilla, porque los arrecifes se lo impidieron, y siguieron ambos buques rumbo al sur. Habiendo tomado la Independencia la estela de la Covadonga, la pieza más peligrosa para ésta era la colisa que aquélla tenía en la proa, pero 4 rifles chilenos impidieron que los artilleros peruanos se acercaran a la pieza.

Al enfrentar Punta Gruesa, la Covadonga salvó un escollo apenas y la quilla rechinó porque había tocado fondo. Condell comprendiendo lo que iba a suceder, lanzó esta alegre expresión: "¡Aquí se fregaron!" y ordenó instantáneamente virar hacia atrás. La Independencia, sin comprender ese movimiento que la acercaba más al enemigo, embistió con el espolón, siguiendo exactamente el peligroso derrotero que la Covadonga acababa de salvar y al hacerlo chocó en el arrecife oculto y quedó con su quilla destrozada. Condell, entonces, pasó y repasó por su frente disparándole seis cañonazos. La Fragata arrió su estandarte y Moore con una bocina, pidió que se le enviara un bote, a lo que no se accedió, prefiriendo Condell volver a Iquique a auxiliar a la Esmeralda. Había alcanzado a andar menos de una milla cuando al Huáscar que venía a su encuentro, lo que la obligó a virar y poner proa al sur.

Grau al divisar a la Independencia montada sobre una roca, se cuenta que tenía que interrumpir la persecución y reconocer la catástrofe. Ordenó quemar el buque, recogió a los sobrevivientes y trató de reiniciar la navegación al sur, pero la Covadonga era un punto en el horizonte y Grau volvió a Iquique. La Corbeta

chilena llegó a Tocopilla en la tarde del día siguiente, haciendo agua por todas partes. Un transporte le dio luego remolque a Antofagasta.

* * **

El significado del Combate de Iquique para Chile fue la reducción a la mitad del poder naval del Perú; pero eso, siendo mucho, era menos que el efecto moral que estaba llamado a producir. Prat, Serrano, Aldea, Condell, Orella y todos los combatientes de la Esmeralda y de la Covadonga escribieron ese día un precepto que se resume en esta frase: "La obligación de luchar hasta la muerte sin tomar en cuenta el poder del adversario". Además, para Chile, el Combate de Iquique era una gloria de su Escuadra.

El mundo entero rindió homenaje al heroísmo de los oficiales chilenos. El Perú participó de esa admiración. Grau recogió la espada y prendas que se encontraron en el cadáver de su heroico rival y se las envió a la viuda acompañadas de una carta en que le decía que su esposo "fue víctima de su temerario arrojo en defensa y gloria de la bandera de su Patria".

La Fragata de S.M.B. Turquoise hizo extraer con buzos un trozo de madera de la Esmeralda que se envió a Condell con una carta en la que se proclama "el glorioso combate de la Esmeralda y de la Covadonga, sin ejemplo en los fastos navales". El "Time" de Londres hacía este comentario:

"Este es uno de los combates más gloriosos que jamás haya tenido lugar. Un viejo buque de madera, casi cayéndose a pedazos, sostuvo la acción durante tres horas y media contra una batería de tierra y un poderoso acorazado y concluyó con su bandera al tope".

El mismo juicio emitieron los grandes órganos de publicidad de Francia, de Alemania, del Japón, de España y de Estados Unidos.

La primera impresión de asombro y admiración que experimentó el Perú se modificó al saber la suerte de la independencia, el aplauso universal que se tributó a nuestra Armada y la acentuación que este combate imprimió a la guerra. A Condell se le trató de cruel por haberse retirado tan pronto el blindado encalló y por haberlo cañoneado.

No hay nada en el Combate de Iquique que no sea digno de aplauso. Reveló héroes, pero héroes inteligentes. Prat tomó la única disposición táctica que su situación le permitía: inutilizar los disparos del enemigo por el temor de bombardear la ciudad. Condell navegando pegado a la costa y silenciando con cuatro rifles a la pieza más poderosa de artillería contraria, reveló las aptitudes de un gran oficial. El Combate del 21 de Mayo adquirió sus verdaderas proporciones cuando se supo el plan de los blindados peruanos. Escribió el Comandante General de Marina, Altamirano, a Varas:

"Mayo 29. Aún no se me pasa el susto. Todo ha estado dispuesto para una gran catástrofe.

"Huáscar e Independencia debieron concluir en una hora con Esmeralda y Covadonga. Enseguida, cayendo como lo habrían hecho rápidamente sobre Antofagasta, se habrían apoderado de todos nuestros transportes. Después habrían incendiado Antofagasta y enseguida toda nuestra costa.

"Nos ha salvado el heroísmo de nuestros marinos, y a él mediante, un acontecimiento que debía traernos la muerte nos ha traído gloria y ventajas materiales, porque el cambio de la Esmeralda por la Independencia nos es muy ventajoso. Pero aquí, para entre nos, Dios puede cansarse de protegernos si seguimos siendo tan torpes".

La responsabilidad de haber dejado solos a dos buques sin defensa es de todos: del Gobierno, de la Comandancia General de Marina, del Almirante. Hasta entonces no se habían empleado en el mar las precauciones que exige la guerra, y como la previsión no es virtud nacional, la guerra se hacía a medias con Dios, y la otra mitad contando en la prudencia del enemigo. Hay que decir en descargo del Gobierno que no disponía de suficientes naves de guerra para custodiar los transportes. Estos, por su parte, no llevaban sino cañoncitos de a 32 y algunos marineros con fusiles viejos.

Pero, reconociendo que la imprevisión era de todos, no es conforme a la verdad que el Gobierno hubiera dado la orden de dejar en Iquique a la Esmeralda y a la Covadonga al alcance de la flota peruana. La verdad es que estos buques chilenos debían mantener la vigilancia del puerto mencionado "mientras dure el bloqueo del Callao" y esté ahí encerrada la escuadra enemiga.

Capítulo 6

En tierra y en el mar. Correrías del Huáscar

En Vísperas del Combate Naval de Iquique y de la frustrada operación en el Callao, ya estaba embarcada en Valparaíso, en el Itata y en el Rímac, la división de 2.500 hombres que se había prometido a Arteaga para la operación sobre Iquique. El 20 de Mayo zarparon ambos buques y el 24 estaban desembarcando las tropas en Antofagasta. Ese mismo día partía de Iquique, rumbo a este mismo puerto, el Huáscar, que había permanecido dos días haciendo carbón. En Antofagasta hubo un cañoneo con las baterías de tierra, que defendían la máquina destiladora de agua para la ciudad, y con la Covadonga, sin mayores consecuencias. Luego se retiró, avisado del regreso del norte de la Escuadra chilena, y se fue a Iquique, donde acababa de desembarcar el Presidente Prado en medio de un gran entusiasmo popular.

El Almirante Williams de vuelta del norte, tocó en Mollendo para cortar el cable submarino y en Arica para observar las fortificaciones. La Escuadra chilena volvía como una armada en derrota: los blindados economizando las paladas de carbón para poder llegar a Iquique; el Abtao a remolque. En esa situación el Almirante avistó al Huáscar a la entrada de Iquique, en la mañana del 30 de Mayo. El Cochrane y el Abtao se quedaron atrás por falta de carbón y el Blanco y la Magallanes se lanzaron a la caza, que duró 8 horas, acortando la distancia a 4 millas del buque peruano. A esa hora el buque almirante tenía en sus carboneras 15 toneladas y la Magallanes, "para dos días de consumo en la cocina". El Huáscar escapó, pero si Grau sospecha la situación de nuestra Escuadra, pudo reparar con creces el desastre de la Independencia.

El país permaneció durante varios días en la mayor inquietud por la suerte de la Escuadra. ¿Qué es de la Escuadra? escribía Pinto el 30 de Mayo. ¿Qué ha hecho Williams? ¿Dónde está? decía Santa María. ¿Concluirá algún día esta angustia? se preguntaba Altamirano.

La política tendiente a separar Bolivia del Perú, ofreciéndole una salida al mar por Tacna y Arica, había continuado. Primero, a través del ingeniero chileno Justiniano Sotomayor, amigo del Presidente Daza; luego con la ayuda de los dos ciudadanos bolivianos distinguidos: Luis Salinas Vega y Gabriel René Moreno, siendo este último un destacado historiador y profesor del Instituto Nacional.

Fue Santa María el que propició esta segunda gestión y hubo contactos con Daza en Tacna. El Gabinete no vaciló en darle la autorización que Santa María solicitaba, porque esa tendencia estaba en la corriente de la política chilena, la que desde la declaración de guerra al Perú había mirado a este país como su solo enemigo, manifestando una notoria benevolencia con Bolivia.

En el acta del Consejo de Ministros, correspondiente a la sesión del 22 de Mayo de 1879, se da cuenta de esta gestión. Algunos de los párrafos del documento chileno son los siguientes:

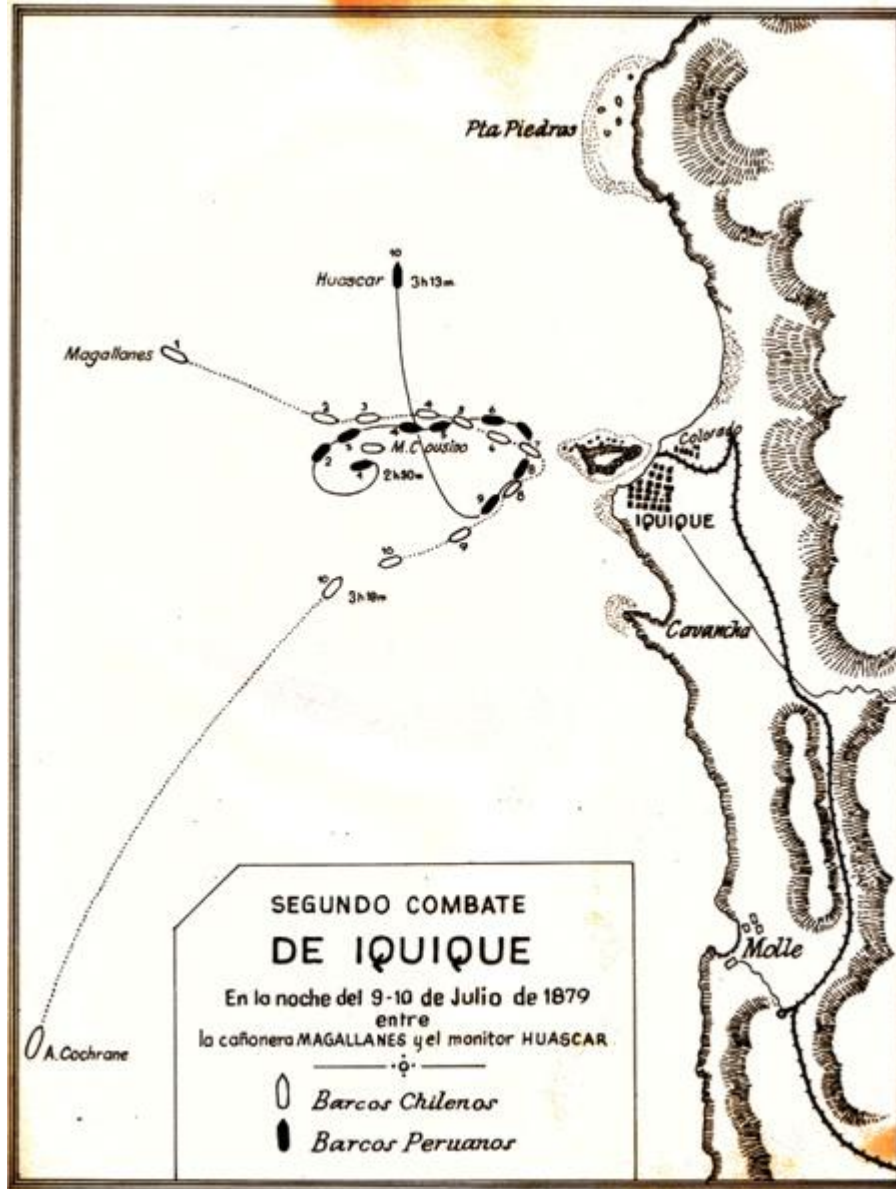
"Después de un detenido y extenso debate se acordó enviar cerca del General Daza a la persona por él indicada, con instrucciones para manifestarle que si el Gobierno de Bolivia está dispuesto a separarse del Perú y unirse a Chile en la guerra actual, el Gobierno de Chile, siempre que aquél le reconozca como dueño absoluto del territorio comprendido entre los paralelos 23° y 24° de latitud sur, no sólo no se opondrá a que Bolivia ocupe las provincias peruanas de Tacna y de Moquegua, sino que mientras dure la guerra actual, le proporcionará los auxilios y recursos necesarios para que dicha ocupación se verifique mantenga, obligándose, además, si llegare el caso de negociar la paz con el Gobierno el Perú, a exigir de este país seguridades eficaces de que en todo raso Bolivia tendrá libre acceso al Pacífico en aquellos puntos de costa en que lo requieren las necesidades de su comercio y sus intereses como nación".

No es bien conocido lo que pasó entre Daza y Moreno, pero no bien volvió la espalda el negociador, Daza puso en manos de la Cancillería peruana todos los papeles de la negociación, lo mismo que del Gobierno de Argentina, denunciando a Chile como un país falaz.

La guerra en el mar continuó con la persecución del Huáscar, a principios de Junio, a cargo del Blanco y de la Magallanes, lo que provocó una tentativa de renuncia de Williams Rebolledo, y la no menos infructuosa persecución de la Pilcomayo. El país, inquieto ya con el curso de la campaña naval, se preguntaba con irritación: ¿Si la Escuadra enemiga, más débil, daba pruebas de actividad, por qué no lo hacía la nuestra que tenía una potencia superior desde la pérdida de la Independencia?

El Ministerio Varas, al inaugurar sus funciones, encontró un Ejército de 8.000 hombres. A fines de Mayo ese Ejército era de 18.000 distribuido grosso modo así:

10.000 en Antofagasta, 8.000 en Santiago, Valparaíso y la frontera araucana. El primero se llamó de Operaciones del Norte y el segundo, de Reserva. Las unidades tácticas eran el regimiento de 1.200 hombres y el batallón de 600.



Estos hombres carecían de uniformes y de armamento. Más que soldados eran patriotas que se perfeccionaban en el ejercicio de las armas. Las poblaciones no se contentaban con dar sus mejores hijos, sino que los vestían y uniformaban por medio de donativos espontáneos. Hay que trasladarse a la época para comprender la magnitud del esfuerzo nacional de 1879.

En Septiembre llegó de Europa el armamento y el vestuario.

Voy a penetrar a un terreno que fue completamente ignorado de los contemporáneos y que lo es hasta hoy, fundándome en documentación inédita y desconocida. Me refiero a los planes de campaña del Gobierno.



Almirante Miguel Grau Seminario

Hemos asistido ya a diversos planes de guerra, todos fracasados.

Uno fue el del Ministerio Prats. Se sabe qué suerte corrió.

Otro, invadir a Tarapacá con 8.000 hombres patrocinado por Arteaga y el Ministerio Varas, que desbarató el Combate de Iquique, aparentemente, porque en ningún caso se habría podido ejecutar por falta de municiones.



Guardiamarina Ernesto Riquelme Venegas

Luego de un plan para invadir Moquegua, el Ministerio Varas apoyaba un plan para invadir Tacna y Arica, dejando en el medio a Iquique, puesto que en los últimos meses Tarapacá se había reforzado y en vez de tener 8.000 a 10.000 defensores,

tenía 12.000 a 14.000. Antes de decidirse, el Ministro Santa María fue a Antofagasta y allí hubo Consejo de Guerra. Luego, en Santiago, el Ministerio optó por la Campaña de Tarapacá.



Teniente 2º Ignacio Serrano Montaner

Razones: la vecindad de la base de operaciones: privar de rentas al enemigo; continuar la lucha con los recursos de Tarapacá: tener en la mano la prenda que asegurara la indemnización de los gastos y las garantías del porvenir. Para llevar adelante este plan, el Gabinete designó al Ministro de Relaciones Exteriores, Santa

María, como su delegado y a Rafael Sotomayor como su Comisario General. El General Arteaga renunció en forma indeclinable y se le reemplazó con el General Erasmo Escala.



Guardiamarina Vicente Zegers Recasens

El General Justo Arteaga tiene el derecho a que la posteridad le reconozca la organización sólida y disciplinaria del Ejército del Norte. Desgraciadamente, este hombre inteligente era suspicaz y alejó de sí a los representantes del Gobierno. Cometió asimismo el error de hacer creer que todo se hallaba listo para la campaña,

cuando no lo estaba. Ese error provenía de que no había estudiado suficientemente los recursos de que disponía, ni los preparativos que exigía.



Teniente 1º Luis Uribe Orrego

Entre las correrías del Huáscar, luego de haber sido reparado en el Callao, debe recordarse su encuentro nocturno con la Corbeta Magallanes en el fondeadero de Iquique y la habilidad del Comandante chileno Latorre para evitar sus espilonazos. Pero fue más importante la captura del Transporte Rímac.



Capitán de Corbeta Carlos Condell de la Haza

El 20 de Julio zarparon de Valparaíso los Transportes Rímac y Paquete del Maule, cargados con tropas, en especial el escuadrón de caballería denominado "Carabineros de Yungay". Por una serie de dificultades, el Cochrane no pudo juntarse a ellos a la cuadra de Antofagasta y el 23 de Julio el Rímac se vio entre la Unión y el Huáscar. Luego de una persecución de 4 horas, el transporte chileno se rindió a sus captores y fue llevado a Arica. La noticia de la captura produjo en

Santiago un estallido de indignación y la renuncia del Gabinete Varas que fue reemplazado por otro que organizó Domingo Santa María.



Capitán de Corbeta Manuel Joaquín Orellana

La captura del Rímac tuvo una consecuencia práctica. En adelante las autoridades militares fueron más cautas para rodear la movilización de Valparaíso a Antofagasta de mayores precauciones y seguridades.

Capítulo 7

Final del ministerio Varas. Preparativos para la campaña terrestre

Los Ministerios de Prats y de Varas habían hecho pedidos considerables de armas a Europa. En Agosto y Septiembre de 1879 comenzaron a llegar al país. Chile hizo todos sus encargos a través de la Legación en París y en Londres, servida por Alberto Blest Gana, y los vapores especiales entraron al Pacífico por el Estrecho de Magallanes, siendo escoltados en la última parte del viaje por naves de nuestra Marina de Guerra.

Los primeros vapores especiales fueron el Zena y el Gleneg, de matrícula alemana. Había rumores de que el Gobierno peruano enviaría a la Unión a encontrar al segundo de ellos, por lo que se decidió que zarparan hasta el Golfo de Arauco, a proteger el Gleneg, al Cochrane, a la Covadonga y al Amazonas.

* * * *

Efectivamente, la Unión llegó a Punta Arenas el 16 de Agosto, tomó carbón fiscal de una chata que no pudo ser defendida y compró víveres a los comerciantes extranjeros, sin que pudiera oponerse a ello el gobernador, Comandante Carlos Wood, ante las amenazas de bombardear la ciudad. Luego volvió La Unión a Arica, sin toparse con el barco que transportaba armas. La necesidad de proteger los transportes con armas, en Julio, Agosto y Septiembre, interrumpió las operaciones navales.

Perú y Bolivia, mientras tanto, recibían sus armas desde Europa y los Estados Unidos por Panamá. Los cajones llegaban ahí rotulados como máquinas trilladoras, pianos, etc. y los transportes peruanos los conducían al Callao. Todo ello con la complicidad del Estado Federal de Panamá. Costa Rica también se entendió con el Perú y violando la neutralidad le proporcionó rifles y municiones. El sector naval situado entre Panamá y Callao era recorrido tranquila e impunemente por los transportes peruanos.

El Presidente Prado no era una competencia militar ni una gran inteligencia, pero gobernaba un país que había suspendido su régimen legal y no estaba obligado a someter sus medidas a deliberación previa ni a asesorarse con nadie. Además, se encontraba en el teatro de la guerra.

En este sentido, la situación del Gobierno de Pinto era muy desventajosa, permaneciendo en vigor las garantías constitucionales. Lo que Prado ordenaba era el resultado de una conversación con Grau y se ponía en ejecución inmediatamente. Lo proyectado por Pinto quedaba sometido a la apreciación de un Gabinete parlamentario y su resolución tardaba en llegar al que debía cumplirla.

* * * *

En Julio, el Almirante Williams solicitó al Presidente levantar el bloqueo de Iquique. Estaba desengañado de la fatigosa y estéril operación y sus buques diariamente amenazados por torpedos que podían hacerlos volar. El Presidente Pinto le contestó en el acto que no. El Gobierno, que antes miró esa operación con poca simpatía, se empeñaba ahora en sostenerla.

En los últimos días del Ministerio Varas, la situación de los bloqueadores de Iquique había llegado a ser intolerable. La que, en realidad, estaba bloqueada era la Escuadra chilena y ese aislamiento enervante corroía las energías y no tenía compensación. El Ministro Santa María era también partidario de poner término al bloqueo, el que consideraba "ridículo". Sobrevino entonces un accidente que precipitó los acontecimientos. La máquina del Abtao se descompuso y el Almirante, de propia autoridad, suspendió el bloqueo de Iquique el 2 de Agosto se dirigió a Antofagasta y de ahí envió su renuncia, la que le fue aceptada.

Volvió el viejo marino a Valparaíso, a las playas que lo habían aclamado a su partida, con el alma destrozada, sintiendo silbar a su alrededor el cierzo de la crítica. El Almirante Williams sufrió un error al no lanzarse al Callao cuando se lo pidió el Ministerio Prats y después, cuando no salió al mar a perseguir en crucero activo los buques del enemigo. Cuando esto sucedió, estaba enfermo. Para juzgarlo con elevación y con el respeto que debe ser la ley de la historia, hay que tomar en cuenta que cuando asumió el mando, los servicios de provisión de la Escuadra eran muy imperfectos, que la situación de los buques menores, exceptuando la Magallanes, era deplorable, que antes que combatientes eran inválidos.

* * * *

Al final del Ministerio Varas, el Gobierno de los Estados Unidos, por medio de sus Ministros acreditados en Lima, Santiago y La Paz, interpuso sus buenos oficios

para poner fin a las hostilidades por medio del arbitraje del Presidente de los Estados Unidos o de la Corte Suprema de la Unión o de un tribunal ad hoc formado con dichos plenipotenciarios. Estos eran, en Lima, Mr. Christian; en Santiago Mr. Th. Osborne; en La Paz, Mr. Pettis.

Mr. Pettis conversó en La Paz con los señores Doria Medina y Guerra y en ambos encontró disposiciones favorables para solucionar el conflicto por un arbitraje simulado, en virtud del cual Bolivia cedería a Chile a perpetuidad la parte de territorio situada al sur del 23°, con excepción de Mejillones, a trueque de una indemnización en dinero. De allí pasó a Lima, a conferenciar con Christian y a Tacna, donde habló con Prado y Daza, en quienes encontró también la misma franca aceptación. Parece muy difícil creer esas promesas fueran sinceras, especialmente de parte de Bolivia que debía entregar el litoral, origen de la disputa. Pettis vino a Santiago y conferenció con el Ministro subrogante de Relaciones Exteriores, Huneeus, quien reemplazaba a Santa María ausente en el norte. Los Ministros Pettis y Osborne presentan un proyecto oficial de arbitraje, en un documento sin firma, que fue aceptado por el Gabinete en lo que toca a Bolivia, no así en lo referente al Perú. En la respuesta chilena a los Estados Unidos se lee:

"La conducta desleal observada por el Perú o su Gobierno, preparándose para la guerra al mismo tiempo que daba a Chile muestras de sentimientos amistosos, pacíficos, y presentándose como mediador cuando estaba ligado por un pacto secreto de alianza con Bolivia, nuestro enemigo en esos momentos, da justos motivos al país y al Gobierno para no darse por satisfechos con la solución de nuestras cuestiones actuales por medio del arbitraje y para exigir seguridades de que en lo futuro no celebrará el Perú pactos como el de Febrero de 1873..."

Hemos llegado al término de la existencia del Ministerio cuya renuncia, como ya se sabe, la provocó la pérdida del Rímac. Bajo las apariencias de una perfecta unión, en realidad luchaban en su seno dos influencias: la de Santa María y la de Sotomayor. Pinto una confianza absoluta en Sotomayor, lo mismo Varas, y ambos defendían la primacía gubernativa que ejercía en el Ejército. Varas había prometido renunciar, para que Rafael Sotomayor ocupase el Ministerio de Guerra y el asunto del Rímac le permitió concretar este ofrecimiento. Hacía tiempo que Varas comprendía que su sacrificio no estaba compensado. Su filiación política le creaba

resistencias entre los partidos. Ni en el Congreso, ni en el personal administrativo, encontró tampoco la cooperación que necesitaba.

Pinto organizó el nuevo Ministerio con este programa: excluir de Gobierno al Partido Conservador y mantener en todo su vigor la situación de Sotomayor en el norte. El 20 de Agosto juraron Santa María en Interior. Miguel Luis Amunátegui en Relaciones Exteriores. Rafael Sotomayor en Guerra y Marina, Augusto Matte en Hacienda. José Antonio Gandarillas en Justicia, Instrucción y Culto.

El gran problema que el Ministerio Varas legó a su sucesor fue la reparación de la Escuadra, en especial de los Blindados, cuya verdadera situación ignoraba. Cuando el Gobierno aceptó la renuncia del Almirante, se consultó a Rafael Sotomayor si en adelante convendría reanudar el bloqueo de Iquique o salir en crucero a perseguir a los buques enemigos. Contestó que la Escuadra estaba en la imposibilidad de hacer nada, porque los buques necesitaban reparaciones urgentes.

Gandarillas mandó que se carenase al Cochrane con buzos en un astillero para embarcaciones menores que tenía un particular en Valparaíso. Cuando se pudo conocer su estado, se vio que de los 1.800 tubos de las calderas. 1.200 estaban obstruidos con hollín petrificado, adherido a las paredes. A mediados de Septiembre la reparación estuvo concluida y el resultado fue brillante: el blindado había recuperado su velocidad primitiva de más de 12 millas por hora. Las reparaciones del Blanco se hicieron en Mejillones, mientras el Cochrane y la Covadonga vigilaban a su lado, para evitar algún ataque sorpresivo del enemigo. Pero el resultado no fue tan bueno, porque en Mejillones no había los recursos que en Valparaíso, y su andar no sobrepasó, finalizados los trabajos, las 9 millas por hora.

Vino luego la reorganización del personal y se nombró al Capitán Navío Galvarino Riveros, Comandante en Jefe de la Escuadra, la que a su vez se dividió en dos: una, la ofensiva, y la otra, la defensiva del Ejército. La primera debía constar del Blanco, mandado por Riveros; de la O'Higgins, comandada por Montt; de la Magallanes por Condell; del Amazonas, por Thompson. El Cochrane se entregó al Comandante Juan José Latorre. Secretario de la Escuadra fue Eusebio Lillo, el autor de la letra de nuestra Canción Nacional.

Prado daba gran importancia a los torpedos que había adquirido en los Estados Unidos y había contratado torpedistas ingleses y norteamericanos y artilleros para el Huáscar. Su plan era atacar con torpedos a los buques chilenos en Antofagasta, para lo cual envió a ese puerto un agente que hizo el croquis de situación de esos

buques en la bahía. Luego llevando a bordo al torpedista norteamericano Shester, Grau se presentó en Antofagasta en la noche del 24 de Agosto y encontró el Abtao en reparaciones y a la Magallanes que le protegía. Desgraciadamente para él, los alambres de los torpedos se enredaron y no fue posible darles dirección, por lo que el Huáscar se retiró rumbo al sur. El 28 de Agosto, Grau volvió a Antofagasta a mediodía con la esperanza de cortar el cable submarino y ahí cruzó disparos con los dos buques chilenos por espacio de tres horas sin que el Blanco alcanzara a llegar a tiempo para tomar parte en el combate, que no tuvo grandes consecuencias.

Los sucesos que estoy narrando no se comprenderían bien sin conocer los planes que abrigaba el Gobierno de Chile. La idea dominante era no iniciar operaciones terrestres sin limpiar el mar, pero luego se vio la necesidad de comenzar esa campaña aún subsistiendo el Huáscar en poder del Perú. No se podía mantener y pagar un fuerte ejército y una escuadra en campaña en forma indefinida. La situación de la caja fiscal era apremiante. De ahí la preocupación del Ministro de Hacienda, Matte, por dar "el más vigoroso impulso a las operaciones de la guerra", como decía por carta a Sotomayor el 9 de Septiembre. Pinto y Santa María participaban de esta inquietud y así se lo comunicaron a Sotomayor.

Y esto no era todo; el horizonte internacional se presentaba oscuro. Se temía que si la guerra no avanzaba hacia una solución cualquiera, la Europa se cansase de esperarnos e interviniese, solicitada como estaba por el Perú. Si esa intervención ocurría, la única manera de indemnizarnos de la guerra sería teniendo en mano la prenda, Tarapacá, la hijuela pagadora de la liquidación de la campaña.

Se aproximaba el verano y el Gobierno decidió consultar estas inquietudes a un Consejo de Guerra que se celebró en Antofagasta, presidido por Rafael Sotomayor, el que decidió "que no había grave peligro para que el Ejército expedicionase, aunque no se hayan destruido los buques enemigos, siempre que sea convoyado por toda la Escuadra". Se haría una expedición previa a Arica, en busca del Huáscar. El Gobierno aceptó el plan.

La gran preparación de tierra estaba concluida gracias a los desvelos de Rafael Sotomayor. El agua era uno de los números más serios del programa. Había que llevarla del sur o producirla en los buques, transportarla con el Ejército en marcha u obtenerla directamente del punto que sirviera de campamento en el territorio enemigo. Los Transportes llevaron agua en lastre: el Santa Lucía se convirtió en una máquina de destilación. Se compró el Toro que se llamó vapor-aguador, cuya comisión era trasladar a tierra la que había en la cala de los buques.

Para el transporte del agua en tierra, Sotomayor preparó carretones, odres grandes que servían de estanques y pequeños que podía empujar un hombre haciéndolos rodar por el suelo. El Gobierno le había enviado bombas sistema Northon, que se aplican en cualquier parte. Se discutió mucho la cantidad de agua que necesitaba un soldado en marcha. Los cálculos se hicieron sobre litro y medio por hombre al día y doce litros por animal. La experiencia de la campaña probó que el doble de lo presupuestado para los soldados y animales quedaba todavía corto. En materia de agua y municiones había que tenerlas en abundancia. Nuestro soldado es un terrible derrochador de ambas cosas.

La conservación, distribución y desembarque de víveres había sido asimismo estudiado en detalle; así como el espacio que necesitaban a bordo hombres, caballos e impedimenta.

El 21 de Septiembre se hizo a la vela en Valparaíso, el convoy que llevaba al Ejército Expedicionario cuanto necesitaba para emprender la campaña y de 4 a 5 mil hombres más. La flota se componía del Cochrane, O'Higgins. Amazonas, Loa, Limarí, Matías Cousiño, Huanay. Paquete del Maule, Santa Lucía y Toltén. Con posterioridad a la toma del Huáscar, un último convoy condujo al norte los batallones Atacama y Coquimbo, los famosos cuerpos que segaron tantos laureles en la campaña.

Aquellos fueron grandes días en la historia de la Patria. La República se convirtió en un taller en que nadie escatimaba el sacrificio.

En Octubre todo estaba pronto para empezar las operaciones. Se había hecho todo cuanto era humanamente posible para poner el Ejército en buen pie. Sotomayor abarcaba, como se ha visto, el Estado Mayor, la Intendencia, los bagajes, la preparación técnica. No se comprende cómo tenía tiempo para atender a tantas cosas a la vez. Este abnegado funcionario no usaba ningún distintivo en su traje. Se vestía como un particular cualquiera, y teniendo en el bolsillo la plenitud del mando, no exhibió jamás su título ni se lo reveló a nadie. No tenía ninguna presunción y, por el contrario, al vérselo rodeado de los jefes en charla alegre y zumbona, a que era aficionado, se habría podido creer que era un vecino de buen humor que departía con otros de igual a igual.

Capítulo 8

Combate de Angamos. Últimos preparativos de la campaña terrestre

El Capitán de Navío Galvarino Riveros, nombrado Comandante en Jefe de la Escuadra, no había tenido gran figuración en su carrera. Había desempeñado el cargo de Gobernador Marítimo de Valparaíso y hasta entonces no se le había presentado ocasión de distinguirse. Era un hombre nuevo, sin historia, pero miembro de una institución que la tenía. No descollaba por cualidades intelectuales brillantes, pero sí resplandecía en su carácter la energía en la hora del peligro y la valentía impetuosa con que lo acometía y buscaba. El papel que desempeñó en la campaña es glorioso y culmina más cuando se sabe que estaba enfermo, con su físico doblegado y gastado.

El 28 de Septiembre llegó a Mejillones el Comandante Riveros y enarboló su insignia en el Blanco. Dos días después se supo que el Huáscar estaba en Arica y la Unión en el Callao, en espera, esta última, de torpedos que se destinarían a la defensa de Arica. Se celebró entonces un Consejo de Guerra en Mejillones y en él se resolvió que se intentaría el ataque sorpresivo de Arica con las lanchas torpedos y en caso de que fallara y de que el Huáscar estuviera en la bahía, éste y los fuertes serían cañoneados.

La Escuadra se puso en marcha a las 2 A.M. del 2 de Octubre. Por una coincidencia análoga a lo que le ocurrió a Williams durante su viaje al Callao, esta vez Grau había partido de Arica para los puertos de Chile, al mismo tiempo que los buques de Riveros navegaban con derrotero al norte y se cruzaron en el mar en la primera noche del viaje, sin verse.

Refiere Paz Soldán que el Almirante Grau, elevado a ese cargo por su brillante actuación, cediendo al sentimiento humano de popularidad y aplauso que despertaban sus correrías en América, se empeñó con Prado por hacer un nuevo crucero en el norte de Chile, en busca de transportes o de un buque de guerra al cual aplicar torpedos. Lo que silencia Paz Soldán y lo que verdaderamente fue la causa de la insistencia del infortunado marino peruano, es haber sabido en Iquique la partida del convoy expedicionario de Valparaíso con 5.000 hombres y pensó que no sería difícil sorprenderlo. La justicia me proporciona el deber de defender la memoria de Grau contra los escritores de su país.

A las 7.30 A.M. de ese mismo día de Octubre, el vigía de Mejillones avistó al Huáscar y a la Unión rumbo al sur. ¿Era posible que buques chilenos y peruanos

hubieran pasado tan cerca unos de otros sin divisarse? No, el vigía debía estar equivocado, pensaron los chilenos. Pero los buques peruanos iban al sur y el 6 de Octubre el Huáscar y la Unión luego de pasar por Coquimbo y Tongoy, regresaron al norte desde Los Vilos.

La Escuadra chilena, entre tanto, había llegado a Arica el 5 de Octubre y encontró allí únicamente a la Pilcomayo. Riveros se quedó unas horas frente al puerto con el Blanco y la Covadonga y envió al sur al Cochrane al mando de Latorre. El 7 de Octubre se reunió toda la Escuadra en Mejillones. Sotomayor tenía un plan que consistía en hacer que Latorre extendiese su escuadrilla, frente a Mejillones, en la mayor extensión posible, colocándose perpendicularmente a la costa, y que Riveros se situase a la entrada de la bahía de Antofagasta en observación, esperando al Huáscar. Se estimaba difícil que los buques peruanos pudieran atravesar esta red de 50 millas de amplitud sin ser vistos. Latorre hizo pequeñas modificaciones al plan y Sotomayor lo fijó definitivamente en esta forma: Latorre tendería la malla desde 20 millas de Mejillones en línea recta al oeste y Riveros, con un ojo en Antofagasta y otro sobre el mar, perseguiría al enemigo al norte.

Grau entró en la noche del 7 de Octubre a la bahía de Antofagasta y no encontrando buques chilenos, continuó al norte con la Unión. A poco andar, los vigías dieron simultáneamente la alarma en los dos campos. En el primer momento Grau creyó que pudieran ser transportes; luego sospechando algo, se alejó. Al amanecer, Riveros vio que las naves que corrían delante de él eran el Huáscar y la Unión: el primero, color plomo, sin falcas, con sus cofas blindadas; el otro, envuelto en cadenas a manera de blindaje, Grau y García y García, este último comandante de La Unión, confiaban en escapar valiéndose del andar de sus buques. La carrera duró hasta las 7.30 A.M., cuando los vigías peruanos divisaron humos al norte. Era Latorre que se presentaba, en la hora de la esperanza para Grau, como la sombra del desastre. El comandante chileno ordenó al O'Higgins y al Loa que se encargaran de la Unión y él, con el Cochrane, se acercó velozmente a cortar el camino al Huáscar.

Grau se había metido temerariamente en el peligro y hubo un momento, cuando ambos buques estaban aún separados por 8.000 metros, en que pudo haberse inclinado al oeste, a la alta mar, donde la distancia no habría sido fácil suprimirla, por el andar parejo del Huáscar y del Cochrane, pero siguió pegado a la costa, y a los 3.000 metros rompió el fuego que Latorre contestó sólo cuando estuvo a 2.000 metros de distancia. Eran las 9.40 A.M.

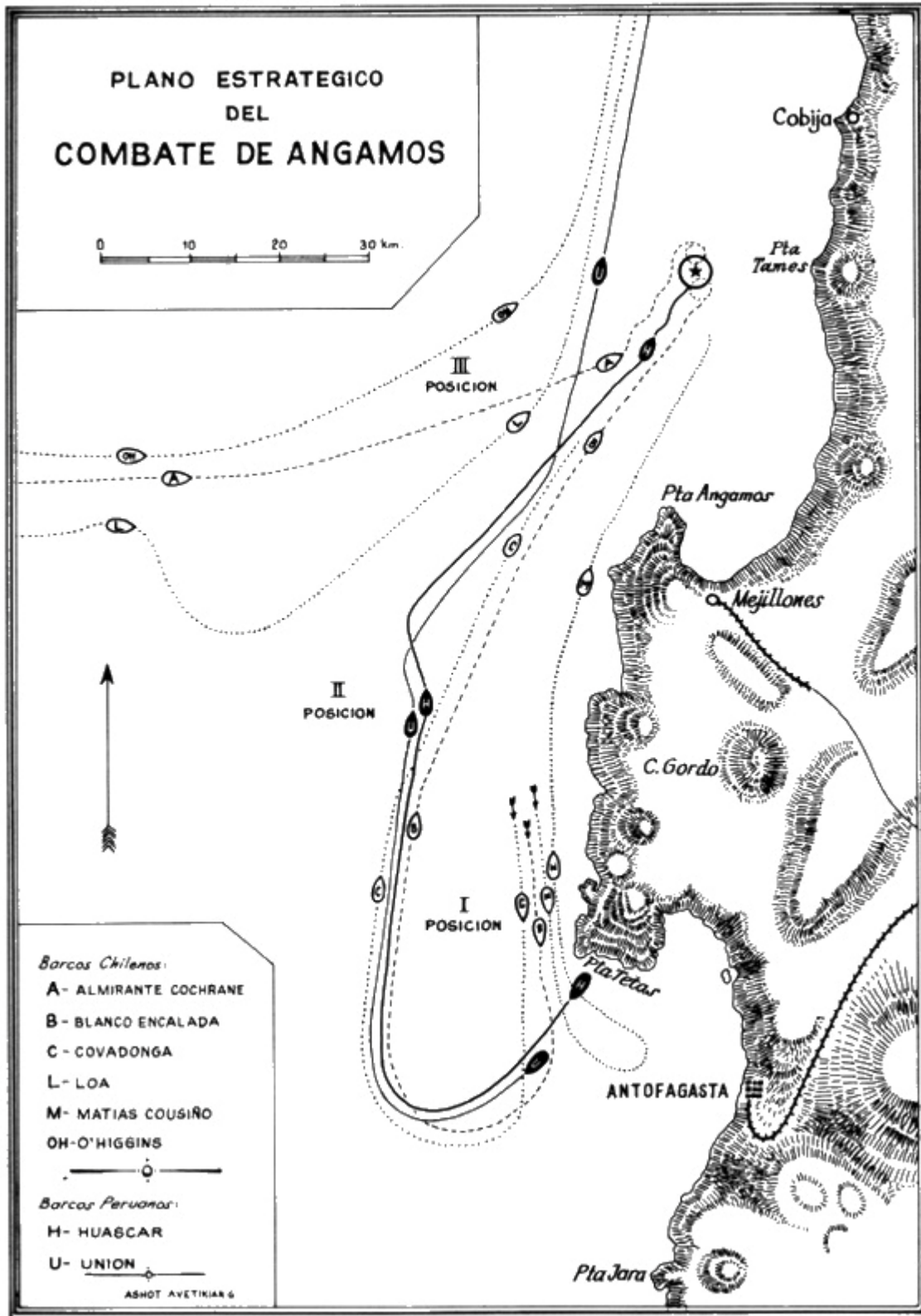
Según las versiones peruanas, el primer cañonazo chileno dio en la torre de combate, destrozando 12 hombres; el segundo cortó el guardín o cadena que da dirección al timón; el tercero o cuarto disparo dio en la torre de mando pulverizando a Grau. Ese disparo y otro más destrozaron el telégrafo de la máquina y la rueda de gobierno. Esta era la situación del Huáscar media hora después de empeñada la lucha.

El Huáscar tenía una pequeña torcedura en el espolón que inclinaba su rumbo a la derecha cuando los aparatos directivos no desarrollaban toda su eficacia. Viéndolo girar en esa forma, Latorre interpretó el movimiento como si fuera a vararse o a agredirlo con el espolón y él se adelantó a hacerlo, pero erró el golpe y pasó a 200 metros del monitor. Cuando esto ocurría, el combate duraba cerca de una hora. La tripulación estaba desmoralizada. Dos marineros subieron a cubierta y arriaron el estandarte que flameaba en el pico de mesana, el que fue repuesto enseguida por un oficial que salió de la torre de combate y lo izó con sus propias manos. Se cree que era el Teniente Enrique Palacios.

El Huáscar seguía corriendo rumbo al norte cuando llegó el Blanco y el monitor no pudo resistir más. Latorre les ordenó parar las máquinas y obedecieron. El pabellón se arrió y se echaron botes al agua.

La defensa del Huáscar fue valiente y si bien la tripulación, de diversas razas y nacionalidades, no conservó la tranquilidad y entereza que permita aplicar a su defensa un calificativo más culminante, hay que tomar en cuenta la superioridad del adversario, el efecto espantoso de las granadas de nueva invención, la gloriosa hecatombe del comandante. Cuando los tripulantes del primer bote del Cochrane llegaron a bordo del monitor, lo encontraron con cuatro pies de agua, porque los ingenieros ingleses habían recibido la orden de hundirlo. Luego se le llevó a Mejillones.

La víctima más ilustre del combate fue el Almirante Grau. Todo elogio que se haga del caballeroso marino que rindió allí la vida está justificado. Grau sirvió a su patria con valor, con destreza y con humanidad. Jamás se encuentra bajo su pluma una injuria, ni su buque ahondó inútilmente los males de la guerra.





Pudo destruir poblaciones inermes y no lo hizo. Desgraciadamente habría estado justificado si lo hiciera. Alma elevada, Grau señaló un rumbo de honor a la Marina futura del Perú. El vencedor le rindió el homenaje que merecía.

El Huáscar fue perforado en seis partes en el casco y dos en la torre, pero las máquinas no sufrieron absolutamente nada. Los muertos en esa nave fueron 69 y los prisioneros 144, entre ellos 28 oficiales.

De una relación de Sotomayor al Presidente, inédita, destaco el siguiente párrafo, sobre episodios de la rendición del buque:

"El Teniente Simpson, encargado de tomar posesión del buque, fue rodeado al subir a cubierta por marineros que le pedían perdón creyendo que iban a ser degollados. Simpson les dijo que no estaban en guerra con una nación bárbara, que no tuvieran temor. El Mayor Ugarteche, al pisar la cubierta del Blanco, levemente herido, dijo en voz alta al Capitán Peña: "El Perú no se rinde". El Capitán Peña, seco como siempre, le contestó: "No sea Ud. tonto, señor, baje para que lo curen como a los demás". Uno de los prisioneros decía que el Comandante de la Unión, García y García, debía llamarse Corría y Corría".

Veamos qué suerte tuvo la Unión.

Obedeciendo la orden impartida por Latorre la O'Higgins y el Loa persiguieron a la Unión que marchaba a toda velocidad hacia el norte. Los tripulantes del buque peruano presenciaron el combate del Huáscar, sin que pasara un momento por el espíritu de García y García auxiliar a su glorioso compañero. Hubo un momento en que el Loa se acercó hasta los 2.000 metros de la Unión, mientras la O'Higgins quedaba atrás. Ahí pudo haber sido batido, pues era sólo un buque de comercio, sin ninguna solidez. Pero el comandante peruano prefirió continuar huyendo, lo que mereció los más duros calificativos de los escritores del Perú e incluso de sus oficiales. Uno de ellos escribía:

"Este buque, compañero del Huáscar, su subordinado, no hizo nada, pero absolutamente nada, en su auxilio. Huimos vergonzosamente del teatro del combate y para mayor ignominia, perseguidos por una corbeta, primero, y después por un transporte, que nos desafió haciendo fuego y presentando su costado en más de cuatro veces de las diez horas que duró nuestra huida".

La persecución se abandonó en la medianoche del 8, porque la distancia ganada por La Unión la hacía completamente inútil.

La captura del Huáscar despertó en el país un entusiasmo inmenso. El instinto público comprendió la enorme importancia que tenía abrir las puertas del Perú a la invasión terrestre que decidiría la contienda. La llegada de Latorre a Antofagasta fue la de un general vencedor. Una curiosidad inmensa, febril, dominaba a todo el país por ver al Huáscar con bandera chilena. Ese buque que había recibido el último suspiro de Prat. Las poblaciones de la costa que habían sido víctimas de sus correrías deseaban verlo, tocarlo y el monitor, en su viaje de regreso, tocó en Chañaral, en Caldera, en Huasco, en Coquimbo, donde los habitantes concurrían en romería a los puertos. En Valparaíso el éxito fue aún mayor y hubo que organizar trenes especiales para trasladar del interior a las personas que deseaban visitarlo.

La pérdida de su poder naval produjo una impresión profunda en el Perú y también en Bolivia. En el Perú la impresión fue mucho mayor: Grau era su orgullo y el Huáscar su gloria. Enseguida, las costas quedaban a merced del enemigo, podía desembarcar donde quisiera. Y así sucedió, la toma del Huáscar determinó el principio de la campaña terrestre.

El embarque del Ejército Expedicionario comenzó en Antofagasta el 19 de Octubre, bajo la dirección inmediata de Sotomayor. Se embarcaron primero las municiones, después, sucesivamente, la artillería, los víveres, los forrajes, los vestuarios, los caballos y por último las tropas, en medio de un delirante entusiasmo de buen augurio. El 28 de Octubre todo estaba a bordo. Fue un día solemne para el patriotismo nacional.

No era ya un misterio que Perú jugaba ahora la suerte de Tarapacá; Bolivia la del territorio al norte y al sur del paralelo 23°, y Chile, toda su región salitrera hasta el grado 26. Hasta el momento a que hemos alcanzado en esta obra, el Gobierno de Chile no pensaba anexarse Tarapacá en caso de vencer, sino exigirla como garantía de una fuerte indemnización de guerra.

El Presidente Pinto seguía creyendo que el objetivo militar debía ser Tarapacá. Para llevar a efecto la idea esencial de la operación, había que tomar una posición del interior con agua y llegar rápidamente a ella por ferrocarril. Había en Tarapacá tres lugares apropiados con estos requisitos: Patillos, que comunicaba la costa con el pozo de San Lorenzo; Iquique, unido con la Noria y con Pozo Almonte, y Pisagua, con Dolores.

Para Pinto, terminada la operación de Tarapacá, terminaba la guerra. Así lo dice en carta a Sotomayor el 21 de Septiembre:

"Destruído el ejército peruano de Tarapacá, considero concluida la guerra. Este golpe bastaría para concluir con la alianza Perú-boliviana. No creo que nos veríamos en la necesidad de ir más adelante".

Sotomayor fue consultado acerca del punto de desembarco y le ordenó activar los preparativos para anticiparse así a cualquier gestión de paz europea antes de que estuvieran posesión de Tarapacá. El aún no se decidía entre Pisagua o Junín. Entre los que apoyaban este último lugar, pequeña caleta, estaban Santa María y otros amigos, entre ellos Bernardo de la Barra, antiguo minero que decía conocer muy sitio. Pero surgieron otras personas con diferentes planes Sotomayor prefirió hacer él mismo la elección del punto de desembarco y guardar absoluta reserva. Para ello ni siquiera convocó al Consejo de Guerra, como se lo había pedido el Gobierno, temiendo se filtrara la información. Sólo lo contó a Condell. Su plan era atacar conjuntamente por Pisagua y Junín.

Capítulo 9

Campaña de Tarapacá. Asalto de Pisagua

Como dijimos, el 28 de Octubre zarpó de Antofagasta el convoy con el Ejército Expedicionario. Se componía de 14 vapores y un velero y lo custodiaban el Cochrane, la Magallanes, la O'Higgins y Covadonga. El buque insignia era el Amazonas, en el que se embarcó Thompson, jefe del convoy, y con él, el Ministro, el General en Jefe, el Jefe del Estado Mayor, el Cuartel General. El jefe de los transportes, Capitán Patricio Lynch, iba en el Itata. La tropa expedicionaria, comprendiendo jefes y oficiales, ascendía a 9.500 hombres.

Ya a bordo se discutió el plan de desembarco y la proporcionalidad de las fuerzas que irían a Pisagua y a Junín. Se destinó una división de 4.890 hombres de infantería y artillería para bajar en Pisagua; una de 2.175 para hacer lo mismo en Junín y otra de 2.500 plazas quedó en reserva. Jefe de la operación naval de desembarco en Pisagua fue nombrado el ex Comandante del Cochrane, Enrique Simpson. Se dispuso que el ataque de Pisagua se iniciase a las 4 A.M. del día siguiente, lo que no resultó, por una causa inesperada: El convoy estaba a 62 millas de ese puerto y no 50 como se pensaba.

Dejemos al convoy navegando a todo vapor en demanda de Pisagua y demos una mirada al territorio donde se va a desarrollar campaña.

Tarapacá era "departamento" en el lenguaje administrativo del Perú. Es un desierto con pequeños oasis y está limitado al este por cumbres de la cordillera, desde el 19°, 12 al 21°, 28 de latitud sur. Su frontera meridional es el Loa. Topográficamente se divide tres zonas la costa, el valle central o Pampa del Tamarugal y la región cordillerana.

Las playas son angostas y acantiladas. En la zona de la costa se encuentran las substancias que han dado celebridad al territorio: el guano, el salitre y la plata. El guano está a la orilla del mar; el salitre en una faja que corre al pie de las lomas que limitan por el riente en el valle central; la plata en las cumbres más altas de la serranía marítima.

Hallándose la región salitrera a un promedio de 10 leguas de distancia de la costa, el problema militar para el Ejército chileno era, como lo aconsejaba Pinto, apoderarse de los pocos pozos de agua y agruparse a su alrededor para defenderlos. Como adelantamos, la posesión de los tres ferrocarriles que iban de la costa era esencial para llegar al interior. El más importante era el de Iquique a la Noria y a

Pozo Almonte, tres núcleos guarnecidos de tropas. En Iquique había 3.500 hombres y en las primeras gradientes situadas a su espalda, en Molle, residía una guarnición de igual o mayor fuerza. Poco más al norte desde Pisagua, partía el ferrocarril que iba a la Aguada de Dolores y a Agua Santa, luego de pasar por las oficinas salitreras de San Francisco, Santa Catalina y Porvenir.



José Francisco Vergara Echevers

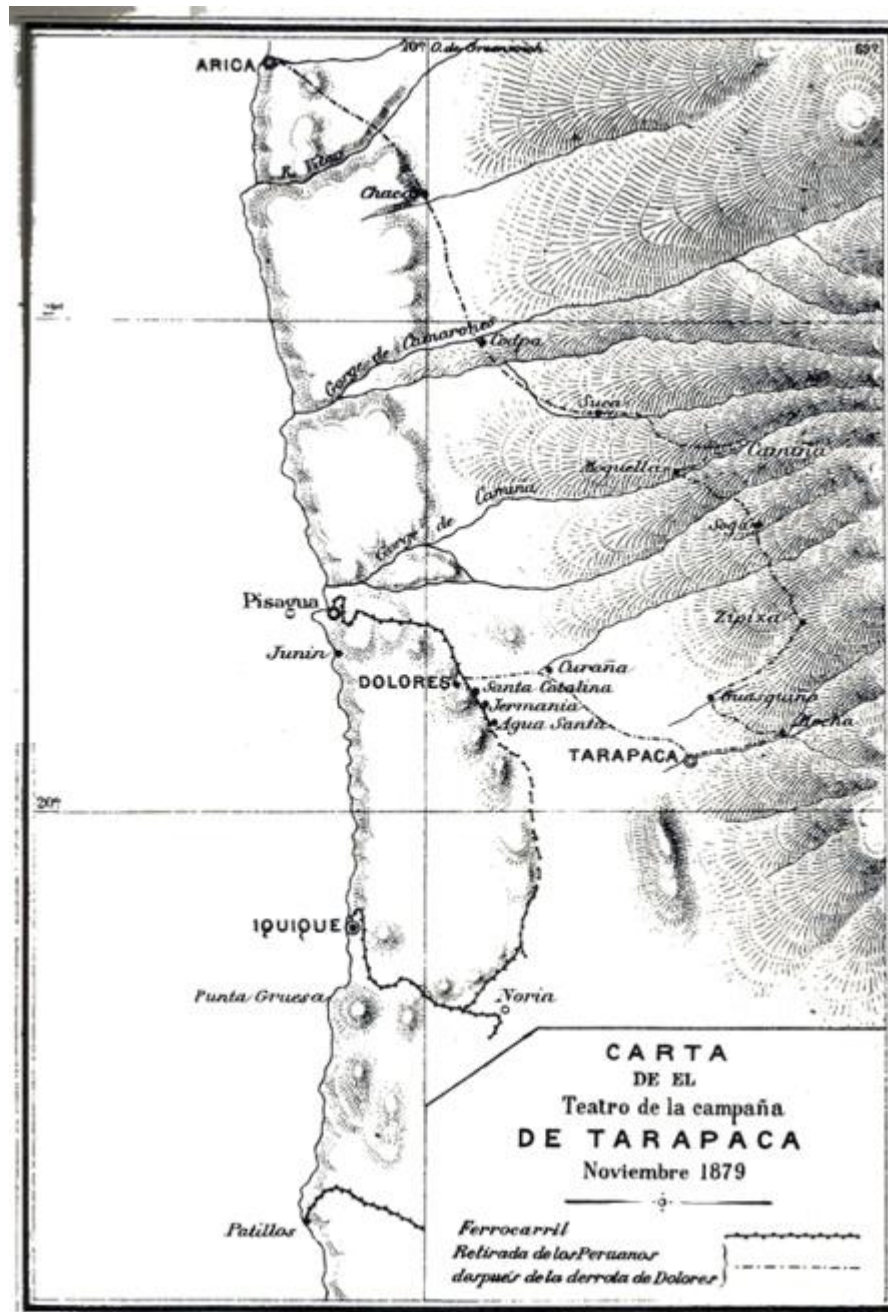
La sección del norte de Tarapacá estaba defendida por cuatro batallones bolivianos repartidos entre Pisagua y sus alrededores, a las órdenes del General Villamil.

Había en la zona de la costa dos depósitos de víveres y de municiones, uno en Molle, al lado de Iquique, y el otro en Agua Santa, sobre el ferrocarril de Pisagua.



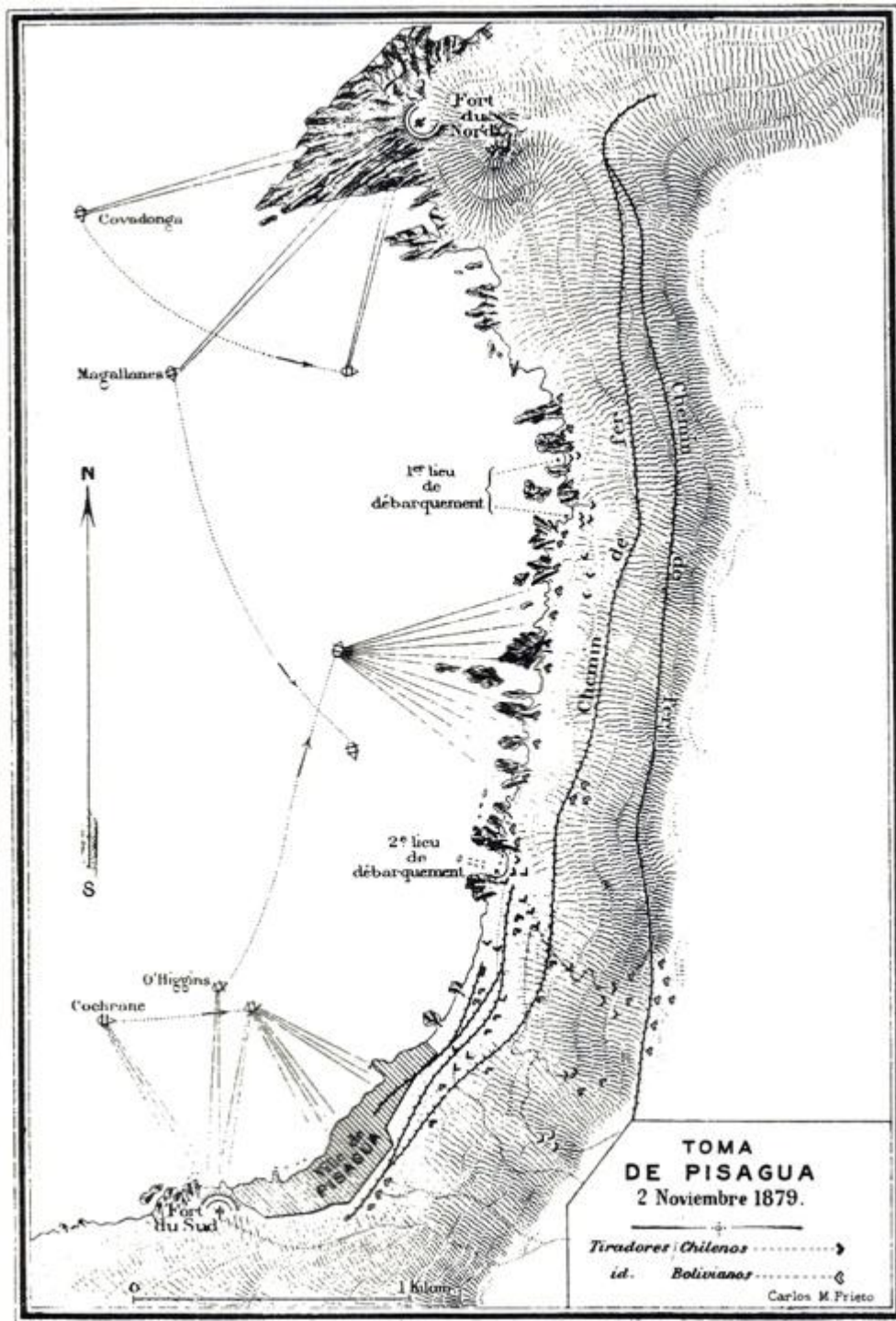
General Erasmo Escala, Comandante en Jefe del Ejército

La segunda zona es la Pampa del Tamarugal, que deriva su nombre de los tamarugos, variedad de la familia del algarrobo que en tiempo no muy remoto cubría la mayor parte de esa gran planicie, de más de 500 leguas cuadradas. Se han descubierto troncos fósiles y desenterrado esqueletos de megaterios y de otros grandes herbívoros del período cuaternario.



El viajero que atraviesa esa pampa desolada no encuentra en su camino sino llanuras interminables de tierra calcinada, cortadas por grandes manchas de sal endurecida por la sequedad del aire.

Hay algunos oasis cerca de Pozo Almonte, que se conocen con el nombre de "canchones". Los principales son los de La Tirana y Huasquiña; un poco más al norte, Tiliviche; al pie de la cordillera, enfrente de la Noria: Pica y Matilla.



Las quebradas son hondas, como las de Camiña cerca de Pisagua, y la de Camarones, con altos y formidables bordes.

La tercera zona es la Cordillera de los Andes. La parte interior de ella no atañe a nuestro trabajo, porque quedó fuera del radio de acción de los ejércitos. En las quebradas habita una población primitiva que se contenta con satisfacer sus necesidades más apremiantes recogiendo el pasto que vende en las oficinas salitreras.

Cerca de la Pampa del Tamarugal hay algunos pueblos como Tarapacá, que dio su nombre al territorio.

El Ejército enemigo que defendía a Tarapacá contaba con 10.933 plazas, de general a soldado, contra 9.500 chilenos. No es fácil hacer una semblanza de sus jefes. Los juzgaremos por lo que hicieron en esta campaña. Buendía aparece como un hombre débil, de escaso espíritu de iniciativa, sereno en el peligro pero sin ninguna irradiación heroica. Tenté de ayudante a un joven bonaerense, Roque Sáenz Peña, quien luego fuera Presidente de la República Argentina.

Belisario Suárez, jefe de Estado Mayor, reveló bastantes cualidades de organización. Los jefes de más categoría eran los coroneles Dávila, Velarde y Bolognesi, este último destinado a escribir una de las páginas más honrosas de la historia del Perú. En escala más modesta, pero no menos honrosa, debe incluirse al comandante del Batallón Iquique, Alfonso Ugarte, que sin ser militar, organizó un cuerpo de infantería y sacrificó a su Patria, primero, la fortuna y, después la vida. En general, a este Ejército le faltaba la fibra acerada de la disciplina y bullía en sus venas un personalismo turbulento. Lo mismo ocurría en el Ejército de Bolivia, que había destacado 4.000 hombres para defender Tarapacá. Los jefes divisionarios eran los generales Villamil y Villegas. Pero la idea de Patria no tenía igual fuerza en este Ejército boliviano que en el del Perú, porque defendiendo a Tarapacá no luchaba por su suelo sino por el ajeno.

La provisión del Ejército aliado estaba a cargo del Cónsul argentino en Tarapacá, Indalecio Gómez, que introducía animales en pie de la Argentina por los caminos cordilleranos.

El Ejército Expedicionario de Chile estaba formado por cuatro regimientos de infantería.

El primero era el Buin. Lo mandaba el Teniente Coronel Luis J. Ortiz y era su segundo jefe el Teniente Coronel José María del Canto. El regimiento número 2, el famoso Segundo de Línea, que se inmortalizó en la campaña, tenía como jefes a Eleuterio Ramírez y a Bartolomé Vivar. El regimiento número 3 era comandado por el Teniente Coronel Ricardo Castro y su segundo Vicente Ruiz. El 4º tenía a su

frente al Coronel José Domingo Amunátegui y como segundo al Teniente Coronel Rafael Soto Aguilar.

A esta sección del Ejército de Línea hay que agregar un batallón de Artillería de Marina, mandado por el Teniente Coronel José Manuel Vidaurre y una brigada de Zapadores al mando del Teniente Coronel Ricardo Santa Cruz.

Los cuerpos movilizados, los cívicos, eran los Navales, Valparaíso, Chacabuco, Bulnes, el N° 1 de Coquimbo y el Atacama. Los Navales se habían organizado en Valparaíso con los fleteros del puerto. El Valparaíso era la policía de esa ciudad. El Bulnes había sido bautizado con este nombre por el Municipio de la capital. El Chacabuco se había formado en Santiago y sus alrededores. El N° 1 de Coquimbo estaba constituido por los mineros de la provincia, igual que el Atacama.

Mandaba el Regimiento de Artillería el Comandante Velásquez. Su segundo era el Teniente Coronel José Manuel Novoa. Las baterías de artillería llevaban 36 piezas. La caballería estaba representada por el Regimiento de Cazadores a Caballo. Su rival, el Regimiento de Granaderos, ingresó después con su jefe, el Comandante Tomás Yávar, que murió a su frente en Chorrillos.

Había también un cuerpo de Pontoneros, con el Teniente Coronel Arístides Martínez. Lo integraba, como Capitán, el ingeniero Augusto Orrego Cortez, que levantó casi todos los planos de las batallas.

Como ya se sabe, era Jefe de Estado Mayor de este Ejército el Coronel Emilio Sotomayor y Jefe de la Caballería el General Manuel Baquedano.

Mandaba el Ejército Expedicionario el General de Brigada Erasmo Escala. A la fecha frisaba en los 50 años y toda su carrera había sido la de un oficial de honor. Su reputación había culminado en Loncomilla, en que perdió un brazo. Pertenecía Escala a la vieja escuela disciplinaria y concentraba en sí el trabajo de todas las secciones militares. Noción errada cuando se trataba de movilizar una masa de 10.000 hombres y concepto exagerado de prerrogativas que le produjo rozamientos y choques.

Tenía Escala una naturaleza sumamente bondadosa y el soldado, con sagacidad, abusó de su condescendencia y no había medida disciplinaria que no diera lugar a reclamaciones.

Las relaciones con Sotomayor no eran buenas, a pesar de que éste extremaba su prudencia para no herir la susceptibilidad del General y poco a poco fue produciéndose el divorcio entre los dos.

Pisagua era en 1879 una aldea de pocos habitantes agrupados alrededor de la estación del ferrocarril salitrero. En los extremos norte y sur de la bahía se alzaban fuertes armados con cañones. Como la rada es estrecha, los cañones podían cruzarse.

La lengua de tierra que forma la playa entre los puntos mencionados es angosta y muy accidentada y está bordeada en la orilla del mar por rocas apropiadas para la defensa. Para atrás se alzan las colinas y los cerros en anfiteatro. Pisagua se puede comparar con una casa de varios pisos y para asaltarla debe tomárselos de uno en uno. Hay que agregar una dificultad más: la de aproximarse a ese edificio en botes, pudiendo los soldados de la ribera dominar una zona marítima de 300 a 400 metros, sin riesgo alguno para ellos. La azotea del edificio, o sea la planicie que domina la playa, se llamaba el Hospicio y servía de campamento a la guarnición boliviana compuesta de dos batallones.

Guarnecían la plaza tropas de infantería y de artillería al mando del Teniente Coronel Recabarren, quien el día del ataque cedió su puesto al General Buendía. Sumaban 1.300 hombres más o menos: 500 peruanos y 850 bolivianos.

La tropa boliviana situada en la sección norte del territorio de Tarapacá, a los órdenes, como he dicho, del General Villamil, se componía de cuatro batallones: el Victoria y el Independencia de La Paz, El Aroma y Los Vengadores, de Cochabamba. En Pisagua estaban los paceños. El Victoria mandado por el Coronel Juan Granier y el Independencia, por el Comandante Donato Vásquez; Al iniciarse las acciones, en la mañana del 2 de Noviembre, los soldados bolivianos bajaron del Hospicio a tomar posiciones a la orilla del mar y en los edificios de la población.

A las 7 A.M. los buques entraron a la bahía y mientras el Cochrane y la O'Higgins (con Latorre y Montt) atacaban el fuerte sur, la Magallanes y la Covadonga (con Condell y Orella) disparaban sobre el fuerte norte, cuyo cañón quedó fuera de combate rápidamente. En el fuerte sur la resistencia se hizo más obstinada y sólo se rindió a las 8 A.M. El convoy de botes se atrasó y el bombardeo debió reanudarse. Finalmente, a las 10 A.M. se dirigió a la playa una flotilla de botes y lanchas guiada por Simpson, llevando sólo 450 hombres y no 900 como había planeado Sotomayor. Una omisión tan substancial modificaba las condiciones del combate.

Cuando la flotilla penetró en la línea de fuego, recibió descargas sucesivas y tupidas que dejaron heridos a algunos tripulantes. Ya en la playa norte el Teniente del Loa, J. A. Barrientos, y Guardiamarina Fuentes, batiéndose a la bayoneta y golpeando con los rifles a guisa de masa, lograron apoderarse de un peñasco que

ocultaba a un grupo de bolivianos y clavaron ahí la bandera que minutos antes flameaba en la popa de su propia embarcación.

Cuando los 450 hombres quedaron en la playa, las embarcaciones regresaron a buscar una nueva remesa, y el fuego de la Escuadra permitió a este grupo de atacantes, frente a no menos de 1.300 defensores, mantener las posiciones por tres cuartos de hora. Llegó entonces el segundo convoy.

El General Escala, entretanto, seguía desde la cubierta del Amazonas las peripecias de la lucha y dejándose guiar por el impulso de su valeroso patriotismo pidió una embarcación para ir a tierra y sólo desistió cuando el Ministro Sotomayor, luego de haberle observado lo temerario de la resolución, le prohibió, a nombre del Presidente de la República, bajar.

Con la presencia del tercer convoy en tierra, comenzó el asalto por los caminos en espiral hasta las alturas de Hospicio. La gran dificultad de los chilenos no era tanto vencer, sino trepar en un día caluroso posiciones escalonadas con mucha gradiente. Esa admirable empresa fue ejecutada en menos de dos horas por nuestras tropas, distinguiéndose entre esos audaces escaladores de cerros los mineros del Atacama, que llevaban la delantera. El enemigo huyó dejando en Hospicio nada más que a los heridos. Por la misma razón los prisioneros fueron pocos: unos 30 individuos de tropa y 4 oficiales y casi todos heridos.

A las 3 de la tarde se divisó desde los buques una bandera chilena clavada en Hospicio, según se aseguró por el Subteniente del Atacama Rafael Torreblanca.

El convoy que marchó a Junín no tuvo dificultad para el desembarco, porque unos 25 ó 30 soldados de caballería que custodiaban el puerto huyeron a los primeros cañonazos. La tropa bajó como en un ejercicio de maniobras y marchó inmediatamente hacia Pisagua a cortar la retirada a sus defensores, sin saber que a esa hora, las 5 de la tarde, ya se habían marchado. Para colmo de mala suerte, la columna se extravió en el desierto. La división anduvo toda la noche y solamente al amanecer del siguiente día llegó al campamento de Hospital.

La parte del Ejército aliado que defendía a Pisagua quedó totalmente aniquilada. Los peruanos huyeron al interior, en completa desorganización. Los bolivianos se dispersaron. La terrible derrota fue celebrada por los enemigos como un acto heroico, comparable a los más grandes hechos de la historia. Dando por sentado que la guarnición de Pisagua se había batido con todo el Ejército que permaneció en los buques, decían que el combate había sido de 1 contra 6. "Nuestros aliados

nos admiran", escribía Granier. Sin aceptar aquellas exageraciones, es justo reconocer que la guarnición de Pisagua resistió con entereza.

La operación militar tuvo un éxito completo a costa de poca sangre: 58 muertos y 173 heridos. Se forzó la puerta de Tarapacá y se tomó el material del ferrocarril. Esta conquista preciosa ponía en comunicación al Ejército con el interior y sus aguadas.

En otro sentido, era una operación táctica de mucha importancia, porque la penetración por el ferrocarril de Pisagua cortaba a Tacna de Iquique, a Daza de Buendía, al Ejército aliado de Tarapacá de la división boliviana de Tacna.

Capítulo 10

Batalla de Dolores

El problema que se presentó a los expedicionarios en Pisagua fue el del agua potable. Al revés de lo que creía el Presidente Pinto, no había en ese puerto peruano máquinas resacadoras de agua como en Antofagasta y puertos chilenos más al sur. En lugar de eso, los peruanos traían toda el agua desde Arica en barcos cisternas y desde Dolores en carros estanques. Con la ocupación de la ciudad se cortó esta provisión de agua justamente cuando la población había aumentado en 10.000 hombres y un millar de bestias. La fiscalización estricta del agua se entregó al General Baquedano mientras las resacadoras trabajaban en los buques y se instalaban rápidamente otras en la costa.

También hubo que preocuparse de la habilitación de la línea de ferrocarril y del material ferroviario. Pero lo más urgente era, sin duda, bajar de los buques el equipo y los víveres y organizados en tierra, careciendo de edificios, todos fuera de uso por los bombardeos e incendios.

La toma de Pisagua era el principio de una operación que había que completar con la ocupación de una aguada del interior. El hábil y audaz Secretario del General en Jefe, José Francisco Vergara, se ofreció para hacer reconocimientos al interior de Pisagua, con tropa de caballería, siguiendo la línea del ferrocarril. En Jazpampa encontraron dos grandes estanques con agua, más forraje y víveres y un convoy listo para transportarlos al campamento enemigo de Agua Santa. Galopando siempre, la columna llegó a Dolores el 5 de Noviembre y encontró en estado de servicio las bombas que extraían el agua de su abundante pozo. Jamás un minero en sus audaces exploraciones habrá experimentado sensación igual a la que sintió ese grupo de chilenos al descubrir el hilo de agua clara, fresca, que vertía el pozo de Dolores.

La columna de dos compañías de Cazadores siguió avanzando hacia Agua Santa y al atardecer del 6 de Noviembre se encontró con un pelotón aliado de caballería, formado por una compañía del regimiento peruano Húsares de Junín y otra del Húsares de Bolivia; ambas al mando del comandante peruano José Buenaventura Sepúlveda- hijo de un oficial chileno que figuró en el Ejército del General Bulnes de 1838. Cada compañía tenía alrededor de 50 a 60 hombres. El combate tuvo lugar en una planicie llamada Pampa de Germania y al primer encuentro huyó el enemigo en dos grupos, perseguido por los Cazadores chilenos. El combate se desarrolló en

persecución a la desbandada, con arma blanca. Murió el Comandante Sepúlveda y otros tres oficiales peruanos, más uno boliviano. Fue tomado prisionero el jefe del Cantón Militar de Agua Santa, Comandante Chocano, del Perú, y el Teniente boliviano Gómez. De nuestro lado murieron el Sargento Tapia y dos soldados y recibieron heridas otras 6 personas.

Durante el asalto de Pisagua, el General Buendía se había retirado hacia el sur y con la ayuda del Batallón Vengadores, de Bolivia, pudo evitar la dispersión completa de los fugitivos. Desde la estación San Roberto telegrafió a Suárez, Jefe de Estado Mayor, para concentrar las tropas y librar una batalla con todo el Ejército.

Las fuerzas aliadas que guarnecían el sur de Tarapacá se juntaron en la Noria, y de allí fueron a Pozo Almonte, al final del ferrocarril de Iquique, bajo las órdenes, como digo, de Suárez. Las de Buendía se establecieron en Agua Santa, la última estación del ferrocarril de Pisagua al interior. Entre ambos puntos había un desierto de 10 leguas sin ferrocarril. Se optó, finalmente, por reunir todas las tropas aliadas en Pozo Almonte.

Al saber lo acaecido en Pisagua, el General Prado resolvió que el Ejército de Tarapacá diese una batalla general. Con ese objeto celebró un Consejo de Guerra en Tacna, al cual concurrieron Daza y los principales jefes de ambos ejércitos. Se designó al General boliviano Daza General en Jefe de ambos ejércitos y se le envió a la pequeña localidad de Tana, en la quebrada de Camiña, algunas leguas al noreste de Pisagua. Entre Daza y Buendía estaban las tropas chilenas, imposibilitándoles toda unión. Más al este se encontraba la yerma Pampa del Tamarugal.

Sotomayor decidió concentrar las tropas chilenas en Dolores y el 10 de Noviembre había ya en ese sitio alrededor de 6.000 hombres. El resto del Ejército se quedó en Hospicio. En Dolores se instaló asimismo la artillería, luego que Sotomayor venció la resistencia del General Escala, contrario a trasladarla a ese lugar. La artillería, al mando del Comandante Velásquez, llegó a Dolores en la mañana del 19 de Noviembre, es decir, sólo unas horas antes de que se iniciara la batalla de ese nombre.

El 17 de Noviembre se recibió el aviso de que había aparecido en Tana la cabeza de la división boliviana y salieron de Hospicio y de Dolores partidas de exploración del Cazadores y de Granaderos, sin previa comunicación entre unas y otras. De ahí que cuando Vergara y los Granaderos dudaban si atacaban o no a una vanguardia

de 140 hombres que acompañaban a Daza, divisaron otro grupo de caballería por el oriente. Vergara lo tomó por enemigo y ordenó a sus impacientes jinetes torcer bridas y retroceder, comunicándolo por telegrama al Cuartel General. Se perdió pues una oportunidad de hacer prisionero a Daza, quien, luego se supo, dormía a esa hora en un rancho de Tana, a dos leguas de las fuerzas de Vergara.

El plan de Pinto, luego del desembarco en Pisagua, era asegurarse alguna importante aguada hacia el interior y desde allí, con la ayuda de la caballería, aislar a las fuerzas aliadas establecidas en Iquique, cuya guarnición sin recursos tendría así que rendirse. La aguada más importante a que se aludía era sin duda Pozo Almonte. Pero este plan no había tomado en cuenta la enorme dificultad de maniobra de la caballería en el desierto. El caballo se fatiga con la rarefacción del aire; el suelo salobre lo enferma de las patas; la falta de forraje y agua y la puna agregan otros tantos problemas.

También se consultaba la preparación de Pisagua como punto de retirada en caso de revés, aumentando las máquinas de destilación de agua y la construcción de galpones para guardar víveres y pertrechos.

Sotomayor creía en la inmovilidad del enemigo. El 17 de Noviembre, antevíspera del combate de Dolores, escribía a Pinto:

"El enemigo parece que nos dará tiempo para organizamos y establecernos con solidez en Agua Santa. Después veremos cómo marchar sobre Pozo Almonte".

El Combate de Dolores fue, pues, una sorpresa completamente inesperada para los directores de nuestro Ejército. En víspera de esa célebre acción, ocurrió un suceso en el mar que fue un nuevo desastre para la causa de la Alianza. Uno de los últimos barcos de su Escuadra cayó en poder de la Marina chilena.

El 18 de Noviembre, el Almirante Riveros, que patrullaba las vecindades de Arica en el Blanco, divisó a la Unión y a la Pilcomayo rumbo a Callao. La Unión, de gran andar, escapó, pero no así la Pilcomayo, a la que Riveros puso proa resueltamente. Luego de algunos cañonazos, oficiales y tripulantes del buque peruano saltaron a los botes, no sin prender fuego primero a la obra de madera. Los ingenieros peruanos se quedaron a bordo con la misión de abrir las válvulas en el momento final, lo que no alcanzaron a hacer y el Blanco envió un bote que tomó posesión del

buque. La máquina no había sufrido. Apagado el fuego en la obra muerta, la Pilcomayo quedó en estado de servicio.

Mientras Escala afianzaba en Tarapacá al Ejército Expedicionario, en Antofagasta se preparaba el Ejército de Reserva, a las órdenes del General de Brigada José Antonio Villagrán. El papel de esa fuerza era doble: poner a cubierto ese territorio de cualquier agresión de Bolivia y colocar al alcance del Ejército Expedicionario una ayuda en caso de necesidad. Esta fuerza de reserva constaba de cuatro batallones: el Caupolicán, el Valdivia, el Chillán y el Lautaro, los Carabineros de Yungay N°2 y 200 artilleros con 10 piezas.

Pero volvamos a la relación de las operaciones militares, retrocediendo un poco para relatar lo acontecido a Daza, desde que el General Prado le ordenó salir de Tacna y reunirse con Buendía. El paso de la División por Arica fue triunfal y el 11 de Noviembre abandonó la ciudad y se internó en el desierto. El 14 de ese mes llegó a Camarones, límite de los departamentos peruanos de Moquegua y Tarapacá. También éste fue el límite del entusiasmo de los soldados y costó mucho a Daza convencerlos para seguir al sur, deseosos como estaban de "contramarchar" como se decía. Por último la decisión se tomó de la siguiente manera: Daza siguió hasta Tana, con los Colorados, y el grueso de las tropas regresó a Tacna, al mando del Jefe del Estado Mayor, General Casto Arguedas. Poco tiempo se quedó Daza en Tana; al saber el resultado de la Batalla de Dolores, volvió a Arica.

Hay otra explicación de lo sucedido, insinuada por los historiadores bolivianos y peruanos: suponer que Daza estaba de acuerdo con Chile y que al retroceder en Camarones lo hizo para facilitar nuestro triunfo de Dolores. Esta versión es completamente falsa.

* * * *

Buendía tenía la orden de avanzar hacia el norte a juntarse con Daza. Como vimos, entre las terminaciones de los ferrocarriles de Iquique a Pozo Almonte y de Pisagua a Agua Santa, hay 10 leguas de desierto sin agua. Para cubrirlas, Buendía y Suárez requisaron carretones y bestias y en ellos pusieron agua, víveres y municiones. El Ejército avanzó con bastante orden, dividido en tres líneas, dos peruanas al mando del General Pedro Bustamante y una boliviana bajo las órdenes del General Villegas. Seguías una poderosa reserva compuesta de las divisiones de los coroneles Andrés Avelino Cáceres y Francisco Bolognesi.

El cuartel general chileno ignoró estos movimientos hasta el 18 de Noviembre. Se creía que el enemigo aguardaría el ataque en Pozo Almonte o la Noria y que no intentaría atravesar el desierto. Los chilenos se preparaban más bien para hacer el mismo recorrido, en sentido inverso, a fin de mes. Este errado concepto explica la tardanza con que se envió la artillería a Dolores, desde Hospicio. Si el General Velásquez hubiera tenido no unas horas, sino unos días, para colocar sus piezas, de seguro se habría ahorrado sangre.



En esta atmósfera de plácida confianza cayó como un rayo un extraño telegrama recibido de Jazpampa al noroeste de Dolores, que decía:

"Noviembre 18. Ejército enemigo a la vista. Se ven carros que creo sean de artillería... Las avanzadas enemigas se pasean a cuatro cuadras de nosotros... No era posible combatirlas por la mucha fuerza que se vio".

Jazpampa era estación intermedia entre Hospicio y Dolores. Si caía en poder aliado, se cortaba la comunicación entre el grueso de las tropas chilenas y el General en Jefe, aún en Hospicio. Resultó que el telegrama no anunciaba fuerzas de Buendía "a la vista", sino que era una comunicación remitida por orden de Vergara, quien, como vimos, practicaba un reconocimiento en Tana, muy cerca de Daza y sus Colorados. Con todo, la advertencia llegó oportuna, pues en ese momento una compañía de caballería descubrió las avanzadas enemigas acercándose peligrosamente a Dolores pero no por Jazpampa sino por Agua Santa.

Se calculó que Buendía llegaría con sus fuerzas al día siguiente 19 de Noviembre. El Coronel Sotomayor se inclinaba por dar la batalla en la planicie de Santa Catalina, cuatro kilómetros al sur de Dolores, y cerca de la medianoche hizo trasladar algunas tropas a ese punto. Sobrevino entonces un incidente que cambió el plan de la batalla.

José Francisco Vergara había estado en Dolores durante una semana como Jefe de Estado Mayor y estimaba que el punto mejor para resistir un ataque era la cima del cerro de Dolores o de San Francisco. Cuando Vergara advirtió que Sotomayor se empeñaba en abandonar esa posición por Santa Catalina, le pidió que no lo hiciera y como éste no cediera, tuvieron un choque violento, de duras expresiones recíprocas, en que estuvieron a punto de echar mano a las espadas, ahondándose así el desapego que ya existía entre ellos. Finalmente cedió Sotomayor y las tropas que habían alcanzado a partir a Santa Catalina volvieron a Dolores.

El combate en Santa Catalina habría sido campal, con más sacrificios para nuestras tropas. En cambio, la colocación en el cerro de Dolores equilibraba la gran desproporción de fuerzas, pues el enemigo se presentaba con 10.000 hombres y nosotros teníamos 6.000.

El cerro de Dolores es un espolón de 200 metros de altura, limitado por el oriente con la Pampa del Tamarugal y separado de otro cerro, el Tres Clavos, por una

quebrada de oriente a poniente que es donde se encuentra el pozo de Dolores. El pozo podía ser atacado por el lado de la Pampa y esto fue lo que intentó Buendía, y por el lado opuesto, tarea que correspondió a Villamil. La artillería estaba distribuida tanto en el cerro de Dolores como en el Tres Clavos y abarcaba en todas direcciones un horizonte de 4.000 metros. La infantería, en su mayor parte, estaba en la meseta situada en la cumbre del cerro Dolores y, también, cerca del pozo. Granaderos y Cazadores, con sus sables desenvainados, esperaban listos y anhelosos en el cañadón que separa los dos cerros.

El enemigo se presentó el 19 de Noviembre muy temprano en Santa Catalina, organizado en tres líneas, mandadas por Buendía, Suárez y Cáceres. Cada división debía tener alrededor de 3.500 hombres. Los ejércitos permanecieron a la vista desde las 6 A.M. hasta las 3 P.M. Ni uno ni otro querían empezar el combate ese día. Los soldados de la Alianza, por una parte, necesitaban descanso y, del lado chileno, se prefería esperar hasta que llegara el General Escala desde Hospicio, con una división. Buendía trataba de ejecutar un movimiento envolvente para apoderarse del pozo y cortar a nuestro Ejército de su base que estaba en la costa.

La guerra es el reino de lo imprevisto. En Dolores, las resoluciones fueron desbaratadas por un accidente: como nadie pensaba en empeñar la batalla ese día, las tropas de la Alianza circulaban en grupos, acercándose a beber al pozo de la oficina salitrera Porvenir, entre Santa Catalina y Dolores, lo que indujo al Mayor Salvo a dispararles un cañonazo y el combate se empezó inmediatamente.

Toda línea de artillería que no sea rasante tiene un ángulo muerto. Los fuegos abarcan desde cierto punto, más acá del cual hay una zona inmune. Esto fue lo que ocurrió a la artillería de Salvo, con cuatro compañías guerrilleras que Buendía le despachó. La batería chilena estaba a cargo de 8 oficiales y 54 sirvientes. Los guerrilleros habían pasado sin resistencia, durante la especie de armisticio que precedió a la batalla y, luego de ascender la pendiente, atacaron a los 63 defensores de las piezas con fuerzas 3 y 4 veces mayores. Estos pidieron refuerzos al Atacama, que estaba a cierta distancia y durante largo rato se defendieron con sus revólveres y rifles, a una distancia de 20 a 30 metros. La llegada de refuerzos no hizo terminar el ataque aliado y nuevamente se inició el audaz asalto. El Atacama, con su jefe a la cabeza Juan Martínez, y algunos soldados sueltos del Coquimbo, persiguieron a los asaltantes hasta el plano.

En el porfiado duelo de esa sección del cerro Dolores cayeron gloriosamente el Comandante peruano Ladislao Espinar, cuyo cadáver se encontró muy cerca de las

piezas de la artillería chilena, junto al de un corneta boliviano de la Compañía del Dalence, que expiró casi tocando los cañones con las manos. De los hombres de Salvo, 30 resultaron muertos.

* * * *

Mientras se desarrollaban estos sucesos, el combate se había generalizado, atacando Buendía por la derecha y Suárez por la izquierda, como estaba planeado, pero sin éxito.



Contralmirante Galvarino Riveros Cárdenas

Cada vez que se renovó la tentativa de ambos de acercarse a la quebrada donde estaba el pozo de Dolores, una lluvia de proyectiles de nuestra artillería desorganizó las tropas de la Alianza.



Comandante Juan José Latorre Benavente

Estos rechazos, especialmente de Villamil, en el ala extrema de Suárez, y de la columna asaltante de Salvo, abatieron completamente la moral del Ejército aliado, después de dos horas de combate. La caballería dio el mal ejemplo fugándose a toda carrera por la abierta llanura, sin hacer caso de los llamados que se le dirigían para que protegiese la retirada de sus compañeros. Los principales jefes se alejaban

del campo con diversos pretextos, antes de que la batalla terminase. La división peruana de Suárez que, salvo la gente de Villamil, había tomado muy poca parte en el combate, pudo servir de centro de reorganización de los dispersos y uniéndose a las reservas que mandaba Cáceres, retrocedieron ordenadamente hasta las casas de la oficina Porvenir, hacia el sur, fuera del alcance de nuestra artillería.

A las 5 de la tarde, cuando la batalla estaba decidida, llegó el General Escala y el Coronel Sotomayor le hizo entrega del mando.

Los dos jefes estaban persuadidos de que la gran batalla sólo se daría al día siguiente y el grueso -de la infantería chilena permanecía aún en sus posiciones de la mañana. De ahí que las columnas enemigas se hubieran retirado sin ser perseguidas. En la tarde, cuando se quiso reparar el error enviando una división a Porvenir, el combate de fusilería duró poco y se prefirió esperar hasta el otro día.

Pero en el cuartel general enemigo no se pensaba de la misma manera y la división de Suárez aprovechó la oscuridad y la neblina para desaparecer, rumbo al poblado de Tarapacá. La artillería quedó abandonada.

Grande fue la sorpresa de todos, en la madrugada del 20 de ; Noviembre, cuando advirtieron la huida y divisaron, desde sus altas I posiciones, una nube de polvo que envolvía la marcha de las columnas fugitivas, como a unas cuatro leguas de distancia. Nuestras fuerzas nada hicieron para iniciar la persecución, a pesar de contar con un respetable número de caballería, y Suárez llegó a Tarapacá, a marcha forzada, el 22.

¿Cómo se explica que el enemigo se retirara de Dolores sin ser perseguido? Se dieron varias razones, todas deleznable. Una, que la caballería no puede galopar en el desierto porque los guijarros de la sal lastiman las pezuñas de las bestias, lo que bien puede ser verdad, pero el infante tiene que pasar por los mismos guijarros. Otra, que el enemigo se retiraba en gran dispersión, no presentando núcleos que valiera la pena de perseguir, razón quizás menos atendible que la anterior, porque si iba en tal estado era mucho más sencillo dominarlo con la caballería.

El Ministro Sotomayor encargó al General Escala "perseguir al enemigo o a la parte más gruesa de éste". En lugar de esto, Escala anunció que iría a Iquique con 3.000 hombres y Sotomayor aceptó siempre que se acopiara primero los víveres y el forraje y se organizara la movilidad hasta Pozo Almonte. El Ministro se trasladaría al mismo puerto por mar, con 1.000 hombres más.

* * * *

La Batalla de Dolores fue un combate de artillería contra B infantería.

Por el lado del enemigo, fue un asalto frustrado a las excelentes posiciones defensivas del Ejército chileno, donde la única arma empleada para rechazar al ataque fue la artillería. Las posiciones que ocupaba nuestro Ejército eran muy buenas y los asaltantes para llegar al cerro estaban obligados a pasar por un campo de fuego de tres a cuatro mil metros.

* * * *

La impenetrable muralla tenía, sin embargo, una grieta: el ángulo muerto de los cañones de Salvo. El Coronel boliviano Imarzo, en una exposición que publicó en La Paz, decía:

"Las ametralladoras, horizontalmente colocadas, lanzaban sus proyectiles en dirección a la pampa, sin ofender a los que escalaban el cerro".

Si el combate no tuvo los resultados que pudo producir, debe imputarse al error que sugestionó tanto al jefe accidental, Coronel Sotomayor, como al General en Jefe, suponiendo ambos que era el conocimiento preliminar que precede a la batalla. Pero aún así, había razón para no completar el efecto desastroso que la artillería había causado en las filas enemigas, haciendo bajar del cerro a los batallones que esperaron con verdadera impaciencia esa orden que llegó tarde y que fue retirada casi inmediatamente de dada.

El enemigo atribuyó la dispersión de sus tropas a la traición de los bolivianos. Esta explicación fue la voz de orden entre los jefes el Perú. Así lo dijeron Buendía, Suárez y el Comandante Prado y así lo han repetido sus historiadores, insinuando la sospecha de connivencia entre Chile y los soldados de Daza. Se creyó cubrir el honor de las banderas peruanas recurriendo a esta falsedad.

También han hecho gran hincapié los escritores bolivianos y peruanos, recriminándose mutuamente, que mientras las compañías guerrilleras escalaban la posición de Salvo, recibieron tiros por espalda. Sin negar que eso haya podido suceder, no tiene nada de extraño conociéndose la inclinación del terreno y la igualdad de uniformes de algunos cuerpos chilenos y peruanos. Lo mismo le pasó a nuestro Ejército en Tarapacá.

El Presidente Pinto y el Gabinete enviaron telegramas de felicitación al Ejército por la victoria de Dolores.

El Gobierno de Lima lanzó una proclama calculada para conservar en el país la fe en un triunfo imposible. El General La Puerta, Vicepresidente en ausencia de Prado, decía:

"Efímera será la ocupación del territorio por fuerzas chilenas, como al fin resultarán efímeras las pequeñas ventajas que han obtenido por el momento. Tenemos soldados, tenemos armas y pronto tendremos elementos de otro género".

Virtualmente la Campaña de Tarapacá estaba terminada, porque bien un suceso heroico y desgraciado nublará su brillante perspectiva, en el hecho el ocupante, el señor tradicional de aquel suelo, lo abandonó para siempre y un nuevo dueño lo cubrirá en adelante con su espada y con su ley.

Capítulo 11

Rendición de Iquique. Batalla de Tarapacá

El plan del Ministro Sotomayor y del General Escala, de atacar Iquique por tierra y por mar, no llegó a realizarse. En efecto, tan pronto recibió el jefe de la plaza, Coronel José Miguel Ríos, las tracciones de Buendía para reunírsele en la quebrada de Tarapacá, ordenó arrojar al mar toda la existencia del parque que los soldados no podían conducir y clavar los cuatro cañones de los fuertes; entregó luego la ciudad a los cónsules extranjeros y partió con sus tropas al interior del departamento. Los cónsules se trasladaron al Cochrane en la tarde del día de la rendición y pusieron la ciudad en manos de Latorre.

El 23 de Noviembre llegó a Iquique el Ministro Sotomayor y tomó posesión de la ciudad. En ella estaban los gloriosos tripulantes de la Esmeralda, con excepción de los oficiales que habían sido internados en Tarma. La población estaba tranquila. Los peruanos habían huido dejando sus casas cerradas. Unos al interior y otros a los buques mercantes, en espera del primer vapor de la carrera. Los extranjeros que tenían intereses en la población se manifestaban contentos porque habían temido el incendio o el saqueo.

* * * *

Sotomayor designó Comandante de Armas de la ciudad al Capitán de Navío Patricio Lynch, quien inició así su lucida administración de Tarapacá, la que lo señaló a las miradas del país y se constituyó en el peldaño de su gloriosa carrera posterior.

Los prisioneros de la Esmeralda fueron agasajados en las naves chilenas con demostraciones de afecto y admiración. La marinería del Cochrane los recibió formada sobre la cubierta y el Comandante Latorre les dio la bienvenida. Luego, la oficialidad se trasladó a tierra a depositar coronas en las tumbas de Prat, Serrano, y Aldea.

La ocupación de Pisagua, de Iquique, de Dolores, hacía surgir problema financiero de trascendental importancia que era proseguir la guerra con los recursos que podía proporcionar el suelo ocupado: el salitre y el guano. Pero no era fácil, porque las medidas de Prado habían introducido una enorme confusión en el régimen riscal del salitre, y en cuanto al guano, al haber sido destruidos sus elementos de acarreo

y de embarque por la Escuadra de Williams, se necesitaba dinero y tiempo para repararlos.

La confusión de los hombres públicos de Chile provenía, además, de la situación legal en que se encontraban las propiedades salitreras, por efecto de las leyes dictadas durante el Gobierno de Prado y por el temor de que con cualquier medida se afectase la responsabilidad de Chile ante los acreedores peruanos.

Pronto quedó regularizado el trabajo y abierta a Chile una fuente de entradas que le permitía continuar la guerra con el erario del propio enemigo. El jefe de las oficinas de Hacienda, Miguel Carreño, envió el 5 de Enero de 1880 el siguiente telegrama a Santiago: "Ayer principió embarque salitre con 1.164 quintales".

* * * *

Con el objeto de determinar si había fugitivos de Dolores en las localidades de Noria y Pozo Almonte, se encomendó al Coronel Sotomayor un reconocimiento al frente del Regimiento Cazadores, acción que fue la última de este jefe, ya que, enseguida se retiró totalmente del Ejército en campaña y regresó al sur, como consecuencia de la rivalidad que mantenía con José Francisco Vergara. El Coronel Sotomayor ocupó Pozo Almonte y avisó a su hermano el Ministro Rafael Sotomayor quien, en ese momento estaba en Iquique, que Buendía seguía en el poblado de Tarapacá con alrededor de 4.000 hombres.

La concepción de la guerra del desierto, que mirada a la luz de la experiencia de la historia es de una claridad tan grande, no fue comprendida ni en el cuartel general chileno, ni en el de la Alianza.

La generalidad creía que la campaña consistía en buscar al enemigo, medirse con él y vencerlo, sin considerar que el combate era la cúspide de una labor de preparación y de organización. El corresponsal de "El Mercurio" en la campaña decía que en Iquique se había encontrado un inmenso acopio de víveres de toda clase, "suficiente para haber mantenido la ciudad durante un asedio de seis meses". Sin embargo, Buendía declaraba que no tenía víveres. La verdad es que los tenía, pero los había dejado atrás, porque había descuidado de preparar con tiempo los elementos de movilidad para transportarlos.

El cuartel general chileno cedía al mismo error y ese error que para el enemigo se llamó Dolores, para él se llamará Tarapacá. Esta expedición se organizó aprovechando la ausencia del Ministro Sotomayor y sin avisársela, porque se le

acusaba de tibieza, sabiendo que dentro de su concepción de la campaña no la habría dejado partir sin organizar previamente los acopios de víveres y de agua.

José Francisco Vergara solicitó al General Escala autorización para practicar un reconocimiento con una compañía de Granaderos. Se accedió, pero se agregaron a la expedición 250 zapadores al mando del Comandante Santa Cruz y dos piezas de artillería Krupp. Esto alteró completamente la idea primitiva e hizo impracticable una retirada rápida, propia de un grupo de reconocimiento.

Hasta ese momento, hay que aclarar, ni Escala ni Vergara sabían que en Tarapacá acampaban algo más de 4.000 hombres. Estas informaciones habían sido enviadas, como vimos, por el Coronel Sotomayor al Ministro Sotomayor, pero las recibió sólo el primero de ellos. Por el contrario, en Pisagua y Dolores se creía que las fuerzas de la Alianza no pasaban de los 1.000 hombres.

A poco de marchar, Vergara supo que las fuerzas con Buendía alcanzaban los 1.500 hombres y pidió 500 hombres de refuerzo. El General Escala decidió que su propia división, la que no alcanzó a participar en la batalla de Dolores y deseaba ardientemente tomar parte en una acción, se trasladara inmediatamente al interior. Estaba compuesta por 1.900 hombres y la comandaba el Coronel Luis Arteaga. Con 150 tiros por soldado, un ligero parque y algunos víveres, la división se puso en movimiento el 25 de Noviembre.

Arteaga creyó encontrar a Vergara y sus 400 hombres en la pequeña estación de ferrocarril de Dibujo o Negreiros, a 12 leguas del poblado de Tarapacá, pero éste, también impaciente, ya había partido, sin llevar repuestos de municiones, sólo el agua de las caramayolas y los víveres que cabían en el morral de los soldados y para los caballos ¡ni agua ni forraje!

Contrariado, Arteaga envió notas a Vergara y al General Escala. Al primero de ellos, para que volviera o le esperara en el camino; al General, para que le hiciera llegar rápidamente municiones, agua y víveres. Sus palabras son expresivas:

"Los víveres no han llegado aún. Marcho sin ellos por no perder otro día, a pesar de no llevar el soldado sino la ración de hoy. No olvide las municiones".

La división de Arteaga estaba compuesta por el Regimiento N° 2 de Línea, comandado por Eleuterio Ramírez; la Artillería de Marina, al mando del Teniente Coronel José Ramón Vidaurre; el Chacabuco, con el Teniente Coronel Domingo

Tono Herrera; cuatro piezas de artillería a cargo del Mayor Exequiel Fuentes y el piquete de 30 cazadores comandado por el Alférez Diego Miller Almeida.

Cuando Vergara y su gente llegaron a la vista de la Quebrada de Tarapacá, vieron la entrada que a la misma hora hacía la división de Ríos, luego de fatigosa marcha desde Iquique. El descuido y abandono con que marchaba la tropa peruana dio esperanzas a los chilenos que no sería difícil desbaratarla.

A las 12 de la noche del 26 de Noviembre los alcanzó Arteaga con su división y el encuentro de las columnas fue un terrible desengaño para la gente de Vergara, pues hacía más de 30 horas que no bebía ni comía sino la helada ración de las mochilas. Ahora resultaba que los compañeros recién llegados estaban tan sedientos como ellos.

Ignorando el número de los contrarios, Arteaga, quien había tomado el mando de toda la tropa, dividió las fuerzas en tres, fracciones, con el objeto de encerrar al enemigo y tomarlo prisionero. Jamás se presentó al Ejército del Perú una ocasión más brillante de anonadar una división chilena que ese día, porque en todas partes podía combatir en número mucho mayor. Añádase a este cuadro de errores tácticos la sed, el hambre, el cansancio, la falta de municiones y se comprenderá las condiciones deplorables en que afrontó la lucha.

* * * *

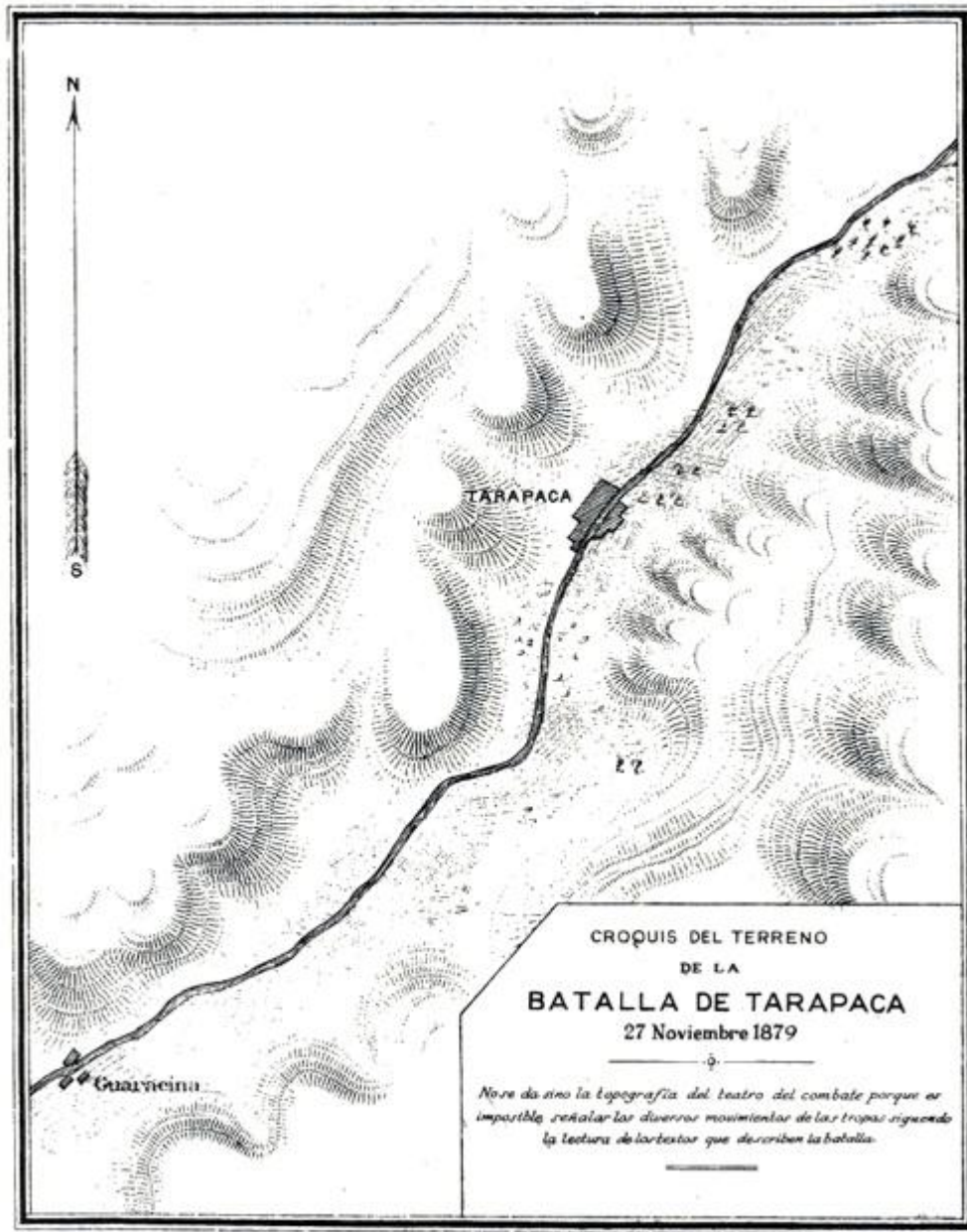
Echamos ahora una mirada a la quebrada de Tarapacá.

Tiene la fisonomía general de las gargantas que cortan la Cordillera de los Andes de oriente a poniente. Es templada, con tendencia a fría. El cauce tiene una anchura que varía entre dos y cuatro cuerdas y en las grandes avenidas el río cambia de curso de un lado a otro, labrando gradientes, hendiduras, lomas, de mucha importancia desde el punto de vista militar, porque son posiciones naturales dominantes sobre el valle.

Hay caseríos de habitantes que se dedican a la explotación de la alfalfa y de algunos árboles frutales: Huaraciña, en el empalme con la Pampa del Tamarugal; Tarapacá, la capital del valle hacia el oriente; Quillahuasa y Pachica, etc.

Para llegar a la Quebrada de Tarapacá, yendo desde Isluga, se atraviesa una llanura estéril y desolada color ceniza, donde no se ven sino rocas desnudas, y, por excepción, un tamarugo. En la pampa que limita el poniente de la quebrada hay una

llanada espaciosa, que se adapta admirablemente para un combate como el que se iba a librar.



El Ejército peruano se encontraba en Tarapacá desde hacía cinco días y preparaba su viaje a Arica para el mismo día en que tuvieron lugar las acciones guerreras. En efecto, dos de las divisiones acababan de iniciar el regreso y ya estaban en Pachica, a tres leguas de distancia. Según el parte de la batalla dado por Buendía, los peruanos tenían un efectivo de pelea de alrededor de 5.000 hombre. El mismo

reconoce haber empezado el combate con cerca de 3.000, lo que da la cifra total si se le agregan los de Pachica. En contraposición a este ejército, la división chilena constaba de 2.300 plazas de las tres armas.

Los jefes peruanos son ya conocidos del lector. El General en Jefe Buendía y su Jefe de Estado Mayor, Suárez. Había también una columna boliviana de 300 hombres al mando del Coronel González Flor, la del Loa. Los héroes del día fueron el Coronel Cáceres, Comandante de la División N° 2, el Coronel Bolognesi, Comandante de la 3ª División y Ríos con la División de Iquique.

El Comandante Santa Cruz y sus zapadores, más una compañía del 2° de Línea, los Granaderos y 4 piezas Krupp, en total unos 500 hombres que formaban la columna número 1 salieron a las 3.30 de la mañana hacia Quillahuasa y se perdieron a causa de la neblina. Sólo cuando varias horas después divisaron abajo en la quebrada a la gente del Comandante Eleuterio Ramírez, apuraron el paso y tomaron el camino que los conducía a su fatal destino. Pronto fueron vistos por unos arrieros y se dio la voz de alarma. La sorpresa había fracasado y con ella todo el plan. Se le aconsejó a Santa Cruz ametrallar a las tropas enemigas aprovechando que estaba en el borde de la quebrada y los soldados peruanos corrían por el cauce; pero él prefirió no hacerlo para no desbaratar la combinación acordada. Cáceres y Bolognesi comprendieron que estaban metidos en una trampa y que debían tomar altura para quedar, por lo menos, al mismo nivel del enemigo y lo hicieron rápidamente. El primero de ellos atacó entonces a las fuerzas de Santa Cruz, con su cuerpo favorito, el Zepita y el Dos de Mayo, es decir unos 700 u 800 hombres que luego recibieron el refuerzo de la División Exploradora Coronel Bedoya, juntando unos 1.500 soldados. Santa Cruz, que había hecho adelantar a los Granaderos hasta Quillahuasa, contaba con sólo 400 hombres. A la media hora de combate, la infantería peruana se apoderó de la artillería y pronto la columna chilena fue destrozada y obligada a batirse en dispersión, calculándose la pérdida de más de un tercio de sus efectivos.

Cuando el enemigo se creía vencedor, apareció Arteaga, al mando de la columna N° 3, con el Chacabuco y la Artillería de Marina. El combate se restableció, pero el cansancio y la sed agobiaban también a los recién llegados y el enemigo acababa de recibir, por su parte, refuerzos. El fuego y la matanza tomaron proporciones horribles. Según una relación peruana, "cinco veces fueron rechazados los chilenos, volviendo otras tantas a reorganizarse y a atacar con el mismo tesón".

Así se mantuvo la situación dos horas largas, en la caliente y desolada pampa, mientras se acercaban a Huaraciña, el punto donde se habían separado de las tropas de Ramírez. Al mediodía la batalla estaba perdida para Arteaga. La pampa cubierta de muertos y de heridos. Las manchas negras de los uniformes chilenos resaltaban en la cenicienta arena.

Vergara mandó entonces al General Escala que estaba en la estación de Dibujo, la siguiente nota:

"Nos batimos hace más de tres horas con fuerzas muy superiores. Estamos en mala situación y no es improbable una retirada más o menos desastrosa. Conviene que nos mande a encontrar con agua y algunos refuerzos".

Fue en estos momentos cuando se divisó la polvareda que levantaban los caballos de los Granaderos que volvían de Quillahuasa, donde habían estado esperando vanamente a Santa Cruz. El Mayor Jorge Wood, Ayudante del General Arteaga, corrió donde el Jefe de los Granaderos, Capitán Rodolfo Villagrán, y le ordenó — según parece, sin tener orden de nadie— cargar contra el enemigo. La compañía marchó primero al trote, después a la carga y a degüello. Los enemigos no se esperaron para resistir la embestida. Sólo uno que otro grupo que no pudo retirarse bastante ligero cayó bajo los sables de los Granaderos. Esta carga restableció el combate y el enemigo que un momento antes se consideraba vencedor, retrocedió a bastante distancia y se estableció en un punto colocado fuera del alcance de los fuegos.

Así terminó la primera fase de esta cruenta refriega.

Los chilenos creyeron que esa retirada era definitiva y se lanzaron a la quebrada a satisfacer la sed rabiosa que los devoraba. Pero la tropa peruana no estaba vencida sino contenida en su avance y los jefes aprovecharon la tregua para esperar a que volvieran las divisiones de Pachica, que Buendía envió a buscar con emisarios sucesivos.

Mientras se libraba este encarnizado combate en el alto de la quebrada, tenía lugar otro más reñido y feroz en el bajo.

La columna N° 2 de Eleuterio Ramírez había tenido como misión atacar Huaraciña y Tarapacá en el fondo de la quebrada entrando por la Pampa del Tamarugal. Estaba compuesta por 7 compañías del 2° de Línea, un piquete de Cazadores y 2 cañones de la Artillería de Marina. Total entre 900 y 1.000 hombres.

Ramírez comprendió el error táctico que entrañaba su acción y como soldado disciplinado se limitó a obedecer. Al divisar la quebrada dijo tristemente: "Me mandan al matadero". Con razón dice Vicuña Mackenna:

"El Comandante Ramírez descendía al fondo de la quebrada que era un cementerio, en los precisos momentos en que Cáceres y Bolognesi subían a coronar las cimas donde brillaba, junto con el sol, la victoria".

Ramírez ordenó a dos de las compañías dirigirse a atacar las fuerzas de Bolognesi, a media altura, y él, al mando del resto de la tropa, marchó directamente al poblado de Tarapacá, en cuyas mediaciones recibió una descarga cerrada. En la confusión fue cortada la escolta del estandarte y muerto sus defensores. La defensa del estandarte fue heroica y perecieron, uno tras otro, quienes lo custodiaban: cuatro sargentos, tres cabos y un soldado.

Con el objeto de contrarrestar las fuerzas de Bolognesi, que les separaban de lo alto, Ramírez envió otras dos compañías y él tentó una nueva carga al pueblo. Pero, a medida que estas fuerzas escalaban las alturas, las de Bolognesi se retiraban a sitios más elevados. Disponiendo el enemigo de mucho mayor número de tropas, las compañías fueron fusiladas por todas partes.

Este parece haber sido el momento crítico de la batalla. No pudiendo resistir el terrible y concentrado fuego, los hombres de Ramírez retrocedieron hacia Huaraciña, a la entrada de la quebrada. Durante el combate, los heridos, imposibilitados para seguir luchando, quedaban a la sombra de los árboles o entraban a las chozas que encontraban en el borde del cauce. Muchos de ellos fueron ultimados con bayoneta o a balazos. Sesenta perecieron quemados en una casa que los albergaba.

Así llegaron a Huaraciña las diezmadas compañías de Ramírez, reducidas a esqueleto, con más de la mitad de su personal muerto o herido, en los momentos en que los Granaderos de Villagrán atacaban sable en mano. Allí se juntaron los restos de las fuerzas chilenas, en una tregua que duró 4 horas y que, como dije, fue confundida por los jefes de nuestro Ejército con el fin de la batalla. Los soldados bajaron al agua, registraron las viviendas buscando qué comer y se entregaron al descanso en las umbrosas heredades. Era la 1 de la tarde y se esperaba la noche, para regresar a Dibujo.

De improviso regresaron las fuerzas de Buendía, reforzadas con las 2 divisiones de vuelta de Pachica, y trataron de hacer lo mismo que habían proyectado los chilenos en la mañana: acorrallar al enemigo en la quebrada. A la primera descarga, que cayó tan de improviso en el descuidado campamento chileno, todos corrieron en busca de sus armas y monturas en indecible confusión y escalaron la pendiente que conducía a la pampa. Allí se organizó una línea de tiradores y el fuego se mantuvo durante una hora, hasta que Arteaga dio orden de retirada. Los soldados aliados los persiguieron hasta dos leguas de la quebrada y luego regresaron a Tarapacá. Nuestro Ejército se salvó de una derrota completa porque el enemigo no tuvo caballería para perseguirlo. Así lo reconoció el propio Buendía.

Las pérdidas en muertos y heridos fueron espantosas.

Los Zapadores que entraron al fuego con 240 plazas, perdieron 64 muertos y 26 heridos: el 37,5%

La Artillería de Marina, con 400 hombres, perdió 68 muertos y 35 heridos: 26%.

Chacabuco, con 414 plazas, 42 muertos y 49 heridos: 22%.

El 2° de línea, con 950 plazas, 334 muertos y 69 heridos: 42%, y como la mortandad se cargó sobre la parte del Regimiento que conducía Ramírez, las bajas de las compañías que él acaudillaba se pueden calcular en el 70%.

La Artillería, con 66 individuos, tuvo veintitantas bajas.

La Caballería que contaba con 115 hombres casi no sufrió nada: 1 muerto y 4 heridos.

Total general: muertos, 516; heridos, 179; un 50% más de las pérdidas experimentadas por el Ejército en Pisagua, Germanía y Dolores juntos.

Las bajas peruanas, según el estado oficial proporcionado por ellos, da estas cifras: muertos, 236; heridos, 261. Total: 497, o sea, el 10% del personal.

Muchos gloriosos nombres se inscribieron ese día en la lista de los muertos. El primero de todos en las filas chilenas, por categoría militar, fue el valeroso y digno Comandante Ramírez y su segundo, Vivar. Eleuterio Ramírez fue herido al principio de la acción, pero no en forma tal que le obligara a abandonar su puesto. Se hizo vendar por un ayudante y continuó al frente de su tropa, alentándola con su ejemplo.

Cuando se recibió en la estación de Dibujo el aviso de Vergara y empezaron a llegar los primeros sobrevivientes de la batalla, el General Baquedano, actual jefe del Ejército de Dolores, por ausencia de Escala que se había marchado a Pisagua, despachó los primeros soldados de Caballería que encontró a buscar a los que

caminaban por la pampa, llevándoles agua y víveres. Así consiguió salvar cerca de 200 que, de otra manera, habrían perecido.

En carta enviada por Escala al Ministro Sotomayor, al día siguiente, 28 de Noviembre, se lee entre otras cosas:

"Acaba de llegar el tren con 65 heridos nuestros y 28 prisioneros, entre ellos 8 oficiales... El Teniente Coronel peruano Morán da los siguientes detalles: hace subir sólo a 3.000 el número de los combatientes... cuando el parte del Coronel Arteaga dice haber sido 7.000. Después de haber quedado abandonado el campo por nosotros y cuando nuestra fuerza organizaba su retirada, cargaron las divisiones de Vanguardia y Explotadora, las que, según parece, derrotaron a nuestra tropa porque ya no tenía municiones"

Difícilmente se podrían volver a combinar en favor del Perú ventajas semejantes a las que tuvo en la jornada de Tarapacá. Peleó más que contra una división, contra una agrupación de hombres extenuados física y moralmente. Después de hora y media de fuego se agotaron las municiones y los soldados tenían que registrar a los muertos o recibir las que les proporcionaban los heridos. El heroísmo de la oficialidad y de la tropa corrigió los errores cometidos y, lo que es admirable en las pésimas condiciones en que estaba, no se oyó una voz que hablara de rendición. En este sentido, Tarapacá es una página de honor y de eterna y duradera enseñanza.

En la tarde del combate, el General Buendía continuó su retirada a Tacna por el camino de la Cordillera, dejando en Tarapacá una ambulancia al cuidado de los heridos de los dos campos, los que fueron atendidos por ella con igual solicitud.

Cuando el Ministro Sotomayor supo lo ocurrido en Tarapacá, ordenó por telégrafo al General Baquedano que hiciese salir la caballería en persecución del enemigo, en el estado en que se encontraba, "aunque los caballos estuvieran cansados", dice en su telegrama. Baquedano comunicó al Comandante Yávar de Granaderos la orden de salir con 300 hombres de su cuerpo y del Cazadores a perseguir al enemigo. Después de cuatro días de camino, divisaron una avanzada de caballería de 40 hombres, la cargaron y lograron hacer un prisionero, pero no pudieron tomar contacto con el grueso de las fuerzas de Buendía que marchaba por los caminos de montaña, fuera del alcance de los chilenos. Los heridos peruanos caminaban revueltos con los soldados y en la dolorosa comitiva había cerca de 70 prisioneros chilenos, entre ellos un niño imberbe, el Subteniente Silva Basterrica de Zapadores,

de quien refiere Vicuña Mackenna que le preguntó el Almirante Montero, Jefe del Ejército de Tacna:

"¿A Ud. lo han mandado con su nodriza?" También marchaban los habitantes de la quebrada de Tarapacá, con sus mujeres y niños, con los que había que compartir los escasísimos alimentos.

A los 20 días llegaron a Arica, donde se desarrolló una escena semi teatral arreglada ex profeso. Toda la guarnición estaba sobre las armas, con Montero a su frente, y al presentarse Buendía y Suárez, Montero les quitó las espadas y los redujo a prisión, ultraje inmerecido, porque si no habían podido vencer, habían resistido.

Aquel Ejército dejaba en poder del enemigo la más importante sección de su territorio y acaso más de una vez, volviendo la mirada hacia atrás, desde las elevadas cumbres que buscó para su retirada, ante el horizonte inmenso en que yacía su riqueza perdida, debió maldecir desde el fondo de su alma la fatal política que condenaba a su país a la desmembración.

* * * *

El Gobierno de Chile ocultó lo ocurrido en Tarapacá hasta recibir informaciones completas, pero no pudo hacerlo por muchos días. Cuando el público supo lo sucedido, estalló en un aplauso sincero de admiración por los que sostuvieron el honor de sus armas y de indignación no menor contra los directores de esa operación militar.

Poco a poco se comenzaron a recibir detalles con listas de muertos, anunciando la pérdida de la Artillería, si bien agregando que habíamos quedado dueños del campo y que la retirada de nuestra división había sido en perfecto orden, lo que no era cierto.

Las cartas de Pinto a Sotomayor, de la primera quincena de Diciembre, casi no se ocupan de otra cosa que de la batalla de Tarapacá. He aquí algunas de sus apreciaciones:

"Diciembre 3.- Yo atribuyo este desgraciado acontecimiento:

1° A la ligereza. Se envió una pequeña división a Tarapacá sin saber a punto fijo si había allí enemigos.

2° A petulancia. Estamos poseídos de la idea de que un soldado chileno puede levantar la Cordillera de los Andes en la punta de la bayoneta y guiados por este sentimiento no es de extrañar que cometamos imprudencias como la de Tarapacá.

Lo único que me consuela es que lo ocurrido en Tarapacá será una lección para el porvenir".

Diciembre 16.- El plan de ataque no ha podido ser más absurdo. Sin saber el número de enemigos que tenían al frente, sin conocer sus posiciones, dividen nuestra pequeña fuerza en tres porciones, que debían atacar separadamente unas de otras por grandes distancias".

Don Rafael Sotomayor, poseído también de igual indignación, escribía a Pinto:

"Los 700 u 800 hombres perdidos en Tarapacá, con 7 u 8 cañones y mucho armamento, se debe en gran parte a esa servil adoración a la táctica de Moltke, que falsamente se le atribuye a este capitán. Se quiso tener un Sedan, dar pruebas de estrategia militar y se encontró un sepulcro inmerecido para nuestra tropa. Tomar la retaguardia y flanco del enemigo y atacarlo de frente para obligarlo a rendirse a discreción, he ahí el plan. Les faltó sólo recordar que los prusianos tomaban la retaguardia y flancos con cuerpos de ejército tan fuertes que eran capaces cada uno de resistir al Ejército enemigo.

Mucho había temido, por mi parte, expediciones de esta clase. Por eso creía que la Caballería era el arma designada para hostilizar al enemigo... Yo mismo dicté la orden para Baquedano, previniéndole que hiciese salir toda la Caballería en persecución del enemigo, cualquiera que fuese el estado de los caballos. Sé que demoraron mucho tiempo en salir y no espero grandes resultados de la persecución".

El resultado inmediato de la batalla de Tarapacá fue robustecer la autoridad moral del Ministro Sotomayor ante el Gobierno y el país. Era natural, porque lo único que se había hecho sin su intervención, ocultándosele, había resultado un fracaso.

A pesar de que muchos comparten la responsabilidad de lo que sucedió, se la cargó a la cuenta de José Francisco Vergara. Debe recordarse, además, que cuando el

Coronel Arteaga llegó con su división de auxilio, Vergara tomó el puesto de su ayudante.

El Ministro Sotomayor, empeñado en evitar todo motivo de desacuerdo en el Ejército, le insinuó la conveniencia de eliminarse de las operaciones militares; él lo hizo inmediatamente y regresó a su hogar de Viña del Mar, de donde había partido a impulsos de un generoso entusiasmo. Muy pronto este ciudadano esclarecido volverá a figurar en la campaña.

Capítulo 12

Fin de la campaña de Tarapacá

Des de la captura del Huáscar, el Presidente del Perú, General Prado, perdió la cabeza. Cuando supo el desembarco en Pisagua, se contentó con enviar órdenes telegráficas a Buendía para que se empeñase en una batalla. Con todo el Ejército reunido y después, cuando presidió el Consejo de Guerra que decidió el viaje de la división boliviana a Dolores, a juntarse con Buendía, rió intentó compartir los riesgos de la campaña en que se jugaría la suerte del Perú. En vez de eso permitió que fuera Daza a tomar el mando en jefe, delegando de esa manera, en manos extranjeras, el deber de defender su propio suelo. Al saber la derrota de Dolores y la toma de la Pilcomayo, se anonadó, regresando de Arica al Callao. Dejó como General en Jefe del Departamento de Moquegua al Almirante Lizardo Montero.

Durante su ausencia de Lima, el Gabinete había desempeñado funciones del Poder Ejecutivo, a las órdenes del General Luis de Puerta como Vicepresidente.

El pueblo de Lima no se quedó quieto en presencia de la mutilación de su país y atribuyó la derrota a la incapacidad de los que lo mandaban. Pobladas invadieron las calles en las noches que precedieron a la llegada de Prado y hubo que resistirlas con la fuerza. La ciudad estaba en plena fermentación cuando el Presidente volvió a ocupar su puesto.

Prado decidió cambiar el Gabinete y llamó con este objeto a Nicolás de Piérola, quien era en ese momento, sin duda el hombre más prestigio en el país, adquirido por su incansable lucha contra los gobiernos que lo dirigían desde varios años. Prado le pidió que organizara un Ministerio cuando el edificio social crujía y Piérola, el astuto caudillo, comprendiendo que el momento era suyo, rehusó, diciendo que la situación no se arreglaría con un Ministerio nuevo sino con un cambio más radical: la sustitución de Prado por una dictadura.

¿Qué sucedió después? No se sabe con certeza. Lo cierto es que Prado se embarcó subrepticamente en el Callao y se fue a Europa, delegando la primera magistratura en el General La Puerta. La Historia americana presenta pocos casos más depresivos que este. El Gobierno quedaba acéfalo, botado. Alguien tenía que recogerlo, levantar el espíritu público y encarnar la defensa. Ese alguien, como dije, fue Piérola.

Piérola se puso de acuerdo con el comandante del batallón Ica, Pablo Arguedas, y con el jefe del Cajamarca, Miguel Iglesias. El primero de ellos se rebeló contra el

General La Cotera y se defendió valientemente en su cuartel contra las fuerzas del Gobierno. El cuerpo de Piérola secundó la revuelta. Obligado a retirarse de Lima, Piérola se fue al Callao donde encontró la protección del Coronel Iglesias. La revolución era popular. La Puerta y la Cotera se vieron abandonados de todos y tuvieron que salir del Palacio; Piérola, seguido de una población que lo aclamaba con frenesí, entró a Lima y asumió la dictadura. Todo esto ocurrió entre el 18 y el 23 de Diciembre de 1879.

El Almirante Montero reconoció el cambio de Gobierno y el Ejército del Sur, el de Tacna y Arica, se preparó para defender ese territorio.

Hechos análogos habían ocurrido en Bolivia.

El General Daza había caído en el más completo desprestigio ante su Ejército y ante el Perú, después de la retirada de Camarones. Esta situación empeoró cuando los primeros fugitivos de la Batalla de Dolores llegaron a La Paz. En ausencia de Daza, gobernaba su Ministerio, encabezado por el General Otón Jofré e integrado por los Ministros Doria Medina, Reyes Ortiz y Méndez, los que huyeron, haciéndose cargo de la situación el Alcalde, quien citó a una reunión de ciudadanos para tratar de la situación. Fue entonces cuando se oyeron voces contrarias a la dictadura, las que llegaron a Tacna a oídos de Daza, quien no hablaba sino de matanzas y de vengarse de sus enemigos. Todo su anhelo era regresar al altiplano, pero los jefes militares que le rodeaban se concertaron contra él y eligieron como su caudillo al más prestigioso entre ellos: el General Eleodoro Camacho. Lo probable es que haya sido el propio Almirante Montero quien ideó el plan y armó la trampa.

Pero había que buscar una combinación para que los Colorados, tan leales a Daza, estuvieran ausentes o neutralizarlos en el momento del pronunciamiento. El plan se arregló así; Montero invitaría a Daza a reunirse con él en Arica para discutir un nuevo plan boliviano de campaña y los Colorados saldrían a lavar su ropa, sin llevar armas ni municiones.

Daza se fue a Arica el 1º de Enero y allí explicó a Montero su plan, que consistía en subir a La Paz y pasar luego a san Pedro de Atacama para sorprender a las tropas chilenas, mientras Montero atacaba hacia el sur por Camarones. Montero quedó de consultarlo con Piérola y Daza fue a tomar el ferrocarril para regresar a Tacna esa misma tarde.

Mientras tanto, el Coronel Camacho había reunido al resto del Ejército boliviano en la Alameda de Tacna y se preparaba para recibir a Daza y fusilarlo a la bajada del

tren. Lo que habría sucedido si no es que Montero le envía un telegrama al general boliviano para avisarle lo ocurrido. Al leerlo, se relata, se puso de pie y luego se desplomó en su asiento, diciendo con desfallecida voz: "Me han fregado".



Teniente Coronel Eleuterio Ramírez Molina

Toda Bolivia adhirió al pronunciamiento de Tacna y la Junta Gubernativa de la Paz fue substituida por el General Narciso Campero, con el carácter de Presidente de la República interino. En su primer contacto con el Ministro de Perú en La Paz, Campero le expresó que la Alianza se mantendría a pesar de "los desastres que

nuestras armas han sufrido en el teatro de la guerra y a pesar de los maquiavélicos manejos del Gobierno de Chile".



General José Velásquez Bórquez

En efecto, los "maquiavélicos manejos" continuaban y se aprovechaba para ello a los propios prisioneros bolivianos, a los que se dejaba en libertad y se enviaba de regreso a su país en cumplimiento de planes destinados a destruir la Alianza.

Uno de ellos fue el Coronel Equino, prisionero en Santiago, quien se comprometió a hacer la revolución en favor de Camacho, en conversaciones con Santa María. Una nueva ilusión que no se concretó.

* * * *

Se sabe que el Capitán de Navío Patricio Lynch fue nombrado por Rafael Sotomayor Jefe de la ciudad de Iquique. El Gobierno, al confirmarlo, le dio el título de "Jefe Político de Tarapacá". En Iquique estaba todo por organizarse. Carecía de servicios públicos, no había municipio, ni policía, ni alumbrado, ni servicio de aseo. Lynch nombró un Municipio integrado por los cónsules y por Eduardo Llanos, el respetable súbdito español que tuvo la valentía de honrar los restos de Prat y de Serrano y de enterrarlos decorosamente en el cementerio. Se restableció el alumbrado público, se extrajeron diez mil carretadas de basura que infectaban el aire, se creó la policía. Se dividió el territorio en tres secciones: la costa y las salitreras, bajo autoridades civiles; la cordillera, entregada a autoridades militares. Y todo con gran economía, sin estrepito, sin alarmar ni ofender intereses, como decía Lynch: "Sin aumentar el odio de nuestros enemigos". Se creó, asimismo, un servicio judicial provisorio, con dos jueces que se encargaron de las causas civiles y criminales.

* * * *

Después del Combate de Tarapacá, el General en Jefe envió destacamentos encargados de evitar que se formaran montoneras, y, al mismo tiempo, de recoger las armas de los dispersos y fugitivos. Los más importantes fueron los del Teniente Coronel José Echeverría a Tarapacá y a Mamiña, con 200 infantes y 200 cazadores a caballo; otra fue la del Coronel Pedro Lagos, también con 400 hombres a Jazpampa y a Camiña. En la quebrada de Tarapacá se encontraron enterrados siete de los cañones chilenos capturados por las tropas de Buendía.

El problema era si se consideraba a Tarapacá como garantía de una indemnización de guerra o se le incorporaba lisa y llanamente al territorio nacional. En este punto, un pueblo libre como el nuestro tenía voz y voto. La duda influía en la política militar a seguir, porque si se abrigaba el propósito de la anexión, era indispensable vencer al Perú en todos los centros de resistencia, sin lo cual sería imposible que aceptara una paz con desmembración territorial.

Las dudas alcanzaban, por supuesto, y especialmente, a las autoridades. Santa María, Ministro del Interior, escribía a Rafael Sotomayor, Ministro de Guerra y Marina:

"Como se nos atribuye un espíritu de conquista, como se cree que vamos tras de aniquilar al Perú, no sólo no nos acompañan las simpatías americanas, sino que el argentino recela por sí mismo, porque supone que, poderosos y orgullosos, hemos de pretender desnudarlos de la Patagonia, sin más autos ni traslados. Este es un error... ¿Vamos a Lima? Piénsalo un momento..."

El problema trascendió al público y fue materia de ardiente controversia: los que preconizaban la defensiva en Tarapacá y los que abogaban por la continuación de las operaciones hasta Lima. El pueblo creía que el Presidente Pinto patrocinaba la primera de estas posibilidades y, sugestionado por la prensa de oposición, vivía en profunda desconfianza respecto del Gobierno. El país comprendía que no habría paz duradera si se dejaba al Perú el territorio que le permitiría cultivar sus anhelos de revancha y sabía que el vencedor tiene la obligación de fundar la paz precaviendo las futuras guerras.

En la Cámara de Representantes, Domingo Arteaga Alemparte formuló un proyecto de acuerdo que pedía la "incorporación definitiva" en el territorio de la República de las regiones conquistadas por las armas. La mayoría de la Cámara opinó que no había llegado la hora de formular una resolución semejante y rechazó el proyecto. Llama la atención en este debate que las personas más cercanas al Gobierno hicieran valer como argumento para no aprobar la resolución presentada, el inconveniente de formular declaraciones, que llamaron ligaduras odiosas, cuyos efectos se estaban experimentando. Se aludía a la declaración del Presidente Errázuriz, de no permitir jurisdicción extraña al sur del río Santa Cruz.

No puede recordarse sin dolor que a medida que nuestros ejércitos avanzaban en el norte, nuestra diplomacia reulaba en el sur y que el verdadero fruto de nuestras victorias lo recogería la República Argentina, adquiriendo por renuncia nuestra las tierras orientales, destinadas a formar la nacionalidad chilena del porvenir.

* * * *

El Gobierno había llegado a personificarse en Rafael Sotomayor. Su crédito se había robustecido inmensamente con el Combate de Tarapacá. ¿Quién arreglaría los preparativos de la nueva y peligrosa marcha a los desiertos de Tacna? ¿Qué otro que él tenía en el Ejército su confianza y el cariño de los jefes y oficiales? Así raciocinaba el Gobierno cuando en los primeros días de Diciembre recibió una petición de Sotomayor para venir a Santiago. Pinto se las arregló entonces para que el Ministro desistiera del viaje, pero a fines de Diciembre éste insistió y, aun, pidió que se pensara seriamente en relevarlo del cargo, el ánimo de Sotomayor pesaban los ataques de la oposición, veía en él un posible candidato a la Presidencia de la República. Influía, asimismo, su falta de entendimiento con el General en Jefe. "Estoy muy fatigado y aburrido. Necesito, por mi salud y por mi espíritu, descanso al lado de mi familia", le había escrito a Santa María. Pinto le contestó el 16 de Enero de 1880 s palabras de gran significado:

"Creo que tu presencia es tan necesaria que, por mi parte, si tú te vinieras con ánimo de no volver, renunciaría a todo plan de expedición. Creo que tu presencia allí es la única garantía de buen acierto que tiene el país y que tiene el Gobierno"

Sotomayor renunció a viajar, a pesar de un razón familiar muy comprensible: acababa de morir en Santiago una de sus hijas.

Esta actitud no era el apasionamiento exagerado del Gobierno a su favor. Era una justicia que se discernía a ese gran servidor público, en cuyas manos gravitaba todo el peso y la responsabilidad de la campaña, no por tendencia absorbente suya, sino por el magisterio de su buen sentido, de patriotismo desinteresado, de su inmenso espíritu de abnegación y de sacrificio.

* * * *

Hemos llegado al final de 1879. Hemos asistido a los esfuerzos del país por dominar al enemigo en tierra y en el mar. No hacía un año que le había sorprendido una guerra que el Gobierno no preveía, ni deseaba, y que hizo todos los esfuerzos imaginables por evitar; guerra que caía de improviso sobre una situación económica desastrosa, sobre un país empobrecido, sobre una Escuadra en mal estado, sobre un Ejército en harapos. No había cañones, ni municiones ni

uniformes. El Ejército no era un organismo apto para su objeto, sino un germen disciplinario a cuyo alrededor se agruparon ricos y pobres, analfabetos e ilustrados, labriegos toscos y representantes de la vida social más refinada, y el ensamble de todos formó el núcleo militar que asaltó Pisagua, que rechazó el enemigo en Dolores y que sucumbió heroicamente en Tarapacá.

Cuando se tiende la vista hacia atrás y se rememora lo hecho en ese espacio de tiempo, el espíritu experimenta una impresión halagadora. Al empezar el año, el Perú tenía en el mar una escuadra relativamente fuerte. Hoy la Independencia está sumergida, el Huáscar bajo bandera chilena, lo mismo que la Pilcomayo y no queda como representante de su antigua tradición marítima más barco que la Unión.

En tierra, los 2.000 hombres que tenía el país en Febrero han aumentado, al finalizar el primer año a 10.000, sin contar las guarniciones cívicas. El soldado que ahora pasea el orgullo de su uniforme y de sus victorias, era hasta hace pocos meses un trabajador pacífico que no conocía las armas. Ahora tiene todo cuanto necesita para defender el honor de su bandera, los arsenales llenos de armas y de proyectiles, y todo esto se ha hecho sin recursos, vigilando el centavo, imponiendo la administración más rigurosa y la moralidad más severa. Toda la organización militar y el servicio administrativo se realizaron con las pobres entradas ordinarias de la Nación y con una emisión de papel moneda de 12 millones de pesos. Era cuanto se había gastado hasta el final de la Campaña de Tarapacá.

Por supuesto que no todo se realizó sin asperezas. La verdad es que hubo un aprendizaje lento y difícil de la guerra, en el Ejército, en la Escuadra, en el Gobierno. No es posible cambiar de la noche a la mañana el orden de las preocupaciones gubernativas sin experimentar tropiezos; los hombres preparados para la administración pública no pueden transformarse súbitamente en hombres de guerra.

Al recordar los grandes esfuerzos de la Nación, sería una injusticia no mencionar la consagración del Presidente Pinto a los intereses públicos y no asociar a su nombre el del Ministro Sotomayor, que fue el alma de esta campaña memorable.

Libro II

Capítulo 13 Entre dos campañas

Entre la Batalla de Tarapacá y la invasión del departamento de Moquegua transcurrieron tres meses: 27 de Noviembre de 1879 - 28 de Febrero de 1880. Demos una mirada a Perú y Bolivia y veamos las medidas que adoptaron para colocarse en condiciones de defensa.

Nicolás de Piérola, auto titulado Jefe Supremo, se había proclamado dictador, con facultades omnímodas, a fin de llevar adelante la regeneración del país. Tenía el concepto de que todo lo anterior había desaparecido, que el edificio social y político estaba en ruinas y que había que reedificar con materiales y arquitectos nuevos. Proclamó su propia Constitución y en vez del Congreso creó un Consejo de Estado, el cual, de más está decirlo, consultaría cuando quisiera. Buscó su apoyo en el clero y en el indio y se definió como "Protector de la raza indígena".

Piérola imprimió gran vigor a la resistencia nacional; desde ese momento nadie tendrá excusa válida para no servir al país. Hay una nota de vigor creciente que tiene su expresión más alta en la formación y organización del Ejército de la capital y en las batallas que decidieron la suerte de Lima. Veremos figurar en este Ejército todas las categorías sociales, en un país de castas como es el Perú. Piérola adquirió armas, municiones y toda clase de elementos militares y para proporcionarse los recursos respectivos, trató con Dreyfus y Cía., casa israelita, nacionalizada en Francia, incrustada desde varios años antes en el organismo gubernamental del Perú. El dictador les reconoció una deuda anterior de £ 4.000.000 y les dio el derecho de exportar 800.000 toneladas de guano. No sabemos a cuánto ascendió el dinero conseguido con esta firma. También se congració con los tenedores de la deuda pública, en su mayoría ingleses, entregándoles en propiedad los ferrocarriles. En Bolivia, como vimos, el General Narciso Campero había sucedido a Daza. El Coronel Camacho seguía al mando de la división de Tacna y el nuevo Secretario General de Gobierno era Ladislao Cabrera.

Campero es, como todo militar al servicio de un país medido por el vaivén de los pronunciamientos de cuartel, una figura moral compleja. Se puede decir de él mucho de bueno y también algo de malo. Siendo un hombre de no escasa instrucción, que había vivido en un medio social culto, se puso al servicio de las

más detestables tiranías, patrocinando a Melgarejo y a Morales. ¿Cómo se concilia esta actitud con su hombría de bien, con su respeto a las leyes, con la honrada franqueza de que dio claras muestras en el ejercicio del poder?

Campero se había batido a las órdenes de Brown contra el ejército argentino de Heredia, había servido con Ballivián y participado en la Batalla de Ingavi. Luego de estudios de su profesión en Francia, ocupó el cargo de Ministro de su país en París, en 1873.

En adelante, su nombre ocupará nuestra atención, porque le cupo en suerte mandar en jefe el Ejército Perú-Boliviano en la batalla de Tacna.

Existía en Chile, por esos días, el deseo unánime de continuar rápidamente las acciones bélicas, para no dar tiempo al enemigo a rehacerse. Era, por supuesto, la idea del Gobierno, aunque afloraban divergencias en las tácticas.

Sotomayor se inclinaba por la organización de una expedición contra Lima, dejando 6.000 hombres al resguardo de Tarapacá. La fuerza expedicionaria debería ser en su concepto de 10.000 hombres y se contaba con los transportes marítimos necesarios.

El Presidente y su Gabinete preferían una campaña sobre Tacna, después de la cual, argumentaban, Bolivia se echaría en brazos de Chile, contra Perú, recibiendo en cambio Tacna y Arica como premio. De nuevo esta ilusión volvía a influir en la política militar. Una racha de "política boliviana" soplaba en las alturas gubernamentales de Santiago cuando Rafael Sotomayor escribía recomendando la campaña de Lima.

De ahí la respuesta negativa de Pinto a Sotomayor. En carta dirigida a Altamirano, el 24 de Julio de 1880, algunos meses después de estos sucesos, Pinto le decía:

"Fuimos a Ilo y después a Tacna con la expectativa de facilitar un arreglo con Bolivia. La posesión de Tarapacá será más segura para nosotros si ponemos a Bolivia entre el Perú y Chile. Además al hacernos dueños del litoral boliviano era preciso dar a Bolivia salida al Pacífico. Este fue el móvil que nos indujo a ir a Ilo y Tacna".

Esta idea se refleja también en la correspondencia del Ministro del Interior, Santa María, a Sotomayor: "Cediendo a Bolivia Moquegua y Tacna... habría un muro que nos defendería del Perú y nos dejaría tranquilos en Tarapacá". El Ministro Gandarillas le expone lo mismo: "...Ud. sabe muy bien que lo que más nos

convendría es que nuestros vecinos fueran más bien los bolivianos que los peruanos".

El General en Jefe Escala fue partidario al principio de la campaña a Moquegua y Sotomayor hubo de plegarse a este plan, surgiendo de ahí el desacuerdo entre Ministro y General, el primer eslabón de una cadena ininterrumpida de conflictos entre esos elevados funcionarios. Más adelante, el General Escala, viendo las dificultades de una campaña hacia Tacna por el árido desierto, en contraposición a las facilidades que, sin duda, encontraría en los alrededores de Lima, en materia de agua, recursos y caminos, cambió de parecer y pidió 12.000 hombres para excursionar a la capital del Perú.

Al finalizar el mes de Diciembre, Sotomayor comunicó oficialmente al General en Jefe la resolución gubernativa de invadir el departamento de Moquegua y le pidió su opinión sobre la manera de realizar la invasión.

* * * *

Hubo en esos días un proyecto gubernamental, fruto de la impaciencia desordenada de andar ligero. Los inconvenientes de permanecer en Tarapacá, con el arma al brazo, eran evidentes y como en un Ejército improvisado todo el mundo es táctico, cada uno apreciaba esa inmovilidad como una falta imputable al Gobierno. El Gabinete sabía que aún deseándolo vivamente, la nueva campaña tardaría en iniciarse, porque la preparación de los elementos de la expedición requería tiempo. Pero la presión aumentaba y decidió considerar alguno de los proyectos presentados por los jefes del Ejército y de la Escuadra. Uno era bombardear Arica, simulando un falso desembarco. Otro, efectuar expediciones parciales en la costa del Perú, perseguir a la Unión, enviar uno o dos buques a recorrer el sector Callao-Panamá, etc. Pero, para hacer todas estas cosas, Chile habría necesitado tener una Escuadra el doble de la que tenía.

El 6 de Enero celebró una deliberación el Consejo de Guerra y acordó: adoptar como lugar inicial de la nueva campaña el puerto de Ilo; no intentar el bombardeo de Arica porque no se compensaban las ventajas con los riesgos; no ejecutar por ahora operaciones parciales en la costa del Perú; no bloquear el Callao por falta de buques, pero sí hacer un crucero hasta ese puerto; no ir a Panamá sino con un objeto determinado.

El plan Ministerial era una manifestación aparatosa de actividad que transparentaba el deseo de congratularse con la opinión pública y produjo hondo desagrado en Sotomayor.

El Ministro de Guerra y Marina pasaba por momentos amargos, pues lo más que quería era acelerar la campaña, pero estaba cohibido porque la reorganización del Ejército encontraba una resistencia tenaz en el Cuartel General. Es una página dolorosa de esta historia esa lucha despiadada entre el Ministro empeñado en esta obra necesaria, y el esclarecido soldado que mandaba nuestras armas, el cual vivía aferrado a tradiciones envejecidas y estaba encerrado en un pequeño círculo de amigos.

Mientras Rafael Sotomayor soportaba esta lucha enervante, se agitaba en Santiago la cuestión presidencial y ya se hablaba de las futuras candidaturas de Santa María y de Sotomayor.

La de Santa María era ardientemente sostenida por la juventud, a la que él amaba sinceramente, porque su espíritu se mantuvo siempre joven y también su corazón. Era elocuente, sagaz, de formas cultísimas; era un candidato formidable por su talento, por sus servicios, por el prestigio que un hombre de sus condiciones arrastra en un país republicano.

Sotomayor tenía una fisonomía completamente distinta y le faltaban las condiciones oratorias que daban realce y brillo a éste. Era tan modesto que rehuía sistemáticamente cuanto pudiera parecer exhibición de su persona; además carecía de ambición. Su carácter austero no le impedía, sin embargo, ser amable y sabía difundir el respeto que inspira el buen sentido.

Había, pues, una guerra sorda entre los partidarios de una y otra candidatura y las críticas que llegaban a oídos de Sotomayor —no de Santa María, que le respetaba— le hacían dudar si sus sacrificios estaban realmente compensados. De ahí que un plan de acción tan vasto como el que se le enviaba, le parecía a él como un descargo de responsabilidad del Ministerio.

* * * *

Y en medio de todo, la estupenda ilusión de conseguir la alianza de Bolivia, que Santa María sostenía.

El Ministro del Interior no concebía la existencia de un país mediterráneo, sin costas propias, desenvolviéndose a semejanza de la Suiza. Apreciaba tal situación

como la pérdida de la autonomía. Creía que colocada Bolivia en esa disyuntiva, no depondría las armas hasta ser aniquilada. Por consiguiente, había que esperar que Bolivia fuese perpetuamente el aliado del Perú en la reivindicación de Tarapacá y que Chile tendría que vivir combatiendo contra las irrupciones de los dos países, en especial de Bolivia que lucharía por su existencia.

El pensamiento de Santa María está diseminado en su correspondencia a Sotomayor. Veamos algunos párrafos.

"Diciembre 1º... Bolivia nos preguntará, y junto con Bolivia, algunos más, ¿en qué situación queda esta República, despojada de todo su litoral y dueño Chile de Tarapacá?"

"Mal haríamos... creyendo que por sólo nuestra voluntad y sin consultar otro interés que el interés nuestro, vamos a poder alterar el mapa americano."

"Si Bolivia pierde su autonomía, su territorio debe formar parte de alguna República que no será jamás la República chilena".

"Noviembre 26. No olvidemos por un instante que no podemos ahogar a Bolivia. Privada de Antofagasta y de todo el litoral que antes poseía hasta el Loa, debemos proporcionarle por alguna parte un puerto suyo, una puerta de calle que le permita entrar al interior sin zozobra, sin pedir venia. No podemos ni debemos matar a Bolivia. Al contrario, debemos sustentar su personalidad como el más seguro arbitrio de mantener la debilidad del Perú. Dueños de Arica y Tacna y derrotado o internado el Ejército boliviano, fácil nos sería entendernos con los caudillos de Bolivia y llegar con ellos a un arreglo, que poniendo término a la guerra nos garantice la tranquila posesión de Tarapacá".

Sotomayor no se halagaba con las expectativas de la "política boliviana" y no tenía fe, según escribía a Augusto Matte, Ministro de Hacienda, "en la buena voluntad de los bolivianos para entrar en arreglos con nosotros".

Ninguna de las esperanzas ni de los temores abrigados por Santa María se han realizado. Ni Bolivia prestó oídos a las insinuaciones de Chile, ni ha perdido su autonomía, ni Chile ha necesitado de su ayuda para mantener la posesión de Tarapacá. Lejos de eso, Bolivia se ha desarrollado en un ambiente de legalidad y de orden y no han vuelto a levantarse en su escenario los tiranos que afrentaron su cuna.

No era posible, sin someter a Bolivia a un protectorado odioso y peligroso, privarla de la libertad de orientar su política según sus conveniencias, porque tal es la esencia de la soberanía. Y lo más grave de todo: se le daba participación en el Pacífico, se le entregaba un jirón de la supremacía naval, hoy en nuestro favor, mañana en contra nuestra.

Entretanto, el Gobierno anhelaba corregir los vacíos que se habían manifestado en el Ejército durante la campaña de Tarapacá.

El Ejército de Operaciones había bajado a 9.532 plazas. Cerca de 1.400 hombres estaban heridos y los restantes, hasta completar 12.000, eran el tributo a las campañas de Pisagua, Dolores y Tarapacá.

Pero no sólo había que completarlo, sino que solucionar problemas de organización y de Estado Mayor. No era menor el abuso de licencias; iba al sur el que quería, según el decir de Sotomayor. También había que aliviar el servicio administrativo que el Ministro de Guerra y Marina había soportado solo durante la campaña anterior, para que así pudiera contraerse a la parte militar.

El plan de reorganización que deseaba el Presidente Pinto consultaba: un buen jefe de Estado Mayor, dividir al Ejército en Divisiones, organizar la Intendencia, poner a la caballería en situación de prestar servicios.

El arreglo de la parte administrativa en Tarapacá fue fácil y no encontró resistencia. Se mejoró el servicio sanitario, el sistema de traslado de equipajes, el telégrafo, los ferrocarriles.

Lo delicado era la reorganización del Ejército, porque el General Escala la miraba con poca simpatía. A mediados de Diciembre, el General Escala sufrió un ataque apoplético y se creyó que no reasumiría el mando. Pudo entonces retirarse sin desdoro, pero era demasiado patriota para negar a su país el sacrificio de sus últimos días.

El nombramiento de Jefe del Estado Mayor no fue sencillo, ya que hecho el ofrecimiento del cargo a los generales Villagrán y Velásquez, respectivamente, se contó de inmediato con la antipatía de Escala. Entonces, Sotomayor designó al Coronel Pedro Lagos, lo que causó al General en Jefe violento desagrado.

Otras medidas fueron la creación del Cuerpo de Ingenieros Militares, y el aumento en material y personal de la Artillería, que contó en adelante con 7 brigadas. La formación de 4 Divisiones autónomas con sus servicios complementarios, fue el problema más serio de la reorganización. La 1ª quedó a las órdenes del Coronel Santiago Amengual; la 2ª, con el Coronel Mauricio Muñoz; la 3ª con el Coronel

José Domingo Amunátegui; la 4^a bajo las órdenes del Coronel Pedro Lagos y luego, cuando éste pasó a ser Jefe del Estado Mayor, fue reemplazado por el Coronel Orozimbo Barboza. El General Escala demoró un mes en aceptar la creación de estas Divisiones.

No hemos concluido, por desgracia, con la relación de los estériles desacuerdos. Antes de seguir con este tema ingrato, referiré un incidente ocurrido el último día de 1879, verdadero aguinaldo de Año Nuevo que reposará el espíritu del lector. Aludo a la expedición del Comandante Arístides Martínez a Moquegua.

El 20 de Diciembre, la O'Higgins llegó en crucero de observación a Mollendo y supo que, unas horas antes, la Unión había desembarcado ahí mismo armas y víveres destinados al Ejército de Tacna y a la guarnición de Arica. El Ministro Sotomayor decidió que partiera un batallón a Ilo o Pacocha, a sorprender el convoy terrestre. El 29 de Diciembre se embarcó en Pisagua un batallón del Lautaro, de 500 plazas, más 12 Granaderos a Caballo y un pelotón de Pontoneros. Tomó el mando el Teniente Coronel Martínez. Al amanecer del 31 de Diciembre bajaron en Ilo, se apoderaron de dos convoyes de ferrocarril y se dirigieron al interior, a Moquegua, luego de cortar los alambres del telégrafo. En Moquegua, tomados por tropas peruanas que marchaban a reforzar el interior, fueron saludados y abrazados. Mas en minutos se produjo el espanto, el sálvese quien pueda, huyendo cada cual por donde podía, mientras las niñas se desmayaban o daban gritos de angustia, oyéndose dichos como éste: "*Jesús, qué Año Nuevo nos vienen a hacer pasar estos malvados*".

Martínez colocó sus tropas en una elevación, dominando a Moquegua e hizo notificar a la autoridad que bombardearía el pueblo -no tenían sino dos cañones pequeños de a bordo -si no se rendían incondicionalmente. El Prefecto, un Comandante Chocano, huyó con sus 450 hombres y la tropa chilena gozó de un almuerzo proporcionado por los habitantes, con frutas y verduras que a los clientes del desierto les pareció un banquete opíparo. El 2 de Enero, de regreso en Ilo, el batallón se embarcó.

Sotomayor estimó que sus instrucciones habían sido excedidas y manifestó su descontento por lo que fue llamado la "Calaverada de Moquegua".

* * * *

Como se ha visto, la expedición al departamento de Moquegua estaba resuelta y Sotomayor había dispuesto el bloqueo de la costa peruana de Arica a Mollendo, a cargo de Latorre y del Comandante Viel. El lugar de desembarco era, sin duda, Ilo, ya que de ahí partía el ferrocarril al interior. Pero el Presidente Pinto temía que las fuerzas chilenas penetraran demasiado a la zona desértica y el recuerdo de Tarapacá lo arredraba. De ahí su deseo de que, una vez desembarcadas, estas fuerzas se quedaran cerca de la Escuadra y esperaran a las del Almirante Montero, deseosas de arrojarlas al mar. La Caballería Chilena, entretanto, cortaría los abastecimientos peruanos.

Estos planes revelaban el desconocimiento completo del carácter de la campaña, ya que hacer evolucionar la Caballería desierto no era tan fácil como manejarla en campos regados. !

Por falta de transportes adecuados, Sotomayor resolvió trasladar las tropas a Ilo en dos viajes, comprendiendo el primero hombres. El General Escala hizo dos objeciones: primero, que "Calaverada de Moquegua" había puesto sobre aviso al Almirante Montero respecto de Ilo y, segundo, que siendo las fuerzas enemigas no menores a los 29.000 hombres, como él creía, desembarcar sólo 7.500 era una temeridad. Finalmente, aceptó el criterio de Sotomayor, no sin que se provocara un nuevo incidente entre ambos y llevara a la crisis final, que privó al General Escala del honor de la campaña de Tacna y Arica.

* * * *

Cuando Escala sufrió la congestión cerebral, el Presidente Pinto y el Ministro Sotomayor comenzaron a preocuparse de quién podría ser la persona que le sucediese. La lista de generales era muy reducida y al principio se creyó que no habría otro que el General Villagrán, que el Presidente miraba con desconfianza. Como medida provisoria, se designó a José Francisco Vergara como secretario de Escala, con el objeto de que pudiera sustituir con su influencia la del círculo que lo supeditaba. Sotomayor estaba sentido con Vergara por la actitud violenta que éste asumió contra su hermano Emilio luego de Dolores; pero, venciendo sus resentimientos, aceptó que asumiera el papel de moderador del Cuartel General. Vergara volvió, pues, nuevamente al norte y al punto se notó un apaciguamiento entre los altos funcionarios que se aprovechó para apurar la partida de la Expedición.



General Manuel Baquedano González.

Fue en esos días que a raíz de una publicación en "El Peruano", periódico de Lima, pidiendo a los habitantes de Tarapacá organizar montoneras, que Sotomayor dio instrucción de hostilizar en forma más estricta al enemigo y de bombardear toda población de la costa protegida con cañones, todos los ferrocarriles que estuvieran

transportando tropas, los muelles y los elementos de carguío de las islas guaneras, etc.



Comandante Manuel Thompson Porto Mariño

La argumentación del Ministro era que si el enemigo se sale de las "vías autorizada por el derecho de la guerra", había que "hacerle sentir su dureza y crueldad".

Esta decisión provocó notas de protesta del Cuerpo Diplomático acreditado en Santiago, y del Ministro de los Estados Unidos. Dos eran los puntos que despertaban mayor polémica: que no se distinguiera si los puertos que iban a ser bombardeados tenían cañones viejos o nuevos y que nada se dijera de un anuncio o plazo previo para que la población se pusiera a buen recaudo. Amunátegui, el Ministro de Relaciones, hizo las aclaraciones del caso.

La Escuadra no tuvo la ocasión de batirse en la época que recuerdo, pero contribuyó de un modo eficaz al éxito de las operaciones militares. Su papel era ahora, como he dicho, bloquear la costa peruana y desembarcar pequeñas partidas de reconocimiento. Más de una vez los buques chilenos llegaron hasta Panamá y el 23 de Diciembre capturaron una lancha torpedera traída de Inglaterra. En uno de estos cruceros, el Huáscar, ya reparado de sus averías, estuvo cinco días frente al Callao, enardeciendo con su presencia a los habitantes del puerto, quienes no se podían conformar con sufrir las hostilidades de ese barco, que era una leyenda para su patriotismo.

En la organización del Ejército Expedicionario, Sotomayor era el alma, como lo había sido antes respecto de la campaña de Tarapacá. En Valparaíso, Dávila Larraín, a cargo de la Intendencia del Ejército, preparaba todo lo que se necesitaba en la nueva campaña.

A principios de Febrero zarparon de ese puerto los transportes con todo el pedido. A fines de ese mes dejaban Iquique las tropas chilenas. Finalmente, Escala se las había ingeniado para que fueran 10.000 y no 7.500 hombres, lo que inquietaba a Sotomayor, ya que Tarapacá quedó únicamente resguardado por las reservas, unos 3.000 hombres.

Capítulo 14

Primeras operaciones en el departamento de Moquegua

A mediodía del 25 de Febrero llegaron a Ilo los buques que componían el convoy expedicionario y, sin encontrar resistencia, el Ejército bajó por el muelle de pasajeros, como turistas ordinarios. ¿Qué hacía el alto jefe encargado de la defensa del departamento de Moquegua? El Almirante Montero se encontraba en la imposibilidad de impedir las operaciones, porque teniendo Chile el dominio del mar, elegía a voluntad el punto de desembarco. La verdad es que Montero no aguardaba el desembarco por Ilo, sino que por Arica o por Sama. "El enemigo es muy cumplido y benévolo con nosotros", escribía Sotomayor. En efecto, había dejado las bombas que levantaban agua del río en perfectas condiciones, y el ferrocarril no tenía sino pequeños desperfectos. El sitio era ideal: el agua era abundante y los valles transversales proporcionaban forraje, verduras y frutas. Luego, en los primeros días de Marzo, vinieron los reconocimientos al interior, en busca de un sitio donde establecerse. Se había pensado en la estación de Conde, que corta las comunicaciones de Ilo a Tacna y de Moquegua a Arequipa. Se le dejó de lado, sin embargo, por ser sólo un pedazo de desierto, con carencia absoluta de habitaciones. Se pensó entonces en Moquegua.

Pero había vacilaciones respecto del plan de campaña, las que, en el fondo, no eran sino desconfianza del Presidente Pinto en la dirección militar. Por eso se preconizaba el sistema defensivo. Sotomayor, sin embargo, luego de los primeros reconocimientos, y abandonando el pensamiento de la defensiva, creyó que debía llevarse el Ejército a Tacna, para lo cual necesitaba más elementos de movilidad. También resolvió hacer de la caleta de Ite, en la desembocadura del río Locumba, la base militar y naval de la expedición.

Había vacilaciones y por eso el Ejército que bajó en Ilo a fines de Febrero demoró más de un mes en emprender la campaña que debía colocarlo frente a las fuerzas peruano—bolivianas de Tacna.

No había sido preparado para ejecutar esa gran marcha sino, al contrario, como dije, para estacionarse en un punto cerca del mar a esperar al enemigo.

Casi junto con el desembarco en Ilo, ocurrió un lance marítimo en la bahía de Arica, que costó la vida al Comandante del Huáscar, Manuel Thompson.

Además de reparar ese monitor, se le había colocado dos cañones de 40 libras, sistema Armstrong, con alcance de seis a siete mil metros. El 25 de Febrero se

presentó delante de Arica el buque chileno con el objeto de reemplazar al Cochrane en el bloqueo. Ahora bien, en lugar de emplear contra la plaza los dos cañones de largo alcance, Thompson se acercó peligrosamente a la bahía, hasta cerca de la isla Alacrán, lo que le significó una lluvia de balas peruanas. El Huáscar y la Magallanes, mandada por Condell, que le acompañaba, se retiraron a la boca del puerto, fuera del alcance de tierra. A las dos horas, Thompson divisó un tren que llegaba desde Tacna y quiso detenerlo, poniéndose nuevamente en la zona de fuego de los cañones de los fuertes. Una granada peruana reventó cerca de un cañón del Huáscar, matando a 8 personas e hiriendo a varias más. A la media tarde, notando el valeroso marino chileno que el monitor Manco se movía al amparo de los fuertes, dio la orden de embestirlo con el espolón, pero la maniobra no fue ejecutada con la velocidad requerida y el buque chileno quedó a 200 metros del monitor. Fue entonces que una bala dio medio a medio en el pecho de Thompson, pulverizándolo. La hoja de su espada, sin la empuñadura, se clavó en la cubierta del Huáscar, donde aún se conserva, no lejos del sitio en que entregó su vida el Comandante Prat.

Conocidos los hechos, vino de Ilo el Ministro Sotomayor con el Blanco y el Angamos y durante cuatro días se bombardeó Arica.

El Almirante Montero, reconociendo el valor del marino chileno, comunicó el suceso por telégrafo a Tacna, con estas palabras: "El Comandante del Huáscar ha muerto. Lamento su pérdida. Era un valiente".

* * * *

Voy a referir un episodio desgraciado. Me refiero a la expedición de Mollendo, realizada en Marzo de 1880.

Junto con el desembarco en Ilo, dos buques estaban permanentemente frente a Mollendo, con preocupación de Sotomayor, quien habría preferido verlos también en la flotilla que se aprontaba para bloquear el Callao. Con el objeto de dejar libres estas unidades siquiera por un tiempo, ideó un desembarco en las vecindades de Mollendo; a fin de destruir el muelle, las baterías y puentes del ferrocarril y hacer innecesario el bloqueo. Además, esta operación podría producir, se estimaba, pánico en el vecino Arequipa.

La medida era dura pero justificada, por lo menos en cuanto se refiere al telégrafo y a los elementos de transporte; pero siendo justa en estricto derecho, iba a irritar a

quienes se procuraba obligar a firmar la paz. Además, operaciones de esa clase malean la moralidad del agresor y afectan la disciplina.

Los expedicionarios, poco más de 2.000 hombres al mando del Coronel Barboza, se embarcaron el 8 de Marzo y a medianoche enviaron a tierra, al sur de Moliendo, a 140 navales, quienes tuvieron dificultades de desembarco por las rocas. El resto de los expedicionarios desembarcó fácilmente y no hubo resistencia para apoderarse de Mollendo y de Islay, pequeño caserío. En estas acciones se cometieron lamentables excesos por parte de elementos del Regimiento N° 3, formado con repatriados del Perú, que habían perdido todo en la súbita expulsión y cuyo encono era conocido. Aprovechando la ausencia de Barboza al interior, se saqueó la Aduana, y quienes estaban encargados de embarcar las mercaderías, se emborracharon, frustrándose el proyecto. Incluso, un grupo de desertores puso fuego a la ciudad, quemándose buena parte de ella.

Posteriormente, las fuerzas se retiraron, sin que se castigara a los culpables. El Almirante Bayane du Petit-Thouars, jefe de las fuerzas navales de Francia en el Pacífico, presentó una protesta y advirtió contra la repetición de hechos que podían afectar la vida y bienes de súbditos franceses.

Ocurrió entonces otro episodio marítimo en Arica.

La Unión, comandada por el Capitán de Navío Villavicencio, recibió la misión de navegar a Arica, penetrar allí por sorpresa y bajar rápidamente su cargamento. Sin comunicaciones con Montero por tierra, en vista de la distancia, el Presidente del Perú quería enviar a sus tropas una palabra de aliento. La maniobra tuvo éxito y sólo unas horas después el Huáscar y el Matías Cousiño, que patrullaban poco más al sur, vieron a la Unión en el puerto, con enorme sorpresa. Mientras el Matías Cousiño partía a lio a avisar al Ministro, el Huáscar, mandado por Condell, cruzó fuegos con la Unión, con el Manco y con los fuertes por tres cuartos de hora. En ese momento llegó sorpresivamente a Arica el Comandante Latorre con el Cochrane y el Amazonas, y el boqueo del buque peruano se hizo con los tres chilenos. Sin embargo, aprovechando un descuido del Amazonas, la Unión escapó.

* * * *

Vuelvo a las operaciones terrestres.

Resuelta la expedición de lio a Moquegua, partió la 2a división al mando del General Baquedano, compuesta de 4.366 hombres de las tres armas. Iba aumentada

con alguna artillería y bastante caballería, pues se pensaba incursionar sobre los valles de Locumba, Sama y alrededores de Tacna.

Los cuerpos de división eran: El Regimiento N° 2, con el Comandante del Canto; el Regimiento Santiago, con el Teniente Coronel Estanislao León; el Batallón Atacama, comandado por Juan Martínez; el Bulnes, con el Teniente Coronel José Echeverría; la Artillería al mando del Coronel Novoa; los Cazadores a caballo con el Coronel Pedro Soto Aguilar; los Granaderos, con el Teniente Coronel Tomás Yávar. Con el General Baquedano partió también José Francisco Vergara, sin cargo definido, sintiendo latir su alma al oír hablar de probables incursiones de caballería. Entre Ilo y Moquegua hay 87 kilómetros de un desierto completamente estéril, sin más paraderos que los de la línea férrea: Estanques a 19 km, de Ilo, Hospicio a 49, Conde a 68. El problema fue desde el comienzo el agua, ya que cuando se acabó la almacenada en Hospicio y se desrieló la locomotora y el carro cisterna que iban a buscarla a Conde, hubo que racionarla. Tampoco llevaron los soldados víveres secos para dos días en sus mochilas, como es de reglamento, pues se les dijo que les esperarían con almuerzo en Hospicio. En este último lugar encontraron vacío el estanque del ferrocarril y, enloquecidos por la sed, hubo muchos que se desbandaron hacia el río, distante 5 leguas de ahí, a pesar de los disparos de advertencia en su contra.

Lo sucedido al Coronel Muñoz, responsable de la infantería, revelaba gran deficiencia en la administración militar. Era un desengaño para los que esperaban que las lecciones de la campaña de Tarapacá no hubieran sido escritas en la arena. Fastidiado, Sotomayor decidió tomar parte personalmente en la preparación de las operaciones militares, lo que precipitó su disidencia con el General Escala.

La enemistad de Escala hacia el Ministro se extendía asimismo al Coronel Pedro Lagos, jefe del Estado Mayor, del que había prescindido en varias oportunidades durante la campaña. Hubo un hecho que aceleró la ruptura entre los dos y fue el arresto del Coronel Barceló, Comandante del Regimiento Santiago, luego que el General Escala intervino personalmente ante la queja de un soldado que había sido castigado. El Coronel Lagos se puso del lado de Barceló. Escala, en represalia, privó a Lagos del uso del telégrafo y Lagos renunció. Sotomayor, tratando de alejar a los contendores, envió inmediatamente a Lagos a Santiago, lo que indignó a Escala, deseando tener al ex Jefe de Estado Mayor al alcance de su autoridad y de su castigo. Escala renunció a su vez, y se dirigió a Valparaíso, no regresando más al norte. Su nombre no volverá a figurar en la Campaña del Pacífico.

Se fue convencido de que el Ministro estaba en connivencia con Lagos y de que así le obligaba a dar ese paso. Si hubiera podido conocer la documentación que el resignado Ministro guardaba en su archivo, habría sabido que Rafael Sotomayor, lejos de conspirar contra su autoridad, lo había mantenido en su empleo contra la voluntad del Gobierno.

Sotomayor no quería cambiar a Escala. Sabía que sería una gran dificultad designarle reemplazante. No ignoraba que Escala tenía prestigio en el país y le amedrentaba que si sobrevenía un contraste, la opinión pública atribuyera la desgracia al cambio de General en Jefe.

Había que reemplazar a Escala y a Lagos. Para el cargo de Jefe del Estado Mayor se pensó en Vergara, a pesar de que su calidad de civil produciría desagrado entre los militares. Para reemplazar a Escala, el nombramiento más lógico parecía ser el de Villagrán, porque Pinto y Sotomayor lo consideraban superior a Baquedano como inteligencia y preparación. El Gabinete no se puso de acuerdo en esta fórmula, ni tampoco en la Baquedano-Vergara. Se barajó asimismo la combinación Velásquez-Vergara, y por último se impuso la siguiente: Baquedano como General en Jefe y el Coronel Velásquez como Jefe del Estado Mayor. A Vergara, con quien ya había conversado confidencialmente Sotomayor sobre la posibilidad de su nombramiento en el puesto que luego tomó Velásquez, se le ofreció una comisión que halagaba sus ambiciones: una excursión de caballería por los valles limítrofes de Tacna. Así terminó la grave crisis gubernamental del Ejército que paralizó la prosecución de la campaña durante un mes.

El General Manuel Baquedano frisaba a la sazón en los 60 años y ya había estado en Perú, en la Expedición de 1838, a los 16 ó 17 años de edad. Hasta el momento a que he llegado en esta obra, Baquedano había hecho un papel opaco y su arma, la caballería, no se había distinguido sino por acciones parciales. Era modesto, pero la distancia a la jerarquía se guardaba rigurosamente a su alrededor. Era esencialmente disciplinario, de la antigua escuela, de aquella que consideraba infalible al superior; escuela buena en cierta medida y mala en otra, porque suprime toda iniciativa personal.

En vísperas del combate de Los Ángeles, dominaba una impresión de inquietud en el país, en el Gobierno y en el propio Ejército, que no llegaba al desaliento, pero que hacía abrigar profundas zozobras. El Ejército estaba inmovilizado en Ilo y la expedición a Mollendo se la consideraba insatisfactoria. El cuadro era poco optimista. Vergara ansiaba regresar al sur, dominado por un terrible pesimismo.

Sotomayor, más tranquilo, menos exigente, también se manifestaba disgustado. Todos querían arrancarse al sur y ya se comprenderá cuál sería la impresión que esto causaba al Gobierno.

Capítulo 15

Combate de Los Ángeles. Muerte de Sotomayor

Las fuerzas aliadas que defendían el departamento de Moquegua tenían su núcleo más importante en Tacna y Arica: 13.000 a 14.000 hombres a las órdenes del Contralmirante Montero. A ellas había que agregar 1.400 hombres en el pueblo de Moquegua, mandados por el Coronel Andrés Samarra y de 4.000 a 5.000 en Arequipa, con su jefe el Coronel Segundo Leiva. El único que tenía la fisonomía de Ejército era el de Montero, con las tropas más aguerridas: 9.000 peruanos y 4.000 bolivianos, y los mejores oficiales que quedaban en el Perú.

El Ejército peruano se dividía en ocho divisiones de infantería, a las órdenes de los coroneles Dávila, Bolognesi, La Torre, Herrera, Canevaro, Inclán y Ugarte. La artillería tenía una Comandancia General del Arma. La caballería constaba de los escuadrones Húsares de Junín, Guías, Gendarmes y Flanqueadores de Tacna.

El Ejército boliviano disponía de cinco batallones de infantería y de cuatro cuerpos de caballería: el Murillo, los Libres del Sur, la Vanguardia de Cochabamba y los Coraceros, y un regimiento de Artillería.

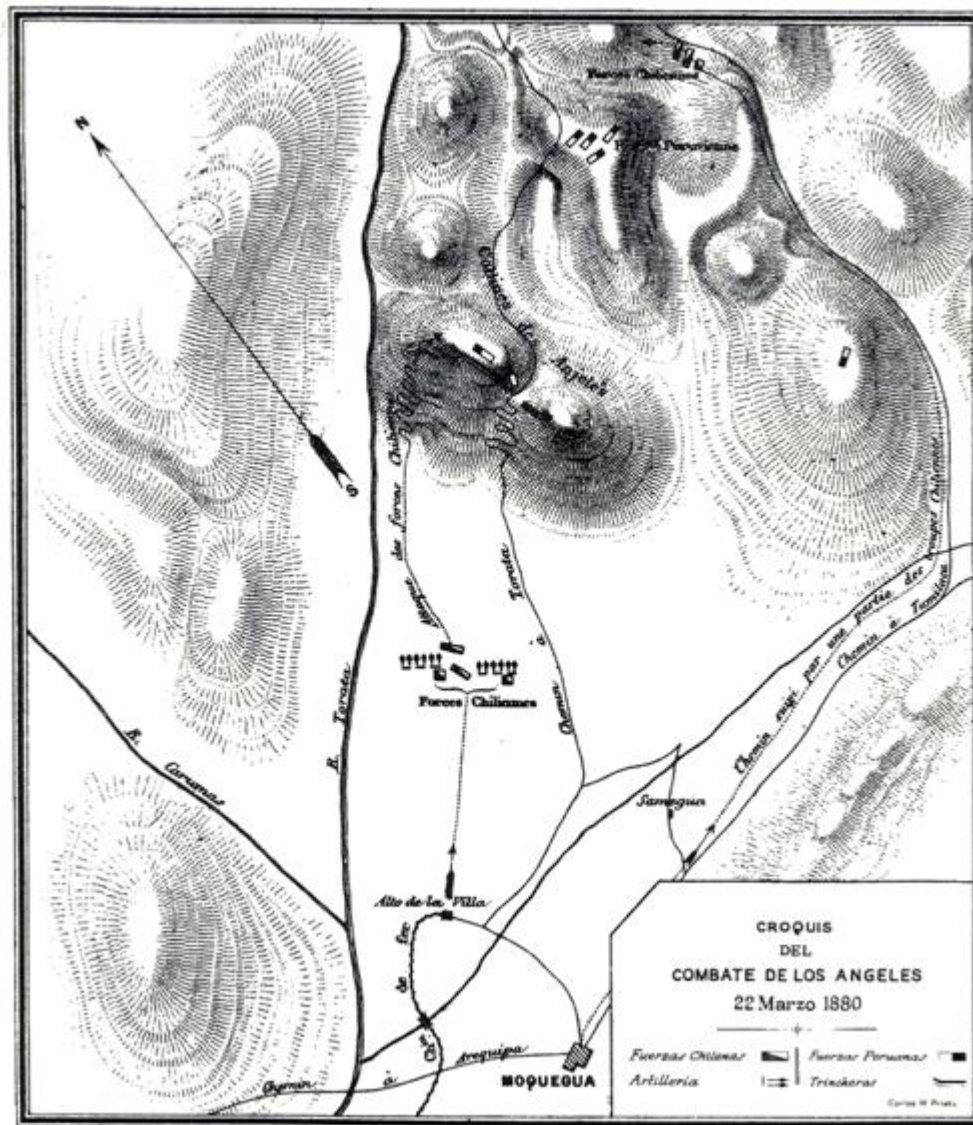
Me parece innecesario insistir en la composición y organización de nuestro Ejército, tan conocido del lector. Su número ascendía de 14.000 a 15.000 hombres. Para el general chileno se trataba de mantener franca la comunicación con la costa, la base de su aprovisionamiento. Su plan: ocupar Moquegua y enseguida lanzarse al desierto en busca de Montero.

* * * *

Cuando la división de Baquedano llegó a Moquegua, la guarnición de esa ciudad se replegó a la cuesta de Los Ángeles, posición inaccesible situada en sus inmediaciones y reputada como infranqueable en la historia militar de ese país.

Se conoce como cuesta de Los Ángeles una cuchilla que se desprende de la cordillera en dirección este a oeste, con bordes acantilados por tres de sus costados y caminos angostos, parados, por donde cabe apenas un animal de carga. Dos torrentes, el Torata y el Moquegua, corren por sus costados y se reúnen en su frente que mira al mar, formando el río Ilo. El corte del sur se llama quebrada de Tumilaca y el del norte, paso de Guaneros. En la cumbre de la posición hay una explanada extensa que ocupaba la guarnición peruana. El fondo de la posición se

conocía con el nombre de "Pampa del Arrastrado" y conduce a la aldea de Torata. La guarnición se componía de unos 1.400 hombres que integraban los batallones Grau, Granaderos, Canchis, Canas y de los Gendarmes de Moquegua. El Coronel Gamarra había colocado una avanzada en una protuberancia del cerro que se adentra sobre la quebrada de Tumilaca, llamada "el púlpito".



Baquedano dispuso un ataque frontal de diversión, por la parte que mira a Moquegua, a cargo de él mismo; el Atacama, dirigido por el Coronel Martínez, recibió el encargo más difícil: atacar por el norte, por Guaneros, posición casi

imposible de tomar; el Coronel Muñoz comandó su regimiento, el N° 2, y un batallón del Santiago, hacia la quebrada de Tumulaca, por el sur.

* * * *

El terreno y el plan hacen recordar el combate de Tarapacá: fraccionar la división en tres columnas para encerrar al enemigo e impedirle la fuga. El terreno era tan desconocido para los chilenos en Los Ángeles como en Tarapacá y los datos sobre el enemigo, número y calidad del armamento, vagos e imprecisos.

Muñoz partió con una compañía del Regimiento N° 2 y con el batallón del Santiago, en la noche del 21 de Marzo, como avanzada. Le seguían el grueso del 2°, mandado por Canto, la Artillería de Fuentes y la Caballería. En un comienzo se extraviaron, hasta que un hombre de la localidad les sirvió de guía. Al amanecer del 22 de Marzo los chilenos fueron divisados desde "el púlpito" y recibieron una descarga cerrada que venía de lo alto, ya que caminaban por la quebrada. El problema consistía en subir hasta una altura que les permitiera contestar el fuego con más efectividad, pero el peso de la artillería impedía trepar a las muías, que resbalaban por la ladera o caían al torrente. Pero se consiguió, aunque a costa de graves pérdidas.

El ataque decisivo fue el de Guaneros.

El Comandante Juan Martínez salió con su cuerpo del pueblo de Moquegua el 21 de Marzo a las 9 de la noche. Se le había ordenado penetrar por el cajón del río de ese costado, escalar la senda y caer de sorpresa sobre el flanco derecho del enemigo, que a esas horas estaría agredido también por los otros dos lados. La empresa era tan atrevida que el Coronel peruano Chocano, para explicarse el asalto, tuvo que suponer que un batallón de zapadores habría labrado un camino durante la noche.

Penetró el heroico cuerpo en el tortuoso cauce del río de Torata y antes de amanecer comenzó la ascensión de la cuesta. Los ágiles mineros del Atacama repechaban jadeantes el sendero de cabras, con tanta dificultad que tenían que clavar la bayoneta en tierra para apoyarse y seguir subiendo. De ese modo dominaron la cumbre sin ser sentidos. Entre los primeros en llegar junto con Martínez se recuerda al Capitán Torreblanca, héroe de Pisagua, a un puñado de oficiales y a una cantinera llamada Carmen Vilches.

Luego se lanzaron al asalto de las pircas defendidas por los peruanos que, viéndose cercados, no pensaron sino en huir en dirección del pueblo de Torata, hacia el Oriente, iniciándose la persecución, que no dio resultado, por el cansancio de los infantes y lo inadecuado del suelo para la caballería. El Coronel Muñoz, no teniendo resistencia, subió la cuesta, lo mismo que Baquedano.

Así cayeron en manos del Ejército chileno las Termopilas peruanas. La operación fue muy audaz; quizás se encuentre que se corrió demasiado riesgo y que no es lícito fundar una operación de guerra en un accidente tan casual como era el escalar la senda de los Guaneros sin ser sentido. Aquel día pudo ocurrir una hecatombe.

Este triunfo levantó el espíritu del Ejército. La hazaña del Atacama era la demostración de que no habría en el Perú nada capaz de sujetar la marcha de los chilenos.

* * * *

Los primeros actos de Baquedano como General en Jefe fueron muy acertados. Reunió a los jefes y les pidió su cooperación en bien de la Patria, recordándoles de echar al olvido las diferencias anteriores. Puso su confianza en su Jefe de Estado Mayor, el General Velásquez, y en su Primer Ayudante, el Coronel Pedro Lagos, que ya había regresado del Sur. Un rigorismo estricto fue la norma del momento. Oficiales y soldados comprendieron que tenían un juez severo. "Cada uno en su puesto" era la inflexible regla del General.

La confianza reinaba en el Ejército desde que había salido de la inmovilidad de Ilo. Bajo buenos auspicios se inició, pues, la marcha al interior, hacia Tacna.

El desierto de Tarapacá, comparado con el de Moquegua aparece como un lugar lleno de recursos. Aquél tenía ferrocarril, habitaciones, máquinas resacadoras de agua, carretones y mulas, y en cambio éste, nada, nada sino un lecho de arena blanda, el sol abrasador como único compañero en el día y en la noche la titilación brillante de los astros.

Cuando Escala regresó al Sur, no se había explorado nada o casi nada de ese territorio. El problema de vencer ese desierto estaba intacto a fines de Marzo, tanto desde el punto de vista del conocimiento del territorio como de los elementos de movilización. Después del combate de Los Ángeles, el Ejército quedó distribuido entre Moquegua y la costa: allí la división vencedora, que era la 2^a, y la Caballería; el resto de la infantería y de la Artillería estaban en Ilo.

* * * *

Para ir de Ilo a Tacna había dos caminos. El uno por ferrocarril, hasta Hospicio, línea muy deficiente por su escasísimo equipo, y de Hospicio adelante, por los arenales, cruzando las aldeas de Sitana, Locumba y Sama. Había otra senda denominada de la costa que partía de Ilo y seguía cerca del mar hasta medio camino de Locumba, de donde se inclinaba a este lugar, pasando por Sitana.

El problema de movilizar la artillería y los bagajes pensaba resolverse con muías y se contaba con 500 de ellas, pero no había ni agua ni forraje en ese desierto. Sotomayor calculó que necesitaba otras 700 muías y hubo que traerlas del Sur en los buques de la Compañía del Pacífico. También se trajeron 700 caballos y, asimismo, bueyes, para acompañar en pie a la expedición. Por supuesto que el sacrificio para dotar y aprovisionar en agua y víveres al Ejército exigió nuevamente un gran esfuerzo de todo el país. Estos dos últimos elementos se acopiaron en Hospicio y en Locumba y en varios otros sitios intermedios, aun en depósitos móviles. Así, por escalas sucesivas de recursos y de previsión, la marcha se realizó sin grandes tropiezos.

Una operación de esta magnitud merece ser conocida en sus detalles. El 7 de Abril salió a campaña la Caballería en dos fracciones. El grueso de ella compuesto de los regimientos de Granaderos y Cazadores, iba a las órdenes de Vergara y el segundo núcleo lo formaba el escuadrón de Carabineros de Yungay N° 2, dirigido por su jefe Rafael Vargas. Ambos debían juntarse en Locumba y, como primera medida, encontrar y destruir las fuerzas del Comandante Albarracín, pero éste se retiró a Sama, dejando expedito el camino a la 1ª división de Infantería que, precedida por el Buin, partió asimismo rumbo a Locumba.

Deseando concretar su plan de hostilidades sobre la línea de Tacna, Vergara solicitó al Jefe de Estado Mayor, Velásquez, que le autorizara para concentrar bajo sus órdenes toda la Caballería; en otras palabras, que se le nombrara Comandante General de la Caballería, cargo vacante desde el ascenso de Baquedano. La petición no fue aceptada y Velásquez pidió a Vergara que se limitara a sus reconocimientos en la región de Sama.

El 18 de Abril acampó Vergara con sus 450 hombres en la llanura que limita por el Norte el cauce del Sama, y tomó contacto con Albarracín en las vecindades del pueblo de Buenavista. El encuentro fue corto y las fuerzas peruanas se dispersaron,

dejando muertos y heridos. Unos días después, Sotomayor designó a Vergara Comandante General de Caballería.

Por entonces se unió a las fuerzas de Caballería el regimiento Carabineros de Yungay N° 1, cuyos efectivos habían sido tomados prisioneros en los tristes sucesos del Rímac, pero que ya estaban de nuevo equipados y listos para entrar en batalla. Los dirigía el Comandante Bulnes, sobrino del Presidente.

Cuando las fuerzas chilenas, una tras otra, abandonaron Moquegua, rumbo a Tacna, el Gobierno se intranquilizó, creyendo que de esta manera se dejaba expedito el paso a las tropas peruanas de Arequipa y su eventual unión con las acampadas en Tacna y Arica. Pero Sotomayor se mantuvo firme en su resolución, sobre la base de que el apoyo de las fuerzas chilenas estaba en el mar, que Moquegua quedaba muy separada y sin importancia estratégica y por el peligro de fiebres que allí había.

La marcha estaba bien preparada, pero los obstáculos que oponía el desierto eran considerables. De Hospicio a Locumba, como dije, se había instalado suficientes depósitos de agua y a las tropas les seguían carretones y mulas cargadas. Ya en la primera jornada se comprobó la dificultad de movilizar éstos en los arenales muertos, pues por más que los soldados se apiñaban a su alrededor para ayudar a las muías, los brutos se rendían al cansancio y las carretas quedaban sumidas en la arena hasta el eje. El problema era grave. Si los carretones no pasaban, menos lo haría la artillería de campaña.

Durante la marcha por los arenales se perdía la formación. Los soldados seguían a la desbandada y cada media hora se tendían en el suelo a descansar. El sol reverberante les dardeaba las espaldas y desesperados arrojaban sus rollos, sus capotes, parte de las municiones y sólo conservaban sus rifles, mientras caminaban envueltos en una nube de polvo salobre. La huella quedó marcada con los objetos botados, con muías cansadas que se echaban para no levantarse más, con los cadáveres de uno que otro soldado que falleció de insolación.

Mientras esto se realizaba en el Norte, la prensa del Sur hacía cargos a la dirección militar, por la demora de las operaciones. La prensa no fue siempre discreta. Su anhelo por el buen servicio la hizo divulgar informaciones que no debieron salir de las oficinas militares. Piérola decía que no enviaba agentes a Chile, porque los diarios le comunicaban todo lo que debía saber.

Pero, volvamos a la artillería. Pensar en llevarla por el desierto era imposible, ya sea desde Moquegua o desde Ilo. En cuanto a su desembarco por el puerto de Ite, se comprobó difícil, siendo el mar muy fuerte. Sin embargo, como no había otra

posibilidad, se optó por esta última y hubo que subir los cañones de la costa a la meseta, alta de 200 a 300 metros, amarradas con cables tirados por hombres. Cuatro días tardó ese trabajo colosal, en que rivalizaron los Zapadores y los marineros de la Covadonga bajo la dirección personal de Orella.



Coronel Pedro Lagos Marchant

Durante muchos años se vieron en las murallas cenicientas de la cuesta de Ite, raspaduras a manera de zanjas labradas por esos cañones al ser arrastrados, a brazo

de hombre, cerro arriba. Son las demostraciones del vigor de una raza que no consideró nada superior a su patriotismo ni a su empuje.

Cuando todo el Ejército estuvo reunido en las Yaras, lugarejo situado en el valle del Sama, recordaba los padecimientos de su gloriosa marcha, con la satisfacción mezclada de orgullo que se experimenta después de una gran dificultad felizmente vencida. El día se dedicaba a los ejercicios y al anochecer los soldados distraían sus ocios con representaciones de títeres. Nadie habría podido pensar, al verlos en las alegres enramadas de las Yaras, que estaba alzada sobre sus cabezas la cuchilla de la muerte.

Las fiebres palúdicas y la viruela significaron pérdidas no menores al 10% del personal. La Caballería excedió ese porcentaje. Los hospitales de Ilo y Moquegua habían estado llenos y a los enfermos se les envió posteriormente a Iquique, habilitándose hospitales en varios puntos.

En Santiago, entretanto, se continuaba pensando en un acercamiento con Bolivia y se usó esta vez a dos ciudadanos de ese país, Casimiro Corral y Federico Lafaye, para que intentaran movimientos de aproximación a Chile, cuando el Ejército de Tacna hubiera sido derrotado.

Pinto y Amunátegui extendieron credenciales a Eusebio Lillo como Plenipotenciario en Bolivia y le dieron instrucciones que resume muy bien la carta que dirigiera a este último, Domingo Santa María:

"Mayo 8. Santa María a Lillo. Las bases principales de que no podemos desviarnos son éstas:

1º Que Antofagasta es nuestra.

2º Que lo es también todo el territorio marítimo hasta el Loa como una necesidad creada por la guerra que nos ha hecho Bolivia.

3º Que los límites orientales serán fijados más tarde, a fin de no dejarnos otra cuestión por ese punto que concluyese por perturbar la paz que hoy se firmaba.

4º Que debiendo mantener la autonomía boliviana, Arica, Tacna y Moquegua sean anexados a Bolivia.

Bien comprendo que este último punto tiene sus bemoles, pero es menester insistir en él como un medio de dar fronteras a Bolivia y de colocarla entre el Perú y nosotros. Aquí está para mí lo rudo de la cuestión porque el Perú se resistirá siempre a tamañas cesiones, y porque Bolivia puede considerarse

insegura y exigimos que nos constituyamos en guardianes. Esta exigencia, una vez aceptada, nos pondría en el duro trance de tener siempre un ejército sobre las armas y de preparar así o aclimatar el militarismo que concluiría por ser la verdadera carrera de Chile".

La "política boliviana" era, pues, fatalmente, o la paz armada para precaverse de cualquier alianza marítima sospechosa de Bolivia o para defenderla del Perú.



General Marcos Segundo Maturana Palazuelos

¿Cabe una concepción más desgraciada? Esta negociación, como las anteriores, se escribió en la arena. Bolivia continuó en la orientación que le imponía la guerra que había provocado y su honor.

El 20 de Mayo, al atardecer, cuando el sol se ocultaba tras los picachos de la cordillera del Tacora, un rumor siniestro corrió de boca en boca en las alegres enramadas de las Yaras: ¡Sotomayor ha muerto! En efecto, se había desplomado al peso de su trabajo abrumador.

Ese día Sotomayor se había manifestado tan sonriente y amistoso como de ordinario. Después de la labor de oficina se fue a comer. Nada hacía prever la catástrofe inmediata. Salió de la pobre sala que servía de comedor al Cuartel General y cayó pesadamente al suelo, sin conocimiento, amoratado el semblante, con las manifestaciones características de la congestión cerebral. Cinco minutos después había fallecido.

Su muerte produjo consternación en el Ejército. Baquedano no tenía aún el suficiente prestigio y la oficialidad superior se había acostumbrado a ver en Sotomayor al director de la campaña. Una nota de profundo dolor recorrió las filas. Esos hombres, bronceados con el fuego de las batallas y familiarizados con la muerte, derramaron lágrimas sobre el cadáver del Ministro.

Sería difícil exagerar la importancia que tiene Sotomayor en la guerra del Pacífico. Empezó a bordo de la Escuadra donde su permanencia no fue agradable. Esa levita negra en medio de los galones despertaba sospechas. Sirvió lealmente a Williams, pero tan reposado como firme, varió su actitud respecto de él cuando creyó que así servía mejor al país. Tiene una participación importante en la reparación de la Escuadra y a él se debió, en gran parte, el plan que dio por resultado la captura del Huáscar.

Y en tierra, armado ya con las facultades supremas, Sotomayor pidió el puesto de mayor eficacia y el más oscuro: el de encargado de reunir los elementos de la movilización. Fue el primero que tuvo una comprensión clara de la guerra del desierto, y para realizar algo que de suyo era lento, necesitaba luchar contra cuantos anhelaban más rapidez en las operaciones, es decir, contra todos. A él se debe la organización de la Intendencia en el teatro de la guerra y la de la Comandancia General de transportes terrestres.

Asumió la iniciativa en el asalto de Pisagua, página memorable e inteligente de historia militar; se contrajo en organizar el campamento de Dolores, plan que

desbarató el avance inesperado de Buendía; después de Tarapacá, en que no tuvo ninguna intervención, se dirigió a preparar y a dirigir la campaña de Moquegua.



Era Sotomayor la prudencia combinada con la audacia; la sagacidad con la energía. Supo hacerse respetar y querer. Mandaba al elemento militar sin ofenderlo. Cayó en la mitad de su carrera, cuando era más útil, cuando había recogido un caudal de experiencia de los hombres y de las cosas de la guerra. Como su labor fue tan

modesta y se alejaba sistemáticamente de la publicidad y del brillo, su gran obra fue desconocida de los contemporáneos y ha sido necesario revolver los papeles más íntimos de la historia para que su figura aparezca en sus verdaderas proporciones.

Capítulo 16

Batalla de Tacna. Asalto de Arica

La muerte de Sotomayor suscitó el gravísimo problema de saber quién tendría la dirección superior de la guerra en el teatro de operaciones. El General Baquedano no inspiraba la suficiente confianza. Cuando llegó el caso de designar el sucesor de Sotomayor, los votos del Ministerio se dividieron. El más indicado era Vergara, pero se le suponía demasiado afecto a la candidatura de Santa María, como lo era en realidad. Se resolvió, provisionalmente, por un triunvirato: Baquedano, Vergara y Velásquez.

La orden era de lo más peregrina, porque atentaba contra la unidad de acción y Baquedano resolvió no cumplirla. Recibió a Vergara con más afabilidad que de ordinario, paseándose con agitados trancos y cada vez que éste le insinuaba la resolución gubernativa, el General le interrumpía con lenguaje entrecortado:

¡Pobre Rafael! ¡Pobre Rafael! ¡Muy sentido! ¡Muy sentido! Todos amigos, agregaba, todos de acuerdo ¿no es cierto? Y como Vergara le contestara asintiendo, el General *repetía*: ¡Todos de acuerdo! con lo cual daba por cumplida aquella parte de la orden de proceder de acuerdo con Vergara. La conversación no salió de ese círculo y Vergara tuvo que conformarse con lo irremediable.

Hasta principios de Abril, la sección peruana del Ejército de Moquegua había estado en Arica a cargo del Almirante Montero, y la división boliviana, en Tacna, bajo las órdenes del General Camacho. Cuando las fuerzas se concentraron en la segunda de estas ciudades, Camacho hubo de someterse a Montero, de malas ganas, a rechina dientes.

Luego vinieron las divergencias. Montero prefería mantenerse en Tacna, a la defensiva, y Camacho avanzar a Sama y tomarse la quebrada antes de que pasara a poder de los chilenos. Como el problema se agriara, se celebró una Junta de Guerra que nada solucionó. Camacho escribió entonces al Presidente Campero y éste bajó a Tacna desde la Paz. De conformidad a un acuerdo entre Perú y Bolivia, cuando un Presidente de la República llegaba al teatro de las operaciones, asumía directa y personalmente el mando de las tropas. Esto es lo que hizo Campero el 18 de Abril y cesaron las divergencias, volviendo la armonía. La disputa era, en realidad, pueril, ya que la Alianza no tenía los medios para movilizarse hasta Sama, pero Campero quiso comprobarlo y ordenó la marcha del Ejército a la mencionada quebrada. Luego de mil dificultades, los batallones salieron de Tacna, pero el parque no lo

pudo hacer, lo que comprobó que el plan no era factible. A principios de Mayo, Campero eligió, en las inmediaciones de la ciudad peruana, un terreno que le pareció apropiado para anular la superioridad de la Caballería contraria y lo bautizó como Campo de la Alianza.

Queda este sitio célebre a distancia de pocos kilómetros de Tacna, en plena pampa, ubicado de Oriente a Poniente, entre la ribera medanosa que conduce a Arica y la empinada Cordillera, de cuyos contrafuertes la separa una quebrada por donde pasa el camino que conduce al valle del Caplina, donde se levanta Tacna. El punto mismo ocupado por los aliados era una meseta prominente, con una arista, al Norte, para desplegar sin ser vistas las líneas de Infantería. Al frente de ella se extiende una llanura que tenía que ser atravesada por el atacante a pecho descubierto. En la espalda de la arista, de terreno ondulado, se establecieron las reservas y la caballería peruano-boliviana. En ambos flancos de la meseta hay quebradas bastante profundas que facilitan la defensa.

Este campo desolado lo ha cubierto la naturaleza con una mortaja amarilla y calcinada. La humedad de las noches endurece el suelo salino superficialmente, y al pisarlo el caminante se hunde en la arena hasta cerca de un pie.

Campero completó esta posición con disposiciones atinadas, haciendo construir fosos. El terreno fue estudiado tácticamente, se midieron las distancias para el tiro de las diferentes armas y se evolucionó en el campo, ensayando la manera de defenderlo por todos sus flancos. Se proveyó a cada soldado de un saco vacío para que lo llenara de arena y le sirviera de parapeto en sus disparos tendido en el suelo. El 22 de Mayo, Baquedano hizo un reconocimiento sobre el campo peruano-boliviano, operación indispensable para formarse una idea del terreno, a la que concurrieron a él todas las autoridades superiores del Ejército. Después de verificado, las opiniones directivas se pronunciaron en opuesto sentido sobre el plan de batalla. Vergara quería que todo el Ejército, o una parte considerable de él, se inclinase hacia el oriente, por la derecha enemiga, y le tomase la retaguardia, mientras la Caballería ocuparía el pueblo de Calaña, situado en el valle de Caplina, desviaría el río y condenaría a la sed al Ejército de Campero. El Coronel Velásquez objetaba ese plan diciendo que sería imposible hacer en formación ordenada un movimiento de flanco por los arenales con todo el Ejército, especialmente con la Artillería. En el supuesto de que lo emprendiera sólo una división, temía que la acción se frustrara ante el enemigo. El General Baquedano participaba de los temores de Velásquez, y también rechazó el plan, prefiriendo un ataque directo.

El 25 de Mayo se puso en marcha el Ejército chileno.

Adelante, el Comandante Bulnes con su Escuadrón de Caballería; inmediatamente después, la 1ª División de Amengual; luego, los Pontoneros, la Artillería, 78 carros con municiones, agua, víveres y 300 muías cargadas. Las divisiones: 2a de Barceló, 3a de Amunátegui, 4ª de Barboza y la reserva al mando de Muñoz. Baquedano, cediendo a las instancias del Presidente Pinto, había formado una reserva que era un pequeño Ejército de 3.279 hombres, con los regimientos más sólidos: el N° lo Buin, el 3º, el 4º y el batallón Bulnes. La marcha se hizo en dos jornadas, acampando la primera noche en un punto llamado Quebrada Honda, a medio camino de los dos campamentos. El terreno era pesado y a las 6 de la tarde se llegó al punto indicado, donde se pernoctó rodeado de todas las precauciones.

Una medida de consecuencias adoptada ese día por el Cuartel General había sido suprimir de hecho el cargo de Comandante. General de Caballería que desempeñaba Vergara, diseminando esa arma en secciones y entregándola a distintos jefes. Esta medida era la revancha del principio militar contra la intromisión civil.

¿Qué sucedía ese día 25 en el campo contrario?

Campero amaneció dominado por un "escrúpulo constitucional" y trató de renunciar en favor de Montero al mando del Ejército. Eran momentos en que debía reunirse en La Paz la Convención encargada de elegir Presidente y Campero dijo que terminado su mandato presidencial terminaba también su calidad de General en Jefe. Camacho se disgustó, encontrando que no era cosa baladí ni de juego cambiar el mando en jefe de un Ejército mixto en vísperas de la batalla.

Entonces, un incidente hizo cambiar de planes a las fuerzas de la Alianza. Arrieros chilenos que marchaban con odres fueron tomados prisioneros y comunicaron que las fuerzas chilenas alcanzaban a los 22.000 hombres. Se decidió, pues, adelantarse a los acontecimientos y sorprender a las fuerzas enemigas durante la noche en Quebrada Honda. El Ejército aliado salió de su campamento y sucedió lo que siempre ocurre en las marchas nocturnas en el desierto: se extravió y hubo de contramarchar al Campo de la Alianza. El movimiento estratégico del General Campero no tuvo otro resultado que fatigar su Ejército con una caminata estéril, cuando el soldado necesitaba más del reposo reparador para la tarea del día siguiente.

En oposición con estas combinaciones impulsivas, Baquedano tenía un propósito militar que se iba cumpliendo pausada y seguramente. En la mañana del 26 de

Mayo, las dianas levantaron los corazones y se saludó a la Patria en los diversos campamentos con la Canción Nacional y la de Yungay.

La distribución del Ejército aliado era la siguiente.

En la izquierda de su línea, una división de infantería boliviana compuesta de tres cuerpos: el Viedma, el Tarija y el Sucre, a las órdenes del Coronel Severino Zapata, ex Prefecto de Antofagasta; junto a ella, dos divisiones del Perú: la 2ª del Coronel Andrés Avelino Cáceres y la 3ª del Coronel Belisario Suárez. Detrás, en reserva, cuatro escuadrones de Caballería boliviana: el Coraceros, el Vanguardia de Cochabamba, Libres del Sur y Escolta, al mando del Coronel Camacho. Esta ala izquierda contaba con 11 cañones y muchas ametralladoras.

En el centro de la línea se veía un fortín con dos ametralladoras y un cañón y en sus alrededores cuatro cuerpos de infantería boliviana: el Loa, el Grau, el Chorolque y el Padilla. A retaguardia, la 5ª división del Perú al mando del Coronel Alejandro Herrera y los batallones Ayacucho y Arequipa; y la 6ª división con el Coronel César Canevaro y los batallones Lima N° 2 y Rímac. Entre ambas secciones, la división N° 4 del Perú con el Coronel Jacinto Mendoza. Jefe de todas estas fuerzas era el Coronel boliviano Castro Pinto y en la retaguardia de ellas, dominándolas, el Cuartel General con el Presidente Campero y su Jefe de Estado Mayor, el General Juan José Pérez.

Estos sectores de la izquierda y del centro eran el núcleo más fuerte del Ejército aliado y soportaron casi todo el peso del combate.

En la derecha de la línea, o sea en el oriente del Campo de la Alianza, había un fuerte construido con sacos de arena y provisto de cinco cañones. Lo defendían la división N° 1 del Perú al mando del Coronel Dávila, con los batallones Lima N° 1 y Cuzco y otra división peruana con dos batallones. En segunda línea, o de reserva, cuatro batallones bolivianos: Murillo, Colorados, Aroma y Zapadores, y dos del Perú formados en Tacna: Nacionales y Gendarmes. A retaguardia, tres escuadrones peruanos de Caballería: Húsares, Guías y el del Coronel Albarracín. Mandaba esta ala derecha el Almirante Montero y le acompañaba su Jefe de Estado Mayor, Coronel Manuel Velarde.

* * * *

La distribución del Ejército chileno era así.

La sección que enfrentaba la izquierda mandada por el boliviano Camacho la cubría la 1ª División del Coronel Santiago Amengual y la formaban el Regimiento Esmeralda, con los batallones 1º, Comandante Adolfo Holley y 2º, Comandante Enrique Coke; además los batallones Valparaíso, Coronel Niño; Naval, Coronel Urriola y Chillán, Comandante Juan Vargas Pinochet; por último, 120 Pontoneros comandados por el Capitán Zelaya.

La sección que enfrentaba al centro mandado por el boliviano Castro Pinto la cubría la 2ª División, al mando del Coronel Barceló, integrándola el Regimiento N° 2, con Canto; el Santiago, con el Comandante Estanislao León; el batallón Atacama N° 1 —el famoso cuerpo de Pisagua, Dolores y Los Ángeles— con el Comandante Juan Martínez.

A retaguardia de Amengual y de Barceló, como reserva y auxiliar marchaba la 3ª División mandada por Amunátegui e integrada así: el Regimiento de Artillería de Marina a las órdenes de Vidaurre; el Batallón Chacabuco con el Coronel Toro Herrera; el Coquimbo con el Comandante Gorostiaga.

La sección que enfrentaba la derecha mandada por el peruano Montero la cubría la 4ª División al mando de Barboza y la formaban: Zapadores, con el Comandante Santa Cruz; Regimiento Lautaro, con el Coronel Robles; Batallón del Desierto, Cazadores, con el Comandante Jorge Wood; a la retaguardia de esta división marchaba la Artillería de Montaña de Fontecilla y cerraban el cuadro los Cazadores a Caballo y el Escuadrón de Carabineros N° 2.

A retaguardia, lejos de la zona de tiro de la Infantería, se situaron el Cuartel General y la Gran Reserva. Allí se encontraban Baquedano, Velásquez y Lagos.

La Artillería chilena estaba distribuida detrás de las divisiones. La pesada quedó bastante a retaguardia y en cambio la de montaña pudo entrar al fuego más cerca y prestar servicios más positivos. La Artillería que se batió en Tacna fue el Regimiento N° 2, formado por Velásquez en Antofagasta y después en Tarapacá. Tenía cuatro baterías de campaña con veinte cañones y cuatro ametralladoras, y tres baterías de montaña de seis piezas cada una.

A retaguardia de nuestra izquierda se situó el Comandante General de Artillería, Novoa, quien había reemplazado a Velásquez cuando éste fue nombrado Jefe del Estado Mayor. Con Novoa estaban las baterías de campaña al mando del Mayor Santiago Frías. En el centro había dos baterías de montaña al mando del Mayor Exequiel Fuentes. A nuestra derecha, a retaguardia de Amengual, estaba el Comandante Salvo, el héroe de Dolores, con dos baterías de campaña.

* * * *

Cuando el Ejército chileno marchaba hacia el enemigo y las bandas ponían en juego sus instrumentos, los capellanes bendijeron a la tropa, la cual conforme a Ordenanza se hincó, con una rodilla en tierra, y entonces el virtuoso sacerdote Ruperto Marchant Pereira, alzando las manos con profunda y comunicativa emoción, pronunció estas palabras: "Hermanos, antes de morir por la Patria, elevad el corazón a Dios".

Instantes después el grandioso anfiteatro resonó con el estampido de todos los cañones. El campo de batalla se cubrió de humo, sólo rasgado por los fogonazos que precedían al horrible estampido. El duelo de las piezas de cañón duró una hora, de 9 a 10 A.M., sin producir efecto, según testimonio de ambos lados. Entre tanto, los cuerpos de Infantería permanecían fuera del alcance de los rifles.

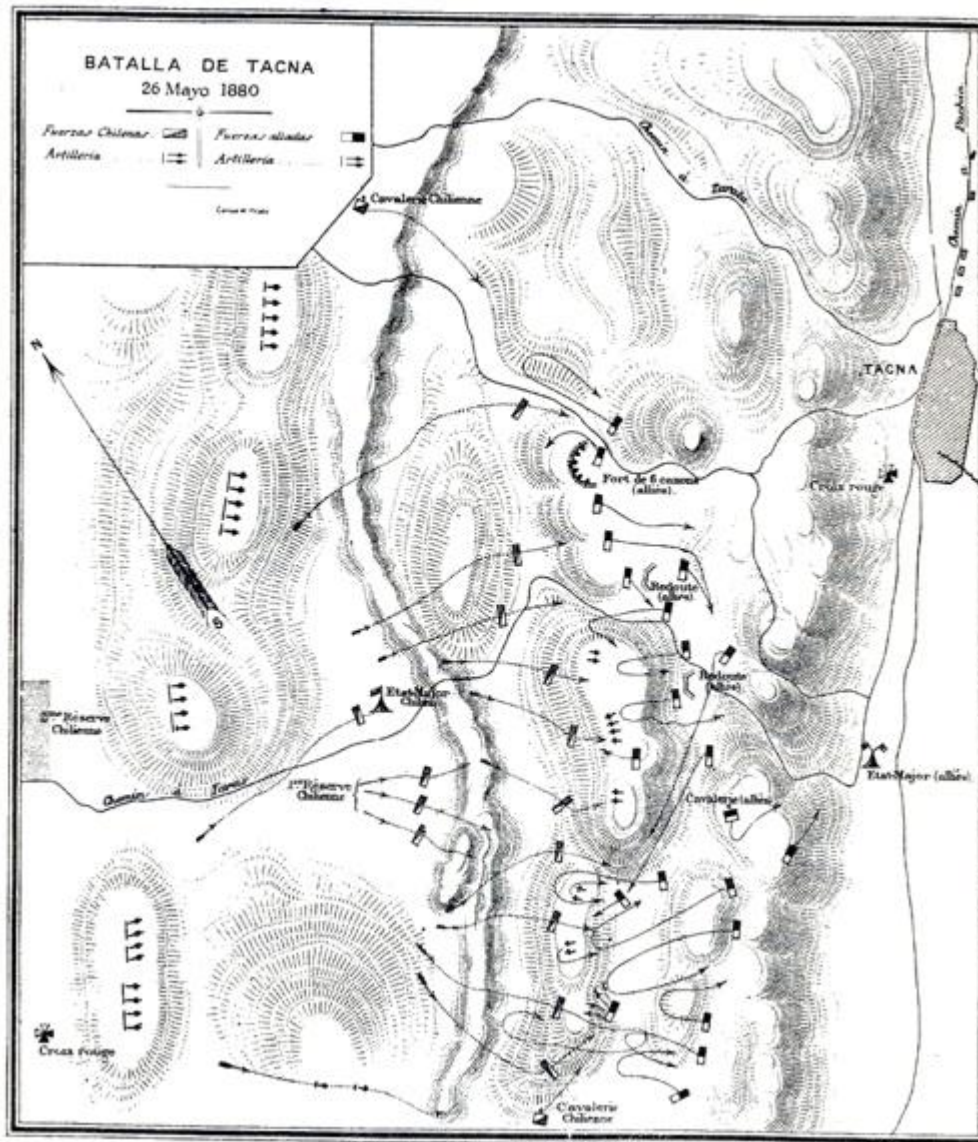
A las 10 A.M., el Cuartel General ordenó a Amengual y a Barceló que entraran al fuego. La división del primero de ellos constaba de 2.500 hombres y la del segundo de 2.000. Esos 4.500 hombres resistieron durante hora y media, solos, contra las tres cuartas partes del Ejército de la Alianza.

* * * *

Veamos separadamente la acción de cada división.

La gente de Amengual marchó cubriendo una gran extensión, tratando de caer oblicuamente sobre el enemigo, y los fuegos le hicieron en el primer momento poco daño, pero al acercarse a los soldados de Camacho, parapetados tras sus posiciones, comenzó a sufrir grandes pérdidas. La división siguió avanzando mientras tuvo municiones, las que se agotaron al llegar muy cerca de la primera trinchera. Cada soldado había entrado en acción con 130 tiros, menos los del Esmeralda que sólo tenían 100. El Coronel Amengual hizo partir a sus ayudantes a escape, a pedir las, y como se demoraran, pretendió lanzarse con la división a la bayoneta, pero no pudo nacerse oír por la confusión y el ruido. Los soldados disparaban apuntando bien para no perder un tiro y se recorrían los heridos y los muertos, entre descarga y descarga, registrando las cananas. En vista de ello, la división debió retroceder, abandonando el terreno tan gloriosamente conquistado.

A la división de Barceló le ocurría, por su parte, algo parecido. Pero detengámonos un momento en un incidente digno de ser recordado.



El Regimiento N° 2, que casi había sido exterminado en la Batalla de Tarapacá, perdiendo entonces su estandarte, viendo delante de sí al Zepita que había sido su contendor, marchó de carrera al asalto. Llegado a cierto punto los cornetas tocaron alto, mas el regimiento se hizo el que no oía y siguió avanzando. Se repitió inútilmente el toque por segunda vez y el cuerpo continuaba temerariamente adelante. En la división de Amunátegui, que seguía estos movimientos a la distancia con la emoción que es de suponer, se oyó una voz que dijo: ¡El 2° se

pasó! Efectivamente, se había pasado. El regimiento iba en busca ¡de su bandera y de su venganza! Toda la división se comprometió en el fuego en cortos momentos y atropellando los obstáculos llegó a las trincheras esparcidas en el frente del campamento enemigo, donde se encontraba en el momento que podría llamarse la hora crítica de la 1ª División, a 80 metros de los aliados, batiéndose casi cuerpo a cuerpo, cuando se oyó este dicho fatídico repetido por miles de labios: ¡No tenemos municiones! ¡No tenemos municiones! No quedaba sino retroceder.

Eran las 12.30 y habría podido creerse que la batalla estaba perdida para los chilenos, pero no era así. Hasta entonces no había entrado en acción más del 40% del Ejército.

¿Qué ocurría en el Ejército aliado?

Camacho concentró en la 1ª División todo el poder de fuego, comprometiendo sus reservas, trayendo gente de Castro Pinto, en el centro, y aun haciendo venir desde la extrema derecha a los Colorados y al Sucre. Al presenciar la retirada de los chilenos, Camacho y Castro Pinto se consideraron victoriosos y dieron órdenes de perseguirlos. La desolada planicie estaba cubierta de cadáveres así como de heridos que fueron ultimados sin compasión.

Fue en ese momento cuando el Coronel Pedro Lagos, ayudante del General en Jefe, obtuvo de Baquedano la autorización para que permitiera avanzar a la división, de Amunátegui, que permanecía formada, intacta, esperando órdenes. Se dice que cuando Lagos vio las dos divisiones chilenas destrozadas, a Barceló herido y moribundos al Comandante León y al Mayor Silva Arriagada, exclamó, cubriéndose la cara con las manos: "¡Mis pobres Santiagos!"

Las peticiones reiteradas de municiones no habían dado resultado, porque las mulas no podían arrastrar los carros en la arena, visto lo cual los Carabineros de Bulnes y otros oficiales sueltos los acarrearón en la delantera de las monturas hasta el sitio donde se encontraban las divisiones en retirada. Allí ocurrió un nuevo inconveniente. Las cajas estaban atornilladas y no había medio de levantar las tapas con la rapidez que el caso requería. La dificultad fue vencida, pero en el entretanto se había producido un hecho decisivo. Vergara quiso detener el avance del enemigo con la Caballería y, junto con el Comandante Yávar, sacó este cuerpo de la posición en que permanecía, lanzándose a carrera tendida contra la triunfante Artillería de Camacho.

Era imposible arrollar con cuatrocientos o quinientos jinetes una masa militar seis veces mayor, en una planicie descubierta en que los agredidos no erraban tiro, a lo

menos sobre los caballos. Con todo, los cuerpos a las órdenes de Camacho y Castro Pinto se detuvieron y hubo tiempo para que los chilenos recibiesen las municiones. Se dice en uno de los partes que la gente de Vergara y Yávar atropelló y aun ultimó algunos soldados del Navales, creyéndolos peruanos o bolivianos, pero ocurrió en escala muy pequeña, en uno que otro caso aislado, y en cambio el efecto moral de la arrogante embestida fue inmenso en el enemigo, el que desde ese momento no avanzó más allá del punto en que se encontraba.

Desde que la 3ª División de Amunátegui entró en combate, revueltos con los soldados de Amengual y de Barceló, la resistencia del enemigo declinó notablemente. En ese segundo avance debe haber ocurrido el exterminio de algunos cuerpos de Camacho, peruanos y bolivianos, entre estos últimos los Colorados que, o no pudieron regresar oportunamente a sus líneas después de la carga de los Granaderos o fueron cortados y fusilados. Antes de una hora, las dianas saludaban la victoria definitiva en esta parte del frente.

Nada resistió a esa segunda embestida y al ver a lo lejos a los soldados de la Gran Reserva, acercándose, los aliados debieron decirse que si no habían podido vencer a dos divisiones, menos podrían hacerlo ahora que entraban más tropas de refresco. En esta parte del combate hubo algunos incidentes dignos de recuerdo, como la acción para salvar a oficiales del Chillán — encabezados por su esforzado comandante Vargas Pinochet — cortados por el enemigo, que de otra manera habrían perecido inevitablemente; o para ahuyentar al enemigo que estaba a punto de exterminar al abanderado del Coquimbo y a los miembros de su escolta, apiñados a su alrededor formando pelotón.

En ese final de la acción fue herido de gravedad el Coronel Camacho y una granada destrozó al anciano General Pérez, jefe del Estado Mayor del Ejército boliviano, quien falleció en Tacna pocos días después.

La muerte de Camacho, pues tal se creyó en el primer momento, puso fin a la resistencia en la sección del Ejército aliado que mandaba. La Caballería fue la primera en emprender la fuga y sólo se veían fugitivos en el espacio comprendido entre el campo de batalla y el cauce del Caplina.

Hasta ahora hemos asistido al combate en la izquierda y centro aliada; falta conocer lo ocurrido a la 4ª División de Barboza, la que no encontró la tenaz resistencia que hallaron las divisiones 1ª y 2ª. Recordemos que Montero, a pedido del General Campero, se había deshecho de sus reservas en favor de Camacho.

En pequeña escala, Barboza ejecutó el movimiento táctico que inspiraba la dirección general del combate: un ataque vigoroso al centro, combinado con movimientos envolventes por los extremos. Cada cuerpo de infantería desempeñó brillantemente su papel y el Cazadores del Desierto flanqueó la posición y llegó hasta el fortín artillado, donde se encontró con el Atacama que ya convergía hacia ese lado. Todas las posiciones de la Alianza fueron ocupadas por los chilenos mientras el enemigo huía a la desbandada. La batalla estaba ganada. Eran las 2.30 de la tarde.

Los aliados huyeron en grupos dispersos. Los bolivianos hacia la altiplanicie por el camino de Palca, Yarapalca, Corocoro; los peruanos por el de Arequipa, pasando por Calientes, Tarata y Puno. Las fuerzas organizadas del Perú que escaparon de la derrota, no excedían de 400 hombres, según se lo decía el Prefecto Solar a Piérola. En cuanto a los partes de la batalla, los peruanos están redactados para echar la responsabilidad de la derrota sobre el Ejército boliviano. Por su parte, los jefes de Bolivia hicieron lo mismo a la inversa. La historia no puede tomar partido en esas recriminaciones. Tanto los bolivianos como los peruanos cumplieron igualmente con su deber. Los elogios que la prensa chilena prodigó al Ejército de Bolivia y sus ofensas al del Perú, fueron expresión de la tendencia que procuraba acercarnos al país del altiplano por medio de exagerados halagos.

En una carta escrita por el Coronel Velásquez a su esposa, desde Tacna, el 30 de Mayo, se consignan impresiones que tienen el valor de lo vivido. Veamos algunos de sus párrafos:

"La 1ª y la 2ª Divisiones, con sus guerrillas al frente, emprendieron la marcha en son de ataque. A 400 metros de distancia se rompió el fuego. Jamás he oído nada más tremendo. ¡Qué estruendo tan grande! Diez y seis mil rifles lanzaban el rayo de la muerte en todas direcciones.

Nuestros oficiales a la cabeza de sus soldados siguieron sin excepción ninguna, siempre de frente. La 2ª División de nuestro Ejército se dirigió al centro del ejército enemigo, donde estaba su poder y sus mejores parapetos naturales, no se detuvo un instante y aunque sus filas se disminuían considerablemente, siguió su intrépida marcha que culminó con la victoria...

Para qué le digo el papel brillante que desempeñó nuestra Artillería ¡Hizo prodigios! Los extranjeros en Tacna están sorprendidos de nuestra artillería y los peruanos dicen: "¡Qué gracia, pues; por eso ganan los chilenos!"

Las divisiones chilenas 1^a, 2^a y 3^a, que soportaron el mayor peso de la batalla, tuvieron un terrible cuadro de bajas. De sus 6.500 hombres quedaron fuera de combate, entre muertos y heridos, 1.639, es decir, casi el 30%. La 4^a División tuvo el 15% de bajas. La Reserva General, 17 heridos y ningún muerto.

El Perú perdió en el Campo de la Alianza 185 oficiales, entre muertos y heridos, de Coronel a Subteniente. Las pérdidas de tropa guardan relación con esta cifra.

El botín de guerra fue grande: 10 cañones, 5 ametralladoras, muchos rifles - Velásquez dice 3.000- y un abundante parque de municiones de infantería y artillería.

La persecución de los fugitivos emprendida por la caballería no produjo resultados. Como fuera recibida a balazos por los rezagados atrincherados en fuertes posiciones, más allá de Tacna, regresaron comunicando que en Pachia debía haber una parte considerable del Ejército aliado. Baquedano organizó entonces una fuerte división en contra de lo que resultó ser un Ejército imaginario.

* * * *

Tal fue la batalla de Tacna en sus principales líneas.

De grandes consecuencias y una de las mayores libradas en Sudamérica por el número de combatientes. Pocas veces en la historia se habrá presentado un esfuerzo mayor en relación con los medios y pocas veces un Ejército habrá dado pruebas de mayor energía que la que reveló el de Chile, venciendo el desierto tórrido y seco hasta la desesperación. El combate no reviste sus verdaderas proporciones sino cuando se medita en la situación de los aliados, en la fortaleza de sus líneas, y entonces adquiere todo su relieve la pujanza de los 6.500 reclutas que arrollaron todos los obstáculos, sin que interviniera la reserva y sólo parte de la caballería.

La noticia del combate fue recibida de diversa manera en los países en lucha.

Bolivia aceptó la situación con dignidad. No pretendió ocultar la derrota ni sus graves consecuencias. Campero tuvo un gesto de hombre de bien diciéndole a su país que había sido completamente vencido. Bolivia se mantuvo tranquila, dando un ejemplo de civismo como pocos pueblos latinos lo darían en un caso análogo. Aunque sumida en profundo dolor, derramando lágrimas sus convencionales, de lo cual hay testimonio en las actas de las sesiones, no se oyó un reproche contra el Ejército vencido, ni contra el General en Jefe; ni salieron los tácticos a ganar la

batalla después de perdida, sino que noblemente la Convención renovó su confianza a Campero, eligiéndolo Presidente de la República. Una nación que da tan alto ejemplo de patriotismo es digna de respeto.

En el Perú no sucedió lo mismo. Piérola proclamó a la nación diciéndole que el Ejército del Sur había sido vencido por haber manifestado demasiado ímpetu; que la victoria era una calamidad para Chile, pues quedaba exhausto, y continuaba así:

"Nuestros recursos están intactos; los de ellos agotados. Han jugado en un golpe de fortuna que les es completamente mortal, que los postra y nos hace levantarnos más vigorosos y resueltos que antes".

En Chile ocurrió algo muy extraño.

En Santiago se recibieron los primeros boletines de la victoria el 29 de Mayo, por un lacónico despacho del General en Jefe, escrito el 26, y una carta de Lira a Lynch, de igual fecha, cuyo extracto se envió por telégrafo, y todo lo cual produjo un entusiasmo inmenso. El Palacio Presidencial se llenó de gente y en sus salones se oían aplausos y sollozos, caras alegres y rostros cubiertos de lágrimas. Pero tres días después, el 1o de Junio, llegaron las noticias de Vergara, desde Iquique, donde había llegado de regreso a Chile, resumiendo así la situación: Se había ocupado Tacna, después de un recio combate en el que la Artillería y la Caballería habían tenido poca parte, y ninguna la reserva veterana; que los aliados se habían retirado a Pachia y que la campaña estaba lejos de terminada, no habiéndose hecho ni un solo prisionero; que la situación era delicada y requería mucha cautela.

El telegrama de Vergara cayó como una ducha fría y se exageró su alcance, interpretándolo como que estacamos derrotados, se llegó a comentar, incluso, que la batalla de Tacna había sido un nuevo Tarapacá. La opinión pública se perturbó y una alarma intensa sucedió a las expansiones del primer momento. Se creyó que el abandono del Campo de la Alianza por el enemigo se había hecho con fines estratégicos, con ulteriores consecuencias. Felizmente el 6 de Junio, Lynch transmitió por telégrafo una carta de Velásquez con detalles completos de la batalla y todo se aclaró.

Ocupada Tacna, cerciorado Baquedano de que la Alianza no conservaba de su antiguo Ejército sino pequeños restos dispersos, hubo de pensar en Arica, plaza fuerte bien guarnecida que obstruía su comunicación con Chile. Se decidió un ataque violento y se nombró para hacerlo al Coronel Pedro Lagos.

Arica era una aldea de pocos habitantes, asolada por fiebres malignas. Los blancos eran las víctimas preferidas de las tercianas, así es que los principales trabajos los desempeñaban negros. Como posición militar era formidable. La ciudad se presenta recostada al pie de un espolón desprendido de los contrafuertes de los Andes que llegan al Océano en un punto llamado el Morro, cuyas paredes son acantiladas por el oeste y muy paradas por el norte y sur. En el lomo de ese espolón se alzaban tres fuertes: uno llamado del Este, el otro del Centinela y el tercero, el más formidable, del Morro. En la cima existía un espacio suficiente para la instrucción de un batallón o regimiento, guarnecido con cañones, algunos de los cuales eran giratorios y defendían la ciudad y sus accesos.

La defensa del este descansaba en zanjas y reductos colocados en situaciones dominantes. El suelo estaba sembrado de bombas automáticas. Todos los fuertes mantenían grandes depósitos de dinamita, unidos entre sí con alambres eléctricos para que estallaran uno detrás del otro, obra del ingeniero don Teodoro Elmore. La oficina central de la red estaba en el Hospital que desplegabla la bandera de la Cruz Roja, lo que permitía al operador proceder con calma y seguridad. Había además, en el bajo, otros tres fuertes: el Santa Rosa, el San José y el Dos de Mayo.

Cada uno de los fuertes del alto tenía su guarnición propia y un total de 11 cañones. Junto a los artilleros estaban los otros defensores de la plaza, unos 1.500 hombres de las Divisiones de Infantería N° 7 y 8, mandadas por el Coronel Alfonso Ugarte, a los que había que agregar los tripulantes del monitor Manco; en total unos 2.000 hombres. Jefe de Arica era el Coronel Francisco Bolognesi y a cargo del fuerte el Morro estaba Moore, quien había sido Comandante de la Independencia. A la cabeza de uno de los batallones de la 7a. división se encontraba el Teniente Coronel Roque Sáenz Peña, distinguido político argentino.

Estos hombres y los demás oficiales que les acompañaban son dignos del respeto del adversario y de la gratitud de sus conciudadanos. Entre ellos merece una mención especial Bolognesi, un gran patriota con la característica de los hombres superiores. No salen de su boca ni de su pluma palabras destempladas, ni baladronadas pueriles. Es culto y atento con el enemigo.

Bolognesi no supo en el primer momento lo ocurrido en el Campo de la Alianza, pues el telégrafo a Tacna estaba cortado. Luego vinieron algunos dispersos que comunicaron la retirada de Montero a Pachia, con parte considerable del Ejército. Pero algo sospechó al ver los buques bloqueadores, al mando de Latorre, de gran empavesado, en celebración del triunfo.

Cerciorado el General Baquedano, por Lagos, de que no había gente en Pachia, dispuso que las tropas de la Gran Reserva se trasladasen a Arica.



Nicolás de Piérola

La avanzada de estas fuerzas, compuesta por Carabineros de Yungay N° 2 y por Cazadores a Caballo, al mando del Comandante Vargas, tuvo dificultades al llegar al río Azufre, por la vía frecuentada entre Tacna y Arica. Reventaron dos minas y murieron algunos hombres, pero se tomó prisioneros a dos de las personas que las manejaban, entre ellos al ingeniero Elmore, cayendo en poder de los chilenos el plano de las minas y de las conexiones eléctricas. El 2 de Junio llegó al mismo sitio el resto de las fuerzas.

Baquedano y Velásquez opinaron en un principio que en vista de que las posiciones enemigas estaban minadas, no valía la pena perder gente en un ataque y se dio la orden de bombardearlas, creyendo que eso bastaría para que se rindieran, sin lograrlo.



Contralmirante Lizardo Montero

Baquedano envió entonces como emisario a solicitar la rendición al Comandante de Artillería, Salvo. Bolognesi le contestó: "Resistiremos hasta quemar el último cartucho". Falló, asimismo, otra gestión mediadora a través de Elmore.

El 6 de Junio se bombardeó nuevamente los fuertes, con el mismo resultado negativo, y se envió a una compañía del Buin desplegada en guerrilla. Bolognesi interpretó esta acción de reconocimiento como la decisión chilena de atacar a los fuertes del bajo. En vista de ello, debilitó el alto y dio la orden de bajar al plan a los batallones de la División N° 8, sacándola del espolón hacia el este, donde quedó sólo la 7ª.

No hubo plan preparado para tomarse Arica. El General en Jefe se limitó a ordenar al Coronel Pedro Lagos que lo hiciera, sin indicarle cómo, poniendo a sus órdenes una división. Era un pie forzado y el Coronel temió que, ante cualquiera observación suya, Baquedano confiara a otro la dirección del ataque. Pero las municiones eran escasas y alcanzaban a los 150 tiros por hombre. Lagos se dijo: un ataque regular exige varias horas de combate y para eso no tengo municiones; estoy, pues, obligado a usar de preferencia la bayoneta y la sorpresa.

En carta del 11 de Julio de 1880, dice el Coronel Lagos:

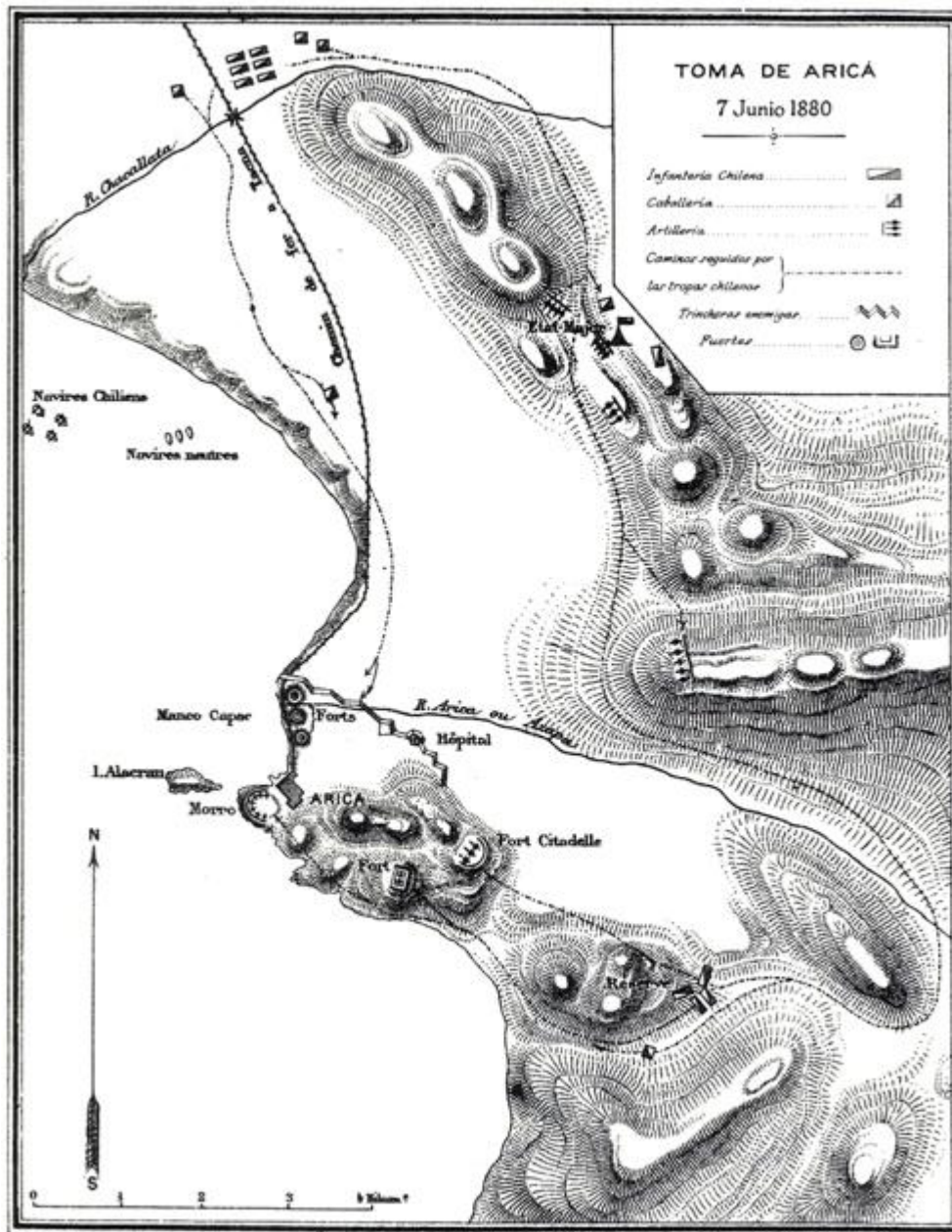
"Sin auxilio alguno y con 150 cartuchos por soldado, podía combatir solamente hora y media. El Cuartel General se hallaba en Río Azufre, a más de dos leguas de los fuertes que se me había encargado tomar... Preciso era arriesgarlo todo a un golpe audaz: la bayoneta al amanecer"

El Coronel Pedro Lagos es una alta personalidad de la historia militar de Chile. Representaba el valor audaz, la malicia, la inteligencia nativa. Como hombre de guerra, tuvo cualidades sobresalientes. Era de una vigilancia extraordinaria y como jefe de cuerpo tenía características notables. Sabía inspirar al soldado una confianza ciega y conservar sobre el oficial la superioridad del que se hace amar y respetar. Tenía Lagos gran ojo militar. Sabía percibir ese momento pasajero en que cruje el sólido edificio que se ataca y entonces redoblaba la acción implacable y decisiva. En el Perú se le juzgó como hombre despiadado y cruel, pero era todo lo contrario: naturaleza flexible, dócil a la influencia de la amistad y a la más ligera presión de justicia.

El ataque se dispuso en esta forma. Un regimiento caería de sorpresa sobre el fuerte Este y otro sobre el fuerte Ciudadela. Este segundo cuerpo debía apoderarse del fuerte mismo y de las zanjas y reductos que iban desde ahí al fuerte del Morro.

El Coronel Arias cuidaba el fuerte Ciudadela con el batallón Artesanos de Tacna y el Coronel Inclán, el del Este, con los Granaderos del Cuzco.

A la medianoche, las fuerzas de Lagos se trasladaron de campamento, dejando los fuegos encendidos en el que abandonaban.



Caminaban sin hablar, cuidando cada cual de oprimir con la mano la cartuchera para no hacer ruido. Llegando a poco más de un kilómetro de su objetivo, la división se bifurcó, tomando una parte de ella al fuerte del Este y la otra, al Ciudadela. Lagos eligió al 4° Regimiento para el primer cometido y sorteó con una

moneda cual atacaría al Ciudadela: le correspondió al 3°. El Buin quedó, pues, de reserva.

Así permanecieron los cuerpos hasta la alborada del 7 de Julio. Cuando la semiclaridad de las primeras luces matinales empezaba a disipar la neblina de la costa, cada regimiento reanudó la marcha, agazapado, tomando infinitas precauciones para no ser visto u oído.

Los centinelas del Ciudadela sintieron rumor e hicieron fuego. El Regimiento N° 3, al verse sorprendido, emprendió el asalto a la carrera bajo una lluvia de balas. Mandaban sus dos batallones el Comandante Juan José San Martín y el Comandante Luis Soto Zaldívar. Una vez junto a las murallas de sacos, usando yataganes y cuchillos, se les vació la arena y los soldados se precipitaron al recinto minado. El primero en escalar y arriar el pabellón enemigo fue el Subteniente José Ignacio López. Entonces el suelo crujió con dos formidables estallidos de dinamita que hicieron volar por el aire a una parte de los ocupantes, tanto atacantes como defensores, trabados en lucha. El momento fue horrible y los asaltantes, al ver los despojos sangrientos de sus compañeros, se precipitaron como fieras bravías contra los defensores del recinto y los pasaron a cuchillo. En vano los jefes hacían tocar a los cornetas "¡Cesar el fuego!" Nadie oía la voz de clemencia y entre las víctimas figuró el Coronel Arias. La fortaleza estaba tomada.

Lo mismo ocurrió en el fuerte del Este.

La marcha del Regimiento N° 4 fue sentida y la guarnición que dirigía el Coronel Inclán rompió sus fuegos contra él. La tropa chilena emprendió el asalto a la carrera, dejando muchos muertos y heridos. La resistencia fue aquí menor que en el Ciudadela. La guarnición también era menor y se retiró a los reductos que protegían la entrada del fuerte del Morro. Inclán murió defendiendo su puesto.

Entretanto, Bolognesi había mandado llamar a Ugarte y a su 8ª División, quienes, recién llegados a los fuertes del bajo, iniciaron el regreso, subiendo por un estrecho sendero. Esto fue aprovechado por el Regimiento Lautaro que, con Barboza a la cabeza, se tomaron dichos fuertes con poca dificultad.

Cuando los soldados del Regimiento N° 4 estaban en el recinto amurallado del fuerte Este, se oyó un grito que no se sabe quién lo dio: "¡Al Morro, muchachos! La tropa, olvidándose de la orden recibida, que era esperar al Buin, se precipitó por el sendero fortificado que conducía a aquel punto, uniéndoseles en el camino soldados del Regimiento 3°. Así llegaron, saltando por sobre las minas, a las primeras trincheras, en medio de una lluvia de balas y, ora con sus rifles, ora a la bayoneta,

las fueron forzando todas una tras otra, encontrándose pronto a las puertas del fuerte del Morro, en cuya plazoleta ondeaba la última bandera del Perú. Lo que ahí pasó está muy bien relatado por el Coronel Espinosa, comandante de las baterías, en el parte dirigido al Jefe del Estado Mayor del Perú:

"Mientras tanto, la tropa que tenía su rifle en estado de servicio seguía haciendo fuego en retirada, hasta que los enemigos invadieron el recinto (del Morro), haciendo descargas sobre los pocos que quedaban allí. En esta situación llegaron a la batería el señor Coronel Francisco Bolognesi, Jefe de la plaza; el Coronel don Alfonso Ugarte; US.; el Teniente Coronel Roque Sáenz Peña, que venía herido; el Sargento Mayor Armando Blondel y otros que no recuerdo, y como ya era inútil toda resistencia, ordenó el señor Comandante General que se suspendiesen los fuegos, lo que no pudiendo conseguirse de viva voz fue el señor Coronel Ugarte personalmente a ordenarlo a los que disparaban sus armas al otro lado del cuartel, en donde dicho jefe fue muerto.

A la vez que tenían lugar estos acontecimientos, las tropas enemigas disparaban sus armas sobre nosotros y encontrándonos reunidos los señores Coronel Bolognesi, Capitán de Navío Moore, Teniente Coronel Sáenz Peña, US., el que suscribe y algunos oficiales de esta batería, vinieron .aquéllos sobre nosotros y a pesar de haberse suspendido los fuegos por nuestra parte, nos hicieron descargas de las que resultaron muertos el señor comandante General Bolognesi y el Capitán Moore, habiendo salvado los demás por la presencia de oficiales que nos hicieron prisioneros".

Cuando la bandera chilena se alzó en el Morro, el Comandante Sánchez Lagomarcino, Capitán del Manco, abriendo las válvulas del monitor lo hundió en el mar, "con sus pabellones al asta".

* * * *

La historia americana ofrece pocos hechos más heroicos que el Asalto y Toma del Morro del Arica.

No sólo la de Chile, sino la de cualquier país del mundo podrían enorgullecerse de ella. Reloj en mano, los regimientos tardaron 55 minutos desde que partieron

agazapados de sus campamentos hasta que clavaron sus banderas victoriosas en el Morro. Se ha hecho la prueba de recorrer esa distancia al tranco del caballo y se ha empleado más tiempo que el que tardaron los chilenos en rendir todas las trincheras. El Buin, que esperaba el momento de entrar en acción, se vio defraudado en sus esperanzas, porque la precipitación de la vanguardia le arrebató su parte de gloria.

Se ha imputado al Ejército chileno una crueldad inhumana, haciéndola extensiva a los jefes, por la matanza en los fuertes Ciudadela y el Morro, como si hubiera habido la consigna de no hacer prisioneros. Más lo que allí ocurrió es imputable únicamente al carácter desordenado del ataque y a la excitación de la dinamita. Lo que no tiene explicación para la historia es el fusilamiento inhumano de algunos soldados peruanos acorralados en la plazoleta de la iglesia de Arica. Nunca se ha sabido quien dio semejante orden o si los soldados procedieron por impulso propio, enfurecidos como estaban por el estallido de las minas.

Ha pasado ya suficientemente el tiempo, apagador de las pasiones, para que tanto en el Perú como en Chile se rinda justo homenaje de admiración a vencedores y vencidos. Y así como el recuerdo de esta portentosa hazaña será siempre un timbre de orgullo para los chilenos, fue una acción honrosa para los defensores de la plaza, que pelearon por dar al Perú una tradición y un ejemplo. Bolognesi y compañeros se constituyeron en los últimos defensores de su Patria en el departamento de Moquegua y lucharon en el último pedazo de tierra firme que les era permitido pisar.

El enemigo perdió ese día entre 700 y 750 hombres, y los chilenos, entre muertos y heridos, 473. Los prisioneros peruanos fueron 1.328.

A consecuencia de estos triunfos, se recuperó el estandarte que el Regimiento N°2 había perdido en Tarapacá. Se le encontró en la sacristía de la iglesia de San Ramón, en Tacna, revuelto con otros objetos en un cajón. Pero el General Baquedano no devolvió inmediatamente el estandarte al regimiento mencionado, sino más adelante en Lurín, para que lo ennobleciera en los combates memorables que se libraron en las puertas de Lima.

La campaña del departamento de Moquegua es la más gloriosa de la Guerra del Pacífico. Sólo una gran voluntad, una consagración patriótica, pudo llevarla adelante. Todo fue bien combinado. Los movimientos militares obedecieron a un plan lógico, nada se entregó al acaso. Cada paso que se daba se hacía sin precipitación, midiendo su alcance. Esta fue la obra de Sotomayor. No intervenía

en las operaciones militares activas, pero no se despojó jamás de la dirección superior.

La autoridad militar hace una fuerte curva en el gráfico de la campaña. Deprimida al principio por las vacilaciones del Cuartel General, se levanta con Baquedano y llega a su máximo de preponderancia con la muerte de Sotomayor. Entonces desecha la intervención civil que le agrega el Gobierno y asume sola la responsabilidad de las operaciones que tienen su desenlace en Tacna y en Arica.

No podría hacer el mismo elogio de la intervención gubernativa en la parte militar, ni en la eficacia de sus planes, ni tampoco del criterio político que inspiró sus resoluciones en ésta y en la anterior campaña.

Si el cuadro gubernamental tiene sombras, la obra del Ejército es admirable. Puede discutirse el plan táctico de la batalla de Tacna; puede creerse que hubo exagerada audacia en el asalto de Los Ángeles pero lo que nadie pondrá en duda es que se cubrieron de gloria los que cruzaron el desierto, los que arrollaron las líneas de Tacna y asaltaron los reductos de Arica. Y ese mérito se aquilata más cuando se considera que ese Ejército era la nación en armas; que el oficial había cerrado una botica o salido de un mostrador para ingresar a las filas, y el soldado era el labriego de los campos, el minero de los cerros, el jornalero pacífico de las ciudades. Entonces la acción de aquel Ejército aparece en su verdadero carácter, como la expresión de un pueblo fuerte, forjado en el yunque de la guerra secular que sus antepasados sostuvieron contra los primitivos dueños de su suelo.

Capítulo 17

El gobierno de Chile y la campaña de Lima

Después de las grandes derrotas del departamento de Moquegua, Piérola dirigió una proclama al Perú, ofreciéndole mantener a toda costa la integridad nacional, documento que revelaba la resolución inquebrantable de no dejarse abatir por el infortunio.

Lima vivió desde Junio en adelante en estado de sitio. Para salir de la ciudad se requería pasaporte. Se fabricaron cañones y el Gobierno, empobrecido, sin crédito, hizo grandes sacrificios para proporcionar vestuario al Ejército en vías de reorganización. Piérola impuso una contribución extraordinaria y la Iglesia aportó generosamente cuantiosos tesoros.

Era un problema arduo dotar de armamento moderno a ese Ejército. Lo había sido para Chile, cuánto más no lo sería para el Perú, que estaba pobre, vencido. Cuestión de dinero, por cierto, pero ¿cómo traer el armamento hasta puertos peruanos? No había sino una vía: Panamá.

En Bolivia parecía dominar la resolución de continuar la guerra a todo trance. Sin embargo, ya se empieza a diseñar la influencia de una corriente favorable a la terminación de la lucha. En efecto, la Convención, junto con designar Presidente de la República a Campero, nombró Vicepresidente a Aniceto Arce, quien representaba, igual que el propio Presidente de la Convención, Mariano Baptista, una posición adversa a la Alianza.

Hubo por esos días una iniciativa peruana de gran importancia: reunir al Perú y a Bolivia en un solo Estado, restableciendo la Confederación Perú-Boliviana. El 11 de Junio de 1880 se firmaron los protocolos respectivos, luego de negociaciones entre el Ministro de Relaciones Exteriores en ejercicio de Perú, Pedro José Calderón, y el Ministro de Estado de Bolivia, Melchor Terrazas. Luego, fueron presentados estos documentos al Consejo de Estado del Perú por el Presidente Piérola.

Lo que se disponía era el régimen federal, copiado del vigente en los Estados Unidos, y se daba al nuevo Estado el nombre de Estados Unidos Perú-Bolivianos. Jefe Supremo sería el Presidente de cada país, alternándose. Tacna se unía a Oruro y Tarapacá a Potosí, en calidad de departamentos, dando así a Bolivia una semi soberanía sobre el Pacífico.

Todo no pasó de un proyecto. Los acontecimientos militares de Arica deshicieron el castillo de naipes construido en Lima.

* * * *

En Chile se habían formado nuevamente dos tendencias. Una de ellas, la popular, se inclinaba por la prosecución de la campaña con el objeto de apoderarse de Lima; la otra, representada por el Presidente y círculos oficiales, creía que estando Chile en posesión de todo lo que necesitaba como seguridad propia, había llegado el momento de deslizar al oído del Perú una palabra de paz, por medio de los Gobiernos amigos.

Luego del triunfo de Arica el diputado Carlos Walker Martínez presentó un proyecto de acuerdo acerca de la necesidad de continuar las acciones hasta Lima. Se siguió un agitado debate que significó una advertencia al Gobierno sobre el rumbo que debía imprimir a la guerra.

El Ministerio estaba quebrantado por disidencias interna y no había cordialidad entre sus miembros. La causa principal era la candidatura de Santa María a la Presidencia de la República mirada con desapego por la mayoría de los Ministros. Terminada la campaña de Tacna, se produjo la crisis total del Gabinete y el nuevo Ministerio se organizó así: Interior, Manuel Recabarren; Relaciones Exteriores, Melquíades Valderrama; Hacienda, José Alfonso; Justicia e Instrucción, Manuel García de la Huerta; Guerra y Marina, Eusebio Lillo.

Este Ministerio representaba la voluntad del Presidente de evitar la expedición a Lima y tres de sus miembros habían sido designados por Santa María: Alfonso, García de la Huerta y Eusebio Lillo. Este último no aceptó y hubo de ser reemplazado por José Francis Vergara, a mediados de julio. A Lillo se le designó delegado gubernativo ante el Ejército y la Marina, con mucho agrado del General Baquedano.

Varias veces ha aparecido el nombre Lillo en estas páginas, persona indicada para ser el intermediario de la "política boliviana" que en Santiago se pregonaba con tanto afán. Había residido largos años en Bolivia, ganándose la consideración de ese país. Relacionado con la mejor sociedad boliviana, se entregó de corazón a la política de aproximación de ambos pueblos. Mezcla generosa de idealismo, de sencillez y de valor personal, Eusebio Lillo, el autor de las estrofas de nuestra

Canción Nacional, tiene un conjunto moral muy atrayente. Al radicarse en Tacna hará de esta población el foco de la "política boliviana".

El nombramiento de Vergara como Ministro de Guerra y Marina, propiciado por Santa María, de cuya candidatura era adalid, produjo sensación. Pero don José Francisco se encontraba en el momento más difícil de su agitada vida de servidor público, y hasta sus amigos habían criticado su retiro de Tacna inmediatamente después de la batalla.

Su situación personal con el General Baquedano era asimismo difícil, igual que con el Coronel Velásquez, debido a las declaraciones de Vergara sobre la batalla de Tacna, tanto en Iquique como en Santiago. El primer arranque de ambos fue renunciar indeclinablemente, pero luego se serenaron los ánimos.

La resolución sobre la campaña de Lima es un episodio notable de historia política y parlamentaria. La cuestión versará sobre un punto de apreciación: el saber si la expedición a Lima facilitaba la paz. La lucha será apasionada y los sostenedores de la opinión contraria a la del Gobierno serán motejados con epítetos denigrantes. Recuerdo que todo el elemento oficial estaba confabulado en contra de la expedición de Lima y no encuentro en la correspondencia de los hombres públicos de alguna talla, cercanos al Gobierno, sino rarísimas excepciones a esta uniformidad.

Baquedano y su Cuartel General eran decididos partidarios de la campaña y así se lo escribió al Presidente Pinto. Este, tratando de desalentarlo, le pidió un detalle de los elementos navales y terrestres que necesitaba y un plan de campaña. Baquedano creía que le bastaban 18.000 hombres para tomar Lima y 4.000 para defender Tacna y Arica. Pinto pensaba que no podían ser menos de 20 a 25.000 y otros 10.000 para defender Tacna, Arica, Tarapacá y Antofagasta, más otros 10.000 de reserva. En la campaña de Lima se jugaba todo lo adquirido en las anteriores. ¿Por qué se oponía Pinto a la campaña de Lima? Porque, en mi concepto, no tenía confianza en la dirección del Ejército asumida por Baquedano y, entre los civiles, no hallaba quien pudiera reemplazar a Sotomayor. Además, Pinto estaba convencido de que la expedición a Lima era estéril y cara, porque Piérola podía retirarse a la Sierra —como lo hicieron sus antecesores en 1820 y 1838— y porque exigía el desembolso de millones de pesos que el país no tenía.

Volvió el debate al Congreso y uno de los diputados que más se distinguió en sus ataques al Gobierno fue José Manuel Balmaceda.

Luego de afirmar que "la paz está en Lima o no está en ninguna parte" y de que "no podemos permanecer con el arma al brazo sufriendo todos los gravámenes de la guerra, sin recoger ninguna de sus ventajas", el elocuente orador hizo las siguientes apreciaciones sobre la "política boliviana":

"¿Iría Bolivia a la paz? Es probable y casi seguro que no volverá a la pelea, pero no es probable ni es seguro que vaya por el momento a la paz. No vendría sin serios entorpecimientos internos a ponerse entre el Perú y Chile a servir su solo interés y el de Chile. Esperará el aniquilamiento de su aliado en Lima para pensar en su propia autonomía y existencia. Entonces, y sólo entonces, será el momento decisivo con Bolivia. Cuando esta nación vea que es inútil toda resistencia de parte del Perú, creará sin rubor que es inútil toda postergación de paz e irá a ella pensando en su propia situación. Ese es su más legítimo derecho y llegará a él con el asentimiento del mundo culto. Discurrir de otra manera es abrir ilusiones".

En las sesiones siguientes intervino el nuevo Ministro de Guerra y Marina, José Francisco Vergara, quien acorralado por las interpelaciones, especialmente de Balmaceda, no pudo dejar de hacer una declaración comprometedora para el Gobierno: "Atacaremos al enemigo donde esté; en Lima, si allí estuviese".

Pinto, que había resistido con tanto vigor a la expedición, se sometió al hecho consumado. El último en rendirse a la voluntad popular fue Santa María.

Así terminó esta memorable lucha de opiniones entre el Gobierno y el país. No podía ponerse fin a la Guerra del Pacífico, de un modo satisfactorio para Chile, sino ocupando Lima. El Perú no se sometería a la amputación de la parte más valiosa de su suelo, sino cuando estuviera dominado en todas sus partes vitales.

Había que afrontar la nueva lucha sin omitir sacrificios

Capítulo 18

Política internacional de la guerra.

Conferencia de Arica

A raíz de la declaración de guerra, el Gobierno de Chile acreditó Ministros diplomáticos en el Ecuador, Joaquín Godoy; en Colombia, Domingo Godoy, reemplazado luego por Francisco Valdés como Encargado de Negocios; en Argentina, José Manuel Balmaceda; en Brasil, José Victorino Lastarria; en Estados Unidos, Francisco Solano Astaburuaga.

En el Ecuador se percibían dos tendencias: la de Guayaquil, favorable al Perú, y la de Quito, contraria. La primera, en razón de las relaciones comerciales. En cuanto a la amistad que nos manifestaba la población quiteña, de ella no participaba el Gobierno ecuatoriano, presidido por el Dictador, General José Ignacio Veintimilla. Debe reconocerse, sin embargo, que ese Gobierno cumplió con estrictez los deberes de la neutralidad.

El Ministro de Chile, en Colombia, Domingo Godoy, fue apresado en el Callao a su paso a Bogotá, y debió reemplazarlo, como dije, Francisco Valdés Vergara, en calidad de Encargado de Negocios. Su papel era difícil: impedir que continuaran pasando por Panamá cargamentos bélicos destinados al Perú. Como en Bogotá residía el Ejecutivo de la Confederación, se creía más fácil actuar ante él. De nada valieron las gestiones del diplomático chileno y no solamente continuó el tráfico de armas, sino que más de una vez los buques peruanos los cargaron en aguas colombianas.

En los meses que precedieron a la Guerra del Pacífico, las relaciones de Chile y de la Argentina se encontraban en un pie sumamente difícil, a causa del litigio sobre la propiedad de la Patagonia, del Estrecho de Magallanes y de las islas de la parte más meridional del continente americano. El Presidente Manuel Montt firmó con Argentina el Tratado de 1856, obligándose a someter la cuestión a la decisión de un árbitro, pero el debate tenía enardecidos los ánimos en la época de la Guerra del Pacífico.

Los años 1877 y 1878 se oyó hablar mucho de guerra y si se evitó fue porque la Argentina carecía de una escuadra capaz de medirse con la de Chile. Vino entonces la convención Fierro-Sarraeta de 1878 por el cual se aceptó el siguiente *modus vivendi*: Chile continuaría ejerciendo por algún tiempo jurisdicción en Estrecho de Magallanes e islas adyacentes y la Argentina en las costas e islas del Atlántico.

Esta era la situación en Abril de 1879, fecha de la llegada Balmaceda a Buenos Aires, donde Perú estaba representado Aníbal Víctor de la Torre. El Gobierno de Argentina quería aprovecharse entonces de los apuros de Chile y, antes de adoptar resoluciones extremas, citó a una reunión de notables para exponerles la situación y pedirles consejo. Concurrieron Mitre, Sarmiento, Rawson, el Vicepresidente Costa y el Ministro Relaciones Exteriores Montes de Oca. Se resolvió dejar pendiente el asunto por 10 ó 12 años, a petición de Mitre y de Sarmiento ;"pues en esa época la República Argentina sería tan poderosa que ninguna nación de América podría hacerle frente"! Sin perjuicio de la anterior, en las sesiones del 13 y del 14 de Mayo, el Senado autorizó al Ejecutivo para adquirir dos acorazados, 40.000 fusiles Remington y 5.000 a 6.000 carabinas. El 21 de Mayo de 1879 perdió el Perú su poder naval y Argentina se dio cuenta que equilibrio en su favor se había alterado. Por esos días las negociaciones diplomáticas para lograr adhesión de Argentina al Tratado Secreto de 1873 que, como vimos en su oportunidad, se habían suspendido, se reanudaron Buenos Aires por el Ministro De la Torre, aunque sin resultado. Hubo también conversaciones para que Bolivia entregara Argentina los territorios situados en la costa del Pacífico, entre paralelos 24° y 27°, a trueque de que se incorporase a la Alianza: Era, por supuesto, una idea peruana. En correspondencia de De Torre, a su Gobierno, del 26 de Abril de 1879, se da una opinión contraria a esa posibilidad. Veamos uno de sus párrafos:

"...considero demasiado grave la cesión que se pretende, pues con ella la República Argentina vendría a ser dentro de pocos años una nación tan poderosa destruiría por completo el equilibrio continental. Respecto al Perú, necesitaría en tal caso los departamentos de La Paz, Oruro y Cochabamba en el sur y de Guayaquil en el norte, a fin de mantener de algún modo el equilibrio sudamericano..."

Piérola renovó en Enero de 1880, a través del nuevo Ministro peruano en Buenos Aires, Evaristo Gómez Sánchez, el ofrecimiento de "la parte de territorio que el General Melgarejo cedió a Q por el pacto de límites de 1866". Esta comisión encontró en camino las mismas dificultades que la anterior.

El temor al Brasil fue otra de las razones que moderó la política belicosa de la Argentina.

La simpatía del Emperador don Pedro II y de la opinión pública eran en favor de Chile. Estaba acreditado como Ministro en Río de Janeiro, según vimos, José Victorino Lastarria. El Perú tenía a José Antonio Lavalle., ex Ministro en Santiago, cuya misión se hizo difícil. Luego de una conversación con el Emperador, a quien encuentra "terco, aferrado a sus ideas y disputador para sostenerlas", Lavalle resume al Gobierno en Lima la posición brasileña en nota del 4 de Noviembre de 1879:

"Observé en Su Majestad lo siguiente:

1° que está fuertemente prevenido en favor de Chile;

2° que cree que Bolivia obró mal en poner impuesto al salitre que se explotaba en su territorio;

3° que juzga que Chile estuvo en su derecho al declarar caduco su Tratado con Bolivia y ocupar el territorio en disputa, aunque no ha debido emplear la palabra reivindicación;

4° que nosotros, desde el momento que teníamos un Tratado secreto con Bolivia que podía llevarnos a la guerra, debíamos haber vigilado muy de cerca sus procedimientos y evitado que tomase medidas que pudiesen producir una guerra.

Al barón de Cabo Frío, Director General de Relaciones Exteriores, Lavalle lo trata en su correspondencia de "esfinge animada, logogrifo viviente, hipócrita, falso, incapaz de ir nunca por el camino recto, meticuloso, formalista, quisquilloso, hombre que no tiene palabra mala ni obra buena".

Las conversaciones de Lavalle son sabrosas. Interrogado por el Emperador, después de los combates de Tacna y Arica, sobre cuándo terminaría la guerra, le contestó: "Cuando los chilenos tomen Arequipa primero, Lima después, Trujillo más tarde y el Gobierno del Perú esté establecido en la frontera de Vuestra Majestad".

Y el Emperador como hombre de mundo le dijo: "Me gusta, me gusta ver que Ud. no se desanima".

Al barón de Cabo Frío le contestó, ante una pregunta semejante: "la paz se hará cuando hayamos expelido el último chileno del territorio de la Alianza o cuando haya desaparecido el último peruano".

Lavalle en el Brasil no es el mismo hombre que en Chile. En Río de Janeiro pierde en absoluto el compás, se enfurece y deja la impresión de sus disgustos en todos sus juicios y conceptos. Y no es que la diplomacia chilena le hubiera conquistado el terreno. Al contrario, Lastarria se ha preocupado muy poco de su misión en Brasil y no era grato al Emperador, quien sabía que su pluma republicana y liberal había llamado al Imperio brasileño ¡un borrón en América!

En la época que abraza esta historia, Chile tenía en Europa una sola Legación, acreditada en París y Londres, a cuyo frente se encontraba desde hacía algunos años el escritor Alberto Blest Gana. Era su Secretario Carlos Morla Vicuña.

Una de las principales obligaciones de Blest Gana fue la compra de armas y municiones, cañones y demás artículos militares. Otra, la de impedir que el Perú adquiriese buques de guerra. En esta materia tuvo éxito cuando logró evitar que el acorazado La Gloire fuera vendido al Perú a través de Nicaragua. Más difícil fue el caso del acorazado turco Felhz-Bolend, cuya venta quedó en nada sólo en el último minuto. España, por su parte, mantuvo su neutralidad a pesar de continuas gestiones de la diplomacia peruana.

Además de la importante labor del Ministro de Chile en Francia con los tenedores de bonos de la deuda peruana, que hubo que tranquilizar, se mantuvo alerta contra la acción internacional de las potencias europeas que se manifestó en tres ocasiones. En primer lugar, por la campaña de destrucción que emprendió Williams contra los puertos peruanos; luego, por las instrucciones impartidas al Ejército y a la Escuadra después de la campaña de Tarapacá y, por último, a propósito de la expedición de Mollendo.

La acción internacional de las potencias europeas se concertó a fines de 1880, cuando Mr. Gladstone, jefe de Gobierno inglés, solicitó de esas cancillerías y de la de Washington que se uniesen para poner fin a la Guerra del Pacífico. Lo que se procuraba era imponer la paz, obligando en caso necesario al Perú y a Bolivia a pagar a Chile una indemnización de guerra justipreciada por los representantes de la coalición europea, dejándole entretanto en rehenes los territorios que ocupaba.

Estados Unidos se anticipó a la acción europea y el Secretario de Estado del Presidente Hayes, Mr. William Evart, dio instrucciones a sus representantes diplomáticos en Chile, Perú y Bolivia, de ofrecer sus buenos oficios a los beligerantes. En Santiago residía Mr. Thomas A. Osborn, en Lima Mr. J. P. Christian y en La Paz, Mr. Charles Adams.

Las potencias europeas no se habían quedado atrás y en el mes de Mayo de 1880 ya estaban en movimiento tanto los representantes en Lima como en Santiago, de Italia, de Francia y de Gran Bretaña. El Presidente Pinto recibió a los Ministros de estos tres países, señores Sanminiatelli, D'Avril y Packenhan, y encargó luego a Jorge Huneeus de averiguar el origen del paso dado y las condiciones que Chile debía exigir. Según un memorándum redactado por Huneeus, estas bases eran las siguientes:

"...que Chile conserve todo el territorio que se extiende al sur de la quebrada de Camarones... que se devolvería al Perú la parte del departamento de Moquegua que hoy ocupamos militarmente y que podía asegurarse a Bolivia libre tránsito para su comercio de internación y exportación, no sólo por Arica, sino también por Iquique, Cobija o Antofagasta o por aquel punto de nuestra costa que prefiera..."

Siempre a través de los plenipotenciarios europeos, Piérola manifestó la aceptación del Perú a participar en una reunión, pero que por el momento era preferible "no hablar de condiciones de paz".

Osborn, en conocimiento de estas gestiones, apresuró las propias y consiguió que el Gobierno de Chile aceptara la propuesta norteamericana de que la eventual reunión tuviera lugar en un buque de guerra de los Estados Unidos. El Congreso Nacional y la opinión pública en Chile se manifestaban, entretanto, intranquilos con negociaciones confidenciales cuyos últimos objetivos se les escapaban.

Veamos ahora otras gestiones con Bolivia.

Recordemos que Lillo estaba residiendo en Tacna y pronto se le presentó la oportunidad para continuar en sus esfuerzos de acercamiento chileno-boliviano. En Junio de 1880 llegó a esa ciudad una ambulancia boliviana a cuidar los heridos de su Ejército y entre su personal se contaba a Luis Salinas Vega, uno de los más esforzados representantes de la política de aproximación de su país a Chile. Traía encargo del 1^{er}. Vicepresidente Aniceto Arce de pedir a Santa María una reunión secreta en algún punto de la frontera para procurar un arreglo de paz inmediato. Una vez que Santiago tomó conocimiento de esta gestión, Pinto dio a Lillo las siguientes instrucciones, con fecha 2 de Julio:

"Las bases para la paz serían por parte de Bolivia: renuncia de sus derechos a Antofagasta y litoral hasta el Loa, y en compensación cederíamos los derechos que las armas nos han dado sobre los departamentos de Tacna y Moquegua. El comercio de Bolivia, tanto de internación como de exportación por los puertos del litoral desde Antofagasta hasta Camarones, sería libre, en forma que lo concédenos a la República Argentina".

La opinión de Santa María de igual fecha varía en el punto relativo a la salida soberana al mar:

"Respecto de bases, supongo que Pinto te las indicará, o alguno de los Ministros. A ellas te atenderás. Sin embargo, yo te daré mi opinión. Sabes que en un principio insinuábamos a Bolivia que si rompía la Alianza podría apoderarse, sin resistencia alguna de nuestra parte, de Tacna y Arica, para proporcionarse así fácil salida al Pacífico. Me parece que hoy han cambiado las cosas, desde que no quiso aprovechar la oportunidad y prefirió debilitarse en la continuación de la guerra, de tal manera que al presente no podrían mantener con sus propias fuerzas aquel territorio... Bolivia debe contentarse con que nosotros le aseguremos como puertos francos para su comercio, de manera que pueda ejercitarlo sin ninguna traba, Tocopilla, Cobija, Islay y Arica".

Lillo entregó a Salinas Vega una carta para Arce, proponiéndole las bases de arreglo indicadas por Pinto y abogando por un armisticio para preparar la paz definitiva.

Los representantes de los beligerantes en las conferencias de Arica propiciadas por Estados Unidos fueron: Por parte de Chile, Vergara, Lillo y Altamirano.

Por parte del Perú, Antonio Arenas y Aurelio García y García; y por Bolivia, Baptista y el Ministro de Relaciones Exteriores, Carrillo.

Concurrieron también los Ministros norteamericanos acreditados en los tres países: Osborn, Christiancy y Adams.

Las sesiones se celebraron a bordo de la corbeta Lackawanna, de los Estados Unidos.

Las perspectivas de paz eran escasas. Chile exigía la cesión de los territorios situados al sur de Camarones, gastos de ocupación e indemnizaciones y la retención

de Tacna y Arica hasta el pago total. Perú y Bolivia, por su lado, alentados por el Ministro en La Paz, Adams, de que si las partes no llegaban a un acuerdo, éste sería impuesto por los Estados Unidos mediante el arbitraje, hablaban de desocupación total de los territorios perdidos, devolución del Huáscar y la Pilcomayo e indemnizaciones.

Las sesiones fueron presididas por Osborn, como decano de los diplomáticos norteamericanos presentes. Hubo tres reuniones: una el 22 de Octubre, otra el 25, la última el 27. El problema del cambio de soberanía a la región situada al sur de la quebrada de Camarones se reveló insoluble. Perú propuso entonces el arbitraje de los Estados Unidos, lo que Chile rechazó. Vergara dijo: "La paz la negociará Chile directamente con sus adversarios". Así terminaron estas conferencias, que no tuvieron otro resultado práctico que evidenciar la necesidad de la expedición a Lima.

Pero las buenas maneras se conservaron. Dijo Vergara en carta al Presidente Pinto, el 25 de Octubre:

"Las conferencias no han ofrecido ningún incidente notable, a no ser el espíritu de cultura y moderación que ha reinado en ellas. Nadie habría sospechado, al oír hablar y al ver la cortesía y atención con que nos hemos tratado, que nos reuníamos allí los enviados de tres pueblos que se hacen mortal guerra".

Vergara da a conocer al Presidente su opinión acerca del problema del cambio de fronteras de los tres países:

"...yo sostuve en nuestras deliberaciones privadas que deberíamos presentar nuestras proposiciones de cambio de frontera como una necesidad común a los tres países, para conservar su equilibrio y evitar en lo futuro complicaciones, antagonismos y conflictos como el presente. Para conseguir este objeto, el límite norte de Chile sería Camarones y el de Bolivia sería el río Tambo. De modo que esta nación cambiaría un pedazo de desierto, entre el paralelo 24° y el río Loa, por otro pedazo más grande y hasta más valioso, ¿y todo esto a costa del pobre Perú? Sí, señor, todo a costa del Perú, porque es el único responsable y causante de la guerra".

Fracasadas las reuniones, Perú y Bolivia lanzaron manifiestos tronando en contra de la exigencia de Chile de anexarse territorios y se dirigieron al Gobierno argentino, haciéndolo juez del peligro que corría la América del Sur si se sancionaba lo que Chile pretendía. La República Argentina quería impedir la anexión de Tarapacá y la toma de Lima, pero no podía intentarlo sin proceder de acuerdo con el Brasil, país que no tenía el deseo de inmiscuirse en lo que pudiera ofender los propósitos de Chile.

Como consecuencia de las reuniones, Chile se preparó para proseguir la guerra y el Perú para defender su suelo. En Bolivia cayó el Gabinete y la imprenta de Salinas Vega fue asaltada por el populacho, debiendo su dueño refugiarse en la Legación del Brasil.

Capítulo 19

Acciones anteriores a la campaña de Lima.

De Arica a Lurín

De abril a septiembre de 1880, la escuadra chilena realizó algunas expediciones tendientes a impedir las labores guaneras en la Isla de Lobos y el Gobierno peruano hizo en reciprocidad una vuelta de mano en contra de puertos salitreros cerca de Tocopilla. Otra atención preferente de nuestra Escuadra era impedir el tráfico de armas entre Panamá y el Perú.

Lo que ocurría en Panamá obligó a las autoridades chilenas a enviar periódicamente algún buque a esas aguas. Hubo varias correrías de esta clase desde que se estableció el bloqueo del Callao. La primera fue la de la O'Higgins, con el Capitán Montt, en abril, en persecución de una pequeña embarcación llamada La Estrella. Luego, de mayo a julio, varios cruceros del Amazonas, con el Teniente 1° Manuel A. Riofrío, y nuevo crucero de la O'Higgins. Pero estas correrías no produjeron resultados efectivos, porque no pudieron capturar ninguna de las embarcaciones.

El Gobierno no se manifestaba contento de la escuadra. La encontraba remisa, dispuesta siempre a postergar cualquier operación alegando que necesitaba reparar las naves, proveerse de carbón o esperar víveres. La Escuadra se quejaba, por su lado, de que sus pedidos no eran atendidos. Además el Gobierno se introducía demasiado en el tecnicismo de la Armada.

El mes que precedió al bloqueo del Callao, la Escuadra se preocupó de repararse. Los únicos buques que tenían sus maquinarias listas eran el Blanco, la Chacabuco, la Pilcomayo y el transporte Angamos; el resto estaba en compostura. Sin embargo el Gobierno exigía que el bloqueo coincidiese con la campaña de Moquegua porque creía posible bombardear esta plaza y Lima simultáneamente, destruir el Atahualpa y la Unión que estaban en el Callao y conseguir la terminación de la guerra.

La Escuadra salió de Ilo en la mañana del 6 de abril, compuesta de las siguientes naves:

Blanco, buque jefe, Contralmirante Riveros.

Pilcomayo, Capitán Luis Uribe.

Huáscar, Comandante Condell.

Angamos, Capitán Luis A. Lynch.

Matías, vapor carbonero, Capitán Castelton.

Janequeo, lancha torpedo, Teniente Luis A. Goñi.

Guacolda, lancha torpedo, Teniente Manuel Señoret.

Ya cerca del Callao se decidió que entraran de noche a la bahía el Huáscar y las dos lanchas torpederas, para tratar de hundir a la Unión y al Atahualpa. Desgraciadamente, por calcular mal la distancia que les separaba del puerto y por un retraso que sufriera la Guacolda, el plan no resultó.

El 10 de Abril empezó el bloqueo que duró nueve meses. Durante ese tiempo, las tripulaciones chilenas vivieron en medio de la natural alarma de los torpedos, en una neblina persistente, alimentándose con víveres secos, sin diarios, casi sin cartas. De los buques bloqueadores, el Huáscar era especialmente la obsesión de los peruanos y habrían considerado un gran triunfo hacerlo volar, pues su presencia les era agravante.

El Almirante Riveros resolvió hacer una demostración contra a plaza el 22 de Abril, para descubrir sus elementos ofensivos. Los fuegos se cruzaron al principio a una distancia de 7.000 metros y luego a 5.000. El duelo de artillería duró cerca de tres horas, causando algunos perjuicios en la ciudad, no de gran consideración; nuestros buques no experimentaron ningún daño. El 10 de Mayo se efectuó otro ataque, con resultados análogos.

El 25 de Mayo tuvo lugar un combate entre tres lanchas peruanas, por una parte, y la Guacolda y la Janequeo, por la otra. El resultado fue una lancha y la Janequeo hundidas en un punto situado a tiro de rifle de la dársena.

Tomada Arica, el Cochrane y la Magallanes fueron a reforzar a escuadrilla del Callao. Mandaba el primero, Latorre, y la segunda, el Capitán Gaona.

El 3 de Julio estaba de guardia el Loa, comandado por el Capitán Juan Guillermo Peña y con el Teniente Leoncio Señoret como segundo. El resto de la Escuadra permanecía en la boca leí puerto, a algunas millas de distancia. Al atardecer divisó una balandra con sus velas desplegadas y Peña envió una canoa que a trajo a remolque hasta cerca del Loa. Se dio entonces orden le alzar los bultos, de "aclararla" en lenguaje de mar. La marinería se agrupó en la escotilla para ver la maniobra. Se izaba el último bulto cuando se oyó una terrible explosión que arrojó a la gente en todas direcciones; los más, quemados y mutilados; todos, semiinconscientes. El Comandante Peña se negó a abandonar el buque que se hundía rápidamente. Murieron 118 oficiales y tripulantes y se salvaron 63 marineros.

La catástrofe levantó en el país una ola de dolor y de indignación. Graves cargos se hicieron al infortunado Comandante Peña, principalmente porque se le había advertido que un ataque semejante se estaba planeando contra la O'Higgins, en Ancón.

En Septiembre, el Almirante quiso hacer una demostración enérgica contra la plaza, especialmente contra la Unión. Su objeto era bombardearla para que no pudiese burlar el bloqueo, porque sabía que intentaba hacerlo. Además, el Almirante sufría con los comentarios de prensa de Santiago y de Valparaíso, que lo acusaban de inacción y quería desmentirlos. Usó para ello un cañón de largo alcance —cerca de 7.000 metros—, aunque el daño que produjo no fue de importancia.

En esos días ocurrió un suceso que conmovió al país, semejante al del Loa, pero más doloroso: la Covadonga fue echada a pique por un torpedo. La Covadonga era para Chile una reliquia que había coronado su carrera con la hazaña de Punta Gruesa. A mediados de Septiembre sostenía el bloqueo del puerto de Chancay, comandada por el Capitán de Corbeta Pablo S. de Ferrari. Su tripulación era de 150 hombres más o menos. El 13 de ese mes, dos lanchas se acercaron a la Covadonga y una de ellas fue hundida. La otra, una elegante canoa pintada de blanco, con sus bronce relucientes, despertó la idea de que pudiera contener "trampas". Revisada por el calafate, éste manifestó que no había "nada sospechoso". Como era muy bonita se decidió no destruirla sino izarla a bordo y al hacerlo explotó. La corbeta se hundió en 3 minutos y perecieron 90 de sus tripulantes, el Comandante entre ellos.

El 22 de Septiembre, en represalia, se bombardeó varios puertos peruanos. El Cochrane lo hizo en Chorrillos, la Pilcomayo en Chancay y el Blanco en Ancón. El triple ataque no produjo el efecto de intimidación que se buscaba y el Gobierno reconoció que había sido un fracaso.

Terminada la campaña de Moquegua, Lynch, que continuaba de jefe político de Iquique, concibió la idea de una gran expedición de merodeo a los valles azucareros del Perú. Pinto miró el proyecto con complacencia ya que era de la clase de operaciones que le agradaba, y encargo a Lynch que lo organizara.

Vergara, recién a cargo del Ministerio de Guerra y Marina, firmó las instrucciones pertinentes. Por ellas se ordenaba a Lynch recorrer los puertos peruanos de norte a sur, empezando por Paita y concluyendo por Quilca, en el Departamento de Arequipa, e internarse en los valles angostos y opulentos que cortan de cordillera a mar el territorio peruano, cuidando de no alejarse demasiado de la costa —seis

leguas a lo más para no exponerse a una sorpresa; imponer contribuciones a los propietarios particulares; destruir los ferrocarriles. Respecto de cupos de guerra, le mandaba cobrarlos "con todo rigor" en dinero o en especies, bajo pena de destruir la propiedad del que se negare a satisfacerlos, cuidando de evitarse dificultades con los neutrales, pero sometiendo a todo el rigor de la guerra a los que se prestasen a encubrir las propiedades peruanas.

El 4 de Septiembre partió de Arica la expedición, en dos transportes que llevaban 2.000 hombres. Iban un batallón del Colchagua, Comandante Manuel José Soffia; uno del Talca, Comandante Silvestre Urizar Garfias; 800 hombres del Buin, Teniente Coronel Juan León García; un escuadrón de Granaderos a Caballo, Comandante Francisco Muñoz Bezanilla; 3 Krupp de montaña, Capitán Emilio Contreras; una sección de ingenieros al mando de Federico Stuyen. Era Secretario General de la expedición Daniel Carrasco Albano. En Mollendo se agregó la Chacabuco mandada por Viel.

Reconociendo la destreza inteligente desplegada en esta campaña, hay el derecho a preguntarse si era justa, si era humana, si no estaba destinada a levantar una polvareda de protestas indignadas al ver al Ejército de un país civilizado paseando la tea del exterminio sobre establecimientos industriales, edificios privados, etc. ¿Se aceleraba el término de la guerra con estos procedimientos o, más bien, se creaba una resistencia mayor y se le llevaba a la desesperación de una lucha sin transacciones?

La operación tocó primero en Chimbote, creyendo poder sorprender en tierra un cargamento de armas. Se destruyó el ferrocarril y se impuso un cupo de 100.000 soles a una poderosa hacienda azucarera. Como éste no fuera pagado, se destruyeron las instalaciones. Se alzó una grito formidable en el cuerpo diplomático de Lima, pues la mayor parte de las propiedades azucareras habían contraído obligaciones con firmas extranjeras.

Lynch, sin intimidarse, prosiguió imperturbable su plan de guerra.

Luego se devastó las haciendas vecinas a la caleta de Supe, y, frente al puerto de Paita, se requisó del vapor inglés de la carrera, que venía de Panamá, una remesa de más de 7 millones de pesos peruanos procedente de los Estados Unidos. Hubo también operaciones en Paita y en Eten. En este último punto, Lynch debió hacer frente a las intimidaciones de la corbeta inglesa Penguin y del Ministro de Italia en Perú. Las fuerzas chilenas pasaron luego a Trujillo y regresaron a Quilca, en el

departamento de Arequipa, donde llegaron el 1^o de Noviembre, luego de casi dos meses de viaje.

* * * *

El Gobierno preparaba por esos días la campaña de Lima. Recordemos que Pinto la creía muy difícil en el ramo de provisión e Intendencia y, junto con Vergara, disentía de la opinión del General Baquedano respecto a la cantidad de hombres que se necesitarían en una empresa de tal envergadura. De conformidad con los planes del Gobierno, se elevó el Ejército a 45.000 hombres, algo como 20.000 más del existente, agrupándolos en regimientos o batallones según su región, siguiendo en esto a la organización española. En poco tiempo el país dio todo lo que se le pedía, convirtiéndose de la noche a la mañana a los reclutas en soldados, por obra de su entusiasmo y de su anhelo inconmensurable de sacrificio.

Vergara reorganizó la fuerza expedicionaria en tres divisiones completas, formando cada una de ellas un pequeño ejército separado, con infantería, caballería y artillería, Estado Mayor, parque bagajes y un intendente proveedor. Cada división constaba de dos brigadas. Los jefes divisionarios fueron: de la 1^a el General José Antonio Villagrán; de la 2^a. el General Emilio Sotomayor; de la 3^a el Coronel Pedro Lagos. Las brigadas de la 1^a división las mandaban el Capitán de Navío Patricio Lynch y el Coronel Amunátegui; las de la 2^a los coroneles José Francisco Gana y Orozimbo Barboza; las de la 3^a los coroneles Martiniano Urriola y Francisco Barceló. Jefe de Estado Mayor se designó al General de Brigada Marcos Maturana e Inspector Delegado al General Cornelio Saavedra. El antiguo Jefe de Estado Mayor, Coronel Velásquez, volvió a su puesto de Comandante General de Artillería.

Se compraron dos vapores para servir de transportes: el Chile y el Paita y se fletaron cuatro más y los buques de vela necesarios para conducir al Ejército.

El elemento civil designado para marchar al norte fue robustecido con personalidades de primera fila, lo que el General Baquedano no recibió con simpatía. Vicente Dávila Larraín dirigió la Intendencia; Isidoro Errázuriz fue nombrado Secretario General del Ministro en Campaña; Eulogio Altamirano, Secretario General del Ejército. Santa María también deseaba ir, pero en el último momento no pudo hacerlo por el estado de su salud. En una carta a Altamirano, del 14 de Septiembre de 1880, le decía:

"La expedición puede costarnos un ojo de la cara, pero (ya) emprendida, es deber nuestro ponerle el hombro y decir: a Roma por todo. No debemos omitir esfuerzo por llegar a la terminación de este drama. La prolongación puede darnos un desastre económico interior".

Pinto apreciaba a Baquedano como un oficial de honor. Alababa su "buen carácter", frase que se encuentra casi siempre en su correspondencia. Lo conocía lo bastante para saber que no era un talento y lo estimaba más por sus cualidades negativas, como ser la falta de ambición y la modestia. Después de la muerte de Sotomayor, fracasada la tentativa de crear un triunvirato directivo enfrente del enemigo, Baquedano se impuso a los políticos de Santiago por el prestigio de la victoria. La oposición, que era fuerte en el país, empezó a agruparse alrededor del glorioso caudillo y le designaba ya como candidato a la Presidencia de la República por el período 1881-1886.

Después de los combates de Tacna y Arica, el Ejército vencedor estableció sus campamentos en el valle regado por el Caplina. La Caballería se quedó en Arica aprovechando los pastizales limítrofes a la población y la Infantería ocupó una línea que tenía sus extremos en Tacna y Calientes, pasando por Pocollay, Calaña, Pachia, aldeas sombreadas por una vegetación lujuriosa, semi tropical, que da a la región y a su capital, Tacna, algunas reminiscencias con las poblaciones semi árabes de la Andalucía.

Así corrieron largos los meses entre Junio y Noviembre; meses de duda porque las fuerzas no sabían si se les lanzaría sobre Lima o si se les haría regresar al Sur.

Cumpliendo órdenes de Pinto, Baquedano inició la reorganización del Ejército, lo que era, según su criterio, llenar las bajas de la tropa, separar algunos oficiales, colocar a otros en puestos adecuados a su valer y condiciones; todo esto sobre la base del personal existente en el norte. Pero Vergara que se acababa de hacer cargo del Ministerio de Guerra, como vimos, imprimió una orientación nueva a los planes del Gobierno, cuya consecuencia fue la movilización en gran escala y la reorganización del Ejército sobre una base distinta y con un personal superior nuevo. Estas medidas se adoptaron sin conocimiento del General Baquedano, quien protestó de ellas.

Las relaciones del Gobierno con el Cuartel General de Tacna se resistieron de tirantez, llegando casi al entredicho. Lo que existía era la repetición de lo sucedido

con Escala: el choque de dos principios. El General en Jefe reclamaba las atribuciones que le concedía la legislación militar en la preparación y en la dirección, y el Gobierno consideraba como deber suyo organizar el Ejército, reservando a aquél solamente la facultad de dirigirlo en el momento de la acción. Existía una dualidad de responsabilidad y de mando que trascendía, a pesar de que se trataba de silenciar los desacuerdos.

Bajo estos auspicios llegó Vergara a Tacna, en la primera quincena de Octubre. Desde ese momento se inicia la actividad decisiva de la campaña de Lima.

Los montoneros peruanos, entre tanto, no estaban quietos y hostilizaban con sus correrías a los pequeños grupos de soldados chilenos que se aventuraban al norte de la línea de Tacna. Los mandaban Albarracín y un audaz cubano, Pacheco Céspedes, apoyados por un cuerpo de Caballería a las órdenes de Leoncio Prado, hijo del ex Presidente.

Las expediciones tendientes a despejar el territorio de montoneros tuvieron una importancia relativa, ya que éstos contaban con la complicidad de los habitantes y, aprovechando lo escarpado del terreno, se dispersaban al menor peligro. Con todo, el Coronel Barboza logró capturar a Prado, en Tarata, y el Comandante de Artillería Salvo avanzó hasta Moquegua, desde donde se estimulaba la desertión en nuestros campamentos, aprovechando el disgusto que causaba en la tropa la demora de la expedición a Lima.

Hasta el momento, el Gobierno se había preocupado de poner en pie de guerra un Ejército que bien merece llamarse grande, en atención a la población del país y a la potencia de su erario; pero sólo se comenzaba a organizar la administración de la campaña y hacer todas las adquisiciones pertinentes. Había retardo en la preparación y se hacía sentir la falta de Sotomayor.

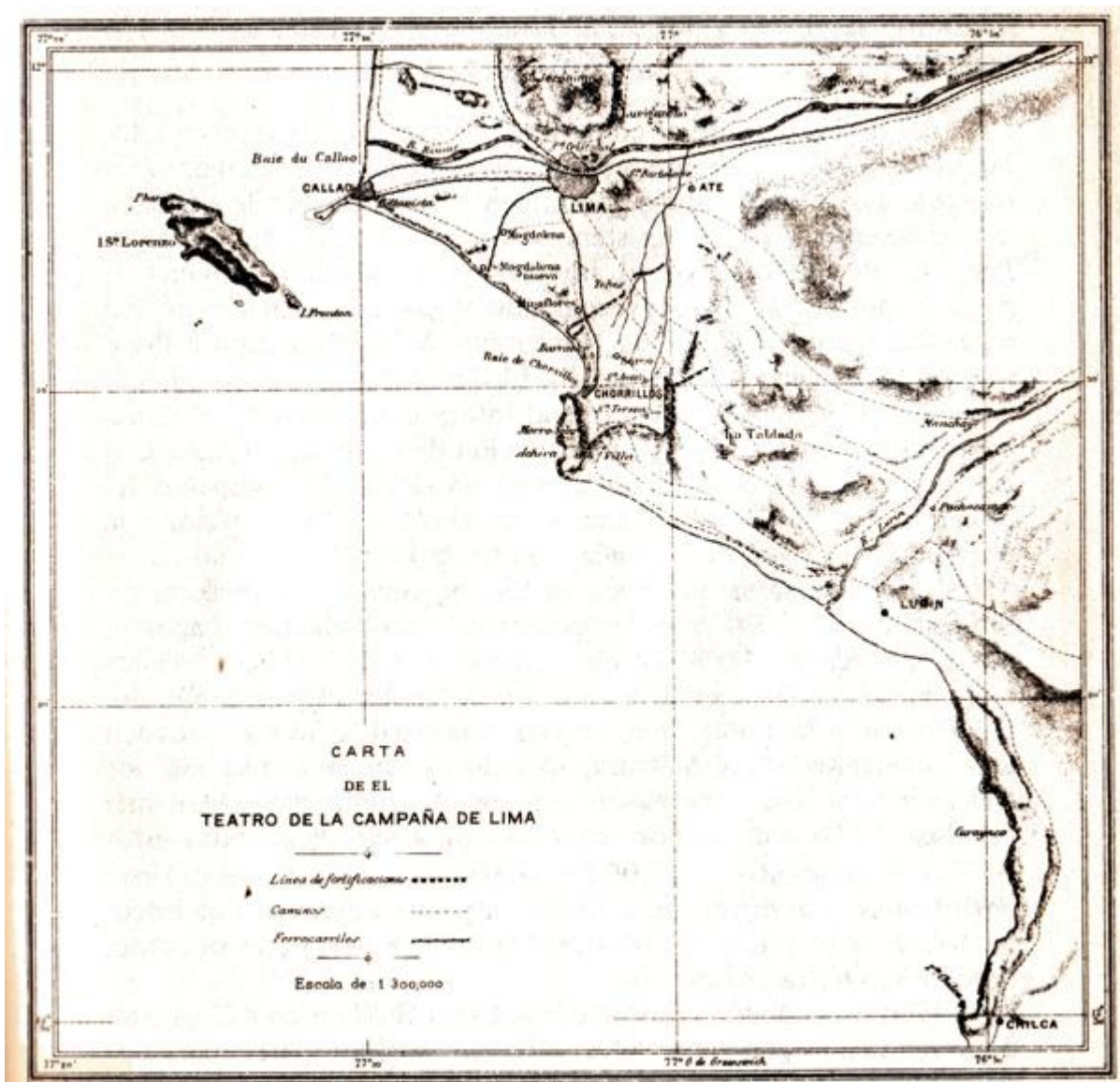
Finalmente, merced a la energía de Vergara, los preparativos tomaron un ritmo más activo.

Con la experiencia de la campaña de Tacna, y sabiendo que no era posible arrastrar carros en el desierto, se pidió varios cientos de muías a Coquimbo. Hubo, asimismo, que transformar los buques de carga, adaptándolos para la conducción de hombres, y recordando que en desembarcos, como el de Pisagua, pequeñas fracciones de soldados habían quedado aisladas en la playa, se hizo construir 36 lanchas planas.

Vergara tenía preparado su plan de acción. Enviar por mar a Pisco la 1.ª división de Villagrán y dejarla ahí a la defensiva hasta que los mismos buques regresaran a

es decir, la brigada del Coronel Gana, con la cual se completaba un Ejército de avanzada de 12.000 hombres.

Las instrucciones a Villagrán le indicaron bajar en la playa de Paracas, cerca de Pisco, tal como lo había hecho el Ejército Libertador en 1820; luego tomar posesión de lea, fortificar ciertos puntos, apoderarse de los recursos de los alrededores con partidas ligeras y, en caso de peligro, enviar inmediato aviso al Cuartel General con un buque que quedaría a sus órdenes.



El embarque de Villagrán y sus tropas en Arica merece ser recordado como un gran esfuerzo de patriotismo de Vergara. Este momento de su vida emula aquel otro de

Rafael Sotomayor, cuando en las vísperas de su muerte permaneció al sol en el despoblado de Ite, presenciando la ascensión de la artillería de campaña. La Intendencia General había arreglado un muelle en la plácida bahía, al que atracaban las lanchas, y a medida que un cuerpo llegaba a la playa se le embarcaba. Luego iban sus equipajes, el parque, los animales, las cajas de municiones, el forraje, la reserva de víveres, etc. Cuando cada lancha recibía su carga, la arrastraba un remolcador hasta el buque correspondiente y la bahía se cruzaba de embarcaciones bulliciosas que hacían sonar sus silbatos y de todas ellas partían sonoros ¡vivas! a Chile. Todo se hizo bajo la mirada vigilante de Vergara y del Comandante Latorre. Fue reconocida por todos la admirable actitud del Ministro.

Esta división constaba de 8.800 hombres y con ella se embarcó Vergara, en compañía de Altamirano, de Errázuriz y de los jefes de las 2 brigadas: Coronel Amunátegui y Capitán de Navío Lynch. Se llevaba 20 cañones, 4 ametralladoras, 1.641 muías y caballos. El 27 del mismo mes se embarcó la brigada de Gana —de la 2a. división-, compuesta por 3.502 hombres y con 12 cañones y 416 animales.

* * * *

El 19 de Noviembre el convoy, que llevaba a sus flancos a los buques de guerra, enfrentó a Paracas y comenzó el desembarco sin resistencia. El Perú estaba moralmente vencido. No le quedaba más elemento vivo de resistencia que el Ejército de Lima. El Prefecto de Pisco huyó al interior y la caballería chilena se repartió por las vecindades recogiendo el ganado como si estuviera en terreno propio. El 20 de Noviembre, Villagrán ocupó a Pisco sin resistencia, con la 1 a. división. El Coronel Amunátegui hizo lo mismo con lea, a 67 kilómetros al interior. La tropa tenía agua, animales, verduras frescas; una situación de verdadera regalía, casi de opulencia, comparada con las penalidades de las campañas del desierto. La llegada de Gana y su gente a Pisco afianzó la tranquila ocupación de ese valle y de sus contornos.

Faltaba embarcar en Arica la 2a. brigada de la división de Sotomayor y la 3a. división completa, mandada por Lagos y, además, cerca de 4.000 hombres llegados a última hora, de los regimientos Concepción y Valparaíso, y los batallones de Quillota , Victoria y Melipilla. Pero se atrasó la partida, lo que provocó gran contrariedad a Vergara, debido a un mal uso de los transportes y a que se descubrió, en el último momento, que faltaban 1.000 muías. Por fin, el 14 de Diciembre, todas

estas fuerzas, ascendentes a 12.000 hombres o poco más, estuvieron embarcadas y se dirigieron a Chilca, a pocos kilómetros de Pisco. Se había dado orden a Villagrán para ir por tierra con su gente, desde Pisco hasta Chilca.

El Ejército expedicionario tenía pues un total de 26.472 plazas, comprendiendo generales, jefes, oficiales, soldados, arrieros, cuer-po sanitario, personal de Intendencia, parque y bagajes, etc. con 4.420 caballos y mulas.

Al pasar a la cuadra de Pisco se supo que Villagrán no había partido en la fecha que se le había señalado y se le ordenó cambiar de planes y embarcar a la 1ª división. Esta resolución motivó una penosa medida. En realidad según informes que tenía Villagrán, el desierto de 12 a 14 leguas entre Pisco y Chilca era muy difícil, no contando con una provisión suficiente de caramayolas. Esto lo representó a Baquedano con quien mantenía malas relaciones, pero, así y todo, se preparó para cumplir las órdenes. Luego, ya en Tambo de Mora, supo que el terreno no presentaba tantas dificultades y decidió seguir su camino, a pesar de que con esto atrasaba los planes fijados. En vista de los mal entendidos que se presentaron, Villagrán fue separado de su cargo y regresó a Santiago. Lo reemplazó a la cabeza de la 1ª división el Coronel Patricio Lynch.

Lynch hizo la travesía de Tambo de Mora a Chilca con la mitad de la división, seguido por el Coronel Juan Martínez, que mandaba al resto de la gente. La ciudad de Cañete, en el camino, cayó sin mayores dificultades. A las columnas chilenas se unió gran cantidad de esclavos chinos traídos de Cantón y de Hong Kong para trabajar en las haciendas de caña, los que fueron dejados en libertad por nuestras tropas. El 26 de Diciembre llegó Lynch a Lurín, donde se reunió todo el Ejército expedicionario, casi a la vista de Lima.

* * * *

El bloqueo del Callao continuaba, entretanto, en la forma que ya se conoce: los buques amagados a diario por torpedos; una vigilancia estricta de bloqueado res y bloqueados; tripulaciones fatigadas y mal alimentadas, aisladas de la Patria. Los peruanos, por su parte, aguzaban su inteligencia preparando las más ingeniosas máquinas de destrucción, alentados con el recuerdo de la Covadonga y del Loa. La mayor parte de este período fue Latorre quien estuvo a cargo del bloqueo, pues Riveros debió cooperar desde Arica en el transporte del Ejército expedicionario.

Una de las preocupaciones era evitar que la Unión burlase el bloqueo e intentase una correría contra los convoyes con tropas, que habría sido de terribles consecuencias. Diariamente se la bombardeaba, tratando de causarle daños y obligarla así a quedarse en el Callao, reparándose. Pero herir la corbeta peruana tampoco era fácil, porque se hallaba rodeada de todas las seguridades posibles. Estaba anclada en la dársena, detrás de una muralla de mampostería, y su frente protegido por palizadas y pontones y boyas.

De esos días de escaramuzas debe recordarse el hundimiento de la lancha torpedera chilena Fresia, que luego fue reflatada, y la destrucción del potente cañón Armstrong, de gran alcance, que tenía a su bordo el Angamos. Se decía que con este cañón se podía bombardear Lima desde el Callao. A mediados de Diciembre, luego de una serie de disparos contra la Unión, desde gran distancia, el cañón estalló y saltó al mar, matando al oficial que lo disparaba.

Capítulo 20

Chorrillos y Miraflores

Será una historia curiosa, que no se ha escrito, la que relate los esfuerzos de Piérola para organizar el gran Ejército que defendió a Lima. Entonces habrá que referir los sacrificios que hizo para adquirir las armas en Europa y en los Estados Unidos y conseguir hacerlas pasar por el Istmo de Panamá: sustraerlas después a la persecución de los cruceros chilenos: ponerlas en tierra en el primer puerto que tocaban y luego enviarlas a Lima en acémilas por caminos mediterráneos, para librarlas de un golpe de mano, como lo había intentado Martínez en Ilo y Lynch en Supe.

Cuando se haga el balance justiciero de la Dictadura se dirá que Piérola proporcionó a su Ejército posiciones de primer orden, que lo dotó de cuanto necesitaba, porque sin tener un equipo de lujo, estaba vestido con decencia y provisto de las mejores armas modernas: que levantó el espíritu abatido de su país, haciéndole concebir esperanzas de triunfo, pues llegó a ser general en Lima la convicción de que el Perú encontraría su revancha y Chile su tumba a las puertas de la capital. Pero como no hay cuadro sin sombras, dirá también que el Dictador no olvidó su papel de caudillo: que subordinó a la exhibición aparatosa y bombástica el sacrificio silencioso y abnegado: que infatuado con la omnipotencia del poder absoluto, desdeñó toda cooperación y no consultó a nadie, creyendo que de nadie necesitaba.

El Ejército peruano de la capital se dividía en el de línea, organizado desde los tiempos de Prado, y el de reserva, a base del levantamiento gremial de todos los ciudadanos aptos para cargar armas, con poca instrucción y bastante entusiasmo. El primero se encargaría de defender las posiciones vecinas a Chorrillos; la reserva, la situación de Miraflores. Piérola era Generalísimo de ambos y Pedro Silva su Jefe de Estado Mayor.

La fracción de línea se subdividía en cuatro cuerpos; el 1º al mando del General Miguel Iglesias, Ministro de Defensa; el 2º con el Coronel Suárez; el 3º con el Coronel Cáceres; el 4º mandado por el Coronel Dávila. El jefe superior de la reserva era el Coronel Juan M. Echenique.

El Ejército de línea ocupaba una cerrillada de varios kilómetros, con prominencias intermedias que comenzaba por el sur en el Morro Solar y terminaba en el norte en Monterrico chico, fortificado con 8 cañones. Pero la resistencia principal se

concentraba en el espacio que separa el Morro Solar del abra de San Juan, Es muy difícil dar una idea somera de esa línea formada de cerros, cuyas crestas peladas y cubiertas de arena presentaban el perfil en miniatura de la cordillera de los Andes, con altos y bajos, con quebradas intermedias y picos salientes que variaban entre los 56 y los 176 metros sobre el nivel del mar; muralla artillada con más de 100 cañones y veinte ametralladoras. La muralla tenía dos hendiduras que comunicaban con el valle situado a sus espaldas; la de Santa Teresa, entre el Morro Solar y la línea de Iglesias y la de San Juan entre dos cerros altos. Estos pasos estaban llenos de trincheras y de defensas y sembrados de granadas.

* * * *

Ocupado Lurín, el 23 de Diciembre. Baquedano permaneció ahí hasta el 12 de Enero, esperando reunir suficientes víveres y parque y darse tiempo de reconocer las posiciones del enemigo. El valle de Lurín era una posición militar excelente. Tenía agua, pasto para la caballería, clima sano a relativa distancia de Lima, ciudad a la que estaba unida por varios caminos: el de Conchan, cerca de la playa; el de Manchai; el de Atacongo, en las primeras estribaciones de la cordillera; el de la Tablada de Lurín.

El 27 de Diciembre, en una acción previa a la gran batalla de Chorrillos, cayó en una emboscada el Regimiento Rímac de Caballería que se acercaba a Lima por el sur, y fue dispersado por el Regimiento Curicó en la hondonada del Manzano, luego de aprehender a 120 hombres de tropa y oficiales, entre ellos a su jefe, el Coronel Sevilla.

La preocupación de Baquedano por esos días fue el reconocimiento del campo contrario. El Cuartel General tenía pocas noticias de las situaciones que ocupaba el Ejército de Piérola y necesitaba adquirirlas para adoptar el plan de batalla. El Ministro y el Jefe de Estado Mayor patrocinaban el ataque hacia el valle de Ate. Por el camino de Manchai, para envolver al Ejército peruano e interponerse entre él y Lima. El Cuartel General, en cambio, abogaba por un ataque de frente a las posiciones de Villa San Juan.

Baquedano tenía resuello su plan de combate: atropellar al enemigo de frente, procurando romper el eje de la resistencia en el centro y flanquear sus extremidades. . A cada división peruana opondría una de su Ejército. Lagos obtuvo que se hiciera a este plan la modificación de enviar una columna compuesta del

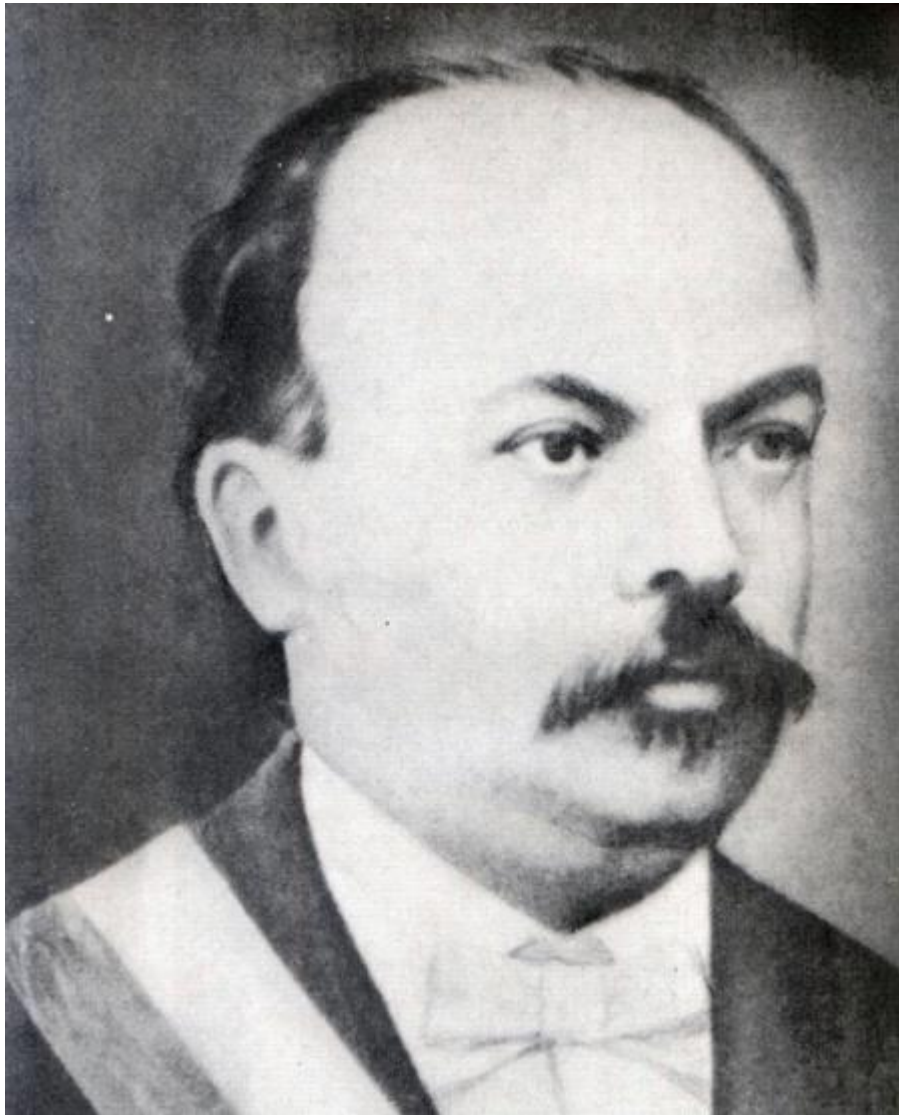
Regimiento Coquimbo y del batallón Melipilla a atacar el Morro Solar por la ladera del mar para ayudar al asalto de la falda norte.



Vicealmirante Patricio Lynch Zaldívar

A petición de Vergara se citó a un Consejo de Guerra, pero Baquedano apoyado por todos los generales y coroneles presentes, persistió en su plan, contra la idea de

Vergara de atacar por el Ate. Se fijó el 13 de Enero para dar la batalla por sorpresa y al amanecer.



Dr. Francisco García Calderón

El 12 de Enero. Baquedano reunió a los jefes principales, les rizo uniformar sus relojes con el suyo y les dirigió estas palabras que consigna Vicuña Mackenna:

"En la tarde a las 6 P.M. marchará todo el ejército, para caer sobre el enemigo antes de aclarar. La primera división atacará el ala derecha del enemigo; la segunda, el centro, por San Juan, y la tercera, la izquierda. Yo espero que todos cumplan con su deber. Somos chilenos y el amor a Chile nos

señala el camino de la victoria. ¡Adiós compañeros! Hasta mañana, después de la batalla."

El Ejército peruano ocupaba sus posiciones en este orden.

El cuerpo de Ejército de Iglesias, desde el Morro Solar hasta Villa, cubriendo el paso de Santa Teresa. Le seguía el de Cáceres, hasta tocar el paso de San Juan. El de Suárez servía de reserva. De San Juan al norte, cuidando el otro flanco del portezuelo, estaba Dávila. En total. 20.000 hombres más o menos contra 23.000 chilenos.

Las jomadas de Lima son las más grandes que se han librado en América del Sur en consideración al número de combatientes. Tomaron parte en ellas, además de los 45.000 hombres de Chorrillos, 20 a 25.000 en Miraflores.

A las 4 P.M. del 12 de Enero se dirigieron las tropas chilenas desde Lurín a ocupar sus puestos de combate. El Comandante Soto, con el Regimiento Coquimbo y el batallón Melipilla, por el camino de la playa hacia el Morro Solar. El resto de la 1ª división, mandada por Lynch, tomó el camino recto que conduce a Villa y a Santa Teresa por la Tablada de Lurín. La 2ª división, de Sotomayor, marchó por Atacongo, hacia el paso de San Juan. La 3a. división, de Lagos, siguió por un sendero intermedio para enfrentar el ala izquierda peruana. La Reserva con el General Arístides Martínez, también comenzó a moverse. La Artillería de campaña del Coronel Velásquez, la Caballería y el Cuartel General se colocaron mirando las posiciones de Iglesias y de Cáceres, en un cerrillo y en un repliegue contiguo a la misma eminencia.

Le sorpresa era elemento importante del ataque chileno. De ahí que todos los movimientos se hicieron en el silencio de la noche, a unos 4 ó 5 kilómetros de distancia col enemigo. La 1ª división y la 3ª; cumplieron su cometido como estaba fijado, pero la 2ª de Sotomayor se atrasó por causas inexplicables que costaron sacrificios de sangre a la división de Lynch.

A las 5 A.M. comenzó el fuego y Lynch se dio cuenta que la gente de Sotomayor no había llegado a sus puestos, lo que le produjo inmediatos ataques peruanos por ese lado. Comunicado lo anterior a Baquedano, este dio orden a la Reserva de Martínez de avanzar, lo que hizo, compuesta por tres briosos cuerpos fogueados: el Regimiento N° 3, los Zapadores y el Valparaíso. Luego llegó la brigada de Gana, de la 2ª división.

Lo que primero cedió a las fuerzas de Lynch fue la derecha de Iglesias y cayó arrollado el batallón peruano que Ocupaba las casas de Villa. Uno de los cerros que cubría el abra de Santa Teresa se tomó por asaltos sucesivos, en el que el rifle y la bayoneta hicieron igual papel. En menos de tres horas de combate, los tres orgullosos morros fortificados de esta línea ostentaban en su cima la bandera de Chile y los 6.000 hombres de Iglesias se dispersaron, fugándose al valle o encerrándose en Chorrillos o por último, refugiándose en el vecino Morro Solar.

La primera parte de la batalla estaba concluida por ese lado Veamos qué ocurría en el sector de Cáceres donde, como se vio la 2ª división llegó con retraso, siendo la brigada de Gana la primera en presentarse. Entre sus regimientos, uno de los que más se destacó fue el Buin, que anhelaba una acción extraordinaria que le restituyese su antigua nombradía, ya que los acontecimientos le habían negado hasta aquí la oportunidad.

Impulsado por ese orgulloso deseo, hizo una entrada teatral a las posiciones de San Juan. Desplegado en guerrillas, con su Comandante León García a la cabeza, avanzó sin disparar un tiro, en medio de una tempestad de proyectiles de todos tamaños que abrían claros en sus filas.

En esos momentos, un Ayudante del Ministro de Guerra pronunció con voz estentórea estas palabras: *"De orden del Señor Ministro, el puesto de Capitán para el que clave en ese cerro la primera bandera"*. Y diciéndolo mostraba con la espada un reducto que despedía torrentes de fuego.

El Buin acometió las trincheras por el frente y flanco, y corriéndose por un costado amagó la altura que protegía el foso defendido por los cuerpos de Cáceres: el Manco Capac y el Ayacucho. En vano el General Silva. Jefe del Estado Mayor, intentó sostener esa posición, haciendo avanzar sus tropas. La posición fue tomada y el Sargento Daniel Rebolledo clavó allí la banderola de su compañía. Luego, los regimientos Esmeralda y Chillán se apoderaron de las alturas intermedias, apoyados por el Lautaro, el Curicó y el Victoria, y así fueron cayendo los reductos y los fosos hasta que a las S A.M. el camino de Chorrillos estaba franco y sus dos invulnerables puertas, destrozadas. Aquel lujo de fortificaciones había caído desplomado en menos de 3 horas.

Baquadano ordenó entonces una carga de los Granaderos de Yávar y de los Carabineros de Yungay de Bulnes sobre las tropas dispersas en el valle. Los impetuosos cuerpos de Caballería lanzaron sus bridones a carrera tendida, con un vocerío aterrador aprendido de los araucanos, que se llama el chivateo, "grito

extraño, aturdidor y salvaje", dice un escritor peruano. En la carga murió el Comandante Yávar.

Quedaba el Morro Solar, a donde había convergido parte de las tropas de Iglesias. Era casi inexpugnable y estaba lleno de trincheras desde donde partía un fuego que detuvo a la gente del Comandante Soto, a la que se había agregado el Regimiento N° 4, el Chacabuco la Artillería de Marina y la Brigada de Montaña. Las tropas chilenas habían podido ascender al punto llamado la Calavera o las Canteras. El terrible duelo había producido una hecatombe de muertos y de heridos y escaseaban las municiones. Lynch mandó a pedir refuerzos a Baquedano, mientras las fuerzas de Iglesias, envalentonadas, salieron de sus trincheras e iniciaron una persecución de los chilenos cerro abajo. No duro mucho pues los refuerzos llegaron y Lynch reanudó el ataque por un costado, mientras Soto lo hacía por el otro. A las 12 del día flameaba nuestro pabellón en la cima del Morro Solar. Hubo 1.500 prisioneros, entre los cuales se contó al propio General Iglesias.

Baquedano había ordenado, entre tanto, el avance hacia la población de Chorrillos de la 2ª división de Sotomayor y de otros regimientos y brigadas, entre ellas dos brigadas de Artillería. A estas tropas se unió luego gran parte de las restantes fuerzas chilenas. El ataque se efectuó por todos lados y hubo que tomarse casa por casa. Esta lucha anónima, indescriptible, duró cerca de tres horas y el balneario fastuoso quedó convertido en un montón de ruinas humeantes. A las 2 de la tarde toda resistencia había concluido. El Perú no tenía ya otro punto de defensa que la línea de Miraflores.

La Batalla de Chorrillos fue sangrienta. El Ejército chileno perdió 699 hombres y 2.522 quedaron heridos. Las bajas de los peruanos en realidad no se conocen.

Esa noche, Piérola veló, no durmió, la desventura de su país. Y el feliz vencedor tampoco se entregó al descanso, porque sabía que en aquellos perfiles brumosos de Miraflores se asilaba otro Ejército, otra barrera que pasar para llegar a Lima.

Lima estaba abatida. El Gobierno se empeñaba en levantar el espíritu público con noticias falsas que luego desvanecían las informaciones de los fugitivos del campo de batalla. Todavía al siguiente día por la mañana, un periódico oficial pretendía mantener el engaño explicando el desalojamiento de las posiciones de Chorrillos como una operación estratégica para reunir las fuerzas de Chorrillos con las de Miraflores.

En la mañana del 14 de Enero, Vergara hizo gestiones de paz valiéndose del General Iglesias, quien visitó a Piérola. El cuerpo diplomático en Lima, sabedor de

estas gestiones, se trasladó al campamento peruano y manifestó el deseo de entrevistarse inmediatamente con el General Baquedano lo que tuvo lugar al día siguiente por la mañana. Estuvieron presentes por un lado, el decano del cuerpo diplomático, señor de Tezanos Pinto, quien era Ministro de El Salvador: los representantes de Gran Bretaña y de Francia y Joaquín Godoy, y por el otro, el General Baquedano, su secretario Lira. Vergara y Altamirano. Los diplomáticos pidieron una suspensión de hostilidades que diera tiempo de formular bases de paz, y en caso de no obtenerla, a pedir garantías para los intereses de sus connacionales. Baquedano exigió la entrega incondicional del Callao y convino en suspender las hostilidades hasta las 12 de la noche de ese día.

Sucedió que encontrándose separados ambos ejércitos por una distancia insignificante, era inevitable, en razón de la desconfianza recíproca, que se produjese una imprudencia y ella encendió la hoguera. La acción se empeñó pues, como en Dolores, contrariando la voluntad de los jefes chilenos y peruanos.

Los hechos ocurrieron así. Baquedano recorría la línea de avanzada, a mediodía, acompañado de Lagos, y se aproximó imprudentemente, confiado en el recién pactado armisticio, hasta corta distancia de los cuerpos del Callao, que al divisarlo le hicieron una descarga cerrada. Algunas compañías de avanzada, situadas detrás de las tapias, al oír los disparos los contestaron. Así se inició esta gran batalla no prevista.

La población de Miraflores estaba situada a seis y medio kilómetros de Lima, sobre la vía férrea que une la capital con Chorrillos. Piérola ha dicho que el Ejército que combatió ahí fue de 11.000 hombres, de los cuales correspondían 6.000 a los retirados de Chorrillos, con Dávila y Suárez a la cabeza; 1.000 a dos batallones del Callao y 4.000 a la Reserva. El punto más importante del frente lo cubría Cáceres, cerca del mar, cortando la vía férrea y el camino de Chorrillos a Lima. Baquedano le opuso a Lagos, cuya división estaba en mejor pie y cuyos cuerpos quedaron distribuidos así: el Concepción en la orilla del mar; el Caupolicán y el Valdivia en el centro: el Santiago, mandado por Barceló, en la derecha, y a continuación la brigada de Urriola, el Aconcagua y los Navales.

El primero en oponer resistencia al avance de b gente de Cáceres fue Barceló y su brigada debió hacer frente a una verdadera avalancha, facilitada por la sorpresa. Difícilmente la pluma puede restablecer el cuadro de aquella terrible fase del combate. Los soldados corrían a tomar sus armas en medio de una lluvia de proyectiles; los cuerpos se organizaban en la línea de fuego; las cureñas

retumbaban al pasar corriendo sobre las piedras para ejecutar ese movimiento de retroceso que los soldados confundían con la fuga; los oficiales recordaban a la tropa sus deberes y su honor.

El Coronel Cáceres con notable valentía, pretendió ejecutar un movimiento envolvente por las dos alas de la línea chilena y tomarle la retaguardia. Barceló contuvo por su lado al enemigo, pero Urriola con los Navales y el Aconcagua, retrocedió y sólo pudo contener a los peruanos cuando llegaron en su ayuda el Valparaíso y el Zapadores. Restablecida la normalidad. Lagos tomó la ofensiva antes de que el enemigo se repusiera e hizo avanzar a todos los cuerpos impetuosamente, atropellando cuanto se le puso por delante hasta llegar a la población de Miraflores de la que se apoderó con ayuda de la división de Lynch, recién incorporada al combate. Todo terminó con una carga de los Carabineros de Yungay, a las órdenes de Bulnes, que llegaron hasta cerca de Lima. Barceló estaba herido y tomó su lugar Fuenzalida, quien realizó con la brigada un último ataque, más allá de Miraflores, contra los cuatro fuertes de la derecha peruana, tomando 30 cañones y 10 ametralladoras. En esa última acción murió el 2º jefe del Caupolicán, Mayor Dardignac, dejando gran reputación de valiente. Otras bajas sensibles fueron las del Comandante Marchant, jefe del Valparaíso: del Comandante Zilleruelo, del Zapadores, y la de Juan Martínez, jefe de la 1ª brigada de la división Lynch, ex Comandante del Atacama, vencedor de Pisagua y de Los Ángeles.

El Ejército sufrió terribles pérdidas: 2.124 bajas entre muertos y heridos, o sea, más del 25% de los combatientes.

En la tarde de ese día. Piérola se fue a la capital y enseguida tomó presurosamente el camino de la Sierra en compañía de unas pocas personas. No le quedaba nada que hacer en la costa. El poder del Perú se había derrumbado.

Baquedano estaba irritado por la forma como se había roto el armisticio y pidió la rendición incondicional de Lima, en un plazo no mayor de 24 horas, bajo amenaza de bombardear la ciudad.

* * * *

Lima pasaba por los momentos más amargos de su historia. Desde hacía tres días vivía entre la esperanza y el terror. Había seguido con profunda emoción el cañoneo de Chorrillos y las informaciones de que se resistía victoriosamente habían sido luego desmentidas. El alma de aquel pueblo sufría el choque de esas

emociones contradictorias, que producían el espanto, en el mayor número, y la confusión en todos. La explicación dada en la media tarde del 13, de que la retirada de Chorrillos se había hecho con el objeto de librar una batalla definitiva en condiciones excelentes, aumentó la intranquilidad de las familias, y las mujeres, los niños y muchos hombres que no habían cargado las armas, huían buscando refugio en las legaciones, en los consulados, en el puerto de Ancón, donde se encontraban los buques de guerra extranjeros. Edificios espaciosos fueron cubiertos en Lima por los pabellones de las naciones neutrales, sirviendo de refugio a cuanta gente podía y cabía.

Había razones para huir. Los dispersos de Chorrillos y de Miraflores se habían entregado a todo género de excesos. La ciudad se mantuvo relativamente tranquila hasta el 15 de Enero, sea porque existía todavía una autoridad y un Ejército o porque se abrigaran esperanzas en el resultado del segundo combate. Pero cuando las líneas de Miraflores fueron forzadas y la autoridad nacional se puso en fuga, todo resto de disciplina desapareció. Las tiendas fueron saqueadas, las puertas de las casas forzadas. Los soldados se batían a cuchilladas y a balazos disputándose los objetos robados. Los transeúntes que se aventuraban en la noche del 15 a salir a la calle, o en el día el 16 eran asaltados y la ciudad se cubrió de heridos y de muertos que nadie se atrevía a recoger. En la noche del 16 el crimen llegó a su mayor intensidad. El 17 por la mañana los extranjeros organizaron una guardia de orden que se batió con la soldadesca y el pueblo, hasta lograr imponerse, matando cerca de 700 y fue entonces que el Alcalde solicitó del General Baquedano la ocupación de la ciudad.

Entre tanto, los sufridos vencedores de Chorrillos y Miraflores estaban tranquilos en sus campamentos. Ni uno solo había intentado burlar la consigna acercándose a Lima; a esa Lima que era el premio codiciado de sus más ardientes fantasías.

Igual cosa ocurrió en el Callao, donde fue necesario que los comerciantes europeos se armaran y tuvieran que batirse con los fugitivos del campo de batalla.

El 17 se consumó la hecatombe de la Escuadra y de las fortificaciones del Callao.

El Gobernador Astete lo preparó todo para quemar los buques y hacer volar los fuertes. Los cañones se cardaron con dinamita, las fortificaciones fueron minadas con explosivos y las guías se comunicaban con la oficina del jefe de la plaza, que aspiraba a la gloria del que incendió a Moscú ante la invasión de Napoleón. Al amanecer del 17 se sintió un estruendo espantoso que levantó un inmenso penacho

de tierra y piedras y volaron uno tras otro los fuertes de Zepita, Junín de la Merced, Pichincha, Independencia, Abtao y Provisional

No se reponían los bloqueadores chilenos de la impresión de estos desastres, cuando llegó el turno a la Marina. La Unión salió de la dársena y luego de evolucionar por el puerto, se varó cerca de la playa, donde la incendió la tripulación. Siguieron incendios en del Atahualpa y los transportes Rímac, Chalaco, Talismán, Limeña, Oroya.

Este fue el cuadro tuvo a la vista el cuerpo diplomático cuando el 17 de Enero impuso al Alcalde Torrico el penoso deber de solicitar del General Baquedano que ocupase la capital cuanto antes. Este ordenó que ese mismo día tomase posesión de Lima el General Saavedra con una columna compuesta del Buin, del Zapadores, del Bulnes de tres baterías de artillería de campaña mandadas por Velásquez de los Cazadores a Caballo y de los Carabineros de Yungay.

Los chilenos desfilaron dignamente el 17 de Enero en la tarde por las calles de la metrópoli peruana. No hubo notas sombrías en este día memorable de la historia de Chile. El decoro y la disciplina del Ejército vencedor arrancaban palabras de sorpresa a los nacionales y de aplauso a los extranjeros.

Lynch ocupó el Callao al día siguiente. El resto del Ejército entró a la ciudad ese mismo día 18 de Enero sin ningún estrépito y en la tarde lo hizo el General Baquedano, el que bajó de su caballo en el Palacio de los Virreyes, elegido para su residencia.

La noticia de la toma de Lima despertó en Chile el entusiasmo que es natural suponer. El 19 de Enero entró a Coquimbo un buque empavesado y la noticia circuló como un rayo por toda la República. El frío y mesurado Pinto hace el siguiente relato en carta a Vergara:

"El 19, a eso de las 8 de la noche, se me apareció el telegrafista agitado, casi sin poder hablar, con un parte. ¿Qué hay? le dije ¿buena o malas? Balbuceando me contestó: parece que son buenas. Tomé el papel y vi que en él me decía don Antonio Alfonso que se divisaba un vapor enfarolado. Pocos momentos después volvió con otro parte en que decía que el vapor disparaba voladores Hice llamar a los ayudantes de la Comandancia para disponer que los artilleros estuviesen listos en el Santa Lucía para hacer una salva; mandé llamar a los Ministros y al Intendente. En el entretanto había brotado en la plazuela de la Moneda un enjambre de chiquillos que supieron, Dios sabe

como, que había buenas nuevas y que principiaron a gritar ¡vivas! y a decir que se habían tomado Lima. Pocos momentos más tarde la plazuela, los patios y piezas de la Moneda estaban llenos de gente que devoraba los telegramas que se sucedían. La noche entera fue de fiesta.

La terminación un gloriosa de esta campaña deja muy arriba el nombre de Chite y los que han tenido en su dirección una parte tan considerable, como Ud. deben sentirse orgullosos".

Con la destrucción de su tercer Ejército, el Perú estaba vencido como nación. No abrigar ninguna esperanza racional de sobreponerse a la situación que le creaban sus desastres. Prolongar la resistencia era despedazar el país y sacrificar lo poco que aún quedaba en pie. Si en ese momento Piérola se yergue sobre la derrota y proclama en alta voz la necesidad de la paz, habría prestado un gran servicio a su país Tan honroso como mandar ejércitos y conducirlos a la victoria, es afrontar las corrientes populares y hablarles el lenguaje doloroso de la verdad. El Perú no tuvo quien lo hiciera y la falta de ese grande y sereno patriotismo abrió en su historia un período de nuevas desgracias y de estériles sufrimientos.

Libro III

Capítulo 21

Regreso de Baquedano. Los primeros meses de ocupación de Lima

En los primeros días, de la ocupación, las autoridades chilenas fueron benévolas con los vencidos. Saavedra mandó a recoger las armas que había en las casas, invitó a la administración de justicia a reanudar sus funciones y dejó en su cargo al Alcalde Municipal señor Torrico.

La preocupación dominante en los plenipotenciarios chilenos era que se abriesen negociaciones de paz. La expedición a Lima se había hecho para eso, aunque Pinto no creía en esa paz que recomendaba. Estaba persuadido de que la solución final no se obtendría, aunque deseaba intentarla antes de adoptar la resolución de retirarse de Lima y de hacer regresar el Ejército a sus campamentos de Tacna y Moquegua. Su propósito era dejar unos 10.000 hombres ocupando Lima y Callao por un tiempo más. En carta a Vergara decía el 26 de Enero:

"Esta guerra la concluirá el tiempo y la anarquía del Perú. No habrá Gobierno en el Perú que acepte las condiciones que nosotros le imponemos, y si lo hubiera, caería al día siguiente de firmado el Tratado".

Por suerte los acontecimientos impidieron que el Presidente pretendiera poner en práctica estas ideas, lo que habría originado una lucha entre la opinión pública y él, aún más ardiente que la de la Expedición de Lima.

Piérola había organizado la dictadura dividiendo al Perú en tres zonas: la del Norte, regida por Montero; la del centro, por Echeñique; la del Sur, por Solar. El Gobierno administrativo general y el político quedaban en sus manos, siempre desde la Sierra. Desde allí envió un oficio al cuerpo diplomático de Lima acusando al Cuartel General chileno de haber violado pérfidamente el armisticio, en una forma que no lo harían *"las tribus semi-salvajes del África o de la Araucanía"*. Estos conceptos injuriosos indujeron a declarar a nuestros plenipotenciarios, Vergara y Altamirano, que no tratarían con Piérola, lo que fue una desgracia para el Perú, porque en ese momento Piérola representaba la única autoridad organizada que podía evitarle la ocupación militar.

Vino luego una etapa de mayor severidad. Baquedano declaró la ley marcial en la capital y en el Callao, autorizando a los tribunales militares a proceder en juicio verbal. Se cobraron los gastos de ocupación y, además, se impuso una contribución extraordinaria de 5 millones de soles.

Tratando de establecer un interlocutor que les ayudara a salir del paso, la corriente peruana llamada "civilista", por oposición a la "pierolista", ofreció la Presidencia provisoria al abogado arequipeño Francisco García Calderón y esto dio esperanzas a los negociadores chilenos. Pronto se desencantaron, pues no se pudo avanzar con el nuevo Gobierno que, además, hizo prender en el Perú la mecha de la guerra civil. Un inconveniente de otra naturaleza vino a complicar la situación. Las relaciones entre el Ministro Vergara y el General Baquedano hicieron crisis y, lo que es peor, arrastraron en la contienda a los amigos de uno y otro. Esta disidencia, mucho tiempo latente, se exteriorizó el día de la entrada del Ejército a Lima y tuvo por escenario un hotel de esa ciudad donde uniformados y civiles festejaron el glorioso acontecimiento. Hubo allí ataques que Vergara estimó inadmisibles, especialmente de parte de los artilleros reunidos alrededor del Coronel Velásquez. El Ministro manifestó entonces a Baquedano que había llegado el momento de disminuir las tropas de ocupación, comenzando por la Artillería, a lo que el General en Jefe se opuso, incluso cuando la orden se le reiteró por escrito. Se trataba de un abierto rompimiento, porque, en concepto de Vergara, el General Baquedano *"quiere abarcarlo todo, según su propio entendimiento, sin sujetarse a traba ninguna, creyéndose ya con una autoridad tan soberana como la que residía en los aposentos que ha ocupado"*, en el Palacio Virreinal.

La situación era aún más complicada para el Gobierno, porque las relaciones entre Vergara y el Almirante Riveros, Jefe de la Escuadra, estaban en peor pie. De ahí que resolviera: ofrecer al General Baquedano regresar con la parte del Ejército que se iba a repatriar o quedarse en Lima con la que seguiría guarneciendo a esa ciudad, y en cuanto a la Escuadra, disponer su vuelta a Valparaíso, donde se la disolvería sin ruido. Baquedano prefirió regresar a Santiago.

Sería muy difícil rehacer el cuadro de entusiasmo que levantó en el viejo Chile la llegada de sus gloriosos hijos y describir todo lo que un pueblo puede exteriorizar en materia de cariño, de orgullo y de admiración.

El Presidente de la República y el Gabinete se encontraron en Valparaíso para dar la bienvenida a los vencedores. Pinto dirigió sendas proclamas al Ejército y a la Armada con frases elevadas. El recibimiento en Santiago no fue menos grandioso.

Baquedano vestido de gran uniforme, espada en mano, desfiló el 14 de Marzo a la cabeza de los cuerpos que batían sus gloriosas banderas mutiladas, por el centro de la avenida principal de la ciudad, en medio de dos filas de palcos colocados entre los árboles, llenos con las familias más importantes de la capital, que sembraban de flores el camino pisado por su caballo, mientras las bandas de los cuerpos de la guarnición tocaban las canciones de guerra, los cañones disparaban sus salvas de honor y el aplauso brotaba frenético.

La labor puramente militar del Ejército está virtualmente concluida. Desde ese día sus grandes protagonistas se empiezan a dispersar. Baquedano ha regresado a su hogar, del que no volverá a salir. Lynch está de viaje para la capital, a donde llega sin estrepito. Velásquez hace lo mismo. Lagos queda al mando del Ejército de Lima, ciudad donde, asimismo, habitará un tiempo más José Francisco Vergara. Riveros vuelve con sus buques, en tanto que Latorre y Condell continuarán a bordo de las naves, soportando una campaña que será más dura que la anterior, porque carece de gloria y de compensaciones.

La continuación de la Guerra del Pacífico tendrá un carácter diverso del ya conocido.

El Ejército exhibirá otras virtudes. Permanecerá cerca de tres años en el país vencido, bajo la admirable dirección del Vicealmirante Patricio Lynch, que mereció ser llamado *"El mejor Virrey del Perú"*. Luchará ese Ejército con los rigores del clima y con la hostilidad de los hombres, sin desviarse de la más severa disciplina, y cuando los acontecimientos lo obliguen, penetrará a la abrupta y quebrada Sierra y sofocará todos los centros de resistencia del enemigo. La bandera de Chile ondeará en la capital del Perú, en su primer puerto, en las principales poblaciones de la costa, en las fronteras de Bolivia, en las márgenes de los ríos amazónicos.

Un problema dominará toda esa época, el de la paz; obligar a los vencidos a suscribirla en las condiciones impuestas por el triunfo.

En esta nueva fase cambiará totalmente el escenario y los personajes. Las jomadas del Ejército chileno serán incidentalmente por el desierto de la costa, casi siempre por los caminos tortuosos de la montaña, defendidos por la rarefacción del aire, por el frío intenso, por el precipicio, por las rocas colgadas en las faldas de cerros cortados a pique, echadas a rodar sobre las columna en marcha.

También cambiarán los hombres. La diplomacia tomará preeminencia sobre la espada.

La parte esencialmente militar de la Guerra del Pacífico ha terminado y le sucederá un nuevo período lleno de proyecciones dramáticas y de memorables enseñanzas.

Ya me ocupe de la elección, como Presidente Provisional del Perú, de Francisco García Calderón, candidato de los llamados "civilistas". Una de sus primeras medidas fue restablecer la Constitución anterior a Piérola, es decir, desconocer la dictadura, lo que provocó prácticamente la guerra civil. Con el objeto de que García Calderón pudiera ejercer sus funciones con independencia del Ejército de ocupación, el Gobierno de Chile neutralizó el pueblo de Magdalena, a las puertas de Lima. El Ministerio estaba presidido por Aurelio Denegri y el encargado de las Relaciones Exteriores era Manuel María Gálvez.

El 12 de Marzo de 1881, García Calderón inauguro su presidencia en aquella pobre villa de la costa peruana y sus primeras medidas fueron tratar de borrar la obra de la dictadura. Para ello declaró cesantes todos los municipios nombrados por Piérola y anuló los nombramientos judiciales, administrativos, políticos y militares del Gobierno anterior. Las adhesiones vinieron de las poblaciones ocupadas por las tropas chilenas, como Callao, Trujillo, etc., pero no así de Arequipa, donde Subsistía el último Ejército del Perú, compuesto de 3.000 a 4.000 hombres. Piérola, por su parte, declaró traidores a todos los miembros del Gobierno de García Calderón y los condenó a muerte.

Mientras esto ocurría, el Gobierno militar de Lima había cambiado de manos. El General Saavedra, sucesor de Baquedano, se marchó a Chile, dejando en su puesto al General Pedro Lagos.

En esa hora había relajación en la ciudad. La autoridad militar amenazaba, pero no cumplía sus amenazas. Baquedano había decretado la ley marcial, pero la medida no hacía sentir sus efectos sino en los militares que se habían batido en Chorrillos y Miraflores. La obligación de poseer un pasaporte militar para salir de Lima no se cumplía por falta de control a la salida de la ciudad. El telégrafo y el correo continuaban en manos de peruanos que lo aprovechaban para sus contactos con la gente de Piérola. Había, asimismo, indulgencia para atenuar las faltas de la juventud militar chilena y los viajes al Sur a visitar la ciudad natal y a recibir el aplauso de los amigos, se habían constituido en una verdadera fuga.

La ausencia de jefes como Baquedano, Saavedra, Sotomayor, Velásquez privaba al Ejército de sus principales respetos. Lagos era, por otra parte, benevolente allí donde se habría necesitado una mano de hierro para reaccionar contra el ambiente.

Antes de cumplir dos meses en el cargo, fue reemplazado por el Contralmirante Patricio Lynch.

Mientras tanto, los montoneros de Piérola amagaban al Ejército de ocupación por el Oriente, lo cual facilitaba la naturaleza del terreno. En sus correrías llegaron hasta Chosica, caserío situado en el cajón del Rímac a pocas leguas de Lima. Eran las avanzadas de los pocos soldados con que contaba Piérola, metido en las alturas inaccesibles, como lo hicieron Laserna en 1821 y Santa Cruz en 1838.

Lynch desempeñó en Lima el cargo de General en Jefe, desde el 17 de Mayo de 1881 hasta Agosto de 1884, en que las fuerzas chilenas desocuparon el Perú. Cuando asumió el gobierno, el Perú se encontraba en el mayor desorden que es posible concebir y fue necesario reorganizar todos los servicios, desde los más altos hasta los más bajos, porque la guerra había barrido con ellos. También debió financiar la ocupación y entenderse con los diplomáticos extranjeros. Su tuición trascendía a la capital y se extendía también a todo el centro del país, desde Pisco por el Sur hasta Lambayeque y Paita por el Norte.

Para desempeñar un empleo tan complejo, Lynch poseía un gran carácter, de inquebrantable dureza cuando era necesario; pero, también, las formas más elegantes y suaves: la afabilidad comunicativa de un hombre de mundo, con hábitos formados en la aristocrática compartía de la marina inglesa. Hablaba correctamente el francés y el inglés, lo que hacía su trato muy agradable para los extranjeros que llegaban al Palacio de los Virreyes, donde vivía y donde tenía sus oficinas de despacho.

En aquel tiempo, la ley de la guerra amparaba al civil que no intervenía en ella, pero trataba como criminal al paisano tomado en combate con las armas en la mano. Tal era el caso de los montoneros, en gran parte indios crueles y salvajes o mestizos mandados por hombres sin noción de cultura. La guerra tomó formas sanguinarias que no había tenido antes y perdió su fisonomía de lucha regular.

Para defender el hospital de Chosica que albergó a los soldados enfermos y convalecientes de tercianas, el General Lagos había despachado una división de las tres armas al departamento de Junto, centro donde se formaban los guerrilleros. Allí estaba también situado el famoso mineral de plata de Cerro de Pasco y era un gran centro agrícola, productor de trigo, cebada y animales. Situado en el altiplano de 3.000 a 4.000 metros de altura, estaba poblado por grandes indiadas que le proporcionaban un repuesto de sangre casi inagotable.

La campana que voy a rememorar ahora es una triste página de la Guerra del Pacífico y fue conducida por el Comandante de Artillería Ambrosio Letelier.



General Andrés Avelino Cáceres

Esa expedición nació mal: no recibió instrucciones ni se le anexó una sección que llevase la contabilidad, recibiese los fondos e inspeccionase los gastos. Letelier se creyó autorizado, pues, para proceder como quería, considerando el territorio enemigo como propio y usando de cualquier medio para, proporcionarse recursos. En el departamento de Junín no había más fuerza organizada que la escolta de caballería de Piérola: unos 150 a 200 hombres. El resto eran "cuerpos cívicos", en

su mayoría indígenas, con muy pocas armas de fuego, que sólo hablaban quechua. Las fuerzas de Letelier llegaron tras ellos a Casapalca y desde allí, habiendo cruzado la gran cordillera que separa la costa del altiplano, se dividieron en fracciones, cuyo objetivo final era el Cerro de Pasco, punto que fue ocupado el 27 de Abril. Las pocas tropas peruanas huyeron a juntarse con Piérola y únicamente quedaron en la alta meseta los habitantes de la región. Más que campaña militar, la expedición se transformó en una gran requisición de dinero a mano armada, con el concurso de los peores elementos sociales.



Subteniente Arturo Pérez Canto

En esos días asumió el mando Lynch y una de sus primeras medidas fue preocuparse de que Letelier regresara a Lima y evitar las reclamaciones con que lo asediaban los extranjeros. Pero la orden, dada el 22 de Mayo, no fue cumplida sino mes y medio después, ya que Letelier se presentó en Lima sólo el 4 de Julio. Lynch estaba molesto por una demora que él estimó desobediencia, y al momento de las cuentas. Letelier debió reconocer que se había gastado una importante suma del dinero requisado en "gratificar" a los oficiales que las realizaban. Se ordenó entonces un sumario contra Letelier y sus dos principales subordinados: los Tenientes Coroneles Hilario Bouquet y Basilio Roa, todos los cuales fueron posteriormente enviados a Santiago.

Con la expedición Letelier, en su retirada a Lima, se relaciona el Combate de Sangra, que revela un valor a toda prueba de jefes y tropa, pero una detestable pericia militar.

Se trataba de salirle al paso a las fuerzas que el Coronel Bedoya, Prefecto del territorio de Canta, tenía en situación de hostilizar a Letelier y su gente. Con tal objeto se envió al lugar llamado Cuevas a una compañía del Buin de 78 plazas -más un corneta de 10 artos- mandada por el Capitán José Luis Araneda. Pistas tropas alojaron a pocos cientos de metros de Cuevas, en las casas de la hacienda de Sangra.

El 26 de Junio Araneda fue atacado por unos 300 peruanos mandados por el Coronel Vento, los que, luego de aislar a dos pequeños grupos de la compañía que habían quedado fuera de las casas de la hacienda —y que posteriormente se retiraron a Casapalca, atacaron con denuedo a los 30 hombres de Araneda por espacio de 12 horas. A la medianoche, y al saber que venían refuerzos chilenos desde Casapalca se retiraron las tropas de Vento. Murieron 17 chilenos y quedaron 20 heridos en un episodio que reveló una vez más el temple de nuestro Ejército.

En Julio de ese año se reunieron los Congresos auspiciados tanto por Piérola como por García Calderón, el primero en Ayacucho y el segundo en Chorrillos. García Calderón intentó en vano atraer al General Cáceres a su lado, ofreciéndole incluso el cargo de Primer Vicepresidente. Este prefirió seguir con Piérola. Ambos caudillos aprovecharon estas altas tribunas para dar desahogo a sus rencores, para injuriarse, para ahondar su separación en presencia de un enemigo que tenía en sus manos todos los resortes administrativos del país, que percibía las rentas de las aduanas, que hacía regir donde quería la ley marcial. En lo único en que estuvieron

de acuerdo aquellos Congresos fue en manifestar su fidelidad y amor a la alianza con Bolivia, en lo cual hicieron verdadera puja de halagos y de cumplidos.

Capítulo 22

Primera tentativa de paz. El Perú a fines de 1881

Por esos días hubo una conspiración financiera y política contra Chile y contra el Perú. La primera de ellas, representada por el Crédito Industrial de Francia y el Banco Franco Egipcio del mismo país, más la "Peruvian Company" de Nueva York, tenía por objeto apoderarse del guano y del salitre existentes en los territorios conquistados por Chile. Para ello, el Gobierno de los Estados Unidos debía presionar al Gobierno de Santiago a fin de que desocupara esos territorios y se contentase con una indemnización. La segunda conspiración, auspiciada por Christiancy, Ministro norteamericano en Lima, aconsejaba a Washington anexarse o conquistar el Perú e incorporarlo a la Unión. En un plazo de 10 años se le instruiría y se cambiarían sus costumbres, para que pudiera gozar del honor de figurar entre sus Estados y tener opción a una estrella en su bandera. La idea parece que le había sido sugerida por los mismos peruanos, los cuales, agregaba, aceptarían la conquista con júbilo.

Como se ve la conspiración política y financiera flotaba en la atmósfera de las bolsas de Comercio de Francia y Nueva York. Cada una quería poner la mano sobre la herencia y alejar a Chile que estaba en posesión de ella, creyendo fácil conseguirlo por intimidación.

En el momento que voy a historiar, toda la preocupación del Gobierno chileno será celebrar la paz en las condiciones planteadas por sus plenipotenciarios en Arica: cesión de Tarapacá por Perú y conservación temporal de Tacna y Arica. La posición peruana cambiaba con el interlocutor: para García Calderón, mientras confió en el apoyo de los Estados Unidos, fue limitarse a una indemnización a Chile, pero conservando Tarapacá. Luego se aceptó entregar ese territorio y discutir lo de Tacna y Arica. Para Bolivia, aunque no se le mencionaba de un modo explícito, la paz significaba la adquisición de Tacna y Arica.

El 1° de Marzo se realizó una reunión entre el Ministro de Relaciones Exteriores de García Calderón. Manuel María Calvez, y los plenipotenciarios chilenos Altamirano y Vergara. Las instrucciones de estos últimos eran exigir, además de la cesión de Tarapacá, el pago de 4 millones de libras esterlinas, la conservación de los territorios hasta el Sama mientras no se entregase totalmente dicha cantidad y, finalmente, el pago de una indemnización diaria de 100.000 pesos diarios, desde las conferencias de Arica hasta la firma del Tratado de Paz.

Esta reunión no produjo resultados, pues el Ministro Gálvez exigió por su parte, como cuestión previa, la desocupación de Lima, o, por lo menos, que se entregase a García Calderón el Palacio de Gobierno.

Altamirano y Vergara renunciaron a su misión y regresaron a Chile.

En esta lucha por conseguir el apoyo de Estados Unidos, Piérola no se quedaba atrás. Su plan consistía en mostrarse deseoso de un arbitraje con la intervención del país del norte. Esto encontró, naturalmente, apoyo en el Secretario de Estado Mr. Evans y en Mr. Blaine, que le sucedió en el cargo. No obstante, el momento de anarquía que vivía el Perú impedía la formación de un Gobierno respaldado por la gran mayoría de los ciudadanos de ese país. Chile resolvió entonces robustecer el Gobierno de García Calderón y envió como plenipotenciario en Lima a Joaquín Godoy.

El reconocimiento de dicho Gobierno por el de los Estados Unidos, el 26 de Junio de 1881, vino a trabajar en el mismo sentido. García Calderón tomó desde ese momento un aire de independencia que no se armonizaba con su verdadera situación: tenía el apoyo de la gente de influencia, pero no el de la opinión general del país.

Godoy llegó a Lima lleno de esperanzas. Había sido ahí representante de Chile y tenía muchos amigos. Pero encontró un ambiente distinto del que esperaba. García Calderón se le ocultó y así permanecieron cerca de un mes sin verse. Las reuniones que tuvieron después no aportaron nada a la causa de la paz. En Julio arribó al Callao un nuevo plenipotenciario norteamericano en reemplazo de Christiancy: Mr. Steffen A. Hurlbut, con quien consultó en adelante García Calderón todos y cada uno de los pasos que daba. El primer consejo del diplomático de Washington fue que debían prolongarse las conversaciones preliminares con Chile todo lo posible, única manera, se pensaba, para desalentar a nuestro país en sus exigencias de cesión territorial. García Calderón se había afirmado en esa posición, según escribía Hurlbut a Estados Unidos:

"Calderón me ha dicho que no consentirá, en ningún caso, en la división del territorio peruano, y que por esto soportará cualquiera consecuencia "

Godoy se aburrió y determinó regresar a Chile, como lo hizo, pero antes solicitó de Lynch que suprimiese el Gobierno de García Calderón, a lo cual este no accedió.

Creyó que una resolución tan grave incumbía a la nueva administración que se iba a inaugurar en Chile un mes después, en Septiembre de 1881.

El Gobierno chileno mantenía como Ministro en Washington a Marcial Martínez. Era el período álgido de las dificultades entre Chile y los Estados Unidos. El Gobierno norteamericano deseaba la paz y temía que la prolongación de la guerra pudiera suscitarle dificultades con los poderes europeos que pretendían inmiscuirse, con atropello de la doctrina Monroe. La política de Chile, país al que el agente norteamericano en Lima presentaba como interesado en prolongar la guerra, era poco simpática al Gobierno de Estados Unidos.

Mr. Blaine trató desde el principio a Marcial Martínez con afabilidad, pero no era sincero. El Departamento de Estado, que había aceptado a Federico Elmore como agente confidencial de García Calderón, y enviado a Hurlbut a Lima como su representante diplomático en misión secreta de paz mantuvo estas negociaciones fuera del conocimiento del enviado chileno en Washington.

Ya dije que Estados Unidos cambió en Lima a Christiancy por Hurlbut. Lo mismo hizo en Santiago, donde el General Kilpatrick, casado con una dama chilena, reemplazó al Ministro Osborn. Las instrucciones a estos dos agentes son del mismo día (15 de Junio de 1881) y guardan alguna analogía entre sí. A Hurlbut se le dice que cualquier cesión de territorio por parte del Perú debe ser voluntaria y no como condición previa al Tratado, y que los Estados Unidos podrían ejercer sus buenos oficios para reemplazar aquella cesión por una indemnización pecuniaria, si hubiera quien la pagara. ¿El Crédito Industrial?

La misión de Hurlbut fue una marcha fúnebre. El día que tomaba el vapor en Nueva York, supo que el Presidente Garfield había sido herido en un atentado. Pocos meses después él mismo cayó fulminado en Lima, más violentamente todavía. Su compañero de misión, Kilpatrick, también falleció en Chile.

La acción de Hurlbut en Lima fue múltiple y era un secreto a voces que el enviado norteamericano se presentaba como aliado del Perú. Los notables se felicitaban y García Calderón asumía una actitud que no se le había conocido antes: enhiesto, arrogante, mirando con desdén esa guarnición chilena que tendría que someterse ante un gesto de La Casa Blanca. No hay duda de que había llegado el momento de hablar "claro" a Chile.

Esa palabra "claro" fue el memorándum a Lynch.

Se trata de un documento redactado por el Ministro Hurlbut, en el que quiso formalizar la conversación que sostuvo con Lynch el 24 de Agosto, al recibirlo

en la legación norteamericana El jefe de la ocupación chilena se refirió al rumor que presentaba al diplomático de Estados Unidos como decidido a oponerse a Chile y a ayudar al Perú. En este memorándum expone su opinión sobre la situación actual. Una copia fue entregada a García Calderón.

En parte del mencionado documento se lee:

Participamos claramente de la opinión de que el Perú debe tener oportunidad para discutir amplia y libremente las condiciones de la paz, para poder ofrecer una indemnización que se considere satisfactoria, y que es contrario a los principios que deben prevalecer entre naciones ilustradas, exigir desde luego y como un "sine qua non" de paz la transferencia de un territorio indudablemente peruano a la jurisdicción de Chile, sin manifestarle primeramente la inhabilidad o falla de voluntad del Perú» para indemnización en alguna otra forma. Un proceder semejante de parte de Chile encontrará una decidida desaprobación de los Estados Unidos".

Estos conceptos produjeron alarma en Chile. El nuevo Gobierno que se inauguró en Santiago el 18 de Septiembre de 1881, con Santa María como Presidente y Balmaceda como Ministro de Relaciones Exteriores, pidió explicaciones a Kilpatrick, quien estimó incalificable la publicación del memorándum y declaró que la conducta de Hurlbut no se ajustaba a las instrucciones de Washington.

En Lima la situación se puso muy tirante. Las relaciones del Cuartel General con García Calderón estaban prácticamente cortadas y el Presidente provisional vivía en la mayor intimidad con Hurlbut. Cáceres con sus montoneros, establecidos en Chosica, merodeaba hasta cerca de Lima. Por su parte, la pequeña guarnición militar de la Magdalena, consentida y armada por Chile, continuamente desertaba, pasándose al enemigo, lo que hizo a Lynch desarmarla, recogándose casi mil rifles. García Calderón quedó, pues, sin "ejército".

Ese fue sólo el primer paso. El 28 de Septiembre. Lynch hizo publicar un bando para prohibir el ejercicio de cualquiera autoridad extraña en el territorio de su jurisdicción. García Calderón hubo de entregar las oficinas de su dependencia. Por excepción se permitió que subsistiesen las autoridades municipales.

Hurlbut, el confidente de García Calderón, sugirió que se designase a un Vicepresidente para el caso de que el Presidente depuesto fuera aprehendido y convirtió a la legación norteamericana en la verdadera sede del Gobierno, donde

recibió "de Mr. Gálvez, el Secretario de las Relaciones Exteriores, algunos libros, documentos y correspondencia que él considera esenciales, y los tendré en la Legación". El Almirante Montero fue escogido como Vicepresidente, lo que él aceptó, rebelándose contra Piérola, de quien era lugarteniente.

El Ejército de Arequipa, el núcleo armado más fuerte de la resistencia, reconoció asimismo a García Calderón -o a Hurlbut, que en ese momento era el verdadero jefe del Perú y Cáceres se sublevó contra Piérola, quien, abandonado de sus tenientes, renunció a la dictadura y se retiró a Lima.

Los acontecimientos se precipitaron. García Calderón dirigió una circular al Cuerpo Diplomático anunciándole la designación de Montero, y Lynch lo hizo aprehender, junto con su Ministro Manuel María Gálvez, y los hizo conducir al Callao, donde los esperaba un vapor para llevarlos a Chile.

El tablero político del Perú se iba despejando.

Luego vinieron entrevistas de Piérola con Lynch y con el nuevo diplomático negociador de Chile, Jovino Novoa, enviado por el Presidente Santa María, y de García Calderón —ya en Santiago— con el propio Presidente. Nada se avanzó hacia la paz, ante la irreductible posición de chilenos y peruanos respecto a la cesión de Tarapacá.

La prisión de García Calderón había repercutido fuertemente en Washington, como una ofensa. El 25 de Noviembre, Kilpatrick recibió un telegrama del Departamento de Estado en que se le decía que "Estados Unidos no comprende la supresión del Gobierno de Calderón y su prisión", anunciándole, al mismo tiempo, la partida de un enviado especial a Santiago. Se trataba de Mr. William H. Trescot, acompañado de Mr. Walker Blaine, hijo del Secretario de Estado. En otro telegrama a Lima se instruía: "*Continúe el reconocimiento del Gobierno de Calderón*".

En Estados Unidos había ocurrido una gran novedad, trastornadora de las combinaciones del Secretario Blaine. El Presidente Garfield, herido de un balazo por un loco semi místico llamado Guiteau, falleció a mediados de Septiembre. El pueblo yanqui entre tanto, sacudiendo su indiferencia, empezó a preocuparse de la larga guerra de las costas del Pacífico. Llamó su atención, primero el memorándum de Hurlbut a Lynch, que tuvo amplia publicidad; después la prisión de García Calderón. Dos diarios agitaban la opinión pública "The Tribune", órgano de Blaine y "The World", que pertenecía a un hermano de Hurlbut. En ellos se afirma que Chile abusa de su victoria, manteniendo bajo sus plantas a un Perú desorganizado, sin fuerzas para formar Gobierno. ¡Poor Perú!

En Octubre, el Ministro Marcial Martínez celebró una conferencia muy interesante con Blaine, relativa a los extraños procedimientos de Hurlburt. El Secretario de Estado se quejó a su vez de la actuación de Lynch contra García Calderón, a quien había reconocido Estado Unidos para servir los intereses de Chile, quedando ahora en una falsa situación. Blaine agregó que era imprescindible que la guerra terminara cuanto antes y que no habría en Perú quien suscribiese un Tratado con cesión de territorio.

Ocurre en el final de ese año algo inexplicable. Blaine se puso a recoger con una actividad febril el hilo del globo intervencionista que había encumbrado tan alto. Desautorizó a Hurlbut, le ordenó abandonar al Crédito Industrial y a la Peruvian etc. y envió a Chile, como dije, a Trescot y a su hijo (2 de Diciembre). Pocos días después, Blaine fue reemplazado por Mr. Frederick T. Frelinghuysen, Secretario de Estado del nuevo Presidente de Estado Unidos y sucesor de Garfield, Mr. Arthur. Desde este momento se modificó la política de la Casa Blanca en relación a la Guerra del Pacífico.

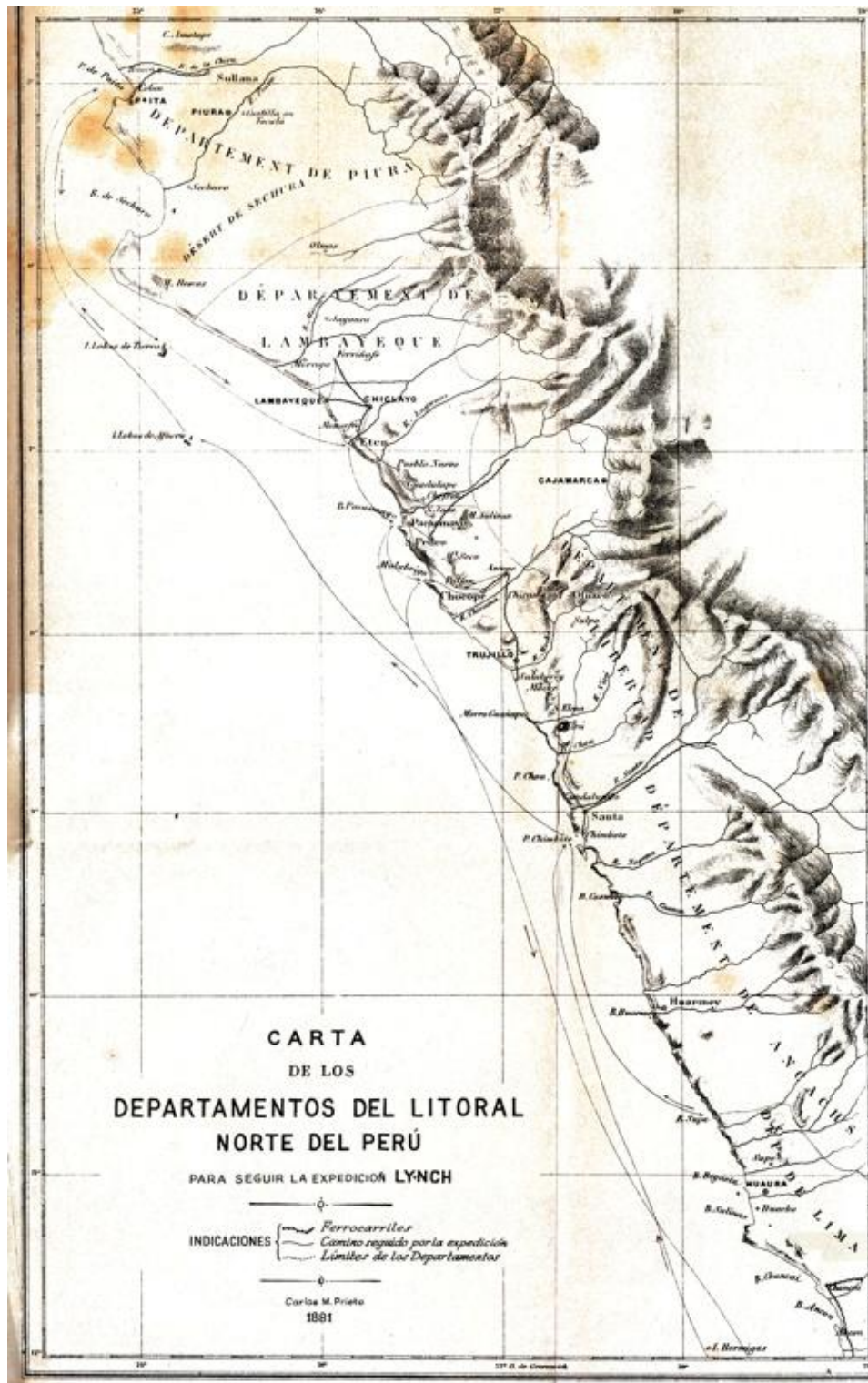
* * * *

El 18 de Septiembre de 1881 terminó el período constitucional de la Presidencia de de Aníbal Pinto y le sucedió Domingo Santa María.

Pinto se retiró a su hogar modestamente, dejando escrita en la historia de Chile una página brillante. Él representa la campaña militar; Santa María, la solución, tan difícil como la otra, sino más. A Pinto le tocó la parte álgida de la guerra; la improvisación de un Ejército numeroso; el dotarlo de armas que no había en el país; las duras y difíciles campañas del desierto. Vivió midiendo los recursos del erario, para que los gastos no superasen a dineros que eran escasos y que no había como aumentar. Fue inflexible para mantener la disciplina del Ejército, conteniendo las ambiciones naturales que creaba el triunfo y manteniendo en todo su vigor el principio civil, que ha sido la característica de los gobiernos nacionales desde O'Higgins adelante. Pinto fue ante todo Presidente constitucional y jamás pretendió alterar el régimen normal por razón de la guerra.

Santa María había sido magistrado durante largos años y en los círculos forenses se le respetaba como juez hábil y de una rectitud a toda prueba. Había sido además parlamentario y un orador político de fuste que apasionaba a su auditorio. Le tocó

ocupar el más elevado cargo del Estado, en un momento muy difícil de la vida nacional y lo desempeñó con inteligencia y energía.



El cuadro de la situación del Perú cuando asumió el mando supremo era aterrador. La intervención norteamericana asumía formas alarmantes. Al abatimiento que le produjo al peruano la destrucción de sus ejércitos y la caída de su capital, había sucedido un ambiente de dura rebeldía. Cáceres, desplegando cualidades notables de organización, mandaba ahora no menos de 3.000 hombres y una reserva inagotable de indios. Montero -a quien Cáceres reconoció en Enero de 1881- tenía otro núcleo militar en Cajamarca. En Arequipa, su guarnición de línea se había incrementado con muchos cuerpos de guardias nacionales. Las armas habían sido proporcionadas por Bolivia, que disponía de un armamento flamante recién recibido de Europa.

Políticamente, el Perú aparecía cortado por una raya de norte a sur: la zona marítima obedecía a Chile; el resto del país, a los caudillos.

En realidad, en los meses corridos desde la toma de Lima hasta la inauguración del Gobierno de Santa María, la causa de Chile había retrocedido en el Perú y la paz se alejaba más y más cada día. Negándose a tratar con Piérola, Chile había caído en lo desconocido y nuestra diplomacia nada podía sacar de caudillos como Cáceres, Montero y el propio García Calderón.

Si el cuadro del Perú no era halagüeño, tampoco lo era el de Bolivia, la que se mantenía en el mismo pie desde que su Ejército fue destruido en Tacna. Ni un paso adelante hacia la guerra, ni un paso atrás hacia la paz. Esta era la política de Campero, que sus "doctores" llamaban "defensiva armada". Cada vez que se hablaba de terminar la contienda, la Cancillería boliviana exigía que se invitase al Perú para discutir las condiciones junto con ella, y en el Perú se hacía lo mismo. En la parte militar, Santa María, desde su advenimiento al Gobierno, se propuso enviar expediciones al interior para obligar a quienes acentuaban su rebeldía a solicitar la paz. Los lugares elegidos para ese efecto fueron Junín y Arequipa, donde estaban Cáceres y el Coronel Latorre, respectivamente. Para ese objeto formó un segundo Ejército de 7.000 hombres, recurriendo al inagotable patriotismo de las poblaciones chilenas.

El más importante de los funcionarios diplomáticos que Santa María nombró cerca del General en Jefe Lynch, fue Jovino Novoa, a quien corresponde un papel de primer orden en las negociaciones de paz y en la celebración del Tratado de Ancón. Novoa procedió con el mayor cuidado para no rozar la susceptibilidad de Lynch, haciéndose a un lado y prefiriendo la oscuridad, tal como lo había hecho Sotomayor.

La intervención de Novoa alcanzó a todo lo que se hizo en Lima en su tiempo. Carecía de las condiciones externas de Lynch. Era un abogado poco expansivo y seductor y hacía contraste en la sociedad peruana con aquel jefe elegante que hablaba tres idiomas. Pero estaba consagrado por entero al interés público y aunque la opinión pública de Lima lo culpaba sólo a él de ciertas medidas rigurosas tomadas en común con Lynch, no hizo jamás nada por desvirtuar esa falsa idea.

Ambos fueron grandes, cada uno en su medida. La paz no se comprende sin Novoa y la disciplina del Ejército no se comprende sin Lynch.

Cuando Santa María inició su período presidencial, el sentir general del mundo era ¿hasta cuándo se extenderá la ya prolongada ocupación del Perú por Chile? Nadie se daba cuenta que por efecto de la desorganización del país y de la absoluta anarquía moral no había un interlocutor con el cual negociar. Además, no había control efectivo de Chile de lodo el país. Santa María se afanaba, pues, porque se ocupase cuanto antes Junín y Arequipa, teniendo este último punto una importancia especial como enlace con Bolivia y Su posible cooperación. El problema era atacar ambos departamentos al mismo tiempo, para evitar que las fuerzas se uniesen. Lynch calculaba que la expedición a Junín necesitaba 5.000 hombres; que Lima, cuya guarnición ascendía a 8.000 efectivos, podía proporcionar 3.000, de modo que era preciso enviar del sur 2.000 más. La expedición de Arequipa requería, a juicio del Gobierno. 5.000 a 6.000. Se pensó que Lagos debería dirigir esta última expedición, pero los congresales chilenos se pronunciaron por realizar primero la de Junín y postergar un tiempo la de la ciudad austral peruana.

El Ejército de ocupación del Perú, excluidas las guarniciones de Tarapacá y Tacna, estaba compuesto en la siguiente forma: 2.500 hombres en el norte, especialmente en el departamento de la Libertad, a las órdenes del Comandante del batallón Talca. Coronel Silvestre Urizar Garfias; 4.500 hombres en Lima, escalonados por el norte y el oriente de la ciudad; alrededor de 5.000 en Callao y 1.200 en Huacho. Las epidemias endémicas de Lima, los malos cuarteles, la insuficiencia del servicio médico, mantenían una cuota de enfermos de no menos de 1.000.

Todo lo que se puede decir en materia de disciplina y de severidad existía en ese Ejército. Los cuerpos cambiaban de residencia cada cierto tiempo, para evitar los compañerismos que se crean con los vecindarios. En el día, el soldado se dedicaba a los ejercicios en el cuartel, y en los de fiesta, los cuerpos hacían tiro al blanco en un campo llamado Pampa de Amancaes.

Lima vivía recogida en el orgullo reconcentrado de sus viejos recuerdos. La sociedad pasaba su tiempo encerrada en sus habitaciones, viendo por entre los bastidores de sus ventanas esos uniformes odiados que le recordaban el deudo muerto, el hijo o el amigo ausente en el interior, sufriendo penalidades por seguir a un caudillo que les ofrecía una victoria segura, con la ayuda de Hurlbut. Todo era mustio y triste en Lima. Sus damas de distinción, las representantes de la aristocracia de nobilísimos blasones, no salían de su domicilio sino para ir a la iglesia el domingo, y solamente allí se les veía desfilar, envuelto y casi cubierto el rostro con sus mantillas, como una protesta de aislamiento contra los invasores. La vida social estaba suspendida por completo. Ni teatros ni fiestas. En los hoteles y restaurantes dominaban los oficiales chilenos, a los cuales vigilaba severamente el General en Jefe. La vida era apacible y tan tranquila como podía serlo dada la situación de la ciudad. Lynch había impuesto el orden. El salía del Palacio solo a horas fijas, de ordinario a la terminación de su despacho o después de la comida y regresaba también solo, de noche, sin que jamás le ocurriera ningún incidente desagradable.

Si había desaparecido la vida social, la vida política subsistía. No se habían extinguido las discordias ni las odiosidades de los partidos. Civilistas y Pierolistas procedían por separado, con manifiesta enemistad y el secreto de sus acuerdos llegaba por una u otra forma a conocimiento de Novoa y de Altamirano.

El General en Jefe Lynch designó en Diciembre a su secretario Adolfo Guerrero como alcalde e Intendente de Lima, con el nombre de Jefe Político, Este mejoró los servicios locales, introduciendo en ellos un orden no conocido. Limpió la ciudad, decretando visitas dominicales para extraer las basuras que se arrojaban a las azoteas por una costumbre inveterada en el Perú: ordenó que todas las casas se pintaran exteriormente y Lima cambió de aspecto.

En aquellos días se trató de celebrar una tregua indefinida con Bolivia, la cual se llegó a considerar muy realizable, y el General Camacho exigió que la proposición se hiciera extensiva al Perú. El plan consistía en dejar en la indecisión la suerte definitiva de Tarapacá, Tacna y Arica. El Ejército chileno se retiraría a la línea del Sama y todos los problemas derivados de la guerra quedarían pendientes. Eran los días previos a la llegada de la misión especial norteamericana de Trescot y Blaine hijo y se pensó que esta tregua podría ofrecerla Estados Unidos a los tres países, quedando Tarapacá bajo el protectorado de aquel Gobierno.

Este proyecto que no contaba con la simpatía de Chile, se abandonó al caer el Secretario de Estado Blaine.

Capítulo 23

Bolivia y la tregua

Desde el desastre de Tacna, en Bolivia no se hablaba sino de guerra: pero había dos inconvenientes insuperables para hacerla: falta de armas y de dinero. Por medio de un esfuerzo supremo, el Gobierno boliviano adquirió en Europa, a principios de 1881, rifles, municiones y cañones, para caer sobre Tacna cuando los chilenos la hubiesen desocupado en su marcha a Lima. Lo que faltaba lo suplía la admirable sobriedad de un pueblo que necesitaba mucho menos que cualquier otro para las operaciones militares. Con todo, la mencionada expedición a Tacna no se realizó jamás. Campero explicó la situación diciendo que ello se debió a la rapidez de la acción chilena sobre Lima y *"porque no hubo requerimiento alguno de parte del aliado, que era lo que esperábamos conforme al plan preconcebido"*.

La noticia de la toma de Lima cayó como una bomba en Bolivia. Campero llamó al país a la calma y ofreció no abandonar jamás la causa del desventurado aliado peruano. Pero era notorio que existían en el altiplano hombres distinguidos partidarios de entenderse con Chile. Bolivia ha hecho, decían, lo que es humanamente posible en favor del aliado. Ha llegado el momento de pensar en sí, con templando los problemas propios.

Uno de los que discurrían de este modo era el Primer Vicepresidente Aniceto Arce; otro, el Presidente de la Convención de 1880, Mariano Baptista. Campero, queriendo poner fin a esa campaña enervante de su política guerrera, desterró a Arce. Bajo los auspicios de estas tendencias contradictorias de la opinión pública, se reunió en La Paz la Convención de 1881, con el objeto de fijar rumbos a la política de guerra de Bolivia.

Por esos días, en Octubre, Chile y Argentina llegaron a un arreglo de sus cuestiones limítrofes y Bolivia se dio cuenta que no podía seguir fundando esperanzas en la intervención del Gobierno de Buenos Aires. Fue entonces cuando tuvo lugar un nuevo esfuerzo de paz entre Chile y Bolivia, partiendo esta vez la iniciativa del General Camacho, quien estaba prisionero en Santiago desde la batalla de Tacna. Hubo entrevistas con Santa Marta y con Lillo que no dieron resultado, porque lo que Camacho pedía era una tregua durante la cual Chile sólo tendría la ocupación "militar" del litoral, lo que no aceptaba Santiago, que exigía allí el imperio de las leyes chilenas.

El 12 de Diciembre se envió a Tacna, como Jefe Político, a Eusebio Lillo, quien recibió en esa ciudad, a principios de Enero siguiente, a Mariano Baptista, de paso a Panamá a la reunión de un Congreso. Llevaba cartas del General Campero, del Segundo Vicepresidente Salinas y del Ministro de Relaciones Exteriores Zilveti. De lo conversado hay constancia en una carta que Lillo dirigió al Presidente Santa María el 14 de Enero de 1882.

"He hablado con Baptista sobre un Tratado de Paz y Alianza.». Hay dos puntos capitales en el Tratado: la incorporación a Chile de todo el litoral antes boliviano y la rectificación de fronteras al norte de Camarones para que Bolivia tenga salida al Pacífico y quede interpuesta entre Chile y el Perú, sirviendo de valla en lo futuro si alguna vez nuestro eterno enemigo llegara a tener fuerzas u ocasión para crearnos dificultades. Respecto del litoral boliviano, Baptista desea que la cesión a Chile se haga como el pago de la indemnización de la guerra, y en cuanto a la rectificación de fronteras, quisiera que continuando Chile en la ocupación de Tacna y Arica, llegara a efectuarse la transmisión a Bolivia sin que aparezca como violencia hecha a estas poblaciones. Cree él y creo yo que estos habitantes en la generalidad han roto sus lazos de nacionalidad y de afecto con el Gobierno de Lima y que en poco tiempo más no habrá dificultad para hacerlos aceptar, con propio consentimiento, la incorporación a otra nacionalidad".

He insertado este trozo para que el lector comprenda cómo se generó el Tratado de Ancón, el cual no fue una creación de última hora sino la condensación de las ideas que fueron surgiendo en las negociaciones que le precedieron. Cada una dejaba un sedimento o material con que se elaboró aquella pieza diplomática.

Lillo y Baptista se pusieron fácilmente de acuerdo. Aquél presentó sus bases que consistían en dejar a Chile en posesión de los territorios bolivianos del litoral por una tregua indefinida, gobernándose por las autoridades y leyes chilenas, y no pudiendo interrumpirse esa cesación de hostilidades sino con un año de aviso: el restablecimiento de las relaciones comerciales con franquicias recíprocas para la exportación de mercaderías por sus puertos de mar y de cordillera, y una reducción del 50% de los derechos de aduana a las mercaderías bolivianas que pasaran por los puertos chilenos. Baptista las consultó con su Gobierno, el que las aprobó. Convenidos ya en lo substancial, los negociadores solicitaron poderes de sus Cancillerías para suscribir el Tratado. De Chile se le enviaron a Lillo el 20 de ese

mes de Enero. A Baptista no se le enviaron jamás. ¿Qué había sucedido? Que el recién llegado Ministro norteamericano en Bolivia. Mr. Charles Adams, -quizás más intervencionista que Hurlbut obtuvo de Zilvetti que no mandase los poderes solicitados por su negociador y que, aun, declarase que Baptista no procedía con autorización suya. Este afirmó, por su parte, *"que la idea y bases de la tregua hallaron favorable acogida en mi Gobierno"*.

Los esfuerzos honrados de los negociadores de Tacna fueron burlados por esta intervención.

Lillo y Baptista, más que diplomáticos, eran hombres leales, la antítesis de la diplomacia retorcida y capciosa. Su amistad databa de largo tiempo, desde la juventud de ambos, cuando Lillo era un muchacho semi inspirado con algo de poeta y mucho de soñador, y Baptista un abogado joven, sin pasado, pero descollante desde los albores de su notable vida pública.

Como ya se vio, a fines de Diciembre de 1881 llegaron al Callao Trescot y Blaine hijo, con instrucciones inspiradas en un propósito belicoso en contra de Chile.

Sus puntos esenciales eran estos:

1. Pedir el restablecimiento de García Calderón, cuya deposición se consideraba como un reto contra los Estados Unidos, o la ruptura diplomática.
2. No aceptar que Chile intentara resolver por sí solo la guerra.
3. No aceptar la anexión de Tarapacá.
4. Amparar el supuesto derecho de Landreau a su reclamación por 300 millones de dólares.
5. Pasar por Argentina y Brasil a solicitar su cooperación para obligar a Chile a someterse a estos dictados.

Pero cuando los enviados especiales llegaron a Valparaíso el 4 de Enero, los esperaba un telegrama del sucesor del Secretario de Estado Blaine, Mr. Frelinghuysen, que alteraba esas instrucciones y les recordaba: *"El Presidente reconoce que el Perú y Chile son Repúblicas independientes a las cuales no tiene derecho ni deseos de mandar"*.

La presentación de credenciales de Trescot a Santa María se realizó en un ambiente amistoso. Trescot era un soldado con casaca diplomática. Franco, exteriorizaba fácilmente sus impresiones con mentalidad sajona, sobrio de maneras. Reveló en

Chile una gran prudencia. Su misión era ahora difícil, porque el cambio de instrucciones lo privaba de rumbo.

Las conferencias oficiales de Tescot se extendieron entre 16 de Enero y el 11 de Febrero. Se trató lo relativo a García Calderón y a la actuación intervencionista de Hurlbut; de la ocupación indefinida del Perú y de la falta de un Gobierno peruano con el cual tratar de la indemnización pecuniaria, etc.

En la tercera reunión, el Ministro Balmaceda presentó las condiciones de paz de Chile:

1. Anexión de Tarapacá.
2. Retención de Tacna y Arica por 10 años o más, al cabo de los cuales se devolverían al Perú, a cambio de un rescate de 20 millones de pesos, entendiéndose que quedarían definitivamente para Chile si el Perú no satisfacía esa condición.
3. Explotación por Chile del guano de las islas de Lobos, obligándose a ceder la mitad de su producto y el de las guaneras de Tarapacá a los acreedores peruanos.

El argumento de Balmaceda para no entregar Tarapacá se basaba en la existencia de un 80% de chilenos en esa región, los que no podían quedar bajo la autoridad de funcionarios enemigos: el vencedor bajo el poder del vencido, lo que ningún país del mundo aceptaría en la situación de Chile. Tescot entendió la situación y contestó: *"No diviso la posibilidad de que Perú pueda dar garantías eficaces para lo futuro a las poblaciones chilenas de Tarapacá"*.

Pero Washington no quiso aceptar una solución que, además de consultar la entrega de Tarapacá, exigiese el pago de 20 millones de pesos. Entonces Tescot propuso la venta de Tacna y Arica por 6 u 8 millones de pesos. Esta fórmula entraba en la tradición de su historia, porque la guerra de su país con México había terminado con la anexión de una gran sección de territorio mucho más grande por su puesto de la que Chile exigía ahora del Perú. Chile aceptó la modificación propuesta por Estado Unidos.

En carta de Balmaceda a Novoa del 7 de Marzo de 1882, le decía al respecto:

"Chile quiere a firme Tacna y Arica, aunque dé algunos millones, porque así que con la llave de Bolivia y (con) la plaza fuerte y estratégica de Arica."

Con la intervención de Adams debió terminar la misión de Baptista en Tacna, como se vio más atrás. Este se volvió a Bolivia profundamente agriado. Vino enseguida otra misión de paz, representada esta vez por Juan C. Carrillo, ex Ministro ante Montero del anterior Gabinete boliviano. Tampoco resultó, como fracasaron asimismo las gestiones en Washington de los representantes del Perú y de Bolivia, señores Elmore y Cabrera.

Carrillo se reunió varias veces con el representante de Montero en Urna, Ramón Ribeyro. A principios de Julio, y luego con el nuevo representante del Vicepresidente peruano, Mariano Alvares. No hubo acuerdo. El representante boliviano abogaba por la tregua con Chile y el peruano ponía condiciones previas como la libertad de (Jarcia Calderón o el reconocimiento de Montero. Por supuesto que ni uno ni otro deseaban ceder los territorios ya en poder de las fuerzas chilenas. Claro que los argumentos de Carrillo variaban si los exponía a Álvarez, o, luego, a Lynch y a Novoa. Al primero decía:

"La anexión del litoral boliviano a Chile sería más grave y trascendental que la de Tarapacá, si se considera que Bolivia pierde, en tal supuesto, su independencia comercial, con peligro de su independencia política. Que Bolivia, cerrado el Océano y el litoral de Atacama que le permitían salvar el desierto para comunicarse con el mundo, tendría que ser la única nación de América que se viese condenada al aislamiento, sin la libre expansión comercial que forma la vida de los pueblos".

A Novoa decía Carrillo, según carta del primero al Ministro de Relaciones Exteriores Luis Aldunate, sucesor de Balmaceda, el 5 de Agosto de 1832:

"Para Bolivia, me decía, no es cuestión de territorio, puesto que tiene tanto que pasarán siglos sin poder poblarlo. Lo que ella quiere son franquicias comerciales, ya que encerrada en el continente necesita vía por donde recibir y enviar sus frutos y ponerse en relación con el mundo".

Continuare ahora con la misión de Trescot en Lima.

Allí llegó el 29 de Marzo de 1882, a tiempo para asistir a los funerales de Hurlbut. Se reunió luego con Lynch y con Novoa, pues estaba empeñado en negociar la paz

sobre las bases privadas que había convenido con Balmaceda. Partió enseguida a Cusma y de allí a Huáraz, esta última etapa en mula, por caminos escabrosos.



Capitán Ignacio Carrera Pinto

La política interior no había terminado en el Perú. Civilistas y Pierolistas se acechaban y combatían con tanto encono como el que sentían por el invasor, y

quizás más. Todas las gestiones de conciliación fracasaron, pues las ofensas recíprocas eran demasiado graves, y no se podía pedir el sometimiento de un bando a otro.



Subteniente Luis Cruz Martínez

En lo que ambos bandos estaban acordes era en rechazar las demandas de Chile. Después del paso de Trescot, los Pierolistas creyeron que debían someterse a lo irremediable y ofrecieron su apoyo a Montero, siempre que éste celebrase la paz y reuniese una Asamblea Constituyente, lo que éste no aceptó. Viendo entonces el pierolismo que no había medio de conciliar tendencias tan opuestas, pensó en el mes de Junio en levantar al General Miguel Iglesias como caudillo de la paz. Así

hace su aparición en la historia este hombre honrado y enérgico que tuvo el valor de afrontar todas las injusticias en la mayor de las crisis por las que su país hubiera jamás atravesado.

* * * *

Va dar a conocer las ideas que predominaban en esos meses en el Gobierno chileno.

El cansancio irresistible de la cuestión peruana-boliviana se traducía en los proyectos de tregua ya revelados. Quería verse desembarazado cuanto antes de ese problema, que ponía al país en los mayores peligros; que hacía soportar a nuestro Ejército epidemias mortíferas y que lo condenaban a la actitud expectante de guardián de vidas y de propiedades en Lima. El país lo secundaba en ese deseo.

Pero idea de dejar Lima era también resistida. Allí habían encontrado colocación bien remunerada los postulantes chilenos a empleos que pululaban alrededor de los Ministerios; los comerciantes que negociaban con el Ejército; los oficiales que gozaban de consideraciones que no obtenían en Chile; los militares ocasionales o "asimilados" que sabía lo que les traería su licenciamiento: el trabajo duro del campo o de las faenas mineras. El Gobierno tenía buenas razones adicionales para desear poner fin a la ocupación.

Hasta hubo quien propiciara el retiro inmediato de las fuerzas chilenas hasta el Sama, dejando entrojado el Perú a su propia suerte. Fue Adolfo Guerrero, Jefe Político de Lima, quien lo propuso al Presidente Santa María. La argumentación era: no hay un Gobierno peruano que acepte nuestras condiciones de paz. A pesar de los vigorosos razonamientos de nuestro Ministro en Lima, en Santiago no se abandonó la idea de la desocupación y las consultas se repitieron por parte de Santa María y de sus Ministros.

Capítulo 24

Las montoneras. Batalla de La Concepción

Como he tenido ocasión de decirlo, Santa María deseaba imprimir gran actividad a las operaciones militares en el Perú, porque no veía otro medio de acelerar la celebración de la paz. Se proponía enviar una expedición a Arequipa y otra al valle de Jauja, o sea al departamento de Junín, que proveía a Cáceres de subsistencias y de soldados.

Esta empresa se la consideraba halagadora y de muchos resultados prácticos, forjándose así ilusiones. En Santiago y en el Cuartel General se creía que estando la Sierra dominada por los montoneros sin Dios ni ley, recibiría a los chilenos con los brazos abiertos; pero este prospecto se disipó como el humo y la expedición produjo resultados diametralmente contrarios.

Lynch ideó el plan de tomar a Cáceres entre dos fuegos, amagándolo de frente con una división y cerrándole la espalda con otra. La primera, a cargo del Jefe del Estado Mayor, General José Francisco Gana, iría por la vía férrea para amenazar Chosica: la segunda, mandada por el propio Lynch, marcharía a la quebrada de Canta, para ocupar la retaguardia de Cáceres y cortarlo.

La división de Lynch salió de Lima el 1º de Enero de 1882 y constaba de 3.670 hombres de las tres armas. La división Gana partió 5 días después con 1.556 hombres.

Lynch era contrario a esta expedición, por la época del arto en que se emprendía. El habría preferido el mes de Abril, sin lluvias ni nevazones. Sus observaciones no fueron oídas.

Gana llegó a Chicla el 8 de Enero. El enemigo iba en retirada desde la Chosica sin oponerle ninguna resistencia. Los caminos quedaron cubiertos de cajones de víveres, de uniformes, de rezagados, de enfermos, de moribundos acurrucados o tendidos en el suelo por no poder continuar la marcha. ¿Por qué Gana no aceleraba el paso aprovechando ese desbande? Lo probable es que siendo la operación parte de un plan, no se atrevía a desbaratarlo, anticipándose a las fechas acordadas. El debía dar tiempo a que arribara de Canta la división de Lynch. Debido a esto, el Ejército de Cáceres pudo llegar en dispersión, pero no disuelto, a Tarma, donde se reconcentró.

* * * *

Sólo el 14 de Enero se reunió con Gana en Chicla la división de Lynch, pero sin artillería, la que este hizo regresar a Lima porque las bestias se caían rendidas de fatiga en los malos caminos. Nueve soldados perecieron de frío, al avanzar con gran dificultad por las laderas mojadas y resbalosas, vadeando los torrentes sin puentes, alojándose a la intemperie en las frías noches cordilleranas, careciendo de combustible, con los zapatos destrozados. El General en Jefe regresó a Lima a comunicarse por telégrafo con el Presidente y a exponerle que la expedición estratégica había fracasado totalmente y que debía aguardarse la estación propicia para pasar la cordillera y penetrar al interior. Todo fue inútil y Lynch debió someterse por segunda vez a la orden que se le imponía.

Casapalca era el punto indicado de reunión para el paso de la Cordillera. Está situado al pie de la falda occidental de la gran muralla de granito y la senda pasa a 5.500 metros de altura, rumbo a Pachachaca, que yace al pie de la falda oriental. En el primero de estos puntos se hizo el acopio de los víveres, de los animales y del forraje. Se juntaron 1.250 bestias: 200 tomadas en la campiña de Lima, 350 burros, 100 mulas y 600 caballos de la artillería.

En el costado oriental de la cordillera corre encajonado el río de la Oroya, en cuyas riberas se desarrollaron todas las operaciones de esta campaña. Entonces tenía un puente que era la llave de comunicación entre la costa y el interior, o sea entre Lima y el departamento de Junín. Cerca de la Oroya, pero separada por un estribo de la cordillera, se encuentra Tarma, ciudad de alguna importancia, tal vez la segunda del departamento después de Cerro de Pasco, su capital.

El departamento de Junín, teatro de las operaciones por realizarse, está encerrado de Norte a Sur por los dos grandes ramales de la cordillera y densamente poblado por aborígenes quechuas y aimaras, cuyo número bordeaba entonces los 200.000.

En el extremo Norte del departamento hay una gran laguna que lleva también el nombre de Junín, célebre en la historia americana porque en su borde meridional se libró el encuentro de caballería entre Bolívar y Canterac. De ella nace el río, que corre de Norte a Sur cambiando su nombre según las localidades. Primero se llama de la Oroya, después de Jauja, luego de Izcuchaca. En este punto concluye el valle y el río se encajona y entra al departamento de Ayacucho, dejando en su ribera oriental los pueblos de Jauja, Concepción y Huancayo y más al Sur los villorrios de Zapalenga, Pucará y Marcavayé. La línea militar de las fuerzas chilenas abrazaba desde Cerro de Pasco por el Norte, hasta Marcavayé por el Sur.

En Chicla se reorganizó la división del General Gana para que continuara sola la campaña. Sus 2.301 hombres estaban repartidos entre el batallón N° 2, a las órdenes del Coronel Canto; el Lautaro, con el Coronel Robles: el Chacabuco, con el Comandante Manuel Pinto Agüero; la Artillería con el Comandante Antonio R. González; el Regimiento Carabineros de Yungay con el Teniente Coronel Alcérreca y los Cazadores a Caballo con el Capitán Belisario Amor.

La división de Gana llegó a Oroya el 23 de Enero, luego pasó el puente y ocupó Tarma dos días después. La gente de Cáceres se retiraba al departamento de Ayacucho y Gana pudo haberles cortado el paso, pero no lo hizo. El 1° de Febrero, el General Gana entregó el mando al Coronel Canto y regresó a Lima.

Canto imprimió mayor actividad a las operaciones Para ello fraccionó la división en dos grupos que siguieron al Sur, uno a cada lado del río, con encargo de juntarse en el pueblo de la Concepción. Uno lo mandó él y el otro el Coronel Robles. Se inició entonces una persecución a las fuerzas de Cáceres, que marchaban pocas leguas delante de ellos. Canto y Robles alcanzaron la retaguardia peruana en Pucará, donde se empeñó el primer combate, quedando en el campo de 60 a 70 muertos y 38 prisioneros de la división que huía. Pocas leguas más al Sur, el Coronel Cáceres tuvo un inconveniente no previsto, en el pueblo de Ayacucho, donde se encontró con 1.000 hombres del Coronel pierolista Panizo, con los cuales se trabó en lucha, imponiéndose finalmente Cáceres.

* * * *

Cuando Canto llegó a la Sierra, toda la región estaba arruinada y la guerra había reducido sus poblaciones a la miseria. Imponerle la obligación de pagar la subsistencia de un cuerpo de Ejército de 2.000 hombres era disputarle los últimos recursos que poseía. De allí que luego de pasar el mes de Marzo relativamente tranquilo en Huancayo, tuvo que hacer frente en Abril a la resistencia activa de las comunidades indígenas, que se llevaron sus animales a grandes distancias, los escondieron, y atacaron con mazas, hondas y lanzas. A esto debe agregarse que la vida era dura, lo que aumentó las deserciones. En su persecución llegó hasta Tingo María, sobre el río Huallaga (afluente del Amazonas), un pelotón de Carabineros de Yungay al mando del Capitán José del Carmen Jiménez. Es probablemente la ocasión en que la bandera de Chile ha llegado más lejos.

El tifus y la viruela se declararon en Huancayo y se calcula que una cuarta parte de las tropas chilenas murió o enfermó gravemente. Por falta de hospitales, muchos debieron trasladarse a Lima y el problema se puso tan agudo que el Gobierno, con el informe favorable de Lynch y de Novoa, ordenó la retirada de Huancayo, centro de la infección, a otras localidades como Jauja. Concepción y Tarma, y el traslado del 2º de Línea a Lima, con su jefe Canto. Quedó pues a cargo de las fuerzas el Coronel de Caballería José Miguel Alcérrec.

Desde que se supo que Huancayo iba a ser desocupado, Cáceres aumentó las hostilidades y trató de cortar todo aprovisionamiento a las fuerzas chilenas, que ya estaban escasas de víveres, de forraje, de leña y hasta de municiones. Conocedor del terreno, el Coronel peruano se preocupó principalmente de tomarse el puente del Oroya, sin conseguirlo, pues fue bravamente defendido por un destacamento mandado por el Teniente Francisco Meyer.

Canto inició la desocupación de Huancayo el 6 de Julio, con los enfermos, y dispuso que el Chacabuco partiera al día siguiente a la Concepción con su Comandante Pinto Agüero, lo que se postergó hasta el 10. El mismo Canto no pudo hacerlo sino ese día, preocupado por los ataques cada vez más audaces de Cáceres contra los puestos chilenos, esta vez contra el de Marcavaye. Sólo el 10 de Julio, como digo, marchó la división de Canto hacia la Concepción y allí presencié el cuadro dantesco de aquella plaza cubierta de cadáveres.

* * * *

El caserío de la Concepción está rodeado de cerros con frente al río de Jauja. En 1882 tenía cuatro manzanas edificadas alrededor de una plaza con cuatro entradas, como la famosa de Rancagua. Uno de sus costados lo ocupaba una iglesia y un edificio techado de paja que era el cuartel. El campanario del templo dominaba el patio de aquel edificio. Guarneció a la Concepción la 4ª. Compañía del Chacabuco, compuesta de 66 hombres con cuatro oficiales; los acompañaban 8 soldados y un oficial convaleciente de la tifoidea y tres mujeres chilenas que estaban junto a sus esposos. Una de ellas estaba encinta y su hijo nació durante el combate. La compañía había ligado el 6 de Julio y la mandaba el Teniente Ignacio Carrera Pinto, quien acababa de ser ascendido a Capitán, lo que no alcanzó a saber. Era nieto de don José Miguel Carrera y pariente del Presidente Pinto. Tenía 31 años de edad. Los otros tres oficiales eran casi niños: no más de 20 años el mayor, no menos de

18 el menor. Sus nombres: Julio Montt, Luis Cruz y Arturo Pérez Canto. Esta compañía, a sólo 20 kilómetros de Huancayo, carecía de caballería. Un soldado de esta arma habría podido salvarla.

Carrera Pinto estaba sobre aviso de la inminencia de un ataque y adoptó la única precaución que podía tomar, la de acuartelar su tropa.

El 9 de Julio, de paso al norte a ocupar los desfiladeros de Apatá, el Coronel Juan Gastó supo que en la Concepción estaban aislados unos setenta y tantos hombres. Disponiendo de fuerzas regulares cinco veces superiores, creyó facilísimo destruirlos. A las 2.30 P.M. de ese día, los peruanos coronaron los cerros inmediatos al pueblo y la indiada se precipitó por los callejones que conducían a la plaza dando gritos en medio de un ruido infernal. La compañía chilena cerró las cuatro entradas que daban a ella.

El Combate de la Concepción no tuvo testigos chilenos porque todos perecieron. Los peruanos que hubieran podido dar informaciones sobre él huyeron al saber la aproximación de nuestro Ejército, y los pocos que se quedaron fueron fusilados en el furor de la venganza. La hora no era para oír declaraciones. Tiene valor, entonces, la versión recogida por el Coronel Canto de un español que presencié el combate desde la plaza. Asimismo es digno de fe el sencillo y elocuente oficio del Comandante del Chacabuco, Teniente Coronel Pinto Agüero, al reconstituir la escena en que había sucumbido su heroica compañía.

Según los datos más exactos, la refriega empezó a las 2.30 de la tarde del 9 y terminó a las 9 A.M. del día siguiente, una hora antes de que llegara el resto de las fuerzas chilenas. Los chilenos defendieron primero la entrada de la plaza y en la tarde del 9 se retiraron al cuartel que defendieron toda la noche. Cada uno tenía 100 tiros que dispararon metódicamente. En la mañana del 10 los peruanos se subieron a la torre y desde allí incendiaron el techo del cuartel mientras otros soldados penetraban al recinto abriendo forados en las paredes.

Según Canto, el exterminio no había sido hasta entonces completo, porque sobrevivieron cuatro hombres y el Subteniente Cruz, quienes volvieron a salir de la plaza, batiéndose al arma blanca, rodeados de un gran masa enemiga, hasta que el oficial cayó derribado de un balazo y con él dos de sus acompañantes; pronto murieron asimismo los otros dos.

Las mujeres fueron arrastradas, desde el cuartel, desnudas, a la plaza, por la turba lujuriosa y soez, y asesinadas, lo mismo que el niño nacido esa noche. Los

cadáveres fueron despojados de sus ropas y mutilados por los indios, como animales sacrificados en un matadero.

He aquí el parte de la relación de Canto:

"El aspecto que presentaba el cuartel era lúgubre y muy conmovedor, porque sólo quedaban montones de cadáveres y el hacinamiento humeante de los escombros. Se comprende la precipitación con que enemigo debe haber emprendido la fuga, que no tuvo tiempo para apoderarse de la bandera que flameaba en la puerta del cuartel.

Ordené que como el cuartel estaba colindante con la iglesia, se hiciese dentro de ella una fosa conveniente para enterrar a los oficiales y a la tropa que cupiesen y enseguida se pegase fuego a la iglesia para que los escombros de ella salvaguardasen la profanación de sus cadáveres. Todo lo cual se ejecutó anunciándoselo al Comandante Pinto Agüero, quien había ordena sacar los corazones de los cuatro oficiales y ponerlos en un frasco con alcohol para traer un recuerdo de esos héroes.

En la casa del señor Duarte, en donde yo estuve en el pueblo de la Concepción, me refirió un sirviente de nacionalidad española – y que era el único habitante que cuidaba la casa – que el combate había empezado a las dos y media de la tarde del día 9, por dos batallones perfectamente armados que arreaban a más de 2.000 indígenas para obligarlos a atacar el cuartel. La tropa se defendía heroicamente disparando sus armas con mucha calma y había veces que una misma bala tendía a dos o tres individuos. Que en la noche no cesaron de atacar el cuartel, tomando posesión de la torre de la iglesia la tropa enemiga que venía con rifles y de donde hacían a los chilenos gran número de bajas. Vino el día 10 y tan pronto aclaró – y como no podían penetrar al cuartel – encendieron fuego por dos partes, auxiliándose con estopa mojada en parafina y con lo que consiguieron realmente que el fuego consumiese el edificio.

Como a las 9 de la mañana del día siguiente no quedaban sino el Subteniente De la Cruz y cuatro soldados que defendieron la entrada del recinto del ya quemado cuartel. Se notó a esa hora que ya habían agotado todas sus municiones, porque no hacían ningún disparo, y entonces alguna voces peruanas que conocían perfectamente al oficial le gritaban: "Subteniente De la Cruz: ríndase, hijito. No tienen para que morir." A lo cual él les

contestaba. "¡Los chilenos no se rinden jamás!" Y volviéndose a su tropa le preguntaba: "¿Verdad muchachos?" Los soldados contestaban afirmativamente y entonces el oficial les mandaba a calar bayoneta y se iban furiosos contra las masas indígenas. De suerte, pues, que ya fatigados tuvieron que rendir la vida, quedando algunos clavados en las lanzas de los salvajes y al Subteniente De la Cruz se le aplicó un tiro por la espalda. Refirióme el español que cuando no podían hacer rendirse al Subteniente De la Cruz, hicieron llegar hasta el cuartel y acompañada de una mujer, a una jovencita a quien el oficial saludaba siempre con cariño, para que fuese a rogarle que se rindiese, y el oficial la rechazó indignado. Los últimos dos soldados que escaparon después de la muerte de De la Cruz se refugiaron en el atrio de la iglesia y allí se les notó que hablaban. Luego se abrocharon el uniforme, se pusieron el barbiquejo y se lanzaron sobre la turba para morir rifle en mano".

El recuerdo que se viene espontáneamente a la memoria al hablar del Combate de la Concepción es la hecatombe de Iquique. Una muchachada heroica; igual espíritu de sacrificio; el recuerdo de la patria alentando el último latido de sus valerosos corazones; el precepto de una inflexible tradición de honor. En la rada de Iquique y en la plaza de la Concepción se escribió una ley de acero para las futuras generaciones chilenas.

Canto se detuvo muy poco en la Concepción. Después de enterrar a los muertos y de perseguir a las montoneras que se habían ocultado en los alrededores, siguió a Tarma y de aquí a Oroya, con los enfermos a caballo y en literas. Se había fijado este último punto para concentrar las tropas, demasiado dispersas en pequeños grupos y expuestas a los ataques. En Oroya se encontraron en la situación más penosa: no había dónde guarecer la tropa de la lluvia y de las nevazones. Las bestias, faltas de forraje, se alimentaban con la paja que techaba las habitaciones. A estas dificultades se agregaba la falta de víveres y los nuevos casos de tifus y de viruela. Lynch ordenó que el Coronel Urriola tomase el mando de la división y que la condujera de regreso a Lima, pasando por Chicla, lo que hizo a fines de Julio. Después de tantas penalidades, las tropas se veían marchando disciplinadamente, en perfecto orden, sin que se pudiera pensar que habían sufrido las penalidades de Huancayo, la vida azarosa de Marcavaye, de Pucará y la hecatombe de la Concepción.

La campaña, considerada desde el punto de vista de su objeto, fue un desastre. Emprendida en el concepto de ganarse la simpatía de la Sierra y de privar de nuevos soldados al ejército de Cáceres, lo que consiguió fue estimular un levantamiento de odios implacables y dar a Cáceres un poderoso concurso de hombres. El Coronel Canto, resumiendo los resultados en un despacho escrito en Lima, decía: las pérdidas han sido por muertos en combates, 154; por enfermedades. 277; por deserción, 103. Total, 534 individuos. Casi el 20% de la división.

Mientras tanto, en la región azucarera se habían establecido divisiones para resguardar el trabajo de los ricos ingenios y creado aduanas en sus principales puertos, para costear los gastos de ocupación. Había una guarnición de 3.000 hombres en el departamento de Libertad y se había ocupado Cañete y el departamento de Ica con 2.100 soldados. Las requisiciones forzadas produjeron levantamientos y hubo asaltos peruanos en Tambo de Mora y en Chincha y otro, el más importante en el pueblo de San Pablo, cerca de Cajamarca, en el departamento de Libertad. Este último ataque, que causó a los chilenos varias decenas de muertos, fue dirigido por el propio Coronel Lorenzo Iglesias.

En la Libertad, en lea y en Junín, las guarniciones chilenas vivían con el arma al brazo. Los destacamentos que ocupaban las aldeas no tenían momento seguro. Vida de zozobras, sin gloria, de sacrificios sin recompensa, de sufrimientos sin estímulo. El enemigo y las epidemias espiaban los campamentos chilenos en esa eterna ocupación del Perú que parecía no terminar nunca, sin divisarse todavía una expectativa de paz.

* * * *

Hasta el Combate de la Concepción, el régimen implantado en Lima por el Cuartel General había sido benigno; pero cuando se supo de sus detalles abominables, dominado por la mayor indignación, ordenó que se deportase a Chile a los notables de la capital, a quienes suponía complicidad con las montoneras y se aplicase mes a mes a la ciudad un cupo de guerra que le hiciese sentir el rigor de la nueva política. El momento más duro de la vida de la capital peruana fue desde Agosto de 1882 a Febrero de 1883. Se impuso a Lima una contribución mensual de 100.000 pesos de plata, que debían satisfacer 50 personas bajo pena de prisión y de confiscación de bienes. Para evitar que se burlara la orden, se prohibió a esas personas transferir sus

bienes o girar sobre sus fondos en los bancos, lo que produjo una perturbación profunda en la vida de las principales familias. La deportación de altas figuras de la política y de la sociedad fue también muy dura y cada captura y destierro daba origen a escenas dolorosas en las oficinas de Palacio.

Pero los cupos no contaban con el concurso abierto y franco del Cuartel General. En Febrero de 1883, Lynch se pronunció contra ellos y consultó el caso al Gobierno. Santa María se encontró perplejo. La medida era opuesta a sus sentimientos y él la había aconsejado en un momento de indignación. Se puso término a los cupos y no quedó vigente sino la deportación de las personas que ya estaban en Chile o de las que hubo que alejar después por algún motivo especial.

Capítulo 25

Iniciativas de paz. Conferencia de Chorrillos

Cuando todas las expectativas de paz parecían disipadas, se abrió el horizonte por Cajamarca. Residía allí el General Iglesias, quien había mandado en Chorrillos la división del Ejército peruano que mejor resistió el ataque chileno. Era un hacendado opulento, de los más pudientes de su país.

Iglesias veía el territorio del país invadido, sus riquezas perdidas, sus principales ciudades en poder del enemigo, sus ejércitos incapaces de vencer, que solo prolongaban la agonía. Gran amigo de Piérola, aceptó en Febrero de de 1882 el cargo de Jefe del Ejército del Norte que le ofreció Montero.

En abril de ese año se manifestó por de la paz y el 31 de Agosto suscribió un manifiesto en su hacienda de Montan, con cesión de territorio, Dijo a este respecto:

"Se habla de una especie de honor que impide los arreglos pacíficos cediendo un pedazo de terreno, y por no ceder un pedazo de terreno, que representa un pedazo de terreno que representa un puñado de oro, fuente de nuestra pasada corrupción, permitimos que el pabellón del enemigo se levante indefinidamente sobre las más altas torres desde Tumbes al Loa..."

Conociendo el ambiente moral del Perú en aquellos días, el grito de Montan es uno de los actos de mayor valor cívico que registra la historia americana.

Iglesias sustrajo de la autoridad de Montero la parte del país sometida a su jurisdicción, la cual abarcaba los departamentos de Piura, Cajamarca, Loreto, Lambayeque, Libertad y Ancachs, o sea, una tercera parte del Perú. En el manifiesto, convocaba a una Asamblea de los departamentos sometidos a su mando para el 25 de Noviembre, ofreciendo resignar el poder ante ella para que resolviera libremente la celebración de la paz, o la continuación de la guerra.

¿Cómo fue recibido en el Perú el manifiesto de Montan?

Con una protesta general casi unánime. No se oyeron sino exclamaciones airadas, gritos de indignación, manos crispadas contra el agente del enemigo que se atrevía a desafiar el patriotismo peruano. Si Iglesias hubiera estado a su alcance, el pueblo lo habría destrozado. Los civilistas eran los que gritaban más recio y los que circulaban las insinuaciones más graves contra el cómplice de Chile. El primero que tradujo la impresión general fue Cáceres, llamándolo traidor en proclama dirigida a su Ejército y presentándolo armo un cobarde que- imploraba la paz de

rodillas. Montero también lo declaró traidor y borró su nombre del escalafón militar. Igual repulsa recibió de García Calderón.

Iglesias, azotado por el vendaval, permanecía enhiesto y firme en la posición que tomó en su manifiesto, pero sólo, ya que el pierolismo aceptó su punto de vista únicamente hasta que Piérola se pronunciara y este no lo ratificó.

Montero llegó en visita a Arequipa el mismo día que Iglesias daba a luz su manifiesto, donde se le hizo un gran recibimiento, con casas embanderadas y arcos de flores. El Vicepresidente declaró a Arequipa capital de la República, mientras durase la ocupación de Lima, organizó un Ministerio y dio el mando del Ejército al Coronel Suárez. Enseguida convocó para el 15 de Marzo de 1883 un Congreso que se pronunciaría sobre la cuestión internacional pendiente.

Luego se fue a Bolivia. Allí Campero se comprometió a darle un subsidio mensual. Le ofreció su cooperación militar en el caso de que Arequipa fuera atacada y le dio seguridades de no tratar la paz separadamente con Chile.

* * * *

La Asamblea convocada por Iglesias en Cajamarca se pronunció, a fines de Diciembre de 1882, unánimemente, en favor de la paz inmediata. La Asamblea le confirió el cargo de Presidente Regenerador, declaró a los montoneros fuera de la ley e invitó al país a ratificar su resolución por medio de un Congreso General Constituyente.

El Presidente Santa Mana creyó que el grito de Montan era la manifestación de un hombre sincero - a diferencia de Novoa que desconfiaba de él y que merecía ser tomado en cuenta. En Perú se creyó uniformemente que Iglesias había sido lanzado por Chile a la arena política, lo cual era absolutamente inexacto, ya que procedió por inspiración propia o por influencia de sus amigos políticos.

* * * *

Creo útil interrumpir aquí esta relación para echar una mirada a la política norteamericana.

El Gobierno de Estados Unidos decidió renovar las negociaciones iniciadas por Trescot y aprovechó para ello el envío a Santiago de un nuevo Ministro: Mr. Logan. Esto coincidió con el cambio de la política norteamericana, que desde la

caída de Blaine se ajustaba la neutralidad y al ofrecimiento de buenos oficios sin intervención para dictar la paz. En Bolivia se cambió al Ministro Adams por Mr. Maney y en Lima, el fallecido Hurlbut fue reemplazado por Mr. James Partridge. Las declaraciones de uno y otro coincidieron en el sentido de que Estados Unidos se colocaba en términos de absoluta imparcialidad.

Ya no se hablaba de Tarapacá. Ese punto había quedado resuelto con el viaje de Trescot. Lo único en cuestión era Tacna y Arica, y la Cancillería norteamericana propiciaba ahora una fórmula de incorporación a Chile, obteniendo para el Perú "compensación equitativa", El momento parecía propicio para intentar un nuevo esfuerzo. Las medidas de rigor adoptadas después del Combate de la Concepción habían ablandado muchas resoluciones empedernidas. Había una corriente pacífica y se manifestaron propósitos conciliadores.

Mr. Logan fue recibido por el Presidente Santa María el 7 de Septiembre de 1882. La proposición que traía era lisa y llanamente la compra de Tacna y Arica por Chile, en una cantidad no especificada de dinero. Además, la cesión al Perú de la utilidad que percibía Chile en la venta de guano de las islas de Lobos. La solución para Tacna y Arica era semejante a la empleada años antes entre Estados Unidos y México.

Pero García Calderón, a quien visitó Logan, vacilaba y sólo aceptaba lo concerniente a Tarapacá. Resolvió entonces dirigirse a Angol, donde vivía un selecto grupo de desterrados peruanos, el que aceptó en principio el plan de Estados Unidos. García Calderón pareció ceder, pero al momento de dar su aprobación final, se negó, diciendo que no consentiría jamás en tal arreglo.

Logan ofreció entonces el arbitraje del Presidente de los Estados Unidos sobre la compra de Tacna y Arica. Chile aceptó siempre que el árbitro fuera un representante diplomático de ese país y no su Presidente: enseguida, que el árbitro resolviera tomando en cuenta las consideraciones políticas que Chile contempla satisfacer adquiriendo el dominio de los territorios referidos, al ajustar una paz estable con Bolivia; finalmente, que si el arbitraje fuera adverso para Chile, continuaríamos ocupando Tacna y Arica quince años más. García Calderón complicó las estipulaciones de este arreglo con sus dudas y vacilaciones y la misión Logan terminó sin pena ni gloria.

* * * *

Veamos lo que pasaba en Perú y Bolivia.

Desde su llegada a Lima, en Junio de 1882, el Ministro Partridge se limitó a destruir en los dirigentes peruanos cualquier esperanza de cooperación de los Estados Unidos. Luego trató de llevar adelante el siguiente plan: se reunirían representantes de los tres beligerantes y discutirían de acuerdo a las siguientes bases: cesión de Tarapacá y cesión o venta a Bolivia de Tacna y Arica. De ser rechazado esto último, se neutralizaría ambos territorios, declarándose que Arica no podría ser fortificada. Novoa rechazó estas bases. En vista de ello, Partridge convocó una reunión de los representantes diplomáticos europeos en Lima, lo que fue mal visto por Washington, por estimarse que contrariaba la doctrina Monroe.

El Ministro Frelinghuysen, junto con desautorizar a Partridge, llamó a Godoy y le instó a apresurar la solución del conflicto, advirtiéndole que ese Gobierno *"se está viendo inducido a ejercer una intervención que hasta ahora ha repugnado"*.

Partridge regresó a los Estados Unidos y al año siguiente se suicidó en Esparta, completando la lista mortuoria de los diplomáticos norteamericanos que figuraron en la contienda del Pacífico: Kilpatrick, Hurlbut y él.

* * * *

La negociación Logan había despertado la susceptibilidad de Bolivia. Se había actuado como si ese país no existiera o fuera solamente un apéndice del Perú.

El país se había situado entre la paz y '3 guerra y dos corrientes políticas se disputaban la opinión pública. La de Baptista, Presidente del Senado, que deseaba prescindir del Perú en su búsqueda de la paz con Chile, y la de Campero, quien no aceptaba nada que pudiera debilitar la Alianza. Ambas corrientes chocaron con violencia en la Convención Nacional de fines de 1882. Como la paz con puerto propio en el Pacífico parecía por el momento difícil, la Asamblea se inclinó por la suscripción de una tregua. Así se daba tiempo, por otra parte, para que se aclarara la situación de Tacna y Arica, aspiración boliviana que había sido halagada por Santa María y por Lillo.

Pero la Batalla de Tacna había creado para Chile una situación nueva.

Antes de que se librara. Chile había ofrecido Tacna y Arica a Bolivia, siempre que se desprendiese de la Alianza, y Bolivia había preferido correr la suerte de las armas y contribuido con su Ejército a disputarle la posesión de esos territorios. ¿Podría ahora exigir lo que pudo ser el precio de su adhesión? El sentimiento

chileno tenía razón de formular esta presunta en presencia de las exigencias bolivianas: ¿Quién ganó la Batalla de Tacna? Este combate era el final de una política. Bolivia prescindía de este aspecto esencial y fundamental.

En cuanto a la negociación de la tregua con Chile, el Senado decidió que ella se haría conjuntamente con el Perú.

A fines de 1882 estuvo a punto de celebrarse otra entrevista entre Lillo y el Vicepresidente Belisario Salinas. Pero esta fracasó, pues se trató de hacer parte de las conversaciones a un agente de Arequipa, lo que Chile no aceptó. Era la tercera o cuarta vez que las negociaciones con Bolivia se suspendían por un mal entendido. Obraba también un sentimiento nuevo en la política de Bolivia. Por haber sido tan halagada de parte de Santa María, había llegado a creerse indispensable. Estaba persuadida que Chile no podía solucionar la guerra sin su concurso. Santa María, que había fomentado ese sentimiento, reconocía que ahora era un obstáculo para la terminación de la guerra.

En Marzo de 1883, la iniciativa se renovó por carta del Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia. Antonio Quijano, a su colega chileno Luis Aldunate. Esta vez se proponía a nuestro país una reunión tripartita que llegase a una tregua común a los tres países. Aldunate se negó nuevamente a tratar con el representante de un gobierno peruano que no reconocía. Pero había, como otras veces, un problema de fondo. Chile deseaba un tratado de paz con el Perú y una tregua con Bolivia ¿Por qué? Porque como Santa María tenía en vista ceder a Bolivia una zona de mar en la región de Tacna y Arica, era preciso que la negociación con Bolivia no tuviese carácter definitivo y que tuviese la negociación con el Perú, para adquirir esos territorios y transferirlos luego al país del altiplano. Esta doble orientación de tregua y de paz definitiva fue un enredo permanente que hacía mirar de diversa manera la situación con uno y otro país y que impedía tratar conjuntamente con ambos.

Las dificultades aumentaban el deseo de Santa María de obtener una solución de paz. Era un carácter fuerte que se erguía ante las resistencias. El horizonte se le presentaba cerrado al finalizar el año 1882; no había posibilidad de entenderse con ningún caudillo peruano. García Calderón estaba dejado de mano. Un hombre que teme es hombre que desaparece y eso es lo que le había pasado a él. Cáceres representaba la resistencia a todo trance de sus montoneras y no había posibilidad de hacer oír en ese centro la voz del patriotismo sereno. Otro tanto pasaba en

Arequipa: Montero había halagado en tal forma los sentimientos belicosos, que entrar por una vía tranquila era exponerse a las más serias contrariedades.

No había, pues, nada que esperar de los caudillos peruanos.

Y del lado de Bolivia, muy poco. Al concluir 1882, la diplomacia estaba paralizada ante la dificultad de la representación simultánea del Perú y de Bolivia en cualquiera negociación de paz. Es cierto que quedaba una pieza en el juego: Iglesias, pero ni Santa María ni Novoa le daban importancia todavía, ya que no tenía sino 400 hombres escasos.



Domingo Santamaría González (Santiago 1825 - Santiago 1889). Presidente de Chile entre 1881 y 1886

La decepción de Santa María era grande en los primeros días de 1883. Así le escribía a Novoa:

"No veo posible la paz ni con el Perú ni con Bolivia. Dos locos mandan estos países un excepcionales y tan raros.

Y como Montero no quiere la paz, y como García Calderón tiene miedo, y como Cáceres está como los guanacos en la Cordillera, y como Iglesias no tiene fuerzas no se divisa en qué tiempo tendremos un arreglo".

En enero y febrero de 1883, la política chilena adoptó un rumbo resucito en favor de Iglesias, dejando a Novoa el cuidado de procurarse las garantías necesarias para evitar que se repitiera lo sucedido con García Calderón.

El objetivo principal de Santiago era la formación del Gobierno de Iglesias. Para cooperar con él dejó en libertad en Chillán al periodista José Antonio Lavalle y a don Andrés Avelino Aramburú, quienes se prepararon a partir al Callao. El intermediario con Iglesias era su cuñado don Mariano Castro Zaldívar. Entre las condiciones de paz precisadas al líder de Cajamarca, estaba el precio que Chile pagaría por Tacna y Arica: 10 millones de pesos. Además, que los territorios cedidos o vendidos no reconocían deuda.

Esta última cláusula fue rechazada por Iglesias. Le abrumaba la idea de que el Perú, privado de su riqueza fácil, el salitre y el guano, quedase oprimido con una responsabilidad que no podría satisfacer. *"Con esa deuda -decía- nos quedaría un cáncer incurable"*. El problema era grave. Nadie en Chile, y menos que nadie Santa María, asignaba a Tarapacá el valor de la gran deuda peruana. Nadie preveía el futuro del salitre. Hasta entonces había producido una renta fiscal escasa y se le consideraba como un artículo subalterno respecto de su rival, el guano. Santa María estaba tan persuadido de que esa deuda de 50 a 60 millones de libras esterlinas superaba el valor de Tarapacá que habría preferido cien veces dejar la guerra sin solución antes de suscribir un compromiso semejante.

Antes de partir de regreso a su patria. Lavalle conversó con Santa María y le expresó que a él no le agradaba la idea de vender Tacna y Arica a Chile y que prefería cederlas. La razón era simple: en esa forma no se daba a Chile título perfecto y quedaba abierta la expectativa de reivindicación en el futuro. Lavalle estaba convencido de que, en una u otra forma, esos territorios cambiarían de soberanía mis adelante, incluso entregándose a Bolivia.



General Alejandro Gorostiaga Orrego

Lavalle estaba pesimista y escribió a Iglesias el 3 de Abril de 1883:

Si Ud. no obtiene de Chile condiciones de más equitativas... es Ud. un hombre perdido y su misión, así como la paz, son imposibles".

La respuesta de Iglesias es patética:

"Convencido estoy, amigo mío, íntimamente convencido, de que nada, absolutamente nada ventajoso podemos esperar de la resistencia. Es pues

necesario suscribir la paz... como cada día, cada hora que transcurra de estúpida resistencia, da a Chile pretexto para reduplicar sus imposiciones, creo sinceramente honrado patriótico, valeroso y noble aceptar inmediatamente sus tratados.

Yo, a nombre del Perú, encomiendo a la diplomacia a desvelarse, agotar sus recursos, para suavizar siquiera en la forma nuestra desventura, pero, créalo Ud., estoy resuelto a no demorar un minuto, sean cuales fueren los sacrificios, la devolución de la paz a nuestra patria que agoniza. Queda Ud. especialmente autorizado para firmar en mi nombre lo que Chile imponga en ultimátum, porque la salvación del Perú así lo exige. Pase Ud., si es necesario, por el reconocimiento por nuestra parte de la deuda externa".

Este era el ambiente en que se desarrolló la negociación. Los civilistas deseaban el fracaso de Iglesias y consideraban la solución o el triunfo presidencial de aquel. Lynch tampoco era afecto a Iglesias, lo encontraba escaso de prestigio y creía preferible entenderse con Piérola o con Cáceres. En Chile, en el círculo oficial se consideraba que todo arreglo con Iglesias estaba condenado a fracasar lastimosamente. Así lo decían Aldunate, Altamirano y muchos más. Pero Novoa, sin desanimarse, echó sobre sus hombros la responsabilidad de tratar con Iglesias, hasta dejarlo instalado en Lima, con el apoyo decidido de Santa María.

La primera conferencia se celebró en Chorrillos el 27 de Marzo de 1883. Por Chile, Novoa; por el Perú, Lavalle y Castro Zaldívar. No había Secretario ni se extendieron actas. Lavalle objetó la venta de Tacna y Arica diciendo que si su país podía renunciar a sus riquezas, no podía allanarse a vender poblaciones y que para salvar las susceptibilidades nacionales parecía mejor acordar un plebiscito para Tacna y Arica, a 10 años plazo, a ciencia cierta de que al fin de ese término el plebiscito diría lo que Chile deseara. Más adelante insistió en que Chile se subrogase en el pago de la deuda pública peruana y se obligase a satisfacerla con el 50% del producto del guano conocido y de salitre.

La segunda conferencia tuvo lugar también en Chorrillos el 9 de Abril. Novoa manifestó la aceptación del Gobierno de Chile de realizar un plebiscito en Tacna y Arica en el plazo de 10 años. Lavalle tocó entonces dos nuevos puntos: que Chile pagase después del plebiscito los 10 millones de pesos a que se había comprometido en conversaciones anteriores y que el Perú no insistiría en el pago de

la deuda con las entradas del salitre sino únicamente del 50% de las utilidades del guano, hasta la extinción de este abono o de la deuda.

La tercera conferencia se realizó el 22 de Abril y Novoa aceptó, de acuerdo a instrucciones, el pago de 10 millones de pesos, bajo condición de reciprocidad, de modo que la adquisición de esos territorios importase una compra para uno y otro país, alternativamente. Hubo negativa de Santiago a una solicitud anterior de Lavalle a desocupar el Callao y Lima y a reconocer a Iglesias.

Podía argumentarse que si Chile ganaba Tacna y Arica por plebiscito, estaba fuera de toda lógica pagar 10 millones por una compra inexistente. Pero como en el fondo el plebiscito era nada más que una invención para disimular la venta, no había razón fuerte que excusara el pago de la cantidad ofrecida. Los peruanos objetaron, eso sí, la reciprocidad en el pago que exigía Santiago.

En la cuarta conferencia, del 3 de Mayo, se dio forma a lo convenido en un documento que se envió a Iglesias a Cajamarca y que este devolvió firmado en un pliego con las armas del Perú.

El artículo 1º de ese documento dice:

"Cesión a favor de Chile, perpetua e incondicional, del departamento de Tarapacá, todo esto es por el Norte hasta la quebrada de Camarones, pasando ese territorio en consecuencia bajo la soberanía absoluta de Chile".

Y el artículo 2º:

"Los territorios de Tacna y Arica, en posesión de Chile, serán sometidos a la legislación y autoridades de Chile, durante 10 años, a partir del día en que se verifique el Tratado de Paz. Expirado este plazo se convocará a plebiscito que decidirá a voto popular si esos territorios permanecerán bajo la soberanía de Chile o si volverán a la del Perú. Aquel de los dos países a favor del cual quedarán anexados definitivamente pagará al otro 10 millones de pesos moneda chilena de plata o soles peruanos de ley igual a aquellos".

El artículo 3º se ocupó del pago de la deuda a los acreedores del Perú y el 4º al guano de la isla de Lobos.

En resumen, la anexión de Tarapacá se consideró como la indemnización de guerra que el Perú no podía pagar en otra forma. La compra de Tacna y Arica, en 10

millones, fue patrocinada por Prescott y Logan y aceptada por la Cancillería norteamericana; buscándose la analogía de solución con su propia historia. Como solución conciliadora, para hacer un servicio al General Iglesias, se aceptó la venta encubierta con un plebiscito, a solicitud de Lavalle y Castro Zaldívar.

Capítulo 26

Huamachuco y el Tratado de Ancón.

Campaña de Arequipa

El convenio preliminar de paz fue recibido con grandes protestas de indignación en Arequipa y en el Departamento de Cáceres. El Congreso de Arequipa ratificó la elección de García Calderón como Presidente, de Montero como 1er. Vicepresidente y nombró a Cáceres como 2º Vicepresidente, pronunciándose además por la continuación de la guerra sin tregua ni descanso y por la alianza con Bolivia.

Para Montero y su círculo, lo esencial, por el momento, era atajar a Iglesias. Nada más acertado, pensaron, que mejorar las condiciones aceptadas por éste y, de paso, complacer a Bolivia. Con ese objeto, Montero hizo saber verbalmente al Ministro Aldunate, por interpósita persona, su deseo de suscribir la paz con las siguientes condiciones: 1) Cesión de Tarapacá; 2) Cesión de Tacna y Arica a Bolivia; 3) Pago a Chile, hecho en común por el Perú y Bolivia, de una indemnización de 60 millones de pesos.

El Gobierno de Chile tomó estas proposiciones como "*travesuras de los políticos peruanos*", nacidas de su temor a un Iglesias que se agrandaba. Novoa observó desde Lima el sospechoso empeño del Gobierno de Arequipa de ofrecer por su mano, no por la de Chile, Tacna y Arica a Bolivia. En carta del 7 de Julio de 1883 expresaba al Presidente Santa María:

"Quizás es también digno de considerarse el hecho del afianzamiento de la Alianza peruano-boliviana mediante un Tratado que dé a esta última República los territorios de Tacna y Arica que el Perú le ofrece, si bien con sacrificios pecuniarios, al paso que si Chile toma esos mismo territorios puede hacer a Bolivia concesiones mercantiles de no poca valía o bien traspasárselos más tarde, no ya por obra del Perú sino por un acto espontáneo de nuestra parte."

La política de resistencia a la paz tenía otro foco ardiente en los campamentos de Cáceres. Este hombre obstinado no desmayaba en su indómito propósito de continuar la guerra. La campaña que ahora va a comenzar se desarrolló en la parte de la Sierra situada al Norte de Cerro de Pasco, que es diferente a la del Sur que conocemos. En esa región septentrional, la Cordillera se divide en dos brazos paralelos y la gran meseta se fracciona en valles limitados por esas montañas, uno es el de Huaraz, el otro, que corre también como éste de Sur a Norte, se llama de

Pomabamba. Al Oriente está la selva amazónica y al Poniente una región estéril y montañosa que se acerca a la costa, importante por sus minas, con los pueblos de Oyon, Ocos y Sayan. Allí merodeaban montoneras peruanas, dependientes del Ejército de Caceres.

Lynch quiso destruir a Caceres y envió al Jefe de Estado Mayor, el Coronel don Marco Aurelio Arriagada, con 1.300 a 1.400 hombres, entre los cuales 1.100 eran de Infantería de los cuerpos veteranos 3° de Línea y Coquimbo; 4 piezas de montaña Krupp y 50 Carabineros de Yungay, en tres buques de la Escuadra. Pero el 22 de Marzo, cuando Arriagada desembarcó en Chancay, Caceres estaba en el interior, en Palpa, rumbo a sus guaridas de Canta.

El plan ideado por el Cuartel General consistía en atacarlo con varias divisiones hasta encerrarlo, algo difícil de ejecutar en un territorio tan vasto como la Sierra. Gorostiaga le obstruiría el camino del Norte; la división de Arriagada le empujaría como una barredora hacia las líneas de Gorostiaga: y en la puerta de entrada del departamento de Junín lo esperaría el Coronel Urriola con dos cuerpos de Infantería.

Pero antes de esta campaña, que culminó en la Batalla de Huamachuco, hubo de limpiarse de montoneras que operaban en las inmediaciones de Luna, especialmente al Oriente, en la vía férrea que va de Chosica a Chicla. Esto lo llevó a cabo una división de 1.800 hombres a las órdenes del Coronel del Buin, Juan León García, quien se dirigió luego en 7 jornadas a Canta, donde ya no se encontraba el escurrizado general peruano. También envió Lynch al Coronel Canto con una división a Chicla. Dentro del plan de la campaña en proyecto, estos movimientos tenían el carácter de preparatorios y se continuaron en el mes de Mayo, cuando León García llegó a Tarma, ciudad que tomó sin resistencia, pues Caceres había salido de ella unas horas antes. Lynch designó como jefe de todas las fuerzas chilenas de la Sierra al Coronel Arriagada.

La división expedicionaria continuó la campaña de persecución y fueron cayendo varias pequeñas localidades, hasta llegar a Aguamiro, punto de intersección de los caminos que llevan a Cajamarca por el callejón de Huáraz. Entre tanto, Gorostiaga avanzaba desde Huamachuco a la localidad de Caraz, persiguiendo a Recabarren, brazo derecho de Caceres.

El 20 de Junio se reunieron en Yungay las fuerzas de Caceres y de Recabarren. Gorostiaga se situaba en el Norte de ese punto con 1.000 hombres y Arriagada en el Sur con 3.000. En el centro, los peruanos. La alegría chilena de dar la Batalla en

Yungay, sitio de tantos recuerdos heroicos, se esfumó, pues Cáceres continuó su camino, ahora al Oriente, engañando a Arriagada, quien se volvió con sus tropas hacia el Sur, a Cerro de Pasco y de ahí a Lima. Gorostiaga quedó solo, entregado a su propia suerte, con los 1.000 hombres que comandaba frente a 3.000 peruanos y varios miles de indios.

Militarmente considerado, el Ejército de Arriagada no desempeñó otro papel que echar a Cáceres contra Gorostiaga. En lo demás, su viaje fue inútil, aunque sus sufrimientos, soportados en silencio, autorizan para decir que jamás se manifestaron mejor que entonces las vigorosas cualidades de una raza. Recorrió centenares de leguas durmiendo en los páramos, cruzando en invierno las nieves eternas con soldados mal alimentados, mal calzados, desprovistos de abrigo. Sin combatir, tuvo sin embargo bajas que llegaron a la cuarta parte de los efectivos: 130 muertos de cansancio, 29 desaparecidos que rodaron en los precipicios, 574 enfermos que debieron ser enviados a Lima. Se repetía la experiencia del Coronel Canto, del año anterior.

Gorostiaga comprendió que Cáceres y Recabarren no regresarían hacia el Sur antes de atacar las fuerzas de Iglesias y trató de interceptarlas en algún punto de los altos farellones del río Santa. Se decidió por el paso de Cajamarca, que lleva a esa ciudad. Estaba además preocupado por la guarnición chilena de Trujillo, de 600 hombres, a cuyo Comandante, don Herminio González, se le había ordenado dirigirse a su encuentro. González le llevaba algo muy importante: 80.000 cápsulas de infantería que mucho se necesitaban.

Como Gorostiaga no alcanzara a impedir el paso de los peruanos hacia el Norte, decidió volverse a Huamachuco, deshaciendo el camino y allí se juntó con González el 7 de Julio. Esta ciudad tenía por entonces unas 8.000 almas. Al poniente de ella corre un río; al Oriente se extiende una planicie rodeada de cerros, la de Purubamba, donde se desarrolló gran parte de la batalla. Al Norte está el cerro Sazón y por el Sur, uno más alto llamado Cuyulga. En este último se estableció Cáceres y en el otro. Gorostiaga, población por medio.

El 8 de Julio, a mediodía, llegaron Cáceres y su gente, y los soldados chilenos, que descansaban en la población, se concentraron, como dije, en el Sazón, dejando atrás algunos fondos donde se paraba el almuerzo y caballos y asnos que no hubo tiempo de trasladar. No quedó en Huamachuco sino un varioloso que esa noche fue descuartizado por los irregulares peruanos.

Las fuerzas de Cáceres estaban divididas en dos fracciones: el Ejército del Norte dirigido por el Coronel Recabarren y el Ejército de Centro, que mandaba el Coronel Francisco de Paula Secada; el total de efectivos ascendía a 3.800 hombres. La Artillería constaba de 11 piezas a las órdenes del Coronel Federico Ríos y además había dos escuadrones de Caballería.

El personal directivo de la división chilena es conocido. El Jefe de Estado Mayor era el Comandante Merino; el del batallón Talca, Alejandro Cruz; del Concepción, González; de las dos compañías de Zapadores, el Capitán Alejandro Canales; de Cazadores, el Comandante Alberto Novoa, cuyo segundo era el Mayor Sofanor Parra. La Artillería la mandaba el Comandante Fontecilla; Jefe del Parque el Teniente I. Abel García; el Servicio Sanitario corría a cargo de los médicos González Vera, Carlos Vargas Clark y Manuel Rencoret.

Al amanecer del 10 de Julio, Gorostiaga envió a los Zapadores de Canales a hacer un reconocimiento ofensivo al cerro Cuyulga que, por impetuosidad de su jefe, se transformó en batalla, entrando a defenderlos los Cazadores a Caballo. La línea chilena quedó con el Talca a la izquierda y el Concepción a la derecha. Poco a poco los combatientes descendieron al plano entre los dos cerros, a la pampa de Purrubamba, donde la superioridad numérica peruana podía ser temible. El punto más amagado de la línea de Gorostiaga era nuestra ala izquierda que defendían el Talca y la Artillería. Aquí se distinguió una compañía del Talca mandada por el Capitán ayudante Julio Z. Meza, que hizo una brillante resistencia.

La batalla continuó cerca de dos horas y las huestes peruanas se creyeron vencedoras, oyéndose gritos entusiastas de ¡Viva el Perú! La Artillería peruana bajó también a la llanura, errado movimiento que precipitó el desenlace. Estrechadas las filas, no había movimiento táctico posible y en ese momento, cuando escaseaban las municiones por ambos lados, se tocó "calacuerda" en las filas chilenas: la Infantería cargó a la bayoneta y Parra arremetió con sus jinetes. La embestida fue terrible. La Infantería atropelló la línea peruana, rompiéndola por todas partes y Parra cortó siete cañones en esa carga bravía de los Cazadores que hizo temblar el suelo de la pampa y recordar las hazañas recientes y antiguas de la caballería chilena. La batalla estaba ganada y el Ejército peruano huía en aterrada dispersión, arrojando las armas.

La Caballería no pudo perseguirlo de un modo eficaz por la extenuación de las cabalgaduras.

La victoria fue decisiva, pero empañada con actos de crueldad. Cuatro jefes peruanos fueron fusilados estando prisioneros y lo mismo se hizo, unos días después, con el Comandante Leoncio Prado, hijo ilegítimo del ex Presidente Prado -quien estaba en el lecho, herido-. Es cierto que Prado había sido dejado en libertad en Lima, bajo promesa de no tocar las armas, la que había violado.

Cáceres escapó a uña de caballo y debió su salvación al mal estado de las bestias chilenas. Lo persiguió el Alférez de Cazadores Abel P. Ilabaca y lo tuvo tan cerca que alcanzó a hacerle fuego con su revólver. Recabarren escapó asimismo, herido. En el campo de batalla se tomaron las 11 piezas de Artillería, se recogieron 700 rifles y un estandarte. Respecto al número de peruanos muertos en la refriega, nunca se supo ni se sabrá. Los chilenos perdieron 56 hombres y tuvieron 85 heridos.

El Vicepresidente Montero, perseverando en la política de engaño, hizo celebrar en Arequipa el triunfo de Cáceres echando a vuelo las campanas y organizando festejos populares. Santa María, al leer en los diarios la relación de esas manifestaciones jubilosas, le escribía a Novoa: "*¿Has visto tuno igual?*"

El combate de Huamachuco tuvo gran importancia política. Afianzó el Gobierno de Iglesias y la paz. Si Gorostiaga hubiera sido vencido, el Perú habría ensalzado a Cáceres y la obra diplomática chilena habría caído con estrépito. Gorostiaga, que había sido enviado a Huamachuco con un puñado de Cívicos a combatir las montoneras, como parte secundaria de la división de Arriagada, de auxiliar a desempeñar el primer papel y a soportar la responsabilidad de la terrible contienda. Gran parte de la tropa era tan recluta, que, sin exageración, puede decirse que la primera vez que disparó sus rifles fue en esta batalla. Acababa de llegar de Chile con un ligerísimo barniz de cuartel.

Huamachuco fue el cimiento de la paz y el epílogo de una campaña que duraba más de cuatro años.

* * * *

El Presidente Santa María deseaba ardientemente la paz. El pueblo también, por cansancio, porque el estimulante de la gloria ya no existía en esa lucha semibárbara con las montoneras. Los que habían vencido a los ejércitos de línea, en posiciones accesibles, miraban con desapego una lucha desprovista de lo que realza la guerra en el concepto del soldado.

A esto se agregaban razones de Gobierno, que influían en el espíritu del Presidente. El temor a la intervención norteamericana no había desaparecido, aunque lo que ahora se manifestaba era la sorpresa reticente que causaban la prolongación de la guerra y el temor de que Chile propiciara la absorción del país vencido. Por último, no convenía perder los frutos de la penosa campaña terminada en Huamachuco.

A estas razones se agregaba una cuestión interna que reflejaba el malestar: la posición del Senador por Coquimbo, don Benjamín Vicuña Mackenna, contrario al convenio de Chorrillos y a la permanencia de nuestro Ejército en el Perú.

En la campaña contra la política del Gobierno. Vicuña Mackenna tenía la ayuda de José Francisco Vergara. Los argumentos que esgrimían contra la ocupación del territorio peruano situado al Norte de Tacna y Arica, se relacionaban con la posición antiestratégica que representaba Lima, con las enfermedades endémicas de la costa y de la Sierra que diezmaban a las tropas chilenas, con el ambiente moral de Lima que desgastaba las energías del ocupante. Su mala voluntad al convenio de Chorrillos residía en la falta de interlocutor. Vicuña Mackenna decía: No hay nadie con quien tratar; dejemos que los caudillos se maten entre sí.

Durante las interpelaciones, en sesiones secretas del Senado que tuvieron lugar del 25 de Junio al 11 de Julio, se hicieron declaraciones muy importantes sobre Bolivia, que explican la política de Santa María con esta nación y la que se continuó desde ese momento. El Ministro de Relaciones Exteriores, Aldunate, preconizó la conveniencia de una tregua con Bolivia, no de un Tratado de paz, porque la tregua permitía canjear después Tacna y Arica con ella y sellar una alianza imperecedera. Aldunate dijo:

"Que en las sesiones secretas del año último había manifestado al Senado la convicción profunda y personal de que la terminación del conflicto del Pacífico y la paz, sería, real y estable, habría de venirnos de nuestra alianza con Bolivia y que aún mantenía esa convicción, a pesar de que el señor Senador (Vicuña Mackenna) decía entonces que ella nacía de un miraje, de una ilusión, ya que no verían los infidentes doctores de Chuquisaca los que hubieran de sancionar una obra de cordura y de patriotismo".

Y como en el debate se insinuara que el convenio de paz recientemente celebrado alejaría a Bolivia de Chile, porque la anexión real o disimulada de Tacna y Arica a este país cerraba las expectativas de Bolivia, Aldunate rebatió esta objeción así:

"Que la circunstancia pertenecer a Chile los territorios referidos, facilitaba nuestra inteligencia con Bolivia, puesto que salvaba el escrúpulo que ese país había siempre manifestado, de no serle lícito aparecer en un tratado directo y tripartito, repartiéndose con Chile los despojos de su aliado".

Esto es perfectamente claro. Se procuraba con Bolivia una tregua para pactar la alianza más tarde, y se rechazaba la paz porque en ese momento era imposible establecer las compensaciones en cambio de Tacna y Arica y porque de pronto no se disponía esos territorios; o lo que es igual, que por perseguir la "política boliviana", el Gobierno chileno dejó en suspenso las soluciones de Guerra del Pacífico y que los problemas actuales y del porvenir son consecuencia de ese deseo.

Vergara, adepto de esa política, felicitó al Ministro Aldunate por estas declaraciones:

"Ya que eso era así, y que el Gobierno estaba resuelto a no perseguir ese territorio para Chile sino para Bolivia, como prenda de una alianza sólida y necesaria, sólo tenía que felicitarse de haber dado oportunidad a Su Señoría el Señor Ministro, de hacer tan importante revelación".

Había que ayudar a Iglesias a subir y acelerar la transferencia de algunos territorios del Norte al caudillo peruano. Fue lo que se comenzó a hacer poco antes de la Batalla de Huamachuco, cuando el Coronel Herminio González entregó Trujillo al representante Iglesias y todo el departamento de Libertad, con sus aduanas, ferrocarriles, etc. Pero las autoridades de Cajamarca no tenían ni un peso ni un fusil y Lynch hubo de darles 80 rifles con sus cápsulas y prestarles 30.000 pesos para los primeros gastos urgentes.

Así nació el Gobierno de Iglesias, envuelto en pañales de miseria, no arrullado por el aplauso agradecido sino en medio de gritos descompasados de protestas que debieron lacerar el corazón hombre del honrado que arrostraba la impopularidad en bien de su país.

Las diversas fracciones de civilistas estaban en contra de Iglesias, también los últimos caceristas. Pero los pierolistas se habían ‘decidido por él y su jefe y representante de Piérola, siempre en Europa, Antonio Arenas, se anticipó a proclamarle, luego de la batalla de Huamachuco, convocándose por esos elementos a una asamblea que pusiera término a la guerra.

Lynch, como ya se ha visto, no tenía fe en el futuro de Iglesias cuando Novoa se decidió a apoyarlo, en la misma línea del Presidente Santa María, el General en Jefe envió una carta a Vicuña Mackenna, que fue leída en el Senado, para deslindar responsabilidades. Por último, aquellos de nuestros compatriotas que desempeñaban en Lima puestos públicos, hacían circular informaciones para privar de seriedad a las gestiones de paz con iglesias que, de resultar, les iban a privar de sus tranquilas situaciones económicas.

Santa María, al corriente de la labor de estos malos elídenos, le escribía a Novoa el 30 de Mayo de 1883:

"Tenemos viva la desgraciada educación española. Los extranjeros viven de sus industrias y forman un caudal. Nuestros compatriotas soñolientos y perezoso, o "caballeros" viven con la cara vuelta al Estado como la vaca lechera o el dispensador de todo".

Iglesias, entre tanto, no lograba salir de Cajamarca para instalarse en Trujillo, y en Santiago se comenzaron a perder la confianza y la paciencia. Se instruyó entonces a Novoa a ir a Cajamarca y de pedir a Iglesias que se viniera a Lima tan pronto como se suscribiera el Tratado de Paz. Se le enviaron, al mismo tiempo, 1.500 rifles, que éste reclamaba. Pocos días después, el Presidente Santa María resolvió que el propio Ministro Aldunate se trasladara a Lima a ocuparse de la solución del problema, lo que este hizo, llegando al Callao a fines de Septiembre.

El 18 de Octubre Chile reconoció al Gobierno de Iglesias como Gobierno nacional de la República del Perú y se convino en devolverle Lima y Callao, retirándose el Ejército chileno a Chorrillos, Barranco y Miraflores, ocupando, además, la Sierra en Chosica, Tarma y Ayacucho, para contener a Cáceres.

Iglesias fue recibido en Ancón y se dio forma definitiva al Tratado de Paz, que fue el mismo convenido en Abril y Mayo de 1882, con ligeras variantes, la principal de las cuales fue cambiar la frase "los territorios de Tacna y Arica" por "las provincias

de Tacna y Arica", aclarándose así que no se pretendía sino hasta el río Sama por el norte.

El Tratado fue firmado el 20 de Octubre de 1883 en Lima y se le llamó de Ancón porque fue en esa localidad donde se acordó su redacción definitiva. Firmaron por Chile don Jovino Novoa y por el Perú don J. A. de Lavalle y don Mariano Castro Zaldívar. También se firmó un acuerdo complementario que disponía modus vivendi del Ejército de ocupación hasta que evacuara el Perú. El abono de 300.000 pesos de plata mensuales para el pago de ese Ejército no se cumplió sino en muy pequeña parte por falta de recursos peruanos.

El Presidente y el Gabinete enviaron a Novoa una expresiva felicitación-colectiva por el Tratado a que había cooperado con tanta abnegación.

Dos días después de firmar el Tratado. Novoa se fue a Chorrillos. Lynch salió de Lima con el Ejército el 23 de Octubre y se estableció en los pueblos vecinos. Se había granjeado en tal forma el afecto y respeto de la sociedad limeña que era frecuente entre los peruanos llamarlo "el mejor Virrey", el que hizo lucir en el Palacio la dignidad "viejo estilo" ya casi olvidada.

Ese mismo día entró a Lima el General Iglesias con su diminuto Ejército. El momento más solemne fue cuando se enarboló el pabellón nacional. El Callao fue entregado a García y García, delegado de Iglesias, y al enarbolarse la bandera peruana, fue saludada por el Cochrane con 21 cañonazos.

Iglesias solicitó la libertad de los prisioneros políticos y convocó para el 1° de Marzo siguiente una Asamblea General Constituyente, cuya principal misión era ratificar el Tratado. Los tribunales abrieron sus puertas y también la Municipalidad. Para Chile, la llegada de Iglesias a Lima era el término de una jomada difícilísima, un amiba le sin sangre pero más reñido que el de la Esmeralda.

En cuanto al Protocolo que debía reglamentar la realización de un plebiscito para Tacna y Arica, Novoa quiso redactarlo desde luego y firmarlo a la brevedad, pero Santa María le instruyó esperar a que el Tratado estuviera aprobado por ambos Congresos.

Santa María creía fácil substituir al Perú y Chile por Bolivia en Arica y Tacna y tenía el convencimiento de que eso sucedería pronto, así es que un arreglo por realizarse en 10 años le parecía una previsión innecesaria.

Pero no puede desconocerse que la previsión de Novoa era una mirada honda en el futuro y que ese Protocolo habría allanado las dificultades que se presentaron

después para la solución definitiva del problema más complicado que planteó la Guerra del Pacífico.

En 1883. el Jefe Político y Militar de Tacna y Arica era Manuel José Soffia, funcionario dependiente del Presidente de la República y no del General en Jefe de Lima. En ese territorio había una guarnición de 3.000 hombres. El 15 de Marzo de ese año fue nombrado Jefe de esas tropas el Coronel José Velásquez, conservando Soffia el puesto de Comandante General de Armas. Se recordará que Velásquez había sido Jefe de Estado Mayor en la campaña de Tacna y Comandante General de Artillería en la de Lina y se le consideraba una de las más prominentes figuras del Ejército chileno.

Al terminar Mayo de 1883, se supo que el Coronel Somocurcio, dependiente del Ejército de Montero, había ocupado Moquegua con 1.000 hombres y el Presidente Santa María ordenó que se le atacara. Esto serviría, pensaba, para hacer luego un "amago" a Arequipa y esto bastaría para que ese Gobierno se derrumbase. Pero Velásquez no participaba de esas ideas y contestó al Presidente con evidente desagrado, tanto así que éste pensó en reemplazarlo. No estaban hechos para entenderse: Santa María era nervioso e impulsivo y Velásquez, tenaz y frío. La caída de Huamachuco avivó en Santa María sus planes contra a Arequipa. Velásquez tomaría esa ciudad, contando con el avance de 1.500 hombres desde Huancayo a Ayacucho, dirigidos por el Coronel Urriola, y con el auxilio de 4.000 hombres de Lynch en caso necesario. A Velásquez no le pareció bien que el Almirante Lynch "el gran cucalón" como se le llamaba en los cuarteles, viniera a disputarle esa situación.

El 14 de Septiembre salió de Tacna para Moquegua la división Velásquez, con 2.200 hombres de las tres armas. Mandaba la Caballería el Coronel Rafael Vargas y estaba a cargo del Parque el Comandante Francisco Bascuñán. Para marchar de Tacna a Arequipa podía tomarse la vía del mar o la de tierra. La primera estaba cerrada para Velásquez por falta de embarcaciones. Por tierra, el camino llamado "de los valles" cruzaba Locumba. Moquegua y el río Tambo. Velásquez solicitó 1.500 o 2.000 hombres más para seguir de Moquegua a Arequipa y Santa María le ordenó a Lynch que los mandara por mar. Lo que el Presidente deseaba era que el propio Lynch comandara la expedición, pero esto no resultó pues al General en Jefe no le agradó tomar parte en un programa que no había contribuido a preparar. El Ministro Aldunate que por esos días visitaba Lima, se preocupó de que Lynch se

comprometiera a enviar un refuerzo de 3.000 hombres, siempre que los esperaran con 400 mulas.

En los primeros días de Octubre llegó al puerto de Pacocha esta importante división, a las órdenes del Coronel Canto, y se internó sin dificultades hasta Moquegua. Se juntaron así 5.200 soldados, a los que se agregaron otros 1.200 en el curso de la campaña. A mediados de ese mes, las fuerzas iniciaron su marcha a Arequipa, fraccionadas en dos grupos. El primero, que Velásquez había traído de Tacna, a las órdenes del Coronel Vicente Ruiz; el otro, los refuerzos de Lima siguieran mandados por Canto.

* * * *

Arequipa no carecía de medios de defensa. Tenía un pequeño Ejército de línea que debía fluctuar entre los 3.000 y los 4.000 hombres y una guardia nacional numerosa. El armamento era bueno: 8.000 rifles conseguidos en La Paz, con 250 tiros cada uno, y una flamante batería Krupp. El Almirante Montero había colocado una vanguardia de sus tropas en una cuesta que cortaba la pasada a la ciudad, llamada de Huasacachi. Cada montículo o picacho de aquel lomo de piedra era una fortaleza y si el enemigo conseguía pasarla poco más allá, a la entrada de Arequipa, estaba la quebrada o portezuelo de Puquina, una segunda línea más fuerte todavía

En la noche del 22 al 23 de Octubre —luego de un reconocimiento hecho unas horas antes por el Coronel Ruiz —Velásquez inició la marcha desde los pies de la cuesta. El ala derecha estaba formada por el batallón N° 5, el Santiago, mandado por Ruiz: el Carampangue, con el Teniente Coronel Demetrio Guerrero; el Rengo, Comandante Gabriel Álamos, y dos compañías del Ángeles, mandadas por el 2° Comandante Silva Amagada. El ala izquierda la componían el 4° de línea, con Solo Zaldívar y las otras dos compañías del Ángeles, con el Comandante José Manuel Borgoño. La Caballería de Vargas y las 5 piezas de Artillería a cargo del Mayor Fernández, amagarían la posición enemiga por su frente.

La defensa de Huasacachi estaba confiada al Coronel José Godínez, con cinco cuerpos de Infantería de línea y uno cívico, además de un cuerpo de Caballería y alguna Artillería. Entre 1.000 y 1.500 hombres.

Cuando los primeros rayos del 23 de Octubre doraban la cima de la cuesta, sus defensores se encontraron flanqueados por ambos lados. Visto esto, las tropas de

Godínez, se entregaron a la fuga sin disparar un tiro, corriendo hacia Puquina por los cerros pelados. A las 6 de la mañana flameaba en lo alto de Huasacachi la bandera chilena.

Velásquez no tuvo vacilaciones y marchó rápidamente a ocupar Puquina. Entonces hizo el Ejército chileno una de las pruebas más notables de vigor físico que es posible concebir. El escabroso camino de Huasacachi a Puquina fue recorrido por la tropa sin alojarse. Anduvo desde Moromora hasta Puquina más de un día completo, incluso la noche, sin dormir, ni comer sino la provisión fría de la mochila, por alturas de 3.000 a 4.000 metros, sin descansar más que a ratos. Y así llegó la división a Puquina. La guarnición veterana de Arequipa había sido colocada allí por Canevaro el día anterior, en una situación fortísima llamada Chacaguayo. En ese sitio había cuatro batallones de línea y dos escuadrones. Al aproximarse los chilenos. Todos huyeron dejando franco el paso a la ciudad.

La noticia del asalto a Huasacachi se supo en Arequipa el 24. La ciudad se consideró perdida, pero Montero conservó su apostura heroica hasta el último. El

Municipio le fue a pedir que se batiera fuera de la ciudad para no destruirla sin objeto. El contestó que pelearía en los suburbios, en las calles y hasta en su cuarto. Cuando al amanecer del 25 se supo que Puquina había sido también forzado, la autoridad hizo tocar la campana municipal para que el pueblo se congregara en la plaza, como en la F.dad Media, y allí Montero le habló, diciéndole que un Ejército chileno de 16.000 hombres, que río era posible detener, amenazaba Arequipa. El pueblo exaltado, los negros y los zambos, y la guardia nacional que hizo causa común con ellos, recorrieron las calles obligando al vecindario decente a esconderse en sus casas. Cuando las tropas de línea llegaron a la ciudad, desde Puquina, fraternizaron con la revuelta.

En la noche, Montero con Canevaro y los principales oficiales de la plaza, huyeron a Bolivia, pasando por Puno y el lago Titicaca. Al otro lado encontró a Campero, quien había salido apresuradamente con dos batallones a defender Arequipa. ¡Qué cuadro tan expresivo el de esos hombres saludándose en los bordes melancólicos del lago, en un supremo abrazo de desconsuelo que fue el último de la Alianza! Montero delegó su cargo en el 2º Vicepresidente, el Coronel Cáceres.

El Cuerpo Consular fue encargado por el Municipio de hacer entrega de la ciudad, suscribiéndose el acta respectiva en el suburbio de Paucarpata.

Se habían cumplido las inteligentes previsiones de Santa María. Bastó un amago serio en Huasacachi para que Arequipa se rindiera sin combatir y para que

desapareciera el Gobierno de Montero. Pero esta campaña ahondó las dificultades entre Santa María y Velásquez, quien no le dio cuenta de la operación, lo que causó la indignación del Presidente.

* * * *

El Ejército de Velásquez permaneció mes y medio en Arequipa, hasta que Lynch, que vino de Lima, mandado por el Presidente, lo trasladó a los alrededores para no perturbar la vida política de la población. Nueve meses después se retiró, cuando el Tratado de Paz con el Perú estaba ratificado por los dos países y el de Bolivia aprobado por Campero.

La línea Mollendo-Puno era un cinturón de hierro que oprimía los flancos de Bolivia. Tenía en su poder el comercio boliviano que disponía solo de dos vías, ambas en poder de Chile, la de Arica y ésta. Tuvo naturalmente gran influencia en la solución de paz con ese país.

Capítulo 27

Pacto de Tregua con Bolivia

Sometimiento de Cáceres

El interrogante de mayor duda que suscitaba la campaña de Arequipa era saber ¿a actitud de Bolivia. ¿Se lanzaría en auxilio del aliado? ¿Permanecería encerrada en su territorio como lo hacía desde la Batalla de Tacna?

En Chile se sabía que la opinión pública en Bolivia se hallaba dividida en este punto. Como vimos, el partido de Baptista luchaba por la prescindencia, en tanto que Campero y su Ministro Quijarro deseaban acudir en apoyo del Perú.

En las sesiones de la Asamblea, del 6 al 8 de Octubre, se discutió ampliamente el tema, en especial si se negociaba directamente la paz o se lo hacía junto con el Perú, y además la forma de asegurarse una propiedad territorial bastante en el litoral del Pacífico, que no podía ser otra que Tacna y Anca. Triunfó, por un voto, la posición moderada de Baptista, en medio de la enorme agitación de la Sala.

El encargado de informar a Santiago acerca de lo que pasaba en Bolivia era Soffia y no se daba ningún paso en aquel país que él no supiera y comunicara.

Santa María, perseverando en su deseo de tranquilizar a Bolivia, hizo salir para aquella República en misión oficiosa a Mr. Gabriel Larrieu, persona muy relacionada en ella, padre del Cónsul francés en Tacna. Se valió de Lillo para que lo acreditase como intérprete de sus propias ideas y de las suyas y recomendó a Larrieu procurar que Bolivia tomase la iniciativa de negociaciones amistosas. En la capital boliviana fue aceptado como agente confidencial y se le pidió que acompañase a Santiago a dos personas que irían a negociar la paz. Ellos fueron Belisario Salinas y Belisario Boeto, quienes llegaron a Valparaíso a fines de Noviembre.

Paralelamente a estas gestiones. Campero concentró sus fuerzas en La Paz, a donde llegaron las restantes guarniciones del país y llamó a las armas a los licenciados. Requirió a los curas para que predicaran entre los indios el alistamiento y decretó un empréstito forzoso. En la circular que envió a los prefectos se encuentra esta aseveración:

"Noviembre 22 de 1883. Es verdad que se halla muy difundida la opinión de que los Gobiernos de Chile y el Perú estarán bien depuestos a una comunicación, en cuya virtud los territorios de Arica y Tacna entren al dominio de Bolivia, mediante indemnización equitativa y con el previo

asentimiento de la Nación Peruana, expresado en forma auténtica y solemne. Muy pronto sabremos a qué atenernos en cuanto a la efectividad de esta versión que anda tan válida".

No era la primera vez que se hacía esta insinuación. Cuando se discutió el informe de Baptista, un diputado aseguró que estaba a punto de formalizarse un Protocolo en el cual el Perú cedía a Bolivia los territorios de Tacna y Arica, y aunque el Gobierno lo desmintió, la noticia tenía un fondo de verdad.

El 30 de Octubre anterior, el Ministro que Iglesias iba a acreditar en Bolivia. Enrique Bustamante y Zalazar, visitó a Novoa acompañado de Lavalle, que servía la cartera de Relaciones Exteriores, y ambos solicitaron su autorización para que en las negociaciones de paz entre Chile y Bolivia. a que se deseaba que asistiera el representante del Perú, éste pudiese ofrecer a Bolivia. Tacna y Arica, a cambio de compensaciones a Chile. Novoa quedó bajo la impresión de que el Perú quería evitar que algún día Bolivia tuviese pretensiones de salir a la costa por Arequipa. Es sugestivo del concepto que tenía Lavalle sobre la suerte definitiva de esos territorios, que pidiese compensaciones para Chile a cambio de la cesión en proyecto.

En carta de Novoa a Aldunate, del 31 de Octubre de 1883, se afirma al respecto:

"Parece que desconfían de que Bolivia entre en arreglos sin territorio de salida al Pacífico, y quizás para cerrar la puerta a futuras pretensiones de esa República sobre Arequipa y Mollendo, quieren desde luego sorprender las miras ulteriores de Chile respecto de Tacna y Arica."

Novoa era contrario a esa transferencia. No veía razón para que Bolivia aliése de la guerra más favorecida que si hubiera triunfado, en carta a Santa María, del 10 de Noviembre de 1883, le comenta:

"Se imagina (el Gobierno peruano) que deseando Bolivia tener territorio que le de salida al Pacífico es posible que Chile le deje Tacna y Anca mediante ciertas compensaciones. Si esto aconteciera, los peruanos quedarían tranquilos, porque ya no tendría la razón de ser el miedo que les inspira Bolivia..."

Francamente no entiendo las pretensiones de Bolivia. Ha perdido el litoral hasta el Loa y ha sido derrotada en los campos de batalla. ¿A qué título puede

exigirnos territorio para darte salida por el Pacífico? Si Bolivia pudiera alcanzar lo que pretende, habría ganado con la guerra y se operaría el fenómeno de que la derrota le daba ventajas que no habría obtenido ni con la victoria".

Santa María interpretó de diversa manera la petición de Lavalle. Creyó ver interés de parte del Perú en que esos territorios quedasen en manos débiles para poder recuperarlos algún día. Y como esa eventualidad destruía sus combinaciones del porvenir, para las cuales era preciso que Bolivia recibiese el gran presente de manos de Chile, se opuso a la proposición peruana.

Escribiendo a Lynch sobre esto, el Presidente le decía el 21 de Diciembre de 1883:

"Ya presumo las intrigas que se están poniendo en juego por Bustamante, creyendo con ellas salvar Tacna y Arica para Bolivia, al fin de fiestas, estas ciudades o territorios serian recuperados por el Perú. Labor perdida y afanes infructuosos. Por ahora me ajustaré al Tratado, exigiendo que sea ratificado por la Asamblea".

Y a Novoa le descubría más su pensamiento diciéndole que por el momento no estaba dispuesto a modificar el Tratado, *"aun cuando más tarde pudiéramos hacerlo, según lo que Bolivia nos diera"*. Lo que tenía en vista al decir eso era obtener con Tacna y Arica la cesión definitiva del litoral por un Tratado de Paz posterior al de tregua y su alianza.

* * * *

Estos antecedentes explican las palabras que se encuentran en la circular de Campero a los Prefectos y el rumor que tuvo expresión en la Asamblea.

* * * *

Las negociaciones de tregua en Santiago se dividieron en dos períodos. El 7 y el 10 de Diciembre fueron con el Ministro Aldunate; el 13 de Febrero y el 8 de Marzo con su sucesor en la cartera de Relaciones Exteriores, Aniceto Vergara Albano.

En la reunión del 7 de Diciembre, Salinas pidió para su Patria un puerto en el Pacífico, por acto propio de Chile o modificando el Tratado recién ajustado con el Perú. El Ministro Aldunate le contestó que para acceder a eso, Chile estaba obligado o a cortar su territorio, lo que era imposible, o a traspasarle lo que no le pertenecería sino cuando un plebiscito le concediera el dominio de Tacna y Arica.

El 10 de Diciembre, los plenipotenciarios bolivianos argumentaron que no siendo posible para Chile transferirles ahora mismo Tacna y Arica, les diese a los menos la "posesión temporal" hasta el plebiscito.

La esterilidad de estas discusiones provenía de que los delegados bolivianos habían salido de La Paz persuadidos de que Chile, queriéndolo, podía satisfacer sus aspiraciones sobre Tacna y Arica, sin ninguna resistencia del Perú. Al contrario, en ese momento el Perú deseaba que Chile hiciera esa cesión. En esos días. Bustamante y Zalazar fueron a Lima a consultar a su Cancillería si estaría dispuesta a traspasar a Bolivia esos territorios y se le contestó que la iniciativa de la proposición debía ser de Chile, lo cual implícitamente era una aceptación sujeta sólo a esa formalidad.

De este juego sobre Tacna y Arica, que ya comienza a molestar a las autoridades chilenas, hay una acertada apreciación de Aldunate a Novoa que consta en el cablegrama del primero de ellos, del 21 de Diciembre de 1883:

"Su cablegrama de ayer me dejó un tanto intranquilo. Si el Perú consiente en la cesión inmediata Tacna y Arica a Bolivia, cargaremos nosotros con toda la odiosidad de la negativa. Hay en esto un juego doble de parte del Perú, que resuelto a celebrar la paz con la cesión de Tarapacá desde más de dos años a esta parte, se ha dejado desangrar y morir resistiendo a la cesión de Tacna y Arica a Chile. Si, pues, hoy consiente en ceder esos territorios a Bolivia renunciando a la expectativa de recuperación mediante el plebiscito es porque obran con falacia o por miedo".

El 13 de Febrero de 1884, continuaron las reuniones chileno- bolivianas, ahora, como dije, con el nuevo Ministro señor Vergara Albano. En ella presentaron los señores Salinas y Boeto un proyecto de tregua indefinida que se rechazó por vago e impreciso. Chile quería, como escribía Santa María a Lynch, otra cosa: *"La tregua debe contener todo lo que contendría un Tratado de Paz. Hacernos tregua porque no podemos hablar de Tacna y Arica"*.

El 8 de Marzo se realizó una nueva conferencia y los bolivianos presentaron otro proyecto de tregua que exasperó a Santa María, estimándolo como una burla. La guerra parecía inminente y se pidió a Lynch y a Velásquez estar listos para cualquiera eventualidad. En ese momento crítico intervino Lillo y obtuvo que se suspendiera toda resolución por pocos días. Campero había asumido, por su parte, una actitud resueltamente bélica. Arengaba a sus tropas y marchó al Desaguadero a elegir un campo apropiado para detener la invasión.

El 29 de Marzo recibió Santa María a Salinas y Boeto y les presentó un proyecto de acuerdo que, finalmente, fue firmado el 4 de Abril de 1884. Este Pacto de Tregua regló las relaciones de Chile y Bolivia hasta 1904, en que se suscribió libremente el Tratado de Paz definitivo entre las dos naciones, sin presión alguna.

Las disposiciones esenciales de este documento son:

- a. La aplicación del régimen legal chileno al antiguo litoral Boliviano — *"territorios comprendidos desde el paralelo 23 hasta la embocadura del río Loa en el Pacífico"* durante la vigencia de la tregua;
- b. La mutua liberación de derechos para los artículos naturales o elaborados de uno y otro país;
- c. Especiales franquicias para el comercio boliviano en Antofagasta y Arica;
- d. Bolivia devolvería las propiedades confiscadas a chilenos y los productos percibidos durante el secuestro, fijando un árbitro el valor de los perjuicios.

Puede decirse de este tratado lo mismo que del de Ancón: no resolvió nada: dejaba todo pendiente para otro Gobierno, casi para otra generación.

* * * *

Todo parecía arreglado, pero faltaba que Cáceres reconociera el Tratado de Ancón. Mientras no lo efectuara, había el riesgo de que al volver la espalda el último soldado chileno, derribase a Iglesias, desconociera lo hecho y la situación se retrotrajera al momento previo al grito de Montan. Todo era de temer en ese momento en Perú, que la guerra había desquiciado.

Cáceres tomó a lo serio la delegación presidencial que redactó Montero en la montura de su caballo, huyendo a Bolivia. Se llamó Presidente y nombró Ministros. Tenía en Huancayo un pequeño Ejército, una avanzada en Jauja y una indiada de reserva que hacía subir a 12.000 hombres. El pueblo peruano admiraba a Cáceres y

su popularidad aumentaba día a día, en desmedro de la de Iglesias, quien vio su caída inevitable al marcharse Lynch con su gente. De ahí que solicitara se le dejase fuerzas suficientes hasta formar su propio Ejército. Santa María aceptó dejar 6.000 hombres siempre que el Gobierno peruano lo pidiera oficialmente y pagara su manutención, que ascendía a 200.000 soles de plata mensuales. Luego reaccionó el Presidente chileno y dio instrucciones a Lynch solamente retrasar lo más posible la salida de esa gente sin acuerdo escrito, para no aparecer como guardián de Iglesias. Ocurrió entonces un hecho inesperado: Cáceres reconoció el Tratado de Ancón como un hecho consumado. Terminó así la última dificultad en la interminable serie de tropiezos que durante varios años había obstruido la celebración de la paz y la ocupación del Perú.

El Tratado de Ancón fue sometido al Congreso chileno en Enero de 1884, cuando todavía Aldunate desempeñaba el Ministerio y fue aprobado el 12 de ese mes por la Cámara en sesión secreta: 43 votos contra 1.

En la Cámara de Senadores se promovió un incidente digno de ser recordado, porque justifica el concepto que he emitido varias veces de que Santa María y Aldunate tomaron la resolución de dejar indecisa la situación de Tacna y Arica, y a la vez de no celebrar paz con Bolivia, sino tregua, para hacer más fácil el canje de aquellos territorios. El Senador por Ñuble, Francisco Puelma, encontró que el plazo de 10 años indicado en el artículo 3º del Tratado era demasiado largo. Pero veamos el Acta de sesión del Senado del 13 de Enero de 1884 y la respuesta del Ministro Aldunate:

"Puelma: Que durante ese plazo (de 10 años) bien pudiera Bolivia apercibirse de que esos territorios no producían a Chile ventaja alguna y que, por lo tanto, sería conveniente tratar de realizar un canje con esa nación cuanto antes posible.

Aldunate: Que no estimaba tan sin importancia como el honorable Senador por el Ñuble los territorios de Tacna y Arica y que, por la inversa, les atribuía cierto porvenir halagüeño. Pero en todo caso debemos contar que siendo esa zona de territorios la suprema necesidad y la suprema aspiración de Bolivia, obtendremos por ella condiciones tanto más ventajosas cuanto más libre y más desembarazada sea la situación de Chile al ajustar sus pactos con Bolivia, lo que se verificaría ciertamente después de celebrado un ajuste de tregua".

El Senado aceptó el Tratado de Ancón por unanimidad. La Asamblea peruana lo aprobó el 8 de Marzo por 90 votos contra 6.

El Pacto de tregua con Bolivia siguió asimismo un camino sin tropiezos y Campero lo aprobó en los primeros días de Mayo, un mes después de suscrito. Meses más tarde mereció la misma aceptación de parte de la Asamblea boliviana y fue canjeado entre ambos gobiernos en Noviembre de 1884.

Firmada y ratificada la paz, el Ejército chileno desocupó el Perú, retirándose de Arequipa, de la Sierra y de Lima, paulatinamente, y volviendo a la Patria, donde se le recibió con el entusiasmo que merecían sus sacrificios. Lynch volvió a Chile en el segundo semestre de 1884. El pueblo chileno y el país lo honraron como a un héroe nacional. El modesto Novoa quedó en Lima como Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno de Iglesias.

FIN

Los autores

Gonzalo Bulnes Pinto

Nació en Santiago el 19 de noviembre de 1851. Fue agricultor, historiador, miembro del Partido Conservador y político chileno.



Hijo del presidente de la República Manuel Bulnes Prieto y de doña Enriqueta Pinto Garmendia, nieto por tanto del presidente Francisco Antonio Pinto y sobrino del presidente Aníbal Pinto. Realizó sus estudios en el Colegio de los Sagrados Corazones de Santiago; el Instituto Nacional y el Colegio Villarino.

Tuvo desde siempre predilección por la investigación histórica, realizando un viaje a Europa para completar sus estudios de esta, donde se vio influido por los historiadores Ernest Renan, Phileste y Emile Chasles.

A su regreso a Chile, inició sus trabajos historiográficos, focalizándose en la historia militar de su país. Su obra cumbre es la *Guerra del Pacífico*, en tres tomos. Falleció en Santiago el 17 de agosto de 1936.

Óscar Pinochet de la Barra

Nació en Cauquenes, el 23 de junio de 1920. Diplomático, historiador, abogado, poeta y escritor, Óscar Pinochet estudió Derecho en la Universidad Católica de Chile. Obtuvo el título con la tesis *La Antártida chilena*, con la que fue distinguido con el Premio Municipal de Literatura de 1944.



Fue director del Instituto Antártico Chileno (INACH). Participó en expediciones chilenas a la Antártida y perteneció a la Sociedad Chilena de la Historia. Además, trabajó como subsecretario en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile.

Desarrolló su carrera diplomática en Bélgica, Argentina, Estados Unidos, Rusia y Japón. Más tarde, dirigió la Academia Diplomática Andrés Bello.

Autor de ensayos, novelas, poesías y artículos en revistas chilenas e internacionales, entre sus publicaciones, destacan *Testimonios y recuerdos de la Guerra del Pacífico* (1978), *El pensamiento de Eduardo Frei* (1984), *El gran amor de Rugendas* (1985), *Misión en Bolivia de C. Walker Martínez y R. Sotomayor Valdés* (1986),

Reflexiones Antárticas, etc. Además, por encargo de Editorial Pacífico, preparó el *Resumen de la Guerra del Pacífico*, sobre la obra del Historiador Gonzalo Bulnes Pinto.

Falleció en Santiago, el 28 de mayo de 2014.